MALLEUS

Dan Abnett

LIBRO 2 DE LA TRILOGIA EISENHORN

WARHAMMER 40,000

TIMUN MAS

Annotation

Una llama azul translúcida, como un muro de ácido corrosivo, atraveso de repente la multitud que se apiñaba tras la Puerta. Hombres, mujeres, soldados, civiles...todos se vieron atrapados por ella y se estremecieron antes de empezar a derretirse hasta quedar convertidos en simples esqueletos, que instantes después se convirtieron en polvo arrastrado por el viento.Sentí el dolor en las fosas nasales, el palpitar en mi espina dorsal.Supe enseguida lo que era. Maldad psiquica.Los prisioneros se habían liberado.Desenfundé mi espada de energía y mi pistola bólter mientras me lanzaba en mitad del gentío que corría en todas direcciones, pisoteando los huesos ya secos de los que habían muerto por la onda psíquica.En el cuadragésimo primer milenio, existen legiones de enemigos de la humanidad absolutamente letales. Mientras los guerreros del Imperio combaten con potencia de fuego, la Santa Inquisición caza entre las sombras a los oponentes más terribles: a los psíquicos descontrolados, a los xenos y a los demonios.El inquisidor Eisenhorn debe derrotar a las fuerzas que desean destruirlo o enfrentarse a las iras de Ordo Malleus.

UNO

Descubro que estoy muerto
Bajo fuego siniestro, la guarida de Sadia
Tantalid, importuno

A medida que envejezco, que el Emperador me proteja, descubro que mido mi vida en términos de hitos, esos hechos que ocurren con tanta intensidad que nunca se te borran de la memoria: mi reclutamiento en los sagrados ordos de la Inquisición; mi primer día como neófito asignado al gran Hapshant, mi primera misión cumplida con éxito; el hereje Lemete Syre; mi ascenso al rango de inquisidor a la edad de veinticuatro años estándares; el largo y fatigoso caso Nassar; el asunto del Necroteuco; la Conspiración P'glao.

Hitos, todos ellos. Marcados de forma indeleble en los engramas de mi memoria. Y, junto a ellos, recuerdo la Noche Oscura que llegó al final del mes de Umbris, en el año Imperial 338.M41, con especial claridad. Ya que aquel sangriento final fue el comienzo de todo ello. El gran hito de mi vida.

Me encontraba en Lethe Once bajo órdenes del Ordo Xenos, trabajando a fondo, con la maldita xenófila Beldame Sadia casi a mi alcance. Diez semanas para encontrarla y diez horas para cerrar la trampa. Llevaba tres días sin dormir; y sin comer y sin beber desde ya hacía dos. Los fantasmas psíquicos provocados por el eclipse de la Noche Oscura rondaban por mi mente. Me estaba muriendo por un veneno binario. Y luego apareció Tantalid.

Para informarte, he de decirte que Lethe Once es un mundo densamente poblado que se encuentra en el borde exterior del subsector helicano, y que sus principales industrias son las metalúrgicas y las relacionadas con las tecnologías de la fabricación de escudos. Al final de cada Umbris, la luna más grande de Lethe se equipara, por alguna coincidencia cosmológica, con la trayectoria, la órbita y el tamaño

comparativo de la estrella local, y el mundo se ve envuelto por un eclipse de dos semanas que se conoce como la Noche Oscura.

El efecto es bastante impresionante. Durante catorce días, el cielo se vuelve de un color rojo oscuro, con la tonalidad de la sangre seca, y la luna, Kux, domina la bóveda celestial, un orbe negro sin par rodeado por una corona de palpitantes llamas ambarinas. Este hecho se ha convertido (los estudiosos del culto imperial no se sorprenderán al saberlo) en un período vacacional clave para todos los leteanos. Se encienden fuegos de todos los tamaños, clases y formas en cuanto comienza la Noche Oscura, y la población mantiene una vigilia continua para asegurarse de que ninguno se apaga hasta que acaba el eclipse. La industria se para. Se conceden permisos a los soldados. Unos carnavales escandalosos y unos desfiles repletos de antorchas invaden las calles. Los actos licenciosos e ilegales se producen por doquier.

Por encima de todo ello, el fuego oscuro de la estrella eclipsada rodea con un halo la luna negra. Incluso existe una tradición de adivinación surgida alrededor de la interpretación de la forma de la corona.

Había tenido la esperanza de atrapar a Beldame antes de que comenzara la Noche Oscura, pero se me había adelantado. Su jefe de envenenadores, Pye, que había aprendido sus habilidades de joven mientras era prisionero de unos piratas eldars renegados, o eso contaban, había logrado poner una toxina en mi agua que permanecería inerte hasta que ingiriese el segundo componente de su acción binaria.

Era hombre muerto. Beldame me había matado.

Mi sabio, Aemos, descubrió por casualidad la toxina en mi cuerpo, y pudo impedir que siguiera comiendo o bebiendo. Pero la muerte sin honor seguía acercándose de forma inexorable. Mi única posibilidad de supervivencia era capturar a Beldame y a su lacayo Pye, y sacarles la solución a mi condenación.

Mis seguidores cumplían con sus tareas en las oscuras calles de la ciudad. Disponía de ocho fieles siervos que estaban rastreando esas calles. Yo permanecí a en mis estancias del Hipódromo, a la espera, sediento, distante, mareado.

Fue Ravenor quien sacó la carta más alta. Ravenor, por supuesto. Yo pensaba que, con su potencial, no tardaría mucho en abandonar el rango de interrogador y convertirse en todo un inquisidor por derecho propio.

Descubrió la guarida de Beldame Sadia en las catacumbas que se encontraban bajo la iglesia en ruinas de San Kiodrus. Me apresuré a responder a su llamada.

—Deberías quedarte aquí —me dijo Bequin, pero me negué con un gesto airado.

—Tengo que hacerlo, Alizebeth.

Alizebeth Bequin tenía por aquel entonces ciento veinticinco años. Todavía seguía tan bella y tan activa como a los treinta años, gracias a una discreta cirugía de implantes potenciadores y a un régimen de sustancias rejuvenecedoras. Los oscuros ojos de su bello rostro, enmarcado por el velo de su vestido de seda almidonada, me miraron fijamente.

—Te matará, Gregor —me dijo.

—Si lo hace, es que ha llegado la hora de que Gregor Eisenhorn muera.

Bequin desvió su mirada hacia el otro extremo de la penumbrosa estancia iluminada por velas, hacia Aemos, pero él se limitó a menear su antigua y modificada cabeza con pesar. El sabía que existían momentos en los que era imposible razonar conmigo.

Bajé a la calle, donde unos fuegos encendidos en bidones iluminaban a unos danzarines que brincaban de un lado a otro. Yo vestía completamente de negro, con un abrigo de cuero negro que me llegaba hasta la suela de las botas.

A pesar de ello, a pesar de las llamas que me rodeaban, tenía frío. El cansancio, junto con la falta de alimento, me calaba hasta los huesos.

Miré a la luna del planeta. Llamaradas de calor alrededor de un corazón negro y frío. Como yo, pensé, como yo.

Habían llamado a un carruaje. Seis equinos pintados, embridados y piafantes, unidos a un lujoso lando. Varios miembros de mi personal esperaban en los alrededores, y se apresuraron a acercarse en cuanto me vieron aparecer en la calle.

Les informé con rapidez. Todos eran buenos, o no habrían llegado hasta donde lo hicieron. Les indiqué a cuatro de ellos con unos pocos gestos que me acompañaran, y envié al resto a cumplir otras órdenes.

Los cuatro escogidos montaron en el carruaje conmigo. Mescher Qus, un antiguo guardia imperial de Vladislav; Arianrhod Esw Sweydyr, la espadachina de Carthae; y Beronice y Zu Zeng, dos mujeres de la Rueca de Bequin.

En el último momento, justo antes de partir, Beronice recibió la orden de salir del carruaje, y Alizebeth Bequin tomó su lugar. Bequin había abandonado el servicio activo a mi lado sesenta y ocho años estándar antes para desarrollar y ponerse al mando de la Rueca, pero incluso así, en algunas ocasiones no confiaba en su gente.

Me di cuenta de que aquélla era una de esas ocasiones, porque Bequin no esperaba que yo sobreviviera y quería estar a mi lado cuando aquello ocurriera. La verdad es que ni yo mismo esperaba sobrevivir.

El carruaje se puso en movimiento con un chasquido de látigo, y recorrimos las calles, esquivando los fuegos ceremoniales y las procesiones con antorchas encendidas.

Ninguno de nosotros habló. Qus cargó y echó un último vistazo a su ametralladora pesada, y comprobó el chaleco de su armadura. Arianrhod desenfundó su sable y comprobó su filo con uno de sus propios cabellos. Zu Zeng, una nativa de Vitria, estaba sentada con la cabeza gacha, con su larga túnica de piezas cristalinas tintineando con el movimiento del carruaje.

Bequin se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué? —le pregunté por fin.

Negó con la cabeza y apartó la vista. La iglesia de San Kiodrus se encontraba en el distrito de las aves acuáticas, cerca del borde exterior de la ciudad y de las llanuras de sal plagadas de reptiles. La oscuridad palpitaba con los sonidos de los insectos.

El carruaje se detuvo en una calle repleta de montones de piedras ennegrecidas, a doscientos metros de la rota silueta de la iglesia. El cielo tenía un color ámbar oscuro. Detrás de nosotros, la ciudad aparecía salpicada por los brillantes puntos de los fuegos. La vecindad no era más que otro puñado de ruinas, que se entregaban lentamente a la voracidad salina de las marismas.

—Garra desea Espina, bestias entusiastas en el interior —dijo Ravenor por el comunicador.

—Espina incide múltiplemente, los filos del disfraz —le contesté. Tenía la garganta seca y rasposa.

—Garra observa movimiento. Petición de sendero Torus, dibujo ébano.

—Dibujo denegado. Dibujo crisol. Espina de rosa desea hiato.

—Confirme.

Hablábamos utilizando Glossia, un código verbal informal conocido tan sólo por los miembros de mi personal. Incluso con un canal de voz abierto, nuestras comunicaciones serían indescifrables para nuestros enemigos.

Ajusté el canal de la unidad de voz.

—Espina desea Aegis, a mí, dibujo crisol.

—Aegis se alza —respondió Betancore, mi piloto, desde lejos—. Dibujo confirmado.

Mi cúter artillado, con su tremenda potencia de fuego, ya se estaba acercando. Miré a los demás, dispersos entre las sombras, mientras desenfundaba mi arma.

—Ha llegado el momento —les dije.

Nos acercamos hacia las siniestras ruinas cubiertas de limo de la iglesia. Se podía sentir un fuerte olor a corrupción húmeda en el aire y todas las superficies estaban cubiertas por capas de sal. Unos cuantos puñados de gusanos se afanaban por devorar lo que encontraban en las piedras, y se retorcían intentando esconderse cuando los iluminábamos con los chorros de luz de nuestras potentes linternas.

Qus marchaba en cabeza, apuntando de un lado a otro con su ametralladora pesada, a la busca de objetivos con el rayo de la mira láser que tenía instalada en la esquina de su ojo izquierdo biónico. Era un hombre fornido, al que le sobresalían los músculos de su arnés de armadura de ceramita. Había pintado su achatado rostro con los colores de su antiguo regimiento, el 90° Vladislavano.

Arianrhod y yo lo seguíamos de cerca. Ella había apagado el brillo de su espada con polvo de ladrillo, pero todavía reflejaba un poco la luz cuando la hacía girar entre sus manos. Arianrhod Esw Sweydyr medía más de dos metros de alto, y era con mucho la humana más alta que jamás he conocido, aunque esa estatura es bastante habitual entre los habitantes de la lejana Carthae. Su cuerpo de largos huesos estaba cubierto por una armadura de cuero y de cuerpo entero, tachonada con remaches de bronce. Todo ello iba cubierto por una larga capa de cuero sin curtir y llena de borlas. Su cabello plateado estaba trenzado y adornado con cuentas de colores. Su espada se llamaba *Barbarizadora* y había sido una posesión de las mujeres de la tribu Esw Sweydyr a lo largo de diecinueve generaciones. Desde el mango tallado hasta la punta de la curvada hoja llena de grabados, el arma medía casi un metro y medio. Larga, delgada,

afilada, como la mujer que la empuñaba. Ya podía sentir la vibración causada por las energías psíquicas que ella le estaba transmitiendo. La mujer y el arma se habían convertido en un mismo ser viviente.

Arianrhod llevaba cinco años como miembro de mi personal, y yo todavía estaba aprendiendo los intrincados pormenores de sus enormes habilidades de combate. En una situación normal, yo habría estado anotando mentalmente todos y cada uno de los detalles de sus métodos de combate, pero estaba demasiado cansado, demasiado agotado por el hambre y la sed.

Bequin y Zu se encontraban en retaguardia, lado a lado. Bequin llevaba puesto su largo vestido negro con el ribete de plumas alrededor de los hombros, y Zu Zeng sus ropajes de cristal vitriano antirreflectante. Estaban a la suficiente distancia como para que su aura de negación de poderes psíquicos no afectara a las habilidades de Arianrhod o a las mías, pero lo bastante cerca como para acudir en nuestra ayuda si era necesario.

La Inquisición (como muchas otras instituciones, augustas o no) conoce desde hace tiempo la utilidad de los intocables, esas escasas almas humanas que no tienen una señal psíquica de ninguna clase y que por tanto pueden interrumpir o hasta anular incluso el ataque psíquico más poderoso. Cuando la conocí en Hubris, un siglo antes, Alizebeth Bequin fue el primer intocable con el que me encontré. A pesar de su presencia inquietante (incluso a las personas sin capacidades psíquicas les cuesta aceptar a los intocables), la había incluido entre los miembros de mi personal y su ayuda había demostrado ser inestimable. Después de muchos años de servicio, se había retirado para formar la Rueca, un grupo de intocables reclutados en todos los rincones del Imperio. La Rueca era un recurso privado de mi propiedad, aunque a menudo les prestaba sus servicios a otros miembros de mi orden. Ya eran unos cuarenta miembros, entrenados y dirigidos por Bequin. Estoy convencido de que la Rueca es en conjunto una de las armas antipsíquicos más potentes de todos los dominios del Emperador.

Las ruinas estaban repletas de sombras y de charcos de sal húmeda. Los escarabajos carroñeros se escurrían arrastrándose por los retratos semiborrados en mosaico de los personajes muertos hacía tiempo y que nos miraban desde los pequeños nichos. Los gusanos lo infestaban todo. El chirrido continuado de los insectos que habitaban las planicies de sal sonaba igual que si alguien estuviese haciendo sonar unas matracas.

Seguimos avanzando y entramos en varios patios interiores y cementerios donde la dejadez había permitido la caída de las lápidas y había dejado al descubierto los huesos sucios de las personas enterradas tiempo atrás en aquel suelo arcilloso. En algunos lugares se podían ver pirámides de cráneos de color marrón que habían sido desenterrados y amontonados así.

Me entristeció ver aquel lugar sagrado en un estado tan tétrico y mancillado. Kiodrus había sido un gran hombre, que había permanecido al lado y había combatido junto al sagrado Beato Sabbat durante su gran cruzada. Pero aquello había sido hacía ya mucho tiempo y en un lugar muy lejano, y su adoración se había desvanecido. Haría falta otra cruzada en los distantes Planetas Sabbat para renovar el interés en él y en sus hechos heroicos.

Qus indicó que nos detuviéramos y señaló los peldaños de una cripta que llevaban bajo tierra. Negué con la mano y señalé a mi vez una pequeña cinta roja colocada bajo una piedra en el primer peldaño. Una señal, dejada por Ravenor, que indicaba que aquél no era un punto de entrada conveniente. Escudriñé la penumbra de las escaleras, y vi lo mismo que él había visto: los cables medio enterrados de un detector de movimiento y lo que parecían ser cargas explosivas de tubo.

Encontramos otras tres entradas como aquélla. Beldame había asegurado bien su guarida.

—Por allí, ¿no cree, señor? —me susurró Qus mientras señalaba las columnas de un claustro ya sin tejado.

Estaba a punto de asentir cuando Arianrhod también susurró.

—*Barbarizado* tiene sed...

La miré. Se dirigía hacia la izquierda, hacia una arcada que se abría en la base del campanario principal. Se movía en silencio, con la espada en alto y empuñada con las dos manos mientras su capa flotaba a su espalda como las alas de un ángel.

Le hice un gesto a Qus y a los demás, y nos situamos detrás de Arianrhod. Desenfundé mi apreciada pistola bólter, regalo del Bibliotecario Brytnoth, del capítulo Guardianes de la Muerte de los Adeptus Astartes, poco antes de la Purga de Izar, casi un siglo antes. Nunca me había fallado.

Los secuaces de Beldame surgieron de la noche. Eran ocho, simples sombras que se desgajaron de la oscuridad que nos rodeaba. Qus empezó a disparar, haciendo saltar hacia atrás una de las sombras que se abalanzaba

sobre él. Yo también abrí fuego, acribillando a nuestros fantasmales oponentes.

Beldame Sadia era una bruja hereje y se había aliado con progenie alienígena. Sentía fascinación por las creencias y las nigromancias de los eldars oscuros, y se había propuesto como meta de su vida asimilar todo aquella maligna herencia cultural alienígena para obtener conocimiento y poder. Era una de los pocos humanos que había logrado mantener pactos de colaboración con las malditas cábalas eldars. Se rumoreaba que había sido iniciada en el culto a Kaela Mensha Khaine, como dios del asesinato, venerado por los eldars renegados.

Como correspondía a semejante lealtad, sólo reclutaba en calidad de servidores a aquellos que habían sido condenados por asesinato. Los hombres que nos atacaron en aquel patio yermo eran simples asesinos, envueltos por pantallas de sombras que ella les había comprado, pedido prestadas o robado a sus aliados inhumanos.

Uno de ellos me atacó con una gran alabarda y le volé la cabeza. Por poco. Mi cuerpo estaba muy cansado y mis reflejos eran condenadamente lentos.

Vi a Arianrhod. Se trataba poco más que de un borrón danzarín, con su cabello lleno de cuentas de cristal sobresaliendo por encima de su revoloteante capa. *Barbarizadora* ronroneaba entre sus manos.

Le cortó el cuello a una de las sombras con un mandoble de revés, y luego efectuó una pirueta y partió en dos a otro desde el cuello hasta la pelvis. Su arma se movía con tanta rapidez que apenas podía verla. Dio un fuerte pisotón y cambió la dirección en la que se movía, provocando que una tercera sombra fallase su disparo. Su cabeza saltó por los aires mientras la espada continuaba su estocada y atravesaba a un cuarto individuo sin interrumpir su fluido movimiento. Después, Arianrhod giró sobre sí misma, con la espada empuñada horizontalmente sobre su hombro derecho. El mango de acero de la alabarda de la quinta sombra quedó cortado en dos trozos, y el individuo retrocedió a trompicones. *Barbarizadora* efectuó una figura en forma de ocho en el aire y otra sombra cayó, cortada en varios trozos.

El último esbirro se dio la vuelta y echó a correr. Un disparo de la pistola láser de Bequin lo abatió.

Empecé a sentir un latido en la sien y me di cuenta de que tenía que sentarme o me desmayaría. Qus me agarró por el brazo y me ayudó a

sentarme en un bloque de piedra caído.

—¿Gregor?

—Estoy bien, Alizebeth... Sólo necesito un momento...

—¡No deberías haber venido, viejo loco! ¡Deberías haberles dejado todo este asunto a tus discípulos!

—Alizebeth, cállate.

—No pienso hacerlo, Gregor. Ya va siendo hora de que sepas cuáles son tus límites.

Levanté los ojos para mirarla.

—No tengo límites —le dije.

Qus lanzó una carcajada involuntaria.

—Yo le creo, señorita Bequin —dijo Ravenor mientras salía de las sombras.

Que el Emperador maldiga su sigilo. Ni siquiera Arianrhod sintió cómo se acercaba. Tuvo que obligar a bajar a su propia espada para no rebanarle el cuello.

Gideon Ravenor era una pizca más bajo que yo, pero era fuerte, de constitución robusta. Tan sólo tenía treinta y cuatro años. Su largo cabello negro estaba recogido en una cola de caballo que dejaba al descubierto su cara angulosa y de pómulos altos. Llevaba un mono gris ceñido al cuerpo y un largo abrigo de cuero. El pequeño cañón psíquico que llevaba montado en el hombro izquierdo vibró y chasqueó al girar para apuntar a Arianrhod.

—Cuidado, espadachina —le dijo—. Mi arma te tiene en el punto de mira.

—Y me seguirá teniendo ahí cuando tu cabeza ruede por el suelo —le contestó ella.

Ambos se echaron a reír. Yo sabía que eran amantes desde hacía un año, pero en público seguían metiéndose el uno con el otro y lanzándose pullas.

Ravenor chasqueó los dedos, y su compañero, el mutante Gonvax, salió tambaleándose y arrastrando los pies de su escondrijo, mientras la baba caía por sus gruesos y malformados labios. Llevaba un lanzallamas, y los depósitos de combustible estaban atados con correas a la joroba de su deformada espalda.

Me puse en pie.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté a Ravenor.

—A Beldame... y una vía de entrada —me respondió.

La guarida de Beldame Sadia se encontraba en el sacrarium situado bajo la capilla principal de la iglesia. Ravenor la había explorado con detenimiento, y había descubierto un punto de entrada por una de las criptas rotas que quizá ni siquiera Beldame conocía.

Mi respeto por Ravenor crecía día a día. Jamás había tenido un discípulo como él. Sobresalía en casi todas las habilidades que un inquisidor debía poseer. Deseaba que llegara el día en que tuviera que apoyar su petición de ascenso al rango de inquisidor. Se lo merecía. La Inquisición necesitaba hombres como él.

Entramos en la cripta en fila india siguiendo a Ravenor. Nos señalaba con cuidado todos y cada uno de los pozos y rocas sueltas que había. El hedor a sal y a huesos viejos era insoportable, y me sentí cada vez más débil en aquel ambiente cerrado y caluroso.

Salimos a un pasillo de piedra que se asomaba desde lo alto a una amplia cámara subterránea. Unas lámparas de aceite chisporroteaban en la oscuridad y el aire apestaba a hierbas secas y a asquerosos ungüentos.

Unos cuantos seres estaban efectuando ritos de adoración en aquella cámara. Adoración es la única palabra que puedo utilizar. Desnudos, con el cuerpo embadurnado de sangre, veinte depravados humanos llevaban a cabo un ritual de los eldars oscuros alrededor de un potro de tortura al que habían encadenado a un hombre destrozado.

El hedor a sangre y a excrementos me asaltó. Intenté no vomitar, porque sabía que el esfuerzo haría que me desmayara.

—Allí, ¿lo ves? —me susurró Ravenor al oído mientras nos arrastrábamos hasta el final del pasillo.

Distinguí una silueta cadavérica en las sombras más lejanas.

—Un hemónculo, enviado por la Cábala de la Bruja Destructora para observar las prácticas de Beldame.

Intenté verla con mayor detalle, pero la silueta estaba demasiado metida en las sombras.

Pude discernir unos dientes afilados y una especie de arma de filo alrededor de la mano derecha.

—¿Dónde está Pye? —preguntó Bequin, también en un susurro.

Ravenor negó con la cabeza. Luego me agarró del brazo y apretó con la mano. Ni siquiera era posible volver a susurrar.

Beldame en persona había entrado en la estancia.

Caminaba sobre ocho patas arácnidas, sobre un enorme chasis potenciador de movimiento que se deslizaba sobre las piedras. El Inquisidor Atelath, que el Emperador lo haya acogido en su seno, destruyó sus verdaderas piernas originales ciento cincuenta años antes de mi nacimiento.

Llevaba el rostro cubierto con un velo de gasa negra que tenía todo el aspecto de una telaraña. Pude sentir su maldad como un sudor frío pero febril sobre mi cuerpo.

Se detuvo al lado del potro de tortura, se levantó el velo con sus viejas y resecas manos y le escupió a la víctima que tenía a sus pies. Era un veneno, segregado por unas glándulas implantadas en su boca detrás de sus colmillos artificiales. El fluido viscoso le dio de lleno a la víctima del sacrificio en toda la cara y gorgoteó de forma lastimosa mientras agonizaba por la acción del veneno, que le corroyó todo el rostro, el cráneo, y el cerebro.

Sadia comenzó a hablar, con voz baja y sibilante. Utilizó la lengua de los eldars oscuros y sus acompañantes desnudos se retorcieron y gimieron.

—Ya he visto bastante —susurré—. Es mía. Ravenor, ¿puedes encargarte del hemónculo?

Asintió.

Di la señal y nos lanzamos al ataque saltando desde la galería y disparando nuestras armas. Varios adoradores cayeron acribillados por los disparos del arma pesada de Qus.

Arianrhod cargó contra el hemónculo aullando su ululante grito de guerra de Carthae, adelantándose a Ravenor.

Me di cuenta de que me había forzado demasiado a mí mismo. Cuando caí en el suelo, me sentí mareado.

Sadia Beldame se lanzó aullando a por mí, con sus arácnidas patas metálicas haciendo saltar chispas del suelo de piedra mientras se levantaba de nuevo el velo para escupirme a mí.

De repente, retrocedió tambaleante al recibir el ataque combinado de Bequin y de Zu Zeng, situadas cada una a un lado de ella.

Se recuperó y le disparé, e hice saltar en pedazos una de las patas de su armazón artificial.

Me escupió de todas maneras, pero falló. El veneno comenzó a burbujear y a sisear sobre las frías piedras situadas entre mis dos pies.

—¡Inquisición Imperial! —aullé—. ¡En nombre del Santo Emperador, tú y los tuyos sois acusados de traición y de falta de fe!

Alcé mi arma. Se abalanzó sobre mí. Su enorme peso me hizo caer.

Una de sus patas metálicas me atravesó el muslo izquierdo. Sus colmillos de acero, curvados como agujas curvadas, quedaron a pocos centímetros de mi cara. Pude verle los ojos con claridad, por un instante, y eran negros y sin ningún asomo de cordura.

Me escupió.

Retorcí la cabeza hacia un lado para esquivar el salivazo corrosivo y le disparé a bocajarro con la pistola bólter.

El impacto la hizo saltar por los aires hacia atrás, los cuatrocientos quilos de vieja bruja y de implantes biónicos.

Rodé sobre mí mismo.

El hemónculo se lanzó de frente contra el ataque de Arianrhod, con la guja afilada, aquella especie de hoja de hacha que rodeaba su mano derecha, y aulló cuando la hoja alienígena comenzó a girar. Era un individuo delgado como un palo, que iba vestido con un mono de cuero ajustado y de un color negro brillante. Su sonrisa era una consecuencia ininterrumpida del modo en que la piel blanca y deslustrada de su cara había sido estirada hacia la parte trasera del cráneo con dos ganchos. Lucía bastantes joyas metálicas fabricadas a partir de las armas de los enemigos a los que había matado.

Pude oír a Ravenor gritar el nombre de Arianrhod.

Barbarizadora cortó el aire ante el monstruo eldar que se le aproximaba, pero él logró esquivarlo, con una velocidad corporal increíble.

Ella atacó de nuevo, lanzando dos mandobles perfectos y letales que fallaron por completo. El hemónculo la hizo retroceder entre una lluvia de gotas de sangre. Por primera vez en todo el tiempo que la había conocido, oí a Arianrhod gritar de dolor.

Unas llamas inundaron la estancia. Gonvax avanzó tambaleante, siempre leal a su señor... y a la amante de su señor. Intentó abrasar al hemónculo con el lanzallamas, pero, de repente, su objetivo se colocó detrás de él. Gonvax lanzó un aullido de dolor cuando la guja blandida por el hemónculo lo destripó.

Arianrhod lanzó a su vez un aullido de desafío y cargó de nuevo contra el eldar oscuro. La vi por un momento, inmóvil en mitad del salto,

con su espada descendiendo en arco. Un instante después, los dos cuerpos chocaron entre sí, y se separaron brutalmente.

La espada había cortado de cuajo el brazo izquierdo del eldar a la altura del hombro. Pero el arma alienígena...

Sabía que estaba muerta. Nadie podría haber sobrevivido a aquello, ni siquiera una noble espadachina de la lejana Carthae.

Bequin estaba intentando levantarme.

—¡Gregor! ¡Gregor!

Beldame Sadia, con su armazón arácnida cojeante, huía hacia las escaleras.

Algo explotó a mi espalda. Pude oír a Ravenor aullar de rabia y de dolor.

Empecé a correr en pos de Beldame.

La capilla superior, situada al nivel del suelo, estaba fría y en silencio. Las luces de la Noche Oscura se filtraban a través de las grietas de las vidrieras sucias.

—¡Sadia, no podrás escapar! —grité, pero mi voz sonó débil y cascada.

La discerní cuando corrió entre las columnas situadas a mi izquierda. Una sombra entre otras sombras.

—¡Sadia! ¡Sadia, vieja bruja, me has matado! ¡Pero tú morirás a mis manos!

A mi derecha, otra sombra correteante, apenas visible. Avancé hacia allí.

Me apuñalaron con fuerza por la espalda, entre los omóplatos. Me di la vuelta mientras caía de rodillas, y vi el rostro enloquecido de Pye, el envenenador de Sadia. Bailaba y reía fuera de sí, dando saltos, con una gran jeringa en cada mano.

—¡Muerto! ¡Muerto, muerto, muerto, muerto, muerto! —repetía con voz atiplada.

Me había inyectado la segunda parte del veneno binario.

Me derrumbé por completo mientras mis músculos se agarrotaban por momentos.

—¿Qué tal te sientes, inquisidor? —me dijo Pye entre carcajadas a la vez que se me acercaba dando saltos festivos.

—Que el Emperador te maldiga —dije con voz entrecortada, y le disparé en plena cara.

Me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento, Sadia Beldame me tenía agarrado por el cuello y me estaba sacudiendo.

—¡Quiero que estés despierto! —dijo siseando con el velo levantado, mientras las glándulas venenosas hinchaban sus arrugadas mejillas—. ¡Quiero que estés despierto para que puedas sentir esto!

Su cabeza explotó en una lluvia de esquirlas de hueso y trozos de tejido. El aparato arácnido comenzó a moverse de forma convulsiva y me lanzó por los aires a través de la capilla. Siguió estremeciéndose y agitándose durante un minuto, con el cuerpo danzando espasmódicamente al compás, antes de desplomarse definitivamente en el suelo.

Yo había quedado boca abajo en el suelo, e intenté darme la vuelta, pero el efecto cada vez más fuerte del veneno me debilitaba a cada segundo.

Me debilitaba a pasos agigantados.

Unos enormes pies entraron en mi campo de visión. Eran pies de una armadura, recubiertos de ceramita.

Volví la cabeza como pude y miré hacia arriba.

El cazador de brujas Tantalid estaba de pie delante de mí, enfundando la pistola bólter que había utilizado para matar a Beldame Sadia. Estaba protegido por una armadura de combate con incrustaciones doradas, y con los pendones del Ministorum ondeando en su placa dorsal.

—Eres un hereje maldito, Eisenhorn. Y reclamo tu vida.

Tantalid, no, pensé mientras perdía de nuevo la conciencia.

Tantalid no. En aquel momento, no.

DOS

Algo típico de Betancore
Mi caída
La convocatoria

A partir del momento en que perdí la consciencia a los pies de Tantalid, el feroz cazador de brujas, no supe nada más hasta que me desperté veintinueve horas después, a bordo del cúter artillado. No recuerdo nada de los siete intentos de hacerme revivir, de los masajes cardíacos, de las dosis de antídotos inyectados directamente en el músculo cardíaco, de la lucha para traerme de nuevo a la vida. Me enteré de todo ello más tarde, mientras me recuperaba lentamente. Estuve bastantes días tan débil como un cachorro de gato.

Sobre todo, no supe el modo en que habían impedido que Tantalid lograra su objetivo. Bequin me lo contó, un día o dos después de mi despertar definitivo. Había sido algo típico de Betancore.

Alizebeth me había seguido de cerca por las escaleras del sacrarium, y había llegado justo a tiempo para ver la aparición de Tantalid. Lo había reconocido en el acto. El cazador de brujas era famoso en todo el subsector.

Estaba a punto de matarme mientras yo yacía inconsciente a sus pies, en medio de un choque anafiláctico por el veneno que me recorría las venas.

Ella lanzó un grito mientras manoteaba para desenfundar sus armas.

Justo entonces, una luz, blanca, cegadora, atravesó las vidrieras de los ventanales. Se escuchó un rugido ensordecedor. Mi cúter artillado, con sus focos encendidos a toda potencia, se alzó y se quedó flotando sobre las ruinas de la capilla, iluminado la noche. Bequin adivinó lo que iba a suceder a continuación, así que se echó inmediatamente al suelo.

La voz de Betancore resonó por el altavoz de la aeronave armada.

—¡Inquisición Imperial! ¡Aléjese ahora mismo del inquisidor!

Tantalid miraba de reojo y con los párpados entrecerrados la brillante luz, con su fibroso cuello ladeado dentro del inmenso caparazón de su armadura.

—¡Agente del Ministorum! —gritó como respuesta, con su voz amplificada por la unidad de voz de su armadura—. ¡Atrás! ¡Atrás ahora mismo! ¡Este hereje es mío!

Bequin sonrió cuando oyó la respuesta de Betancore.

—Nunca discutas con un cúter artillado, capullo.

Los servidores esclavizados en las puntas romas de las alas abrieron fuego, acribillando la capilla con proyectiles de cañón automático. Todas las ventanas de cristales coloreados saltaron en pedazos, las estatuas quedaron decapitadas, las baldosas quedaron agujereadas y destrozadas. Tantalid, que recibió al menos un impacto, cayó hacia atrás, entre el polvo y los restos. Su cuerpo no apareció, así que supusimos que el cabrón había sobrevivido. Pero había sido lo bastante listo como para escapar.

Mi cuerpo no había sufrido daño alguno, aunque toda la capilla a mi alrededor había quedado acribillada a balazos.

La típica chulería de Betancore. La típica habilidad de Betancore.

La muchacha era igual que su puñetero padre.

—Hazla venir —le dije a Bequin mientras permanecía tumbado en mi camastro, medio muerto y sintiéndome fatal.

Medea Betancore entró pocos minutos después. Al igual que su padre, Midas, iba vestida con la indumentaria negra con ribetes rojos propia de los pilotos de caza de Glavia, y también llevaba puesta con orgullo la chaqueta corta con bordados de su padre.

Su piel, como la de Midas, como la de todos los glavianos, era oscura. Me sonrió.

—Te debo una —le dije.

Ella negó con la cabeza.

—No ha sido nada que no hubiera hecho mi padre —me respondió mientras se sentaba a los pies de mi catre—. Bueno, él habría matado a Tantalid —dijo después de pensar unos instantes.

—Era mejor tirador.

De nuevo apareció aquella sonrisa, dientes blancos como perlas rodeados por una piel de ébano.

—Sí, sí que lo era.

—Pero tú ya sirves —le dije con una sonrisa. Me saludó militarmente y se marchó.

Midas Betancore llevaba muerto veintiséis años. Todavía lo echaba de menos. Bequin y Aemos eran mis aliados, y les confiaba mi vida, pero Midas...

Que el Emperador haga pudrir el alma de Fayde Thuring para toda la eternidad. Que el Emperador me guíe hasta Fayde Thuring para que Medea y yo podamos vengar la muerte de Midas.

Medea no había conocido a su padre. Nació un mes después de su muerte. Su madre la crió en Glavia, y se puso a mi servicio por casualidad. Yo era su padrino, una promesa que le hice a Midas. Obligado por ello, visité Glavia en su ascensión al grado de adulta, y la vi gobernar la canoa de proa larga a través de los rápidos de vórtice de las Colinas Hinchadas durante los Ritos de la Mayoría de Edad. Un solo vistazo a sus habilidades me convenció del todo.

Arianrhod Esw Sweydyr había muerto. También Gonvax y Qus estaban muertos. La batalla en el sacrarium había sido feroz. Ravenor había matado al enloquecido hemónculo, pero sólo después de que casi le hubiera destripado a él mismo y que le hubiera arrancado la oreja derecha a Zu Zeng.

Gideon Ravenor se encontraba bajo cuidados intensivos en el hospital de la capital de Lethe. Lo recogeríamos en cuanto se encontrara fuera de peligro.

Me pregunté cuánto tardaría. Me pregunté cómo le ocurriría. Había amado a Arianrhod, la había amado con todas sus fuerzas. Recé para que su pérdida no le hiciera encerrarse en sí mismo.

Sentí enormemente la pérdida de Qus y de la espadachina. Qus llevaba conmigo diecinueve años. Aquella Noche Oscura en la capilla me había arrebatado tanto.

Qus fue enterrado con todos los honores en el Cenotafio Conmemorativo de la Guardia Imperial en Lethe Mayor. Arianrhod fue incinerada en las colinas desnudas situadas al oeste de las llanuras de sal. Yo estaba demasiado débil para asistir a ninguna de las dos ceremonias.

Aemos me trajo a *Barbarizadora* después de la incineración. Envolví la gran espada con un paño grueso y luego con un gran pañolón de seda. Sabía que mi deber era devolverlo a los ancianos de la tribu de los Esw Sweydyr, en el planeta Carthae, en poco tiempo, pero aquello significaría

un viaje de al menos un año. No tenía tiempo. Coloqué la espada envuelta en tejidos protectores dentro de mi arcón.

Apenas cabía.

Mientras me recuperaba lentamente, pensé en Tantalid. Arnaut Tantalid había ascendido desde el grado de confesor militante en la Misionaría Galaxia, setenta años atrás, hasta convertirse en uno de los cazadores de brujas más temidos y despiadados del Ministorum. Al igual que muchos de los suyos, seguía las enseñanzas de Sebastian Thor con una precisión implacable que rayaba la obsesión enfermiza.

Para la mayor parte de la gente común del Imperio, sería muy poco alivio poder escoger entre un inquisidor del Ordo Xenos, como yo, y un cazador de brujas de la Eclesiarquía como Tantalid. Ambos perseguimos la oscuridad maldita que amenaza a la humanidad; ambos somos seres que infundimos miedo y temor; ambos somos, al parecer, juez y jurado.

Por mucho que nos pareciéramos en ciertos aspectos, no podíamos ser más diferentes. Estoy convencido de que el Adeptus Ministorum, la vasta organización del Imperio encargada del mantenimiento de la fe y de la adoración, debería concentrar toda su atención en la divulgación de la verdadera iglesia del Dios-Emperador y dejar la persecución de los herejes en manos de la Inquisición. Habíamos tenido choques a menudo por defender nuestras respectivas jurisdicciones. Que yo sepa, han existido al menos dos guerras de fe en el último siglo que han sido provocadas y mantenidas por esa rivalidad.

Tantalid y yo nos habíamos enfrentado otras dos veces antes de encontrarnos en Lethe. Cinco décadas antes, en Mundo Bradell, discutimos sobre el suelo de mármol de un juzgado del sínodo, defendiendo el derecho de cada uno a extraditar al psíquico Elbone Parsuval. En aquella ocasión, Tantalid triunfó, en buena parte gracias a la mentalidad estrictamente thoriana de los ancianos del Ministorum de Mundo Bradell.

Luego, ocho años más tarde, nuestros caminos se cruzaron de nuevo en Kuuma. El odio fanático de Tantalid (yo diría que incluso se trataba de miedo) hacia las personas con poderes psíquicos era tremendo ya por aquel entonces. Yo no ocultaba el hecho de que utilizaba las capacidades de los psíquicos para llevar a cabo mi labor, ni que había adeptos psíquicos entre mi personal, ni que yo mismo había desarrollado mis habilidades psíquicas a lo largo de los años. Estoy en mi derecho como portador autorizado del sello de la Inquisición.

En mi opinión, él no era más que un fanático de mente cerrada con ciertas tendencias psicóticas. Yo para él no era más que un engendro descendientes de brujos y un hereje.

No discutimos en Kuuma. Más bien libramos una pequeña guerra. Duró toda una tarde, y tuvo como escenario las calles de la ciudad oasis de Unat Akim.

Veintiocho psíquicos latentes, ninguno mayor de catorce años, habían sido captados entre la población de la capital de Kuuma, y los habían reunido antes de que llegaran las Naves Negras. Eran reclutas, un bien precioso, sin mácula alguna y preparados para ser adiestrados por el Adeptus Astropathicus hasta convertirlos en leales siervos del Dios-Emperador. Quizás algunos de ellos tuvieran el inmenso honor de unirse al coro del Astronomicón. Estaban confundidos y amedrentados, pero aquélla era su salvación.

Era mejor que los hubieran encontrado a una edad tan temprana y que se pusieran al servicio del Imperio en vez de que permanecieran sin ser descubiertos y acabaran mancillándose, corrompiéndose y se convirtieran en una amenaza para nuestra sociedad.

Sin embargo, antes de que llegaran las Naves Negras para recogerlos, fueron secuestrados por unos esclavistas renegados que actuaban en complicidad con algunos funcionarios corruptos del Administratum local. Se puede conseguir mucho dinero en el mercado negro por los esclavos psíquicos vírgenes y sin registrar.

Seguí el rastro de los esclavistas por el mar de dunas hasta Unat Akim para liberar a los jóvenes. Tantalid hizo lo mismo con la intención de eliminarlos por ser brujos.

Cuando acabó el combate, había logrado expulsar al cazador de brujas y a sus cohortes, la mayoría de ellas compuestas por soldados a pie de la Frateris Militia, de la ciudad oasis. Dos de los jóvenes psíquicos murieron en el intercambio de disparos, pero logramos entregar a salvo a los otros en manos del Astropathicus.

Tantalid después de huir de Kuuma para lamerse las heridas, intentó que me declararan hereje, pero las acusaciones pronto fueron rechazadas. En aquellas fechas, el Ministorum no tenía ningún deseo de enfrentarse a sus aliados de la Inquisición.

Lo esperaba, incluso sabía, que Tantalid volvería a incordiarme. Ya se trataba de una cuestión personal, una de esas que, como fanático, se fijaría

en la mente y acabaría convirtiendo en un deber sagrado.

Sin embargo, lo último que había oído sobre él era que se encontraba al mando de una misión de la Eclesiarquía en el subsector ofidiano en apoyo de la Campaña de Purga que se libraba allí, y que ya duraba cien años.

Me pregunté qué lo habría llevado a Lethe Once en un momento tan inoportuno.

Cuando pude ponerme de nuevo en pie, dos semanas más tarde, la Noche Oscura había terminado y ya sabía la respuesta, aunque no con todos los detalles concretos, sí al menos en términos generales,

Estaba dando un paseo apoyado en un bastón por las estancias de la mansión privada que había alquilado en Lethe Mayor cuando Aemos me dijo lo que había ocurrido. La gran Campaña Ofidiana había concluido.

—Un gran éxito —me dijo—. La última batalla tuvo lugar en Dulsene hace ya cuatro meses, y el Señor de la Guerra ha declarado que todo el subsector ha sido purificado. Una gran victoria, ¿verdad?

—Sí. Eso creo. Les ha llevado bastante tiempo.

—Gregor, Gregor... Incluso con una fuerza tan grande como las bendita Flota de Combate Scarus, ¡el sometimiento de todo un subsector es una tarea inmensa! ¡Qué tardasen casi un siglo no es nada! La pacificación del subsector Extempus costó cuatrocientos años y...

Se calló un instante.

—me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Asentí. Era muy fácil picarlo.

Aemos meneó la cabeza y dejó caer su viejo cuerpo en una de las sillas de cuero.

—Por lo visto, sigue vigente la ley marcial, y se han establecido gobiernos provisionales en los mundos clave, pero el Señor de la Guerra en persona está regresando con el grueso de la flota en completo triunfo, y va a volver a pisar este subsector por primera vez en cien años.

Me quedé de pie al lado de las ventanas abiertas, mirando desde la primera planta de la mansión los tejados grises de Lethe Mayor, que parecían cubrir las colinas del Valle de Tito como el pellejo escamoso de algún reptil prehistórico. El cielo tenía una tonalidad muy clara, y soplaba una ligera brisa. Era casi imposible imaginarse aquel lugar asediado por las asquerosas sombras permanentes de la Noche Oscura.

Al menos, ya sabía, quizás, el motivo del regreso de Tantalid. La guerra en Ofidi a había acabado, y su sagrada misión con ella.

—Recuerdo el día en que partieron. ¿Y tú?

Era una pregunta tonta. Mi sabio era un adicto a los datos, obligado desde los cuarenta y dos años a obtener y conservar toda clase de información gracias a un mnemovirus que había contraído. No existía posibilidad alguna de que olvidara algo. Se rascó un lado de su ganchuda nariz, justo donde las grandes piezas oculares biónicas se tocaban.

—¿Cómo podríamos ninguno de nosotros olvidar aquello? —me contestó—. Era el verano de 240. Perseguimos al clan Glaw en Gudrun durante la mismísima Fundación.

De hecho, habíamos sido en buena parte el motivo del retraso del comienzo de la Campaña Ofidiana. El Señor de la Guerra, o Comandante General Militar en aquellos tiempos, estaba completamente preparado para iniciar su purga de! subsector ofidiano cuando mi investigación sobre la familia herética Glaw provocó un levantamiento masivo que más tarde fue conocido como el Cisma Helicano. Para su sorpresa y disgusto, el Señor de la Guerra se vio obligado a redirigir a sus fuerzas a la pacificación de su propio subsector.

El Señor de la Guerra Honorius. Honorius Magnus lo llamaban. Nunca lo conocí personalmente, ni tampoco es que lo deseara. Un hombre brutal, como lo son tantos de su clase. Es necesaria una mentalidad especial, una brutalidad especial, para aplastar planetas enteros con su población.

—Se va a llevar a cabo un gran Jubileo en Tracian Primaris —me dijo Aemos—. Una Sagrada Novena proclamada por el Sínodo de la Alta Eclesiarquía. Se rumorea que el Señor Comandante Imperial Helicano en persona asistirá, y en concreto, para investir al Señor de la Guerra con el rango de Protector Feudal.

—Estoy seguro de que estará encantado. Otra gruesa medalla que tirarle a sus subalternos cuando se cabree.

—No te apetecerá ir, ¿verdad?

Lancé una carcajada. La verdad es que había pensado en regresar a la capital del subsector helicano dentro de poco. Tracian Primaris, el mundo más grande industrializado y poblado de todo el subsector, le había arrebatado a Gudrun la condición de planeta capital tras la desgracia y el fomento del Cisma, y así había logrado por fin la preeminencia que sus

habitantes creían merecía desde hacía tiempo por su tamaño y poder. Ya era el principal planeta imperial de aquella región.

Había mucho trabajo por hacer, informes que archivar y presentar, y podía hacer todo aquello mucho mejor si regresaba a mi centro de operaciones en Tracian, a una vivienda que tenía cerca del Palacio de la Inquisición. Pero Tracian Primaris me gustaba muy poco. Era un lugar horroroso, y sólo tenía mi cuartel general allí por conveniencia. La idea de toda aquella pompa y ceremonia y festivales me llenó de un tranquilo rechazo.

Pensé que quizá debería ir a Mesina en vez de eso, o a la tranquilidad de Gudrun, donde mantenía una pequeña y cómoda propiedad.

—La Inquisición va a asistir en gran número. El mismo Lord Rorken en persona...

Hice un leve gesto negativo con la mano en dirección a Aemos.

—¿Te atrae todo eso?

—No.

—¿No podemos aprovechar el tiempo de una manera mejor? ¿Acelerando ciertos asuntos? ¿Ciertos problemas que se solucionarían con mucha mayor facilidad lejos de esas distracciones tan pomposas?

—Desde luego —me contestó.

—Entonces, creo que ya sabes lo que pienso.

—Creo que sí, Gregor —me dijo mientras se ponía en pie y metía una mano en uno de los bolsillos de su túnica verde—. Así que estoy completamente preparado para el hecho de que vas a insultarme en cuanto te dé esto.

Sostenía una placa de datos pequeña, uno de aquellos mensajes cifrados cuyos contenidos eran recibidos y almacenados por los astrópatas.

En la parte frontal pude ver estampado el sello oficial de la Inquisición.

Tres

Mundo capital
La Casa del Océano
Intrusos, del pasado y del presente

Tracian Primaris, mundo capital del subsector helicano, sede del gobierno, subsector helicano, Sector Scarus, Segmentum Obscuras. Puedes leer esa descripción en cualquiera de los cientos de miles de guías, mapas geográficos, manuales de historial imperial, libros de peregrinos, registros industriales, directorios comerciales y mapas estelares. Suena impresionante, autoritario, poderoso.

No hace justicia al monstruo que describe.

He conocido lugares infernales y planetas letales que desde el espacio tienen un aspecto tranquilo y paradisíaco: los colores pastel de su atmósfera, sus relucientes lunas y sus cinturones de asteroides que asemejan joyas engarzadas, las maravillas naturales que engañan sobre los peligros que encierran.

Tracian Primaris no engaña a nadie. Desde el espacio brilla como un ojo supurante con cataratas. Es grande, hinchado más bien, cubierto por velos grises de contaminación industrial a través de los cuales brillan los millones y millones de luces de las ciudades colmena, pero como si fueran estrellas putrefactas. Mira de modo siniestro a todas las naves que se aproximan.

¡Ah, pero las naves se acercan! Cardúmenes de naves, bandadas enteras, incontables mercantes, atraídos por el atractivo de su enorme riqueza industrial y de su vigor mercantil.

No tiene satélites, bueno, ninguno natural. Sobre su atmósfera se ciernen cinco fortalezas estelares de la clase *Ramillies*, con sus torres almenadas y sus baterías artilleras que protegen el acceso y la salida del mundo capital. Existe un gremio muy dedicado de cuarenta mil pilotos que tiene como única función guiar el tráfico de entrada y de salida de las abarrotadas vías de paso. Posee una fuerza de defensa planetaria, un

ejército de ocho millones de hombres. Tiene una población de veintidós mil millones de personas, más una población flotante de tránsito de otros mil millones entre residentes temporales y visitantes. Siete décimas partes de su superficie están cubiertas por las estructuras de colmena, incluidas grandes extensiones de sus océanos originales. Las ciudades en expansión llenan y cubren los mares, y las olas baten en la oscuridad, muy por debajo.

Detesto el lugar. Detesto las calles sin luz, el ruido, los apretujones de la muchedumbre. Detesto el hedor del aire reciclado. Detesto la suciedad grasienta transportada por las partículas del aire y que se adhieren a la ropa y a la piel.

Pero el destino y el deber me hacen regresar una y otra vez.

La misiva inquisitorial encriptada lo dejaba bastante claro: yo, y conmigo, muchos otros compañeros de la Inquisición, debíamos viajar hasta Tracian Primaris para asistir a la Sagrada Novena, y quedar a disposición del Gran Maestre Inquisidor libertino Orsini. Orsini era el agente de la Inquisición con mayor rango de todo el subsector helicano, lo que le otorgaba el mismo rango y poder que cualquier cardenal palatino.

No podía rechazar una invitación semejante.

El viaje desde Lethe Once duró un mes, y me llevé a todo mi equipo conmigo. Llegamos justo cuatro días antes de que comenzara la Novena. Mientras la pequeña nave piloto nos guiaba hasta nuestro punto de anclaje a través de las inmensas filas de naves estelares, vi las oscuras siluetas de los escuadrones de la Flota de Combate Scarus. Sus naves estaban conectadas a las fortalezas, como si fueran bebés mamando de su nodriza. Era su triunfal y heroico regreso al hogar. Se podía sentir la victoria en el aire. Un triunfo imperial de aquella magnitud era algo que debía saborearse y disfrutar, algo que el Ministorum podría utilizar para aumentar la moral de los ciudadanos comunes.

—Su itinerario ya está preparado —me dijo Alan von Baigg, un joven interrogador que me servía en funciones de secretario. Estábamos a bordo del cúter artillado, y descendíamos hacia la superficie planetaria.

—Ah, ¿y quién me lo ha organizado?

Se quedó callado. Von Baigg era un joven apocado y poco despierto, y yo dudaba mucho de que jamás lograra alcanzar el rango de inquisidor. Lo había admitido en mi personal con la esperanza de que el servicio junto a Ravenor quizá lo inspirara. No había sido así.

—Yo suponía que la preparación de mi itinerario debería haberse hecho teniendo en cuenta mis opiniones.

Von Baigg tartamudeó algo. Tomé de sus manos la placa de datos. Vi que la lista de citas y celebraciones no había sido cosa suya. Se trataba de un documento oficial, elaborado por la nunciatura del Ministorum en colaboración con la Oficina de la Inquisición. Mi horario para cada uno de los nueve días de la ceremonia estaba repleto de audiencias, actos de adoración, festivales, presentaciones y ritos del Ministorum. Los nueve días por completo, más unos cuantos días anteriores y otros cuantos posteriores.

¡Había ido, maldición! Había obedecido la convocatoria. No estaba dispuesto a someterme a todas aquellas pérdidas de tiempo. Tomé una pluma y marqué con rapidez los actos a los que estaba dispuesto a acudir: los ritos formales, la audiencia inquisitorial, el Gran Nombramiento

—Ahí tienes —le dije mientras se lo devolvía tirándoselo a las manos —. El resto me lo voy a saltar.

Von Baigg pareció sentirse incómodo.

—Se le espera en el Cónclave Postapostólico tan pronto como llegue.

—Tan pronto como llegue —le dije con voz severa—, regreso a mi hogar.

Mi hogar, para mí, estaba en la Casa Océano, una residencia privada que tenía alquilada en uno de los barrios más selectos de la Colmena Setenta. En muchos mundos colmena, los ricos y los privilegiados viven en los distritos superiores del extremo de cada ciudad alejados todo lo que pueden de la suciedad y de la multitud de los niveles medios y bajos. Pero en Tracian Primaris, no importa lo mucho que subas, no encuentras más que contaminación y nubes sucias.

En vez de eso, los habitantes más privilegiados viven en la parte inferior de las ciudades colmena, que se extiende por encima y hacia el interior de los mares ocultos. Al menos, allí existe tranquilidad.

Medea Betancore pilotó nuestro cúter artillado a través de la atmósfera repleta de tráfico, abriéndose paso entre las cúpulas cursis y deslucidas, las torres tétricas, los mástiles oxidados y las agujas rotas de los edificios, y luego se unió a las atestadas columnas de vehículos aéreos que entraban en el túnel que daba acceso al sistema de tránsito de las ciudades colmena.

Los tubos de luz azul blanquecina instalados en las paredes del enorme túnel parpadeaban a través de las portillas de nuestro vehículo. Tardamos una hora en llegar a un gran centro de tránsito, tres kilómetros por debajo de la superficie de la ciudad, donde Medea aparcó el cúter en una gigantesca plataforma elevadora que nos llevó lentamente a nosotros y a otra docena de vehículos hacia los subniveles de la Colmena Setenta. El cúter fue instalado en un transportador privado y viajamos por túnel-raíl durante la última parte del trayecto hasta los hábitats marítimos.

Ya estaba cansado y harto de Tracian Primaris cuando llegamos a la Casa del Océano.

La Casa del Océano, construida a base de una estructura de adamita y con bloques de grandiorita sellados con plasma, era una de las miles de residencias edificadas a lo largo de la pared submarina de la Colmena Setenta. Se encontraba a nueve kilómetros por debajo de la superficie de la ciudad y a otros dos por debajo del nivel del mar. Era un pequeño palacio a los ojos de la mayoría de los ciudadanos del Imperio, y era lo bastante amplia para albergar a todo mi equipo, mis bibliotecas, mi armería y mi sala de entrenamiento, por no mencionar una capilla privada, una sala de audiencias y todo un anexo para el equipo antipsíquico de Bequin. También era seguro, privado y tranquilo.

Jarat, mi ama de llaves, nos estaba esperando en la sala de entrada. Iba vestida, como siempre, con su túnica (casi una bata) de color gris claro y un bonete negro de lazo con un pequeño velo blanco. En cuanto las grandes compuertas estancas de hierro se abrieron, respiré profundamente al aire fresco y purificado del interior de la casa, y ella dio unas palmadas con sus regordetas manos para que los servidores se apresuraran a quitarnos los abrigos y a cargar con todo el equipaje.

Me quedé por unos momentos quieto sobre la alfombra de nashemeek y miré a mi alrededor, a las austeras paredes de piedra y al elevado techo de arcos. No había ni pinturas, ni bustos, ni ninguna otra clase de estatuas, ninguna arma colgando de los muros ni tapices bordados, sólo un emblema de la Inquisición en el extremo más alejado de las escaleras. No soy nada aficionado a la decoración o a la opulencia. Sólo necesito una comodidad sencilla y la funcionalidad de mi entorno.

Los otros se ajetrearon a mi alrededor. Bequin y Aemos se fueron directamente a la biblioteca. Ravenor y von Baigg dieron instrucciones muy precisas a los servidores sobre algunos de los objetos del equipaje.

Medea se marchó a su habitación. Los demás desaparecieron en las distintas estancias de la casa.

Jarat los saludó a todos y luego se acercó a mí.

—Bienvenido, señor —me dijo—. Habéis estado mucho tiempo alejado de nosotros.

—Dieciséis meses, Jarat.

—La casa esta aireada y lista. Lo preparamos todo en cuanto nos informó de sus intenciones. Nos entristecimos al enterarnos de los desaparecidos.

—¿Alguna novedad?

—La seguridad se comprobó dos veces antes de que llegaseis. Hay unos cuantos mensajes.

—Los veré dentro de un rato.

—Estáis hambriento, ¿verdad?

Estaba en lo cierto, aunque ni yo mismo me había dado cuenta.

—La cocina está preparando la cena. Me he tomado la libertad de seleccionar un menú que creo que aprobaréis.

—Como siempre, confío en tus decisiones, Jarat. Me gustaría cenar en la terraza marina, con cualquiera que quiera unirse a mí.

—Me encargaré de ello, señor. Bienvenido a casa.

Me bañé, me puse una bata de lana gris, y me quedé sentado a solas durante un rato en mis estancias privadas, tomando un vaso de amasec mientras leía los mensajes y comunicados a la suave luz de una lámpara.

Había bastantes, la mayoría cartas de viejos conocidos (oficiales, colegas inquisidores, soldados) que me avisaban de su llegada al planeta y deseaban presentarme sus respetos. Pocos necesitaban algo más que una simple respuesta formal por parte de mi secretario. A otros les escribí yo en persona contestaciones más corteses y personales en las que les transmitía mi esperanza de que nos fuera posible vernos en alguna de las múltiples celebraciones de la Novena.

Había tres en concreto que llamaron mi atención. La primera era una misiva privada y codificada escrita por el Gran Inquisidor Phlebas Alessandro Rorken. Rorken era el jefe de la Ordo Xenos en el subsector helicano, mi superior inmediato y parte del triunvirato de inquisidores de mayor rango que dependían de forma directa del Gran Maestre Inquisidor Orsini. Rorken quería verme en cuanto llegara a Tracian. Respondí

inmediatamente que iría a verlo sin falta al Palacio de la Inquisición a la mañana siguiente.

La segunda era de mi viejo amigo y colega Titus Endor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le había visto. Su mensaje, sin codificar, decía: «Gregor. Un saludo. ¿Estás en casa?».

La brevedad del mensaje era desconcertante. Le envié una respuesta afirmativa que fue igualmente breve. Estaba claro que Endor no quería conversar por carta. Esperé su respuesta.

La tercera también estaba sin codificar, o al menos, carecía de encriptado electrónico. Decía, en Glossia: «Escalpelo corta con rapidez, reveladas lenguas ansiosas. En Cadia, a tercia. Sabueso desea Espina. Espina debería ser aguda».

La terraza marina era probablemente la principal razón por la que había alquilado la Casa del Océano. Era una larga sala de techo de ceramita con toda una pared construida con cristal blindado y que daba al océano. La industrialización de Tracian Primaris había matado a gran parte de la fauna marina del planeta, pero a aquella profundidad, podían verse a veces los supervivientes más adaptados, como bancos de medusas incandescentes y peces lofiformes luminosos, a través del cristal de brillo nocturno de color esmeralda. La luz iluminada por velas estaba bañada por una penumbra ondulante de color verde.

Los servidores de Jarat habían puesto la mesa larga para nueve personas, y esas nueve ya estaban sentadas y charlando mientras bebían unos aperitivos cuando yo llegué. Al igual que la mayoría de ellos, me había vestido de manera bastante informal, con un simple traje negro. La cocina había preparado buñuelos de fubi al vapor y pez ketel a la plancha, seguidos de tiras asadas de muslo de orkunu, una pieza de caza bastante rara, y lo completaron todo con unas tartas de peras y frambuesas con zumo de canela. Un fuerte clarete gudrunita y un vino dulce de los viñedos de Mesina complementaron la comida a la perfección. Había olvidado las excelentes cualidades del hogar que Jarat cuidaba en mi nombre, tan alejadas de los sufrimientos del trabajo de campo.

Sentados a la mesa conmigo estaban Aemos, Bequin, Ravenor, von Baigg, mi rubricante y escriba Aldemar Psullus, Jubal Kircher, el jefe de seguridad de la casa, un agente de campo de confianza llamado Harlon Nayl, y Thula Surskova, que era la ayudante principal de Bequin en los asuntos de la Rueca. Medea Betancore había preferido no sentarse a la

mesa, pero yo sabía que se debía a que la tarea de pilotar el cúter a través del espacio aéreo de Tracian la había dejado agotada.

Me alegré de ver a Ravenor sentado a la mesa. Sus heridas se estaban curando, al menos las físicas, y aunque estaba callado y un poco retraído, sentí que empezaba a superar el dolor producido por la muerte de Arianrhod.

Surskova, una mujer baja y rolliza de unos cuarenta años, estaba informando en voz baja a Bequin sobre los progresos de los iniciados más recientes en la Rueca. Aemos les estaba contando a Psullus y a Nayl lo que había ocurrido en Lethe Once, y ellos lo escuchaban con suma atención. Psullus, debilitado y envejecido de forma prematura por una enfermedad degenerativa, no abandonaba nunca la Casa del Océano, y había dedicado el resto de su vida al mantenimiento y el cuidado de mis extensas bibliotecas privadas. Si Aemos no le hubiera estado contando ya lo que nos había sucedido en nuestra última misión, yo me hubiera asegurado de que lo hiciera. Aquellos relatos eran lo único que lo mantenía en contacto con los procedimientos más activos de nuestro trabajo, y le encantaba oírlos. Nayl, un antiguo cazador de recompensas nativo de Loki, había resultado herido en otra misión el año anterior, y no había podido unirse a nosotros en el asunto de Lethe. El también se había enganchado al relato de Aemos, y de vez en cuando le hacía alguna pregunta. Estaba claro que deseaba regresar a la acción.

Von Baigg y Kircher discutían tranquilamente sobre los preparativos relacionados con la Novena y que habían sacudido la vida las ciudades colmena, y también los trastornos de seguridad que aquello provocaría. Kircher era un individuo muy apto, un antiguo adeptus arbites, y fiable, aunque un poco escaso de imaginación. La discusión se extendió al resto de la mesa mientras se servían los postres.

—Dicen que el Nombramiento será el ascenso definitivo del Señor de la Guerra —dijo Nayl mientras sostenía su cuchara delante de la boca.

—Yo diría que ya está bastante ascendido —respondí con sorna.

—Gregor, Nayl tiene razón. También yo he oído hablar del tema —dijo Ravenor. Protector Feudal. Eso es tanto como que el Señor Comandante Imperial Helicano admita que el Señor de la Guerra tiene el mismo rango que él.

—Es una sinecura, un cargo honorífico.

—En absoluto. Convierte a Honorius en el favorito para convertirse en Señor de la Guerra en jefe en el frente de campaña de Acrotara ahora que el Señor de la Guerra Hiju ha muerto, y resulta que a Hiju lo estaban preparando para ocupar un puesto en el Senatorum Imperialis, o quizás incluso para ser uno de los Altos Señores de Terra.

—Puede que Honorius sea «Magnus», pero no tiene madera de Alto Señor —respondí.

—Puede que después de eso la tenga —dijo Nayl—. El Señor Comandante Imperial Helicano debe pensar que tiene potencial para ello, o no le estaría prestando una ayuda tan grande.

Las maniobras políticas me dejaban indiferente, y en muy pocos casos me sentía identificado con las ambiciones políticas. Sólo estudiaba el asunto porque mis deberes a menudo exigían un conocimiento detallado del tema. El Señor Comandante Imperial Helicano, que era lo mismo que decir Jeromya Faurlitz IV, de la noble familia imperial de los Faurlitz, era la autoridad secular suprema en el subsector helicano, y por esa razón había adoptado el nombre del subsector en su cargo oficial. En teoría, incluso los cardenales del Ministorum, el Gran Maestre de la Inquisición, las luminarias más ancianas del Administratum y los Comandantes Generales Militares tenían que rendirle cuentas; aunque, como ocurría con todo en la sociedad imperial, no era tan fácil como parecía. La iglesia, el estado y lo militar estaban entretejidos como un solo cuerpo, pero se enfrentaban entre sí. Al favorecer al Señor de la Guerra Honorius con el Nombramiento, el Señor Imperial Helicano se aliaba con los militares (con una señal muy clara a los demás órganos de gobierno), y estaba claro que esperaba que el Señor de la Guerra le devolviera el favor cuando alcanzara cargos administrativos más allá de los de un simple subsector. Resultaba un juego peligroso, y también era muy poco habitual que alguien que ocupaba un puesto tan elevado intentase obtener ventajas de un modo tan evidente, pero la gloria militar que rodeaba a Honorius constituía la excusa perfecta.

Y eso lo convertía en un período peligroso. Alguien podía querer redistribuir el equilibrio. Yo hubiera apostado por la Eclesiarquía, aunque es justo admitir que estoy influido por mi cargo. Sin embargo, también he de decir que la historia siempre nos ha mostrado que la Iglesia no tolera perder poder frente al Estado o los militares.

—Existen muchos otros elementos —dijo con una breve risa Aemos mientras aceptaba que le llenaran de nuevo la copa con vino dulce—. La familia Faurlitz es débil y carece ya tanto de apoyo entre los Adeptus Terra como de influencia en el Senatorum Imperialis y en los pasillos del Trono Dorado. Dos familias poderosas, los De Vensii y los Fulvatorae, están deseando arrebatarles el poder a los Faurlitz, y se tomarán esto como una muestra clara de desafío. También está la Casa de Eirswald, que considera que su propio hijo famoso, el General Militar Strefon, es el único reemplazo posible para Hiju. Y no nos olvidemos de la dinastía Agustyn, que fueron expulsados del poder cuando el Alto Señor de Terra Giann Agustyn murió en su puesto hace ya cuarenta años. Han estado intentando tomarlo de nuevo con una determinación obsesiva, con su candidato, el Comandante General Cosimo, y sin ninguna clase de pudor. Si Nayl está en lo cierto y el Nombramiento convierte a Honorius en el sucesor de Hiju, se convertirá en un competidor directo de Cosimo para la plaza vacante de Alto Señor.

Bequin bostezó al otro lado de la mesa y eso llamó mi atención.

—Cosimo nunca lo logrará —dijo Psullus francamente—. Su Casa es demasiado impopular entre los Adeptus Mechanicus, y sin su consentimiento, aunque sea tácito, nadie asciende al rango de Alto Señor. Además, el Ministorum lo vetaría. Giann Agustyn no hizo demasiados amigos con sus reformas. Se dice que fue una Callidus del Oficio Asesinorum, por orden directa de la Eclesiarquía, quien acabó con el viejo Agustyn, y no un ataque al corazón.

—Cuidado con lo que dices, viejo amigo, o enviarán una a por ti —le dijo Ravenor.

Psullus alzó una de sus huesudas manos en un gesto negativo cuando todos los asistentes a la cena soltamos una carcajada.

—Aun así, es bastante preocupante —dijo Aemos—. Este Nombramiento puede provocar una guerra entre Casas. Y aparte de los oponentes más obvios, Lord Helicano y el Señor de la Guerra se pueden ver enfrentados a las familias imperiales que hasta ahora han mantenido su neutralidad. Hay muchos que están bastante cómodos con su situación, y que atacarían de una forma increíblemente implacable simplemente para evitar ser arrastrados a un sangriento enfrentamiento abierto.

Todos nos quedamos en silencio durante unos momentos.

—Psullus —dijo Ravenor rápidamente, cambiando de tema con la habilidad de un diplomático—, te he traído unas cuantas obras de arte que he recogido en Lethe, incluido un palimpsesto de los Analecta Fenomena...

Psullus se puso inmediatamente a hablar con el joven interrogador. Aemos, von Baigg y Nayl continuaron discutiendo sobre las intrigas en el Imperio. Bequin y Surskova nos desearon buenas noches y se retiraron. Yo me llevé mi copa de amasec y me quedé de pie al lado de la pared transparente que daba al mar, mirando a las profundidades oceánicas. Kircher se acercó a mí al cabo de unos momentos. Se alisó la parte delantera de su chaqueta azul marino y se puso sus guantes negros antes de empezar a hablar.

—El mes pasado unos intrusos lograron entrar —me dijo en voz baja.

Me di la vuelta para mirarlo.

—¿Cuándo?

—Bueno, de hecho fueron tres veces —me contestó—, aunque no me di cuenta hasta la tercera ocasión. Hace unas seis semanas, durante el ciclo nocturno, se produjo lo que parecía ser un fallo continuo en las alarmas que cubrían las ventilaciones de la pared marina. No hubo más incidentes, y los servidores sustituyeron aquella sección del sistema. Después, una semana más tarde, de nuevo, pero esa vez en la entrada de servicio del almacén de alimentos, y en las puertas exteriores del anexo de la Rueca, ambos en la misma noche. Sospeché la existencia de una corrupción en el sistema, así que planeé una revisión completa de todo el sistema de alarma. A la semana siguiente, descubrí que el código de seguridad de los cerrojos exteriores de la puerta principal había sido puesto a cero. Alguien había entrado y salido del edificio. Registré todo el lugar y encontré ladrones de voz ocultos en las paredes de seis estancias, incluidas vuestras cámaras privadas, y codificadores de transmisión en tres nódulos de distribución de comunicaciones, conectado a líneas de voz e imagen. Alguien también había intentado entrar, aunque había fallado, en vuestra cripta de vacío, pero no conocían los códigos del escudo.

—¿Y no quedaron rastros?

—Ni huellas, ni microesporas ni folículos. Hice pasar todo el aire por el detector de partículas. Los pictorregistradores de la casa no grabaron absolutamente nada... excepto un salto temporal muy bien oculto de treinta y cuatro segundos. Los astrópatas no sintieron nada. En cierto lugar de la casa, el intruso tuvo que caminar por encima de cuatro metros de alarmas

de presión situadas bajo el suelo y no las hizo saltar. Al pensar sobre ello, me di cuenta de que los dos incidentes anteriores no se debían en absoluto a fallos del sistema, sino que se trataban de acercamientos para explorar y estudiar nuestro sistema de seguridad. Tentativas de prueba antes de efectuar la verdadera intrusión. Para entrar, utilizaron un anticodificador en las puertas principales. Si hubieran sido capaces de descifrar realmente el código, lo habrían podido utilizar y yo jamás me habría enterado de que habían entrado.

—¿Lo has comprobado todo de forma exhaustiva? ¿No quedan más escuchas?

Negó con la cabeza.

—Señor, tengo que disculparme por...

—En absoluto, Kircher. Has hecho bien tu trabajo. Enséñame lo que nos han dejado.

Kircher desenrolló una tela de felpa roja sobre una mesa en la tranquilidad de la biblioteca interior. Estaba nervioso, y de su flequillo de pelo blanco casi en forma de cresta bajaban varias gotas de sudor.

No había querido alarmar a nadie, así que sólo había pedido que acudieran a Ravenor y a Aemos. La estancia olía a la teca de las estanterías, al moho de los libros y al ozono procedente de los campos de suspensión que preservaban los manuscritos especialmente frágiles.

La felpa quedó extendida. Sobre ella había nueve artefactos de pequeño tamaño, seis ladrones de voz y tres codificadores de transmisión, cada uno engastado en una perla de plástico resistente.

—En cuanto los saqué, los sellé con gel inerte para asegurarme de que quedaban desconectados. Ninguno de ellos llevaba una trampa explosiva.

Gideon Ravenor se acercó y tomó en su mano uno de los ladrones de voz sellados, poniéndolo directamente bajo la luz.

—Es imperial —dijo—. Sin marca, pero es imperial. Muy complejo y avanzado tecnológicamente.

—Yo pensé lo mismo —dijo Kircher.

—¿Militar? ¿Secular?

Ravenor se encogió de hombros.

—Podríamos rastrear su origen hasta sus probables fabricantes, pero lo más seguro es que los suministren a todas las administraciones del Imperio.

Los implantes ópticos potenciadores de Aemos chasquearon y giraron cuando se acercó a mirar los objetos colocados sobre el paño de la mesa.

—Los codificadores de transmisión —empezó a decir— son igualmente complejos tecnológicamente. Se requiere mucha habilidad para conectar con éxito uno de éstos a un nódulo de comunicación.

—Se requiere mucha habilidad para entrar como lo hicieron —le respondí.

—No tienen marcas de fábrica, pero es evidente que son una mejora de la serie Amplox, mucho más mejorados que los habituales que suelen utilizar los militares. Es sólo una conjetura, pero yo diría que esto también se encuentra más allá del alcance del Ministorum. Todo el mundo sabe que están muy atrasados en tecnología.

—Entonces, ¿quién? —le pregunté.

—¿Los Adeptus Mechanicus? —propuso.

Lo rechazó con un gesto. Se encogió de hombros mientras sonreía.

—O al menos, un grupo con la influencia y con el poder para obtener unos artilugios semejantes de los Adeptus Mechanicus.

—¿Por ejemplo?

—¿El Oficio Asesinorum?

—Quienes entrarían para matar, no para escuchar.

—Cierto. Entonces, una Casa Imperial poderosa, una que tenga manejos en el Senatorum Imperialis.

—Es posible... —tuve que admitir.

—O... —siguió diciendo.

—¿O?

—O la única institución imperial que utiliza de forma regular unos artefactos semejantes y posee el prestigio y la determinación necesarias para asegurarse el suministro del mejor equipo disponible.

—¿Sí?

Aemos me miró como si yo fuera tonto.

—La Inquisición, por supuesto.

Dormí bastante mal, y eso a ratos. Tres horas antes del final del ciclo nocturno, me desperté y me quedé sentado en la cama, de repente, completamente espabilado.

Me levanté, cubierto sólo por la sábana que me había enrollado alrededor de la cintura. En la mano empuñaba con firmeza una pistola de

cañón corto y color gris mate que siempre tenía colgada en una funda de la cabecera de la cama.

Una leve luz azul se filtraba por toda la sala, suavizando los contornos de todos los objetos. Avancé en silencio.

No me había equivocado: alguien estaba atravesando una de las salas del piso inferior.

Me dirigí hacia las escaleras, con el arma preparada, tratando de acostumbrar los ojos a la penumbra.

Pensé en encender uno de los comunicadores y avisar a Kircher y a su personal, pero si alguien había entrado y había sido lo bastante hábil para hacerlo sin activar las alarmas, necesitaba capturarlo, no asustarlo y hacerlo salir corriendo con una alerta total. En las pocas horas que habían transcurrido desde mi regreso a la Casa del Océano, mi mundo se había visto invadido por un desagradable regusto a traición. Puede que sólo fuese un poco de paranoia, pero si se trataba de eso, quería librarme de ella cuanto antes.

Un rayo de luz recorrió todo el vestíbulo inferior tras surgir de la puerta entreabierta de la cocina. Oí nuevos ruidos.

Me acerqué hasta el quicio de la puerta, comprobé que el seguro del arma estaba quitado y me deslicé hacia el interior, con el arma por delante, a través de la abertura.

La cocina exterior, un lugar de encimeras de mármol y lavaderos de aluminio pulido, estaba vacía. Las cacerolas de metal y los demás utensilios colgaban en silencio de los soportes de la pared. Todavía se podía oler en el ambiente tranquilo un aroma a hierbas aromáticas y a ajo. La luz procedía de la despensa interior, cerca del almacén frigorífico, y el brillo que salía bastaba para iluminar la estancia.

Dos pasos, tres, cuatro. El suelo de piedra de la cocina estaba helado y me estaba dejando insensibles las plantas de los pies descalzos. Llegué a la puerta de la despensa interior. Alguien se estaba moviendo en su interior.

Abrí la puerta de una patada y entré en tromba, apuntando con mi pequeña pistola.

Medea Betancore, vestida únicamente con una larga camiseta de corte militar, gritó por la sorpresa y dejó caer la bandeja de sobras de pez ketel que había estado devorando. La bandeja cayó con gran estrépito y se quedó repiqueteando sobre el suelo de baldosas delante de la alacena abierta.

—¡Por todos los dioses vivos! ¡Eisenhorn! —gritó, esta vez por la irritación, mientras daba saltos arriba y abajo en el mismo sitio—. ¡No hagas eso!

Estaba enfurecido. No bajé inmediatamente mi pistola.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Comer? ¿Hola? ¿Buenas noches? —dijo en tono de burla—. Tengo la sensación de haber estado durmiendo una semana. Estoy muerta de hambre.

Empecé a bajar la pistola. Una sensación de vergüenza comenzó a invadir todo mi estado de ansiedad.

—Lo siento. Perdón. Deberías... quizá... vestirte antes de bajar a saquear la despensa.

Me pareció estúpido en el mismo momento que lo dije. No me di cuenta de lo realmente estúpido que era hasta unos momentos después. Era demasiado consciente de sus largas piernas morenas y del modo en que la curva pectoral de la camiseta se arqueaba alrededor de su amplio busto.

—Deberías seguir tu propio consejo... Gregor —me contestó alzando una de las cejas.

Miré hacia abajo. Había perdido la sábana al darle la patada a la puerta. Estaba en lo que Midas Betancore solía llamar un estado «muy desnudo».

A excepción, por supuesto, de la pistola cargada.

—Leches. Te pido disculpas — le dije, y me di la vuelta para recoger la sábana.

—No te lo tendré en cuenta —me respondió entre risitas.

Me detuve en seco, medio agachado. El cañón de una Tronsvasse Parabellum me apuntaba directamente a la cabeza en la oscuridad a mi espalda.

La pistola bajó para apuntar al suelo. Harlon Nayl me miró de arriba abajo por un momento completamente asombrado y luego se puso un dedo en los labios como advertencia. El muy asqueroso estaba completamente vestido.

Me coloqué la sábana alrededor de la cintura.

—¿Qué? —le pregunté con un siseo.

—Alguien ha entrado. Puedo sentirlo —me susurró—. Pensé que erais vosotros por el ruido que estabais haciendo. No sabía que Medea te gustara tanto.

—Cállate.

Los dos nos desplegamos al atravesar la cocina exterior. Nayl se había colocado la capucha del traje vulcanizado negro y ajustado que llevaba puesto para cubrirse la cabeza afeitada y blanca. Era un tipo grande, que me sacaba una cabeza, pero se fundió con las sombras. Me quedé esperando, atento a sus señales.

Nayl me indicó que avanzara por la sala. Confié por completo en sus indicaciones. Había estado cazando a los malhechores más tecnológicamente avanzados y hábiles de toda la galaxia durante tres décadas. Si existía algún intruso, él sería capaz de encontrarlo.

Entré en el salón principal de la Casa del Océano, y vi que la puerta de la entrada estaba entornada. El visor de códigos del cerrojo principal mostraba una titilante hilera de ceros.

Me di la vuelta en redondo cuando una pistola rugió a mi espalda. Oí a Nayl lanzar un grito y regresé corriendo al vestíbulo interior. Nayl estaba en el suelo, forcejeando con un individuo inidentificable.

—¡Levántate! ¡Levántate! ¡Tengo un arma!—le grité.

Por toda respuesta, el desconocido hizo chocar la cabeza de Nayl contra el suelo con tanta fuerza que éste perdió el conocimiento, y después me arrojó la pesada pistola de Nayl.

Disparé, una vez, y abrí un agujero en la pared. La pistola arrojada me dio en la sien y me hizo caer.

Oí una serie de golpes y porrazos dados en la carne, un gruñido gutural y luego la voz de Medea Betancore que gritaba «¡Luces!».

Me puse en pie. Estaba sentada a caballo sobre el intruso, con una de las manos convertida en un puño amenazador mientras la otra tiraba hacia debajo de la camiseta para cubrirse por pudor.

—Lo he pillado —me dijo mientras me miraba de reojo.

El aturdido intruso estaba vestido de negro de los pies a la cabeza. Le quité la capucha.

Era Titus Endor.

—Gregor —me dijo con los labios llenos de sangre—. Me dijiste que ya estabas en casa.

Cuatro

Entre amigos
Una entrevista con Lord Rorken
El Congreso Apotropaico

—Malta Joiliq, con hielo triturado y una rodaja de cítrico.

Endor, sentado en mi cámara privada, tomó en su mano el vaso que le ofrecía y me sonrió.

—Te has acordado.

—Titus, fueron muchas noches en aquellos viejos tiempos. Te he preparado tu bebida preferida tantas veces que he perdido la cuenta.

—¡Ja! Lo sé. ¿Cómo se llamaba aquel sitio, el que estaba por la calle Zansiple? ¿Donde solíamos reunimos para bebemos los beneficios?

—El Águila Sedienta —le contesté.

Él lo sabía de sobra. Era como si me estuviese poniendo a prueba.

—¡El Águila Sedienta, eso es! Como bien dices, fueron muchas noches.

Alzó en alto su vaso de hielo picado y alcohol.

—¡Arriba, adentro, y a por otra!

Repetí el viejo brindis y alcé a mi vez mi vaso de cristal con amasec envejecido.

Por un momento, todo fue, de verdad, como en los viejos tiempos. Los dos teníamos diecinueve años, los dos estábamos repletos de orgullo y de promethium, interrogadores recién ascendidos dispuestos a comernos toda la puñetera galaxia, unos estudiantes del viejo inquisidor Hapshant. Cinco años más tarde, de forma casi simultánea, ambos fuimos ascendidos al rango de inquisidor, y nuestras carreras profesionales comenzaron en serio.

Diecinueve años, completamente borrachos, de parranda en un tugurio de la calle Zansiple a las tantas de la madrugada, burlándonos de nuestro ilustre mentor y estableciendo un vínculo de por vida, un vínculo

con la incondicional vehemencia que ya sólo me parece posible en la juventud.

Era como pensar en una vida distinta, tan lejana, casi tan irrecuperable... Yo ya no era aquel Gregor Eisenhorn. Y aquel hombre, con su largo cabello gris trenzado y su rostro lleno de cicatrices, sentado en mi sanctum, vestido con un traje de infiltración capaz de ocultar el calor corporal, no era aquel Titus Endor.

—Podías haber llamado —empecé por decirle.

—Lo hice.

Me encogí de hombros.

—Podrías haber venido a cenar con nosotros esta noche. Jarat se ha vuelto a superar.

—Lo sé, pero en ese caso... —Se quedó callado por unos instantes e hizo dar vueltas al hielo picado por el interior del vaso—. En ese caso, se habría sabido que el inquisidor Endor había visitado al inquisidor Eisenhorn.

—Todo el mundo sabe que esas dos personas son amigas. ¿Por qué iba eso a ser un problema?

Endor dejó su copa encima de la mesa, se desabrochó las cinchas de la cintura y se quitó la parte superior de su traje de infiltración. Tiró la prenda al suelo.

—Demasiado calor —se limitó a comentar.

El diente serrado de sauraptor seguía colgando de su cuello de un cordón negro. Yo mismo se lo había sacado de la pierna después de que él lograra ahuyentar a la bestia. Fue en Brontotaph, hacía ya más de doce décadas. Nosotros dos, junto a Hapshant, en los lagos de niebla.

—He venido por la Novena —me dijo—. El personal administrativo de Orsini me convocó para que asistiera, como a ti, supongo. Quería hablar contigo, quería hablar contigo todo lo discretamente que fuera posible.

—¿Así que te colaste en mi casa?

Suspiró profundamente, se acabó de un trago su copa y se acercó a la estantería de licores de la esquina para prepararse otra.

—Tienes problemas —me dijo.

—¿De verdad? ¿Por qué exactamente?

Miró a su alrededor mientras pelaba un cítrico con un cuchillo mondador.

—No lo sé. Pero hay rumores.

—Siempre hay rumores.

Se dio la vuelta para mirarme cara a cara. De repente, sus ojos brillaron con una mirada penetrante.

—Tómate esto en serio.

—Muy bien, lo haré.

—Sabes cómo van esta clase de murmuraciones. Siempre hay alguien que te la tiene jurada, alguien que quiere saldar alguna cuenta pendiente. Hubo rumores, pero al principio no les hice caso.

—¿Rumores?

Suspiró de nuevo y volvió a sentarse de nuevo con su segunda copa.

—La gente habla sobre que ya no eres... de fiar.

—¿Qué dicen?

—¡Maldita sea, Gregor! No estás interrogando a uno de tus sospechosos! He venido aquí como amigo tuyo.

—Un amigo que ha forzado la puerta vestido con un traje de infiltración y que...

—Cállate por un rato, ¿vale?

Me quedé callado un instante.

—Encantado. Si vas al grano.

—La primera cosa que oí es que alguien estaba hablando mal de ti.

—¿Quién?

—Eso no importa. Me metí por medio y les dije lo que pensaba. Entonces volví a oír más de lo mismo. Eisenhorn no es de fiar. Ha perdido el norte.

—¿De verdad?

—Luego los rumores cambiaron. Ya no era «Eisenhorn no es de fiar», era «La gente importante piensa que Eisenhorn no es de fiar». Como si de algún modo, las sospechas sobre ti se hubieran hecho oficiales.

—No he oído nada de eso —dije mientras me recostaba en la silla.

—Por supuesto que no. ¿Quién te lo iba a decir a la cara, si no es un amigo...o un juez nombrado por Acusaciones Internas?

Levanté las cejas.

—Estás realmente preocupado, ¿verdad, Titus?

—Joder, si lo estoy. Alguien va a por ti. Alguien que tiene el favor de nuestros superiores. Están investigando a fondo tu carrera y tus actividades.

—¿Y todo eso pasa por unos cuantos rumores? Venga, Titus. Ahora mismo se me ocurren bastantes inquisidores a los que les gustaría ajustarme las cuentas. Orsini es un monodominante, y los idealistas puritanos están formando una facción de poder a su alrededor. A su modo, son radicales. Tú lo sabes. Los amalatianos somos demasiado retorcidos para su gusto.

Ya he mencionado antes lo mucho que me disgusta la política. Nada es más inútil y agotador que la política interna de la propia Inquisición. Mi gente está dividida por grupos sectarios intelectuales y por distintas interpretaciones de la fe. Endor y yo nos considerábamos inquisidores amalatianos, lo que quiere decir que tenemos una visión optimista y que nos esforzamos por mantener la integridad del Imperio, en la creencia de que funciona según el plan divino del Emperador. Preservamos ese status quo. Perseguimos a los elementos dañinos: herejes, alienígenas, psíquicos, los tres enemigos clave de la humanidad (que son, por supuesto, nuestro principal objetivo); pero también nos enfrentamos a cualquier situación que percibamos que puede desestabilizar la sociedad imperial, incluso las luchas intestinas entre los distintos órganos augustos de nuestra cultura. Siempre me ha parecido irónico que nosotros mismos nos hubiéramos convertido en una facción para luchar contra la existencia de las facciones.

Nos consideramos puritanos, y desde luego lo somos comparados con las facciones radicales más extremas, como los istvaanos y los recongregacionistas.

Pero tampoco tenemos nada que ver con los sectores más extremistas de las facciones puritanas, los monodominantes y los thorianos, algunos de los cuales creen que incluso el uso de psíquicos entrenados es una herejía.

Si yo andaba en problemas, no sería la primera vez que un inquisidor de creencias moderadas había sido atacado por cualquiera de las dos facciones extremas de su propia organización.

—Eso va más allá de una simple lucha entre facciones —me dijo Titus en voz baja—. Esto no va de un extremista que quiere darle una lección a los moderados. Esto va contra ti en particular. Tienen algo.

—¿Qué?

—Algo en concreto sobre ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace veinte días, en Mesina, fui retenido e interrogado por el inquisidor Osma del Ordo Malleus.

Me di cuenta de repente que me había levantado de un salto de la silla.

—¿Que fuiste qué?

Hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Acababa de terminar un asunto que fue una pérdida de tiempo y me estaba preparando para embarcarme camino a Tracian. Osma contactó conmigo, de forma amistosa y amable, y me pidió que concertáramos una cita. Fui a verlo. Estuvo muy educado. No hizo ningún esfuerzo por retenerme... pero no creo que me pudiera haber ido antes de que acabáramos de hablar. Se contuvo, pero me dejó bien claro que si decidía marcharme... su gente me lo impediría.

—Eso es indignante.

—No, eso es Osma. Ya lo conoces, ¿verdad? Es uno de los hombres de Orsini. La mano derecha de Bezier. Thoriano hasta la médula. Convierte en algo personal todo lo que se propone.

—¿Y qué se proponía sacar?

—¿De mí? —Endor soltó una carcajada—. Absolutamente nada, ¡sólo conocerme un poco mejor! Me permitió marcharme después de una hora. El cabrón incluso me dijo que podríamos vernos y cenar juntos, de modo informal, durante la Novena.

—Osma es un agente muy hábil. Escurridizo. Así que... eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que quería?

—Te quería a ti. Estaba interesado en nuestra amistad y en lo que nos había pasado juntos. Me preguntó sobre ti, como si quisiera que se me escapara algo personal y condenatorio. No me reveló mucho, pero me quedó bien claro que tenía algo sucio sobre ti. Le había llegado algún informe que te comprometía, de modo directo o indirecto. Para el final de la conversación, ya estaba seguro de que los rumores sólo eran la punta del iceberg de una investigación secreta. Supe entonces que tenía que advertirte... sin que nadie supiera que habíamos hablado.

—Son todo mentiras.

—¿El qué?

—No lo sé. Sea lo que sea lo que ellos crean. Sea lo que sea lo que ellos teman. No he hecho nada que merezca llamar la atención del Ordo Malleus.

—Te creo, Gregor —me dijo Endor, con un tono de voz que me dijo que no lo hacía.

Nos llevamos las bebidas a la terraza marítima. Miró fuera, al caleidoscopio de torbellinos de colores provocados por el plancton luminoso.

—Acaban de empezar.

Yo me limité a asentir y bajé la vista a la bebida que sostenía en las manos.

—En Lethe... Tantalid vino a por mí. En aquel momento supuse que quería saldar viejas cuentas; pero, por lo que me has dicho esta noche, no lo tengo tan claro.

—Ten cuidado —dijo con un murmullo—. Mira, Gregor, debo irme. Tendría que haber sido una reunión de amigos más alegre.

—Quiero agradecerte el riesgo que has corrido. El esfuerzo que has hecho por avisarme.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Lo habría hecho. Sólo una cosa más... ¿Cómo has logrado entrar?

Se dio la vuelta en redondo y me miró fijamente.

—¿Qué?

—¿Aquí? ¿Esta noche?

—Utilicé un anticodificador en la puerta.

—Desviaste las alarmas.

—Gregor, no soy un novato. Mi aparato estaba programado para provocar un efecto de cascada anulador por todo el sistema.

—Es todo un cacharro. ¿Me dejas verlo?

Sacó un pequeño cuadrado de plástico negro del bolsillo de su cadera y me lo entregó.

—Un modelo Amplox —comenté—. Bastante avanzado.

—Sólo utilizo lo mejor.

—Yo también. Los he utilizado antes. Parecen... en mi experiencia... funcionar mejor cuando has hecho varias pruebas.

—¿Cómo?

—Me refiero a uno o dos pases de prueba. Para comprobar el sistema que vas a intentar penetrar. Unos cuantos contactos para calibrar la seguridad y permitir que el decodificador asimile el nivel del sistema al que se enfrenta.

—Sí, yo también lo he hecho, cuando dispongo de tiempo. Estos cachivaches aprenden con rapidez. De todas maneras, cumplen su tarea cuando estás apurado.

—¿Cómo esta noche? —le devolví el artefacto.
—Sí... ¿a qué te refieres?
—¿Te permitió entrar a la primera? ¿Sin tener que hacer pases de prueba?
—La visita ha sido bastante improvisada. Y hasta que esa puñetera belleza tuya me pateó la cara, pensé que había tenido mucha suerte de llegar tan lejos.
—Así que, ¿no has estado aquí antes? ¿No has entrado antes aquí?
—No —me respondió con sequedad. O lo había ofendido o...
—Vete, si tienes que hacerlo —le dije.
—Buenas noches, Gregor.
—Buenas noches, Titus. Te acompañaría hasta la salida, pero creo que ya conoces muy bien el camino.
Sonrió, alzó su vaso y se lo bebió de un trago.
—¡Arriba, adentro, y a por otra!
—Eso espero —le contesté.

El Palacio de la Inquisición de Tracian Primaris se encuentra en lo alto, en los niveles de nubes de la Colmena Cuarenta y Cuatro. Tiene el tamaño de una pequeña ciudad, y es la oficina principal de la Inquisición en el subsector helicano. Su personal permanente se compone de sesenta mil personas. No pienso excusar las fachadas de esteatita negra, sus ventanas oscurecidas, sus hileras protectoras de pinchos de hierro. Los que critican a la Inquisición consideran ese tipo de arquitectura ridiculamente recargada, y que intenta utilizar directamente los peores miedos de la gente sobre la Inquisición como una amenaza siniestra y deliberada. Eso, les respondería yo, es precisamente lo que se pretende. El miedo mantiene en orden a la población, el miedo a una institución tan terrible que no dudará ni un instante en castigarlos si transgreden alguna norma.
Fui al palacio al inicio del siguiente ciclo diurno, acompañado por Aemos, von Baigg y Thula Surskova. Irónicamente, me sentía vulnerable con tan sólo tres compañeros a mi lado. Había terminado acostumbrándome a llevar un gran grupo a mi lado en las últimas décadas anteriores. Tuve que recordarme que había existido una época en mi vida en la que toda mi ayuda consistía en sólo tres personas.
El Palacio de la Inquisición no es un lugar para encuentros casuales o informales. Su interior es un oscuro laberinto de pasillos en penumbra,

pantallas de vacío y campos de opacidad. El personal y los visitantes se mueven discretamente detrás de pantallas de energía enmascaradoras, y sus asuntos se tratan con la máxima confidencialidad. Al entrar en el vestíbulo principal, lleno de ecos, a mi grupo y a mí nos proporcionaron un drone, un cráneo cibernético, que flotó por encima de nuestros hombros proyectando un cono de silencio aislante a nuestro alrededor. También nos ofrecieron un astrópata para asegurar todavía más nuestra privacidad, pero lo rechacé. Surskova, por ser intocable, era lo único que necesitábamos.

Los guardias inquisitoriales, encapuchados y con sus armaduras de color borgoña adornadas con hilos de oro y blasonadas con el sello de nuestro Oficio, nos guiaron por el suelo de mármol negro. Mantuvieron sus mandobles de energía empuñados hacia arriba apoyados sobre su pecho durante todo el trayecto. Unos campos de opacidad de color marrón brillante aparecieron a nuestros costados y formaron un sólido y zumbante pasillo de energía que nos separó de nuestro entorno.

Alain von Baigg jugueteaba de forma distraída con el cuello de su traje mientras caminábamos. Estaba nervioso. El ambiente de amenaza opresiva del palacio afectaba a sus propios servidores.

Lord Rorken nos esperaba en sus estancias privadas. Un escudo de vacío se disipó para permitirnos atravesar la entrada circular y se encendió de nuevo en cuanto estuvimos al otro lado. Los guardias no nos acompañaron. Les dije a los míos que me esperaran en el austero vestíbulo donde había dos bancos de hierro forjado cubiertos de cojines de satén blanco.

Atravesé la puerta interior.

Yo llevaba puesto un tres cuartos de cuero marrón oscuro. Mi insignia inquisitorial colgaba del cuello. Mis compañeros también iban vestidos de manera muy formal. Uno no asistía a una reunión con el Maestre del Ordo Xenos vestido de cualquier modo.

La cámara de recepción era deslumbrantemente brillante. Todas las paredes eran de espejos, enmarcados con dorados de ormolu, y el suelo era de mármol pulido de color crema. Miles de velas ardían por toda la estancia, en candelabros múltiples, en candeleras, en apliques, incluso colocadas simplemente sobre el mismo suelo. Los espejos reflejaban su brillo. Era como estar en mitad de un prisma que reflejara la dorada luz del sol.

Parpadeé, y levanté la mano para protegerme los ojos. Vi que un centenar de hombres con largos abrigos hacían lo mismo: mis reflejos en los espejos. Gregor Eisenhorns multiplicados, enmarcados por titilantes velas. Me fijé que tenía un aspecto sobresaltado.

No estaba dispuesto a permitirlo.

—Nadie puede escapar a la mirada penetrante de la luz de la Inquisición —dijo una voz.

—Ya que hacerlo implica a la fuerza que has abrazado la oscuridad definitiva —respondí yo terminando la frase.

Rorken se acercó hasta mí.

—Conoces bien la obra de Catuldynas, Eisenhorn.

—Sus apotegmas me agradan. Lo que nunca me ha gustado demasiado son sus alegorías posteriores.

—¿Demasiado áridas?

—Demasiado arcaicas. Demasiado amaneradas, rebuscadas. Creo que Sathescine es muy superior. Es menos... rimbombante.

Rorken sonrió y me estrechó la mano.

—Así que prefieres la belleza poética al contenido.

—La belleza es verdad, y la verdad es belleza.

Alzó una ceja.

—¿Qué es eso?

—Un fragmento literario preimperial que leí hace tiempo. Es anónimo. Respecto a la primera pregunta, leería a Sathescine antes que a Catuldynas si es por placer, y obligo a mis estudiantes neófitos a que se lean a Catuldynas todas las veces que sea necesario hasta que sean capaces de citarlo tan bien como yo.

Rorken asintió. Era un hombre fornido, con la cabeza completamente afeitada a excepción de una pequeña perilla, y llevaba puesta una túnica roja sobre su ropa y guantes negros. Era imposible determinar con exactitud su edad, pero debía tener al menos trescientos años, ya que llevaba en el cargo siglo y medio. Gracias a los procesos de rejuvenecimiento y a los implantes, parecía un hombre de cuarenta y tantos años.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

—No, señor. Gracias. La nunciatura me ha organizado un programa muy apretado a lo largo de toda la Novena, así que le estaría muy agradecido si pudiéramos ir directamente al grano.

—Los nuncios del Ministorum nos han puesto programas apretados a todos. El Comandante General les ha ordenado que organicen todas las celebraciones con la mayor pompa posible. Y el Gregor Eisenhorn que yo conocía no mantendría ese tipo de citas si pudiera evitarlo.

No le contesté. Aquello había sido un comentario muy significativo.

Sentí cautela al escuchar aquello. Tenía una buena relación de trabajo con Rorken, y había sentido que confiaba en mí desde el asunto del Necroteuco, noventa y ocho años antes. Desde entonces, se había sentido encantado de ayudarme, de guiarme y de supervisar mis casos en persona. Pero nadie se convertía en nada parecido a un amigo del Maestre de la Ordo Xenos en el subsector helicano.

—Siéntate. Creo que podrás dedicarme un poco de tiempo.

Nos sentamos en unas sillas de respaldo alto, a ambos lados de una mesa baja y me dio un vaso con agua fría, importada de los manantiales ferruginosos de Gidmos.

—Un tónico reparador. Creo que Beldame te lo hizo pasar muy mal en Lethe Once.

Saqué una placa de datos de mi abrigo.

—Un borrador preliminar de mi informe —le dije mientras se lo entregaba. Lo tomó en la mano y lo dejó sobre la mesa sin ni siquiera echarle un vistazo.

—¿Sabes por qué te he pedido que vengas?

Me quedé callado, y luego corrí un riesgo calculado.

—Porque hay rumores de que no soy de fiar.

Inclinó la cabeza hacia un lado con interés.

—¿Los has oído?

—Me los han comentado. Hace poco.

—¿Y cuál ha sido tu reacción?

—¿Con toda sinceridad? Desconcierto. No sé a qué se refieren exactamente esos rumores. Creo que alguien busca un ajuste de cuentas.

—¿Contra ti?

—Contra mí en persona.

Tomó un sorbo de su vaso de agua.

—Antes de que sigamos hablando, debo hacerte una pregunta... ¿Existe algún motivo, cualquier clase de motivo, para que hayan surgido esos rumores?

—Como ya he dicho, un ajuste de cuentas es la...

—No —me interrumpió en voz baja—. Sabes qué es lo que te estoy preguntando.

—No he hecho nada —le dije.

—Te tomo la palabra en eso. Si más tarde descubro que me has mentido, o que me has ocultado algo, yo... me sentiré disgustado.

—No he hecho nada —le repetí.

Unió las manos y miró más allá del mar de velas encendidas.

—Esto es lo que ha ocurrido: un inquisidor, y ahora no importa su nombre, me informó en privado de un encuentro tremendamente inquietante. Un demonio le perdonó la vida pensando que se trataba de ti.

Me quedé fascinado y horrorizado ante aquella idea.

—No puedo confirmarlo, pero el demonio ha sido identificado como Cherubael.

Se me heló la sangre. *Cherubael*.

—¿No has tenido contacto con esa entidad desde 56-Izar?

Negué con la cabeza.

—No, señor. Y de eso ya hace casi un siglo.

—Pero ¿has seguido buscándolo desde entonces?

—Nunca lo he ocultado, señor. Cherubael es el agente de un enemigo invisible, alguien cuyas acciones involucraron incluso a un miembro de nuestro Oficio.

—Molitor.

—Sí, Konrad Molitor. He invertido buena parte de mi tiempo y de mis esfuerzos en descubrir la verdad sobre Cherubael y su maestro oculto, pero no he obtenido resultados. Diez décadas, y apenas unos indicios.

—El asunto de la implicación de Cherubael en el asunto del Necroteuco fue trasladado al Ordo Malleus, como debes saber. Ellos también han sido incapaces de encontrar una pista.

—¿Dónde se produjo ese supuesto encuentro?

Se quedó callado un momento.

—En Vogel Passionata.

—¿Y Cherubael estaba convencido de que me estaba perdonando la vida a mí?

—Su actuación parecía implicar que tenía otros planes para ti. Todo el asunto pareció sugerir... algún entendimiento entre tú y eso.

—¡Bobadas!

—Eso espero...

—¡Insisto! ¡Bobadas, señor!

—Eso espero, Eisenhorn. El Gran Maestre Orsini no tiene tiempo para andar con elementos radicales en la Inquisición. Incluso si él mismo no fuera miembro de la línea dura, yo no lo consentiría. La Ordo Xenos del subsector helicano no tiene sitio en su seno para aquellos que se alian con el Caos.

—Lo entiendo.

—Asegúrate de hacerlo —El rostro de Rorken mostraba un gesto adusto y también amenazador—. ¿Continúas buscando a esa entidad?

—Incluso en este preciso momento tengo agentes de campo buscándola.

—¿Con alguna señal de éxito?

Recordé el mensaje cifrado en Glossia que había recibido la noche anterior.

—No —le respondí, y dije mi primera y única mentira de toda la conversación.

—El inquisidor en cuestión me instó a que comunicara el asunto al Ordo Malleus. No arrojaré a uno de mis mejores hombres a las fauces de los perros de Bezier. He mantenido el asunto reservado a nuestra Ordo.

—Y entonces, ¿todos esos rumores?

—También me ha preocupado a mí. El asunto se ha filtrado. Pensé que sería conveniente advertirte de que quizás el Ordo Malleus te está investigando.

Otra advertencia, la segunda, en doce horas.

—Te sugiero que te marches de Tracian y que sigas con otra investigación hasta que todo el asunto quede resuelto —me dijo—. Pero tu presencia ha sido requerida para el Congreso Apotropaico.

Ahora todo encajaba. La enorme escala de las celebraciones del triunfo, la magnitud de la Novena, todo ello era lo bastante apropiado, pero el número de inquisidores veteranos convocados era desproporcionado, y decir eso era quedarse corto. Puede que a las celebridades del ejército y de la Eclesiarquía les ordenaran asistir para darle mayor importancia a las celebraciones, sin embargo los inquisidores estamos hechos de otra pasta, somos más solitarios, más... independientes. Es muy poco habitual que se nos reúna en gran número, sobre todo con órdenes tan tajantes. Yo había supuesto que Orsini quería a tantos

inquisidores a su alrededor para impresionar al Señor Comandante Imperial Helicano.

Pero no se trataba de eso. Iba a tener lugar un Congreso Apotropaico. Ése era el verdadero motivo por el que se nos había convocado.

Los estudios apotropaicos los realiza la Inquisición, y suelen participar uno o como máximo tres inquisidores. Cuando se celebran a una escala mayor se los llama concilios, y para ello es necesario un quorum de al menos once inquisidores. Si el número es mayor, se les llama congresos. Ese tipo de reuniones son extremadamente escasas. Lo sabía porque mi maestro Hapshant había asistido al último congreso celebrado en el subsector. Aquello había ocurrido hacía doscientos setenta años.

El motivo de aquellos estudios, incluso a su nivel más básico, es el examen exhaustivo y la investigación de prisioneros inusualmente valiosos. En cuanto se les entrega a la Inquisición, el psíquico sin autorización, el hereje carismático, el señor de la guerra alienígena... lo que sea... es sometido a veces a un interrogatorio formal, totalmente al margen de la investigación de sus crímenes. A menudo, ya están condenados y sólo esperan que se cumpla la sentencia. En ese momento, lo único que desea la Inquisición es ampliar sus conocimientos para comprender mejor y con mayor precisión la naturaleza de los enemigos de la humanidad. Los sujetos son diseccionados, habitualmente de un modo intelectual, a veces psíquico y en ocasiones literalmente, para descubrir sus puntos fuertes, sus puntos débiles, sus creencias y los motivos que los impulsan. Se han descubierto hechos vitales gracias a esos estudios, hechos que han protegido a los servidores del Emperador en enfrentamientos posteriores. Por dar un ejemplo, la famosa victoria de la Guardia Imperial sobre la raza alienígena de Ezzel sólo fue posible gracias a los métodos de detección de su presencia descubiertos mediante el examen de la forma de vida exploradora de los Ezzel en el Concilio Apotropaico de Adiemus Última en 883.M40.

El alcance de la investigación depende del número o de la magnitud del tema.

—El Señor de la Guerra capturó a treinta y tres psíquicos herejes de nivel alfa o superior en Dolsene, durante la batalla final de la Supresión Ofidiana —me dijo Rorken mientras me entregaba una placa de datos. El código de acceso del nivel de seguridad era tan grande que incluso yo me sentí impresionado—. Fueron entrenados para controlar y dominar la

basura nacida de la disformidad que ellos canalizan. Formaban la espina dorsal del estado mayor de la defensa del enemigo, el corazón del adversario.

—¿Cómo lograron capturarlos? Vivos, quiero decir.

Era algo asombroso. Los psíquicos sin entrenamiento ya son bastante aterradores, ya que sus mentes siempre disponen del terrible potencial de abrir una puerta al immaterium y dejar que los demonios inunden nuestro universo. Pero aquellos... seres ignominiosos habían logrado aprender (o los habían entrenado para ello) a concentrar sus capacidades para contener los demonios en su interior y a utilizar su odiosa fuerza. Mi mente se estremeció ante la amenaza que habían supuesto, y que todavía suponían, aunque fuesen nuestros prisioneros.

Rorken señaló la placa que yo todavía sostenía en mis manos.

—Encontrarás un resumen de lo ocurrido ahí, en un apéndice de la lista principal. En resumen, fue suerte... suerte, y el increíble valor de los Adeptus Astartes, actuando en coordinación con los inquisidores Heldane, Lyko y Voke.

—Voke... Commodus Voke.

—Es verdad, sois viejos amigos, ¿verdad? Lo había olvidado. Estuvo involucrado en el asunto Glaw ocurrido en Gudrun, justo antes del Cisma.

—Llamarnos viejos amigos probablemente es algo exagerado. Hemos trabajado juntos. Hemos establecido un respeto mutuo. Lo he visto poco desde entonces. Estoy sorprendido de que el viejo siga vivo.

—Sigue vivo, a pesar de los diagnósticos de varias generaciones de expertos médicos. Y todavía es poderoso. Lograr esto, en sus años postreros...

Asentí. Incluso una lectura rápida del informe sobre el incidente sugería un acto de valor casi mítico. El servicio de Voke al Emperador iba, como siempre, más allá de cualquier expectativa razonable del cumplimiento del deber.

—También conozco a Heldane. Era el pupilo de Voke. Así que, por fin, lo han nombrado inquisidor, ¿no?

—Hace ya sesenta años... Eisenhorn, llevas una vida bastante solitaria, ¿verdad?

—Si se refiere a que no ando pendiente de las idas y venidas, de las elecciones y de los asuntos de otros inquisidores, sí, señor, así es. Me concentro en mi trabajo, y en las necesidades de mi personal.

Sonrió, como si le hubiera gustado mi respuesta. Lo cierto es que mi actitud era la habitual. Como ya he dicho, los inquisidores somos gente solitaria e independiente, y tenemos poco interés por los asuntos de nuestros colegas. Yo estaba convencido de que existía otra diferencia entre Rorken y yo. Fuese cual fuese mi antigüedad y mi rango, yo continuaba siendo un agente de campo, un trabajador, un animal de caza que cobraba piezas, alguien que podía marcharse a las distantes Estrellas del Halo durante meses, incluso años, en una misión. A él, su rango lo ataba al palacio, y lo colocaba en medio de las intrigas y los politiqueos de la clase gobernante del Imperio en general, y en los de la Inquisición en concreto.

Recordaba a Commodus Voke como una vieja víbora venenosa, pero también como un aliado decidido. Me había implorado, durante el asunto del Necroteuco, y al creerse ya en su lecho de muerte, que diese buenas referencias de su pupilo Heldane. Se lo había prometido, pero como Voke había logrado mantenerse con vida, nunca tuve que cumplir aquella promesa. El se había mantenido en escena para asegurarse de que Heldane consiguiera su insignia de inquisidor.

Heldane... Jamás me había gustado.

Nunca me había encontrado personalmente con Lyko, el tercer miembro del glorioso trío, sin embargo conocía su reputación como inquisidor cuya estrella se encontraba en ascenso. Su espectacular logro en Dolsene impulsaría sus carreras de modo espectacular.

Leí la lista de inquisidores convocados para formar el concilio, una lista en la que estaba incluido mi nombre. Éramos sesenta en total. Titus Endor se encontraba entre los convocados. También lo estaban Osma, Hand y Reiker, unos hombres con los que no sentía ningún deseo ni de departir ni con los que querría estar en la misma estancia. Otros (Endor, por supuesto, y Shilo, Defay y Cuvier), eran individuos con los que sería todo un placer encontrarse de nuevo.

Algunos nombres apenas los conocía, o no los conocía de nada. Otros eran inquisidores famosos e infames a los que sólo conocía por su reputación. Era toda una reunión, convocada desde todos los rincones del sector.

—¿Por qué he sido incluido en esta lista, señor? —le pregunté.

—Tampoco es una sorpresa. Eres un miembro veterano y respetado de nuestro Oficio.

—Gracias, señor, pero me pregunto si Voke no pidió en persona que yo viniera.

—Iba a hacerlo —me respondió Rorken—, pero tu presencia ya había sido requerida.

—¿Por quién?

—Por el inquisidor Osma —fue su respuesta.

Cinco

El Triunfo
En la Puerta Espatiana
La línea se rompe

A pesar de todas mis críticas a todas las celebraciones ostentosas y excesivas de la Novena, he de reconocer que el Gran Triunfo del primer día me llenó de orgullo y emoción.

El amanecer trajo por todo lo largo y ancho de Colmena Primaris, la colmena más grande y poderosa de todo Tracian, un coro de sirenas así como el sonido de mil campanas tañendo. Los servicios del Ministorum se transmitieron en directo desde el Monumento a la Eclesiarquía a través de todos los canales pictográficos y los servicios de voz públicos. Los cánticos de la gargajeante voz del Cardenal Palatino Anderucias resonaron por las calles de la gran ciudad colmena, solapándose los unos a los otros como las voces de un gigantesco coro debido a las distorsiones del eco.

Millones de ciudadanos y de peregrinos abarrotaban las calles de Colmena Primaris y atascaban las rutas de entrada y los túneles de acceso, e incluso oscureciendo el cielo con sus aparatos. Muchos fueron desviados a las colmenas más cercanas para que vieran las ceremonias en las inmensas pantallas hololíticas instaladas para aquella ocasión en los estadios y en los anfiteatros.

Los arbites se esforzaban por controlar la enorme marea de gente y por mantener despejado el trayecto que el Gran Triunfo iba a seguir.

El ciclo diurno comenzó resplandeciente. Varias escuadras de dirigibles del Oficium Meterologicus habían llenado a lo largo de la noche los grandes bancos de niebla contaminante y los niveles con partículas de carbón y otros productos químicos. Un frente tormentoso de mil seiscientos kilómetros de largo había vaciado todas las nubes y había empapado las colmenas principales, limpiando la suciedad y el polvo. Por primera vez en décadas, el cielo estaba despejado. No era exactamente azul, pero al menos estaba libre de los bancos de nubes contaminadas y

contaminantes de color amarillo. La luz del sol impregnaba la atmósfera y las aristas y las esquinas de los altos edificios, haciendo relucir las altas torres de la colmena. Había oído, según fuentes no oficiales, que aquel acto radical de control metereológico tendría profundas consecuencias negativas para el ya castigado clima del planeta, y que durarían décadas. Se esperaban varios huracanes en las regiones del sur antes de que acabara la semana, y se decía que el sistema de alcantarillado de las principales colmenas estaba a punto de reventar por las tremendas lluvias.

También se decía que los mares del planeta morirían con mayor rapidez gracias a la sobredosis de contaminantes inyectada de forma tan repentina por las lluvias provocadas.

Pero el Señor Comandante Imperial Helicano había insistido en que el sol brillara en su desfile de la victoria.

Llegué temprano para colocarme en mi lugar, temeroso del enorme flujo de tráfico que se dirigiría hacia la colmena. Me llevé a Ravenor conmigo. Ambos lucíamos nuestras mejores galas, con los emblemas orgullosamente visibles, y llevábamos armas ceremoniales.

Medea Betancore nos llevó en un vehículo aéreo y aterrizamos en una base aérea de la armada reservada, justo al sur del almacén de blindados imperiales. Cuando llegamos a tierra, el tráfico aéreo era tan intenso que a ella no le quedó más remedio que quedarse en tierra para todo el día. No había forma de salir por el aire. Nos despidió y cruzó la pista de aterrizaje para ponerse a charlar con la dotación de tierra de un Marauder.

Un coche privado, que nos había proporcionado la Nunciatura, nos llevó a Ravenor y a mí a los antiguos Campos de Fundación de la Avenida Lempenor, donde se suponía que la Inquisición debía agruparse para unirse al desfile. Vimos a través de las ventanillas de la veloz limosina aérea cómo empezaba a subir vapor de las calles vacías y limpiadas por la lluvia. A pesar de todos sus esfuerzos, el Señor Comandante Imperial Helicano vería aparecer unas cuantas nubes antes del mediodía.

Me incliné hacia delante en el compartimento de pasajeros del vehículo y enderecé el emblema de interrogador de Ravenor. Parecía nervioso, una imagen que no asociaba con él. También era la viva estampa de un inquisidor. Me di cuenta de que no se trataba de que pareciera nervioso, sino de que parecía muy joven, con el aspecto de un hombre que se apresurara a unirse a sus amigos de francachela en El Águila Sedienta de la calle Zansiple.

—¿Qué ocurre? —me preguntó con una sonrisa. Negué con la cabeza.

—Éste va a ser un gran día, Gideon. ¿Estás preparado?

—Por completo.

Me di cuenta de que había añadido el emblema tribal del clan Esw Sweydyr a los adornos de su uniforme.

—Un detalle muy apropiado —le dije mientras lo señalaba.

—Eso pensé —me dijo.

A las diez, comenzó el Triunfo. Un ensordecedor rugido de sirenas recorrió la colmena, seguido por una aclamación en masa que me dejó sin respiración. A aquella hora, las calles estaban abarrotadas, con casi dos mil millones de ciudadanos jubilosos.

Dos mil millones de voces, unidas como una sola. Nadie puede imaginárselo.

El Gran Triunfo salió del almacén de blindados bajo el aire inundado por la luz del sol que vibraba con el colosal grito. Iba a seguir un trayecto de dieciocho kilómetros en línea recta a lo largo de la Avenida de Victor Bellum, de un kilómetro de ancho, justo hasta el centro de la colmena y al Monumento de la Eclesiarquía. Millones de personas se alineaban a los lados del camino, gritando, aplaudiendo, agitando banderas y estandartes del Imperio.

En vanguardia marchaban ochenta tanques del Quinto de Tracian, con los pendones ondeando en sus mástiles de radio. Tras ellos, la banda de música del Quincuagésimo de Rifles Gudrunitas pasó tocando la *Marcha de los Primarcas*.

Los siguientes fueron los portaestandartes: quinientos hombres con las ondeantes enseñas y pendones que representaban a las unidades y los regimientos que habían participado en la Supresión Ofidiana. Ellos solos ya tardaron una hora en desfilar.

Justo detrás de ellos apareció el Gran Estandarte del Emperador, una tela con el enorme símbolo del águila del Emperador y que era tan grande como la vela de un barco. Su tamaño era tal que hizo falta un robusto e increíblemente antiguo dreadnought de los Cónsules Blancos para que pudiera avanzar ondeante y no se lo llevara el viento. El *dreadnought* iba escoltado por cinco tanques superpesados Baneblade.

Le siguieron los muertos. Todos y cada uno de los cadáveres imperiales recuperados en los campos de batalla de las últimas etapas de la guerra iban en el interior de mil quinientos transportes de tropas *Rhino*,

que habían sido pintados de negro para la ocasión. Un centenar de poderosos Marines Espaciales del capítulo Aurora marchaba al lado de los grandes vehículos oruga, y cada uno sostenía en alto placas con cintas negras en las que se habían bordado los nombres de los muertos con hilo de oro.

Ya era mediodía cuando aparecieron las filas del resto de los miembros del capítulo Aurora, todos ellos protegidos con la armadura de la clase *imperator* bien pulida. El enorme griterío de la multitud no había disminuido todavía. Después de los Marines Espaciales pasaron sesenta mil soldados de Tracian, treinta mil de Gudrun, ocho mil de Mesina y cuatro mil de Samater. Las placas pectorales y las lanzas relucían bajo la luz del sol. A continuación vinieron los oficiales navales de la Flota de Batalla Searus en filas ordenadas, a los que siguieron los Cónsules Blancos, también relucientes y terroríficos.

Luego comenzaron a pasar las interminables filas del Munitorum y del Administratum, seguidas por los lentos grupos de vehículos de los Astropathicus. Una leve descarga psíquica, como si fuese un halo de electricidad estática, rodeaba y chasqueaba alrededor de sus transportes y sus cabezas, y dejaba un regusto metálico en el aire.

Los titanes de los Adeptus Mechanicus fueron los siguientes. Cuatro *Warlords*, que taparon el sol, ocho chirriantes *Warhounds* y un gigantesco supertitán llamado *Imperius Volcanus*. Daba la misma impresión que si una parte importante de la colmena se hubiese separado y se hubiese puesto a andar. El enorme gentío se quedó callado mientras pasaban. Eran mecanismos con forma humana, pero tan altos como campanarios, o más altos todavía, como era el caso del *Imperius Volcanus*. Sus enormes piernas se elevaban y caían en perfecta sincronización. El suelo temblaba.

Sin inmutarse lo más mínimo, seiscientos tecnosacerdotes y magos de ese Adeptus desfilaban sin preocupación entre sus pies.

Las brigadas de tanques de los narmenianos y de los escuteranos siguieron a los dioses máquina. Cinco mil unidades blindadas avanzaban sobre orugas y bajo una nube de humo procedente de los tubos de escape, con los cañones principales elevados hacia el cielo en gesto de saludo. Los tractores tiraban de los cañones *Estremecedor*, tres en línea por cada fila, y luego siguió una oleada aparentemente interminable de baterías de cañones antiaéreos *Hydra*, que movían de izquierda a derecha sus armas como si fueran flores que siguieran el recorrido del sol por el cielo.

Luego vino la Eclesiarquía, encabezada por el cardenal Rouchefor, quien avanzaba delante de sus dos mil jerarcas descalzos. El cardenal palatino Anderucias nos esperaba a todos para la bendición final en el monumento.

La Inquisición partió desde su punto de reunión en los antiguos Campos de Fundación y los seiscientos miembros nos situamos detrás de las filas de los sacerdotes.

Fuimos la única sección del Triunfo que no desfiló en filas ordenadas. Simplemente caminamos detrás de la Eclesiarquía marchando como un grupo sombrío. No llevábamos puestos uniformes. Nuestras filas estaban formadas por toda clase de hombres y mujeres, por todo tipo de apariencias y aspectos. Cada individuo caminaba vestido de modo distinto, con túnicas oscuras o con capas de cuero, algunos con grandes comitivas que sostenían las puntas de capas vistosas, algunos en tronos flotantes, algunos a solas y con aspecto digno, algunos incluso ocultos por pantallas de vacío personales. Ravenor y yo caminamos juntos en mitad de la muchedumbre, detrás de la extravagante comitiva de la inquisidora Eudora.

Lord Orsini, el Gran Maestre, encabezaba la marcha, con sus largos ropajes de color púrpura sostenidos a su espalda por treinta servidores. A su lado caminaba Lord Rorken del Ordo Xenos, Lord Bezier del Ordo Malleus y Lord Sakarof del Ordo Hereticus, el triunvirato de Orsini.

Unos estampidos sónicos resonaron por encima de la colmena cuando las escoltas de honor de *Thunderhawks* pasaron a baja altura por encima de nosotros. Unos fuegos artificiales explotaron y sisearon manchando el cielo con veloces llamaradas de luz y de color.

A nuestras espaldas nos seguía la procesión triunfal del Señor de la Guerra en persona. Honorius marchaba al lado del Señor Comandante General Helicano en el interior de un armazón construido sobre la espalda jorobada del aurocótero más grande y más venerable de entre todas las bestias de guerra. Diez mil hombres de sus séquitos personales marchaban juntos. Doscientos miembros de la monstruosa y mugiente caballería de aurocóteros. Ochocientos tanques de la clase *Conquistador*. Las motocicletas a reacción pasaban volando a su lado. La multitud enfervorizada arrojaba miles de flores a su paso.

Detrás de ellos llegaron los prisioneros.

Al igual que los muertos honrados en los *Rhinos* funerarios, los prisioneros eran una muestra del heroísmo imperial en general, y del heroísmo del Señor de la Guerra en particular. Honorius disfrutó mostrando los tormentos de los antiguos enemigos al populacho. La visión de aquellas grandes y poderosas criaturas con un aspecto acobardado y sumiso era una manifestación de su poder.

Se pudieron ver varios cientos de prisioneros de infantería, encadenados de pies y manos, trastabillando en dos líneas deplorables. Los veteranos de la Guardia Traciana marchaban a su alrededor, golpeándolos con porras de energía y con látigos neurales para obligarlos a avanzar. La multitud los abucheaba y aullaba, y sometía a los enemigos subyugados a una lluvia de botellas y piedras.

Seis tanques-tractores de la clase *Trojan*, pintados con los colores personales del Señor de la Guerra y unidos como si fueran caballos de tiro que arrastraran una carroza, siguieron a los prisioneros. Acarreaban una enorme plataforma destinada al transporte de un tanque superpesado. Sobre esa plataforma, encadenados con adamita y envueltos por burbujas individuales formadas por pantallas de vacío, se encontraban treinta y tres psíquicos, los mayores trofeos del desfile. Eran siluetas difusas y deformadas, apenas humanas, que flotaban en los capullos de color verde lechoso de los escudos que los aprisionaban. Doscientos astrotelépatas marchaban junto a los Cónsules Blancos que escoltaban al grupo de tractores. Los astrotelépatas reforzaban mentalmente las burbujas de vacío que contenían la furia psíquica de los cautivos. La escarcha cubría la superficie metálica de la plataforma. Unos cuantos rayos y bolas de energía psíquica se elevaban de vez en cuando del conjunto.

Veinte mil hombres y quinientos vehículos blindados de la Guardia Interior de Tracian formaban la retaguardia del Gran Triunfo, y marchaban bajo el doble estandarte de Tracian y del Señor de la Guerra.

Después de apenas quince minutos de caminata en aquella inmensa procesión, yo estaba completamente aturdido. Sólo el sonido del enorme gentío ya me hacía vibrar los huesos hasta la médula. Mi diafragma se estremecía cada vez que los aparatos aéreos nos sobrevolaban a baja altura o que las sirenas de asedio de los titanes resonaban. La escala del acontecimiento era abrumadora, y el ataque a los sentidos era atroz. En muy pocas ocasiones me he sentido tan abrumado por el poder de mi especie.

En muy pocas ocasiones me he visto tan obligado a recordar mi lugar en todo aquello como un simple engranaje más en las labores del sagrado Imperio de la Humanidad.

El Triunfo, en su recorrido por la Avenida de Victor Bellum, pasó bajo la Puerta Espatiana, una estructura monolítica de etercita. La puerta conmemorativa era de un tamaño tan ciclópeo que incluso los titanes pasaron bajo ella sin ningún problema.

Había sido erigido en honor del almirante Lorpal Espatian, que había muerto al principio de la Supresión Ofidiana durante la magnífica batalla naval con la que se había conquistado Uritulel V

La parte interior del arco estaba pintada con unos murales majestuosos que describían aquel hecho, y se elevaban por una cúpula tan elevada que bajo el ápice se formaba un microclima con sus propias nubes. Había conocido en persona a Espatian, y al igual que muchos otros que formaban parte de la procesión, me detuve unos instantes para presentar mis respetos a la llama eterna que allí ardía.

No, no es cierto. Había conocido a Espatian, durante el Cisma Helicano, pero no tan personalmente. Por razones que no pude explicarme, me sentí obligado a detenerme. Desde luego, no sentía grandes deseos de honrar su figura.

—¿Señor? —me preguntó Ravenor cuando me eché a un lado.

—Sigue, te alcanzaré enseguida —le dije.

Ravenor continuó avanzando con la procesión mientras yo encendía una vela votiva y la colocaba entre los miles que brillaban alrededor de la tumba de Espatian. La vasta corriente del Triunfo siguió marchando a mi espalda. Otros individuos se habían separado de la procesión y estaban de pie cerca del lugar, en un silencioso homenaje al almirante fallecido.

—¿Eisenhorn?

Miré a mi alrededor cuando la voz rompió mi estado de ensueño. Un anciano pero fornido oficial de la armada estaba de pie delante de mí, con una austeridad magnífica en su chaqueta blanca de uniforme.

—Madorthene —dije al reconocerlo.

Nos estrechamos la mano. Habían pasado unos cuantos años desde la última vez que había visto a Olm Madorthene... el Procurador General Madorthene, ya que ése era su cargo en aquella fecha. Nos conocimos en Gudrun, durante el asunto del Necroteuco, cuando tan sólo era un oficial de rango intermedio del Destacamento Disciplinario de la Flota de Batalla;

la policía militar de la armada. Había ascendido hasta dirigir el propio destacamento. Había sido un aliado útil y fiable a lo largo de muchos años.

—Toda una celebración —dijo con una sonrisa reservada.

En el exterior, las sirenas de los enormes titanes resonaron de nuevo, y el rugido de la multitud aumentó.

—Ya han logrado hacerme sentir bastante humilde —le dije—. El Señor de la Guerra debe estar disfrutando enormemente.

Asintió.

—Eleva la moral, es bueno para el espíritu de la gente.

Estuve de acuerdo, pero lo cierto es que no me sentía nada a gusto. No se trataba tan sólo del enorme barullo de la ceremonia, o mi profunda renuencia a asistir a ella. Desde que Ravenor y yo nos habíamos situado en nuestros puestos dentro de la procesión del Triunfo, había sentido un presentimiento funesto que crecía a cada minuto que pasaba. ¿Qué había sido lo que me había hecho detenerme allí, bajo el gran arco?

—Vaya cara que tienes —me dijo Madorthene—. Esto realmente no te va, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Qué pasa, viejo amigo?

Me quedé callado. Había algo...

Me dirigí hacia el arco sur de la Puerta Espatiana y miré hacia el enorme río de gente del Triunfo. Madorthene estaba conmigo. El séquito del Señor de la Guerra acababa de empezar a pasar bajo la Puerta. Los timbales y las trompetas resonaban y competían en sonoridad. El estruendo de la multitud rugía como el desplome de una ola gigantesca al estrellarse contra la superficie del mar.

Había pétalos en el aire. Lo recuerdo con claridad. Una ventisca de pétalos sueltos que surgía de las flores que el gentío arrojaba.

Una formación de doce *Lightnings* bajaba por el sur para efectuar una pasada en vuelo rasante a lo largo de todo el desfile del Triunfo, siguiendo la Avenida de Víctor Bellum. Volaban en línea, con las puntas de sus alas casi tocándose. Una demostración de formación perfecta efectuada por los mejores pilotos de la Flota de Batalla. La luz del sol se reflejaba en sus carlingas y en las ranuras de las toberas de sus colas.

La sensación de desastre que sentía se hizo opresiva, tremendamente real. Era como si unas nubes negras hubiesen pasado por delante del sol.

—Olm, yo...

—¡Por el Emperador! ¡Tiene problemas! ¡Mira! —gritó Madorthene.

Los cazas estaban a medio kilómetro de la Puerta, volando a una rápida velocidad de crucero. El avión de la izquierda saltó de repente en el aire, sus alas oscilaron...

... y viró.

El piloto que estaba justo por el lado interior giró bruscamente para evitar la colisión, pero su ala de estribor tocó la punta del ala del siguiente *Lightning* de la línea. Vimos un brillante y pequeño estallido y los fragmentos empezaron a volar por los aires.

Uno por uno, como perlas que se salieran de un collar, cada aparato salió despedido de la formación. La primitiva línea ordenada quedó completamente desorganizada.

Madorthene me arrojó al suelo justo cuando los reactores pasaron rugiendo por encima de nuestras cabezas, sacudiendo a todo el mundo con el empuje del chorro de sus motores.

Los dos que había visto chocar el uno con el otro estaban dando vueltas en el aire, girando como juguetes arrojados a un lado y dejando restos metálicos a su paso. En toda aquella confusión, me pareció que muchos de los otros también habían chocado por accidente.

Uno de los *Lightning*, es decir, más de diez toneladas de metal casi supersónico, se desplomó hacia el suelo y se estrelló contra el gentío situado en el lado occidental de la Avenida. Rebotó por lo menos una vez, arrojando restos humanos por doquier. Cuando por fin se estrelló, se convirtió en una inmensa bola de fuego que subió como un hongo más de cien metros en el aire. El asombro y el pánico descontrolado se apoderaron de la multitud. El hedor a llamas, a calor y a promethium me envolvió por completo.

Vimos un resplandor y el suelo se estremeció cuando un segundo *Lightning* pasó dando vueltas sobre sí mismo bajo la sombra de la Puerta. Entonces, casi de forma simultánea, se oyó una tercera explosión, aún más fuerte, cuando otro aparato, completamente fuera de control, se arrancó un ala con una de las esquinas superiores de la propia Puerta Espatiana, justo por encima de nosotros, y comenzó a caer.

Ante aquel accidente calamitoso, los soldados del Triunfo comenzaron a dispersarse en todas las direcciones. Arrastré a Madorthene bajo el arco cuando los restos destrozados de la aeronave comenzaron a caer sobre nosotros como una avalancha de metal ardiente.

Una catástrofe. Una catástrofe, terrible, terrible. Y sólo acaba de comenzar.

Seis

La perdición llega a Tracian
Se desata el Caos
Un tiro en la cabeza

Aunque estuviera en aquel estado, presa del horror y de la cólera, sabía que, en lo más hondo de mi alma, una gran parte de ella no podía ni quería creer que aquello sólo hubiera sido un trágico accidente.

Por doquier había fuego y explosiones, pánico generalizado, gritos...

Y otro sonido: un gemido muy bajo y muy poco habitual, un susurro que crecía hasta hacerse ensordecedor, sonido que atribuí al que hacen dos mil millones de personas cuando están dominadas por el pánico y temen por su vida.

Las multitudes se habían desparramado por la avenida, pues los arbites eran incapaces de contenerlas, y huían tanto de las temibles zonas de impacto de los aviones como del fuego, y también del riesgo imaginario de que, si se quedaban quietas, sería como si invitaran a las naves de combate imperiales a que les cayeran encima.

La muchedumbre se movía como un solo cuerpo fluido, como el agua misma. No había una voluntad detrás de aquel proceso, ni tampoco instigador alguno. Simplemente, era el instinto de masa el que obligaba a la gente, que empantanaba aquella calle inmensa en horribles oleadas apisonadoras, a arrollar a las formaciones del Triunfo, muchas de las cuales ya se rompían en medio de una consternación perpleja. Ya no se oían más el sonido de la música, ni el de los vítores, ni el de los timbales o las sirenas. Sólo una locura tronante, un mundo que se había vuelto del revés.

Vi a la gente morir a cientos, pisoteados o aplastados por la simple presión de los cuerpos. En algunos casos, los muertos eran despanzurrados por los que los rodeaban y se movían muchos metros antes de poder caer al suelo.

Vi a los soldados del retén, y a los arbites, disparar contra la multitud por puro terror antes de que los arrollaran. Las barricadas se vinieron abajo. Los estandartes se tambalearon y cayeron. Las pasarelas que cruzaban los canales de drenaje a lo largo de la avenida se resquebrajaron y derrumbaron, dejando caer a centenares en las trincheras de rocacemento.

Perdí de vista a Madorthene en medio de aquel pandemónium. Intenté abrirme camino a empujones por el arco para llegar hasta la luz del sol, pero la masa de cuerpos que huían chocaba contra mí. Toda la ruta de aproximación a la Puerta Espatiana no era más que un amasijo de restos retorcidos y fuego, procedentes del impacto en lo alto. Varias decenas de guardias yacían contrahechos y muertos entre los restos, víctimas de la lluvia de metal y piedra, con los uniformes de gala cubiertos del polvo blanco de la etercita o carbonizados por el fuego.

En aquel mar de humanidad aullante pude ver a varios de los enormes aurocóteros desbocados, fuera de control, que salían en estampida, se encabritaban, se sacudían al jinete de la grupa y pisoteaban a la multitud. Y, con la cola chasqueante, arrojaban por los aires los cuerpos inertes.

Conseguí escabullirme por la puerta hasta que pude encararme hacia el Norte, hacia el lejano Monumento a la Eclesiarquía. A lo largo de toda la ancha avenida se repetía la misma escena: la procesión del Triunfo era arrollada por la superioridad numérica del público aterrorizado.

También había incendios, grandes penachos que se levantaban de los espacios que había creado la multitud a cada lado de la calzada, en tres lugares diferentes y en la misma Avenida de Víctor Bellum, a unos setecientos metros de la puerta. Además, me pareció que el fuego se había propagado por otras zonas despejadas más allá del pináculo que tenía cerca, por la carretera, hasta llegar al barrio de los artesanos. Según estimé, al menos cinco *Lightning* habían caído del cielo, precipitándose contra la masa de ciudadanos llenos de pánico que hervía en la avenida.

El Hollín y las cenizas nublaban el aire. Muy a lo lejos, por encima de aquella pesadilla de cuerpos destrozados, vi las grandes formas de los Titanes que giraban sobre su cintura metálica, dubitativos, como si estuvieran aún más confundidos que nosotros.

Dudo que me fijara en los demás *Lightning* antes que en cualquier persona, pero es que estaba totalmente absorto. Esas naves eran todo lo que podía ver: había cuatro más, presumiblemente las únicas

supervivientes de aquel desfile aéreo tan desastroso. Habían virado y bajaban en ángulo de flecha hacia la avenida. La formación no era tan precisa ni tan bonita como lo había sido justo antes del accidente, pero estaban mucho más abajo e iban mucho más rápido.

Y sabía lo que significaba eso, puesto que ya lo había visto antes.

«Una pasada de ataque rasante.»

Que el Emperador se apiadase de mí. El corazón casi se me detuvo cuando vi venir la malsana intención que tomaba cuerpo delante de mí.

Grité algo, pero fue en vano. Una voz contra la de dos mil millones.

Escupieron raudales de munición trazadora con los cañones que tenían bajo el morro. Los cañones láser que llevaban montados en las alas destellaron sordamente.

Dos naves pasaron a ras de la multitud, en una carnicería donde cayeron miles. Las otras dos siguieron la avenida y enfilaron el Gran Triunfo.

La destrucción fue algo inenarrable, como si arados invisibles y blancos por el calor roturasen un mar de cuerpos y abrieran surcos largos y rectos que explotaban entre la ciudadanía del Imperio. O como si una rauda fuerza subterránea los desparramase. Líneas punteadas de explosiones serraban la muchedumbre y hacían saltar por los aires restos humanos y mecánicos. Había toda una niebla de tejido licuado en el aire. Vi tanques que eran alcanzados en la carretera y detonaban entre el gentío. Centenares de Guardias y Marines Espaciales de aquel desfile devastado abrieron fuego al aire para dar caza a los aviones, revolviendo el cielo con brillantes líneas entrecruzadas.

Un *Lightning* dio un barrido casi por encima de las cabezas del gentío, cortando por la izquierda de la Puerta Espatiana. La potencia de fuego de ese ametrallamiento en vuelo rasante descuartizó a centenares de personas entre explosiones, pasando muy peligrosamente cerca de donde estaba y nos duchó, a mí y a la piedra blanca del lateral de la Puerta, con sangre hirviente.

Cientos de baterías de la procesión dispararon entonces al cielo, los *Hydras* cañonearon el aire. Hasta los tanques disparaban... Por pura rabia, supuse, pues no tenían ni la más mínima esperanza de dar a aquella aeronave que se movía con tanta rapidez.

Pese a todo, algo sí que debió de dar. Un segundo *Lightning* se ladeó al pasar sobre la Puerta, y diminutas explosiones salpicaron su ala

izquierda y la sección de cola. Cayó en picado contra la avenida y chocó contra lo que, a mi parecer, era la sección del Triunfo que correspondía al Señor de la Guerra. El estallido levantó una deflagración por toda la carretera que mató a tantos por efectos de la explosión de simpatía como por el impacto de la propia bola de fuego.

Los tres *Lightning* restantes se agruparon otra vez en el extremo más lejano de la avenida y se prepararon para efectuar la tercera pasada. Me sorprendió que no virasen como una formación. Volaban individualmente, como si estuvieran separados del mundo. ¿Estaban los pilotos poseídos? ¿O locos?, pensé para mis adentros. Dos de ellos se juntaron demasiado y casi chocaron: uno no había corregido el rumbo lo suficiente y siguió hacia la avenida, hambriento de más carnicería. El otro se vio obligado a hacerse a un lado, corregir y virar hacia la quejumbrosa masa de gente por el oeste de la calle.

El tercero pasó de largo y casi desapareció. Lo vi dar un rizo muy a lo lejos, sobre la calina del río, con las alas destellando al sol. Después también volvió a por nosotros. Al igual que los demás, se dirigió en línea recta y despreocupadamente hacia las fauces de la cortina de fuego que los tanques, los *Hydras* y la infantería sostenían contra ellos.

Varios centenares más murieron en aquella pasada final. Ciudadanos leales cuyo día de júbilo se había convertido en horror; orgullosos guardias que habían vuelto de la guerra y sólo pensaban en disfrutar de aquella hora tan especial de reconocimientos; misteriosos Marines Espaciales que únicamente estaban allí porque los habían invitado, como gesto de honor, y que quizá recibirían esa muerte con los brazos abiertos sólo como una alternativa al destino que los esperaba. Nobles y dignatarios imperiales que murieron a cientos: muchas casas nobiliarias nunca se recobraron de las pérdidas en el Triunfo de Tracian.

Así cayeron los tres últimos *Lightning*.

Uno, al cruzar la Puerta Espatiana, fue reventado en mil pedazos por el proyectil de seguimiento de un *Hydra*, y cayó sobre la caótica calle.

El segundo voló por encima de la presa de salvas antiaéreas sin conseguir ajustar la altura a tiempo; y entonces, alcanzado por uno de los cañones casi en el último momento, invirtió el vuelo y empezó a dar guiñadas. Entre un chorro de humo, cayó en picado hacia el suelo, aunque al final se estrelló contra el Monumento a la Eclesiarquía.

El tercero llegó hasta nosotros y consiguió pasar por debajo del arco de la Puerta Espatiana. Pero, para entonces, los Titanes ya habían entrado en liza, y las tripas se me revolvieron con el bramido subsónico de las armas. Los veía a tres kilómetros de distancia, armas montadas que lanzaban una andanada tras otra y relumbraban por encima de la multitud.

Excelsis Gaude, uno de los Titanes clase *Warlord*, lo alcanzó y le dio muerte en el aire, aunque no con la suficiente precisión. El *Lightning* entró en barrena, envuelto en llamas, y chocó contra el inmenso Titán cuadrado y lo decapitó en la explosión consiguiente.

Yo estaba ido, estupefacto, sin habla.

Sentía como si debiera postrarme en medio del tumulto y rogar al Dios Emperador por la salvación de la Humanidad.

Pero mi función en todo esto sólo había hecho que empezar. Una llama azul translúcida, como un muro de ácido corrosivo, atravesó de repente la multitud apiñada situada tras la Puerta. Hombres, mujeres, soldados, civiles... todos se vieron atrapados por ella y se estremecieron antes de empezar a derretirse hasta quedar convertidos en simples esqueletos, que instantes después se convirtieron en polvo arrastrado por el viento.

Sentí el dolor en las fosas nasales, el palpitar en mi espina dorsal. Supe enseguida lo que era.

Maldad psíquica. El Caos en estado puro estaba suelto en aquel mundo.

Los prisioneros se habían liberado.

A los guerreros no pareció importarles. Una batalla a gran escala ya se estaba librando por la avenida, tras la Puerta Espatiana rota. La Guardia Traciana, los Marines del capítulo Aurora y los arbites pugnaban por contener el motín de los prisioneros enemigos, muchos de los cuales habían aprovechado la oportunidad para liberarse y hacerse con armas. Una guerra feroz y a quemarropa había seguido al gran desfile.

Pero lo que a mí me preocupaba eran los psíquicos, los herejes capturados: los treinta y tres se habían escapado.

Desenfundé mi espada de energía y mi pistola bólter mientras me lanzaba en mitad del gentío que corría en todas direcciones, pisoteando los huesos ya secos de los que habían muerto por la onda psíquica.

Un ser inhumano, un prisionero del Caos, se abalanzó sobre mí y le corté la cabeza con mi filo. Salté por encima de un Marine muerto que se

desangraba sobre el rocacemento por las grietas de la armadura *imperator*, y me abrí camino a empujones entre los civiles que aullaban.

Tenía justo enfrente a cuatro Guardias Tracianos que se parapetaban tras el cadáver chamuscado de un aurocótero caído mientras disparaban con sus armas contra la multitud.

Estaba a unos cuantos pasos de ellos cuando el gigantesco animal muerto se reanimó, como una marioneta psíquica, y los mató a todos.

Las armas resultaban inútiles. Me concentré e hice volar a ese engendro por los aires con una onda expansiva mental.

Un Marine de Aurora me pasó por encima, volando por el aire a unos diez metros de altura: le faltaban las piernas.

Seguí corriendo, segando con mi hoja a los prisioneros prófugos que se me encaraban.

La carretera estaba cubierta de muertos. Humanos, envueltos en llamas de pies a cabeza, pasaron a mi lado tambaleándose y cayeron al suelo boca abajo.

El tren de tractores *Trojan* estaba ardiendo, el mastodóntico tráiler estaba volcado. Tres de los psíquicos enemigos se encontraban muertos en la bodega de carga; y cuatro burbujas de vacío permanecían intactas, y sus ocupantes seguían debatiéndose dentro frenéticamente.

Pero los demás...

Más de veinticinco psíquicos enemigos de nivel alfa se habían escapado.

Vi al primero, un despojo de hombre, enflaquecido y renqueante, cerca del extremo del tráiler. Una aureola le destellaba alrededor de la cabeza e intentaba devorar a una novicia astrotelépata que estaba chillando.

Mi bólter detuvo su obra demoníaca.

Caí de rodillas, boqueando y llorando, cuando el segundo me encontró. Era una hembra fibrosa ataviada con un velo blanco y vaporoso, y tenía espolones en lugar de uñas.

Se agazapaba tras el extremo del tráiler mientras me hacía sollozar y me laceraba con su poder depravado. No tenía ojos.

No soy un clase alfa: mi cerebro bullía y burbujeaba.

Un Guardia Traciano corrió hacia ella desde la izquierda, y ésta se volvió instintivamente y centró su atención en él. La cabeza del guardia reventó como una ampolla.

Le disparé justo en el corazón, atravesándolo, y la psíquica cayó de espaldas, como un saco, pero sus piernas siguieron convulsionándose durante casi un minuto.

Me escupieron una descarga eléctrica desde una multitud cercana. La gente, que aullaba mientras se quemaba, se apartaba a trompicones de un psíquico que caminaba con paso decidido directamente hacia las colmenas. Era un enano, de piernas atrofiadas y un cráneo desmesurado. Una bola de rayos chisporroteaba entre sus dedos regordetes.

Lo acometí con la mente, sólo para llamar su atención, y luego le hice estallar la cabeza con un disparo certero y preciso.

Que el Emperador me protegiera: el enano seguía acercándose. Le había volado la parte frontal del cráneo, pero seguía acercándose, ciego, y con las facciones convertidas en un amasijo de entrañas. Se tambaleó sobre el terreno mientras se acercaba hacia mí, con su mente hurgando en la mía.

Disparé otra vez, casi presa del pánico, y le volé un brazo. Aun así, prosiguió. Mi chaqueta, cabello y pestañas empezaron a humear. El cerebro estaba a punto de explotarme y saltarme del cráneo.

Un Marine Espacial con los colores del Capítulo Aurora se puso a su espalda y lo redujo a pulpa con el bólter.

—¿Inquisidor? —me preguntó el marine con la voz distorsionada por el micro del casco—. ¿Se encuentra bien?

Me ayudó a levantarme.

—¿Qué locura es ésta? —me preguntó con voz ronca.

—¿Tienes un canal de voz, marine? Avisa a Lord Orsini.

—Ya está avisado, inquisidor —me respondió.

Detrás de nosotros lo tractores explotaron en masa, proyectando fuego y restos por los aires.

Un niño abrasado pasó corriendo y gritando por delante de nosotros. El marine aupó al chico con sus imponentes brazos.

—Tranquilo, tranquilo... Te sacaré de aquí...

—No —le dije lentamente—. No, no...

Volvió su rostro cubierto por el visor hacia mí; perplejo, mientras acunaba al chico.

—¿No qué? —me preguntó.

—¡Mira el estigma! ¡Tiene la marca! —grité mientras le señalaba la runa de Malleus grabada al rojo vivo en el tobillo del chico. El martillo de

brujos, la marca al fuego del psíquico.

El niño del Caos levantó la mirada hacia mí y me sonrió siniestramente.

—¿Qué marca? —preguntó el marine—. ¿De qué marca me habla?

—Yo... yo...

Intenté luchar contra ello, debéis saberlo. Intenté repeler el impío poder mental del chico mientras éste me tanteaba la cabeza. Pero ese ser, ese «niño», estaba mucho más allá de lo que podían contener mis poderes.

Mátalo, me dijo.

Me temblaba la mano al resistirme a enarbolar el bólter y pegarle un tiro en la cabeza al marine. No lo conseguí: una agonía blanca y abrasadora se adueñó de mi horrorizado ser.

Y ahora, mátate, me sugirió mientras reía burlón.

Puse el cañón humeante del bólter contra mi propia sien y lo único que veía era la cara burlona del niño, que estaba apoyado en la rodilla del marine caído y sin cabeza.

Eso es, venga...

Mi dedo se cerró en torno al gatillo.

—No... n-no...

Sí, tonto estúpido, sí...

La sangre me brotaba de la nariz. Quería caer de rodillas, pero ese monstruo no me dejaría. Sólo quería una cosa, una sola cosa. Me lo suplicó y me arrancó la conciencia.

Era algo horrísono que no admitía negativa. Apreté el gatillo.

Siete

Voke, especulaciones
Esarhaddon
A través del Vacío

Pero no morí.

Ese bólter que me había regalado el Bibliotecario Brytnoth, y que nunca me había fallado durante diez décadas de usarlo, falló y no disparó.

El niño cosa chilló y desapareció de un brinco entre el humo, debatiéndose contra las formas que me rodeaban. El marine muerto rodó por el suelo. El aire se escarchó con una descarga psíquica y tres figuras me pasaron por delante, en pos de aquella abominación diminuta. Inquisidores, todos eran inquisidores, o interrogadores cuanto menos. Y uno de ellos era el inquisidor Lyko, seguro.

Bajé mi mano temblorosa. Bajé ambas, y el bólter que aferraban, que se encontraba recubierto de hielo psíquico, con el mecanismo encasquillado y atorado.

Me volví y hallé a Commodus Voke que estaba a unos pasos detrás de mí. Su rostro anciano estaba contorsionado por el esfuerzo interior. Carámbanos de escarcha le destellaban en su larga túnica negra.

—Apártalo... a un lado —las palabras brotaban como jadeos apremiantes—. No... podré... contenerlo... mucho... más.

Aparté con presteza el bólter hacia un lado y apunté al aire. Voke se relajó entre convulsiones y en medio de un jadeo estentóreo, y el arma se estremeció y disparó. La mortífera carga se perdió en el cielo inofensivamente.

Voke flaqueaba, los giróscopos del exoesqueleto potenciador que cobijaban su frágil cuerpo se esforzaban al máximo para que mantuviera el equilibro. Le di la mano para que se apoyara.

—Gracias, Commodus.

—No tiene importancia —dijo con un hilo de voz. Empezó a recobrar las fuerzas y me clavó aquellos ojos brillantes de ave—. Sólo un valiente o

un loco le plantaría cara a un psíquico alfa plus.

—Entonces soy ambas cosas, o ninguna. Yo era el que estaba más cerca de la emergencia, y no podía quedarme de brazos cruzados.

Nos vimos asaltados por unos ruidos extraordinarios que provenían del osario que teníamos detrás. Ráfagas, granadas, gritos y los estallidos y el murmullo de mentes que fracturaban la realidad, comprimían la materia, bullían la atmósfera. Vi un hombre con una sotana, un inquisidor o un astrotelépata, que se elevaba lentamente hacia los cielos entre una columna de fuego verde y ardía, y se desmenuzaba. Vi surtidores de sangre que saltaban como trombas marinas. Cayeron ante nosotros chaparrones de lluvia ácida y granizo, localizadas en ese trecho de la avenida, desencadenados por la ferocidad de la guerra psíquica.

Figuras que se apresuraban a unirse al combate. Muchos de los ordos, con sus expertos guardias de corps, y decenas de los Adeptus Astartes. El suelo vibró bajo nuestros pies, y vi a uno de los imponentes Titanes *Warhound* que estaba apostándose tras la Puerta Espatiana mientras descargaba los turbolásers contra blancos terrestres. Una serie de explosiones aplastantes, principalmente detonaciones psíquicas, rompieron los hábitats y las estructuras de la colmena del lado este de aquella ancha, y en ese momento atroz, avenida.

Los *Marauders* imperiales centellearon por encima de las cabezas. El cielo estaba ennegrecido por el humo, toda la luz del sol se había emborronado hasta desaparecer. Espirales de cenizas cayeron sobre nosotros como nieve gris.

—Esto es... un gran crimen —me dijo Voke—. Un día aciago en los anales del Imperio.

Me había olvidado de lo mucho que le encantaban esas descripciones a Commodus Voke.

La mayor parte de Colmena Primaris siguió sin ley y fuera de control durante cinco días. El pánico, los tumultos, los pillajes y el desasosiego de la población civil se adueñaron de las calles y los niveles habitables de la herida megalópolis, mientras los arbites y demás órganos del Imperio luchaban por imponer la ley marcial y restablecer el orden.

Fue un cometido desesperado. La población indígena por sí sola ya era muy grande, pero se había multiplicado hasta una extensión inimaginable debido a los peregrinos y turistas de la Novena. También se dieron brotes de tumulto y pánico por simpatía en otras colmenas. Durante

un par de días pareció que todo el planeta iba a caer en una vorágine de sangre y fuego.

Pequeñas secciones de Colmena Primaris habían conseguido aislarse: los niveles de chapiteles de la elite; las casas nobiliarias, que eran auténticas fortalezas; los precintos inexpugnables de la Inquisición, de la Guardia Imperial, de los Astropathicus; los diversos bastiones del Munitorum; y el Real Palacio del Comandante Imperial. Todos los demás lugares, especialmente los comunes y los niveles habitables eran como una zona de guerra.

La Eclesiarquía lo pasó especialmente mal. Al ver el Monumento a la Eclesiarquía en llamas, las masas del populacho interpretaron esa pesadilla como una maldición divina, y descargaron su furia contra todas las iglesias, templos y órdenes sacerdotales que encontraron. En las primeras horas nos enteramos de que el cardenal palatino Anderucias había muerto durante la destrucción del monumento. No fue, ni de lejos, el único gran jerarca en perecer en la orgía de matanzas que ocurrió después.

Volver a capturar o exterminar a los psíquicos incontrolados se convirtió en el objetivo principal, y en el más importante, con el que se encontraron las autoridades. Se sabía que diez habían escapado de la batalla inicial en la Avenida de Victor Bellum y habían huido a la colmena, sembrando una carnicería por donde pasaron, y acosados por las fuerzas inquisitoriales y toda la dotación imperial que se les pudo llevar para darles apoyo.

Dos de ellos apenas consiguieron alejarse un par de kilómetros desde la procesión, con las fuerzas imperiales de la batalla de la avenida pegadas a los talones, y fueron neutralizados al anochecer de aquel terrible primer día. Otro más fue a parar a una conservera de verduras, del sector oriental ultra hábitat y lo rodearon. Hacerlo estallar y quemarlo costó tres días y la vida de ochocientos Guardias Imperiales, sesenta y dos astrotelépatas, dos marines espaciales y seis inquisidores. La conservera y los hábitats en tres kilómetros cuadrados a la redonda quedaron arrasados.

No había un mando centralizado, si es que había alguno, para nuestras fuerzas. El almirante Oetron, que se había quedado con la flota de combate orbital como comandante de observación, se las arregló para poner cuatro naves de vigilancia en órbita geoestacionaria en torno a la Colmena Primaris y, durante un tiempo, consiguió proporcionar cobertura de comunicaciones de voz y astrotelepáticas que resultaran mínimamente

inteligibles para las fuerzas terrestres. Aun así, tras el anochecer del primer día, las tormentas psíquicas azotaron toda la colmena, y se averiaron los repetidores de transmisiones.

Fue un período siniestro y terrorífico. Abajo, en las calles en llamas, nos repartimos como pudimos en pequeñas unidades que funcionaron de forma autónoma. Por el mero hecho de estar con Voke, pasé a formar parte de un grupo que se había acuartelado en la sede de los arbites de la calle Blammerside, en el barrio mercantil. Nos llovían grupos de ciudadanos desesperados que suplicaban ayuda, piedad y refugio; y bandas mucho mayores atacaban la sede una y otra vez, impelidos por el miedo, por la rabia contra los órganos de gobierno imperial o, simplemente, porque no los dejábamos entrar.

Es que no podíamos: estábamos desbordados de heridos y muertos, que eran demasiados para que los atendieran los arbites cirujanos y el personal del depósito de cadáveres. Nos quedaba muy poca comida, suministros médicos y munición, y también racionábamos el agua, ya que no teníamos avituallamiento.

Igualmente, habían cortado la electricidad, pero la sede contaba con un generador propio.

Durante toda la noche, botellas, proyectiles y bombas hechas con promethium se hacían añicos contra las ventanas blindadas, y los puños aporreaban las puertas.

Voke estaba al mando por ser el de mayor edad y veteranía. Aparte de mí, estaban el inquisidor Roban, el inquisidor Yelena, el inquisidor Essidari, veinte interrogadores y jóvenes asistentes inquisitoriales, sesenta soldados de la Guardia Interior, varias decenas de astrotelépatas y cuatro marines espaciales de los Cónsules Blancos. Los arbites propiamente dichos eran unos ciento cincuenta, y la delegación también acogía a unos trescientos nobles, eclesiarcas y dignatarios del Gran Triunfo, así como a unos cuantos centenares de ciudadanos de a pie.

Recuerdo que era justo después de medianoche y estaba solo en el desvalijado despacho del comandante de los arbites y contemplaba, a través de las ventanas blindadas las calles en llamas, la tormenta psíquica, que estaba en su apogeo y que desgajaba el cielo. No había recibido ninguna noticia o señal de Ravenor desde que la catástrofe empezara. Y recuerdo que las manos aún me temblaban.

A decir verdad, creo que aún era presa del shock. A causa del suceso en sí, naturalmente, y también debido a los ataques psíquicos. Había sufrido mucho en el transcurso de todo ello. Recé por recobrar la lucidez, pero no debía de ser el momento para ello.

Aunque estuviera entumecido, mi cerebro no paraba de darle vueltas a la idea de que aquel ultraje había sido algo deliberado.

—No existe ninguna duda posible —dijo Voke detrás de mí. Obviamente, me estaba leyendo los pensamientos superficiales sin mi consentimiento. Levantó y desplegó una silla de acero, y se sentó en ella.

—¡Es cierto que ocurren accidentes, y que los aviones se estrellan! —gritó—. Pero éstos viraron y nos atacaron. Ese ataque estaba planeado.

Asentí: al menos, uno de los *Lightning* se había estrellado contra la comitiva del Señor de la Guerra, y otro había caído entre las filas de la Inquisición. Nadie sabía aún cuántos habían muerto de mi institución exactamente, pero Voke había visto lo suficiente para estimar que, al menos, doscientos de nuestros compañeros inquisidores habían sido aniquilados.

Recuerdo la conversación que tuvimos en la sobremesa, las especulaciones sobre las fuerzas de poder que podían oponerse al ensalzamiento de Honorius.

—¿Es el primer acto de una guerra entre las Casas? —pregunté—. ¿Es posible que la Eclesiarquía, o acaso las grandes dinastías, estén intentando torpedear el ascenso del Señor de la Guerra? Su nombramiento como Protector Feud no debe de haber sido muy bien recibido entre muchas facciones poderosas.

—No —respondió—. Aunque estoy seguro de que esto es lo que muchos creerán, lo que se supone que muchos han de creer.

Voke me miró fijamente.

—Liberar a los psíquicos era el objetivo —prosiguió—. No hay otra explicación posible. El Archienemigo atacó para sembrar el desconcierto y permitir así que los prisioneros se escaparan, y para neutralizar las partes del desfile que mejor podían contener la fuga de éstos.

—Esta parte no pienso discutirla. Pero ¿liberar a los psíquicos era el objetivo en sí mismo o, simplemente, el medio para alcanzar un fin?

—Explícate...

—¿Era un ataque para liberar a los psíquicos?... ¿O sólo un acto de violencia extrema contra el Imperio que se suponía que la liberación de los

psíquicos exacerbaría?

—Hasta que no sepamos quién está detrás, no podremos responder.

—Eso de manipular la mente de los pilotos... ¿Podrían haberlo hecho los propios psíquicos?

—Tampoco podemos saberlo —se encogió de hombros—. Aún no. Quizás el Señor de la Guerra sea culpable de una cierta bravuconería por mostrar a sus prisioneros así, pero seguro que se cercioró de tomar las medidas de seguridad pertinentes. Yo me inclinaría a sospechar de una tercera mano.

Nada dijimos durante un momento. El mismo Honorius Magnus había salido muy malparado del impacto de la nave estrellada, y lo estaban sometiendo a una operación de emergencia a bordo de una fragata médica en los astilleros. Nadie sabía aún si el Señor Comandante Imperial Helicano estaba vivo. Si estaba muerto, el Caos se habría anotado una victoria histórica.

—Yo también sospecho de una tercera mano —le dije a Voke—. Quizás otro psíquico, o un grupo de ellos, que siguió a sus colegas hasta aquí para prepararles una fuga.

—El mayor triunfo de toda mi vida, Gregor —contrajo su boca sin labios—, será capturar a esos monstruos en nombre del Emperador... Y luego ya veremos en qué queda todo esto.

—No puedes culparte, Commodus.

—¿Cómo que no? —me frunció el ceño—. ¿Y cómo te sentirías tú si estuvieras en mi lugar?

Me encogí de hombros.

—Enmendaré mis faltas —prosiguió—. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto.

Me clavó la mirada durante largo rato.

—¿Qué? —le pregunté, aunque ya intuía lo que se avecinaba.

—Tú... tú estabas muy cerca de la escena, tal y como me dijiste. Más cerca que casi todos, y aun así saliste ileso de la peor parte gracias a la protección de la Puerta Espatiana.

—¿Y?

—Ya sabes lo que quiero pedirte.

—Crees que deberías empezar por mí. Mira: estoy demasiado cansado, Voke. Me detuve allí para rendir honores a la tumba del

almirante.

Arqueó una ceja como si notara que en verdad no me creía mucho lo que le decía. Pero al menos tuvo la cortesía de no hurgar en mi mente con sus habilidades psíquicas, mucho más poderosas que las mías, para saber qué había de cierto en ella. Con tantos encuentros a través de los años, habíamos llegado a una especie de entendimiento, y ahora estábamos a la par en eso de debernos la vida.

Me conocía lo suficiente para no insistir en ello. Al menos, de momento.

Un interrogador entró presuroso en la habitación.

—Señores —dijo—, el inquisidor Roban desea haceros saber que hemos establecido contacto con uno de los herejes.

Por lo que pudimos saber, el hereje era un psíquico de nivel alfa plus que se llamaba Esarhaddon, y había sido uno de los líderes de la secta. Se había escondido en la colmena, después de provocar tumultos y aflicciones a su paso, perseguido por un grupo encabezado por Lyko y por Heldane. Este último había conseguido contactar con uno de los astrotelépatas de Voke y enviarle una petición de ayuda codificada.

Voke, Roban y yo nos aventuramos por las calles de la colmena con un equipo de exterminio de sesenta componentes, que incluía a los cuatro Cónsules Blancos. El jefe de su escuadra era un sargento especialmente alto que respondía al nombre de Kurvel. Atravesamos a pie los escombros y los escombros en llamas. Las bandas de ciudadanos nos abuchearon y nos lanzaron todo tipo de objetos, pero la mera visión de los cuatro terribles marines espaciales bastó para mantenerlos a raya.

Esarhaddon, tal como Voke me previno, era un ser de una inteligencia terrible al que no se podía subestimar. Cuando vimos el lugar donde había decidido refugiarse, entendí lo que Voke había querido decirme.

La noble familia de Lange era una de las más preeminentes de la aristocracia de Tracian Primaris y tenía un enorme palacio de verano en el sector oriental de Colmena Primaris, cerca del barrio mercantil, donde habían hecho fortuna.

El palacio se alzaba orgulloso entre las calles de los habitáculos que lo rodeaban, envuelto por su propia burbuja de fuerza.

Era una de las zonas de la ciudad que habíamos supuesto que era segura. Con toda su energía y recursos, las casas nobles debían ser capaces de protegerse mientras durase ese estado de excepción.

Pero no contra Esarhaddon. Él estaba allí dentro, y contaba con todos los recursos del palacio para protegerse.

Encontramos a Heldane en la ronda occidental que llevaba al palacio. Llevaba con él un equipo de una veintena de hombres. La calle estaba alfombrada de cadáveres, muchos de ellos ciudadanos.

—Controla a las masas como si fueran títeres —dijo Heldane con parquedad, sin mediar palabra alguna de bienvenida—. No dejan de venir oleadas de ellos para impedir que traspasemos los muros del jardín y el ala de los sirvientes, anexa a éstos.

Como ya debo haber dicho, no soportaba al inquisidor Heldane. Era un hombre muy alto y siniestro, y su cara no era más que un amasijo irreconocible de cicatrices desde que tuvo aquel encuentro con un carnodonte hambriento al volver a Gudrun. Había sido pupilo de Voke cuando lo conocí, pero ya era todo un inquisidor con poderes mentales que, según se decía, superaban hasta a los de su antiguo maestro. Cuando lo vi allí me dio un escalofrío. Se había sometido a incontables operaciones de cirugía plástica, pero no para borrar el daño que había sufrido en la cara, sino para exagerarlo. Era como si le hubieran alargado el cráneo hasta alcanzar una forma casi equina, con una boca que parecía un hocico lleno de dientes romos y unos ojos negros y tenebrosos. Unos cables de fibra y tubos de fluido le coronaban la cabeza en lugar de los habituales cabellos. Llevaba una armadura de plastiacero del color de la sangre y portaba una guja segmentada de energía.

—Eisenhorn —asintió con la cabeza al verme. Era como si un corcel de guerra hubiera movido la testa hacia mí.

—¡Vuelven otra vez! —El grito se propagó entre los hombres de Heldane. Calle abajo, atravesando las fiigas de fiiego, unas figuras venían tambaleándose hacia nosotros.

¡A las armas! ¡Preparados! Heldane había hablado, pero no con su voz. La orden psíquica nos había resonado en la cabeza, y algunos de nuestros soldados parecían haberse acobardado.

Nos cayó encima una lluvia de proyectiles, y los miembros de la Guardia Interior desplegaron un paraguas protector de escudos antidisturbios. También nos dispararon con armas de fuego cortas, y un arbite que estaba cerca de mí cayó con la rodilla deshecha.

Los atacantes, un centenar o más, eran ciudadanos de la colmena, con los rostros inexpresivos y que se movían como marionetas. Tal y como

Heldane nos había informado, alguna fuerza psíquica monumental los había obligado a convertirse en sus títeres involuntarios. El humeante aire nocturno se ionizó con el reflujo psíquico.

No encontraba placer alguno en acciones como la que llevamos a cabo. Esa bestia, Esarhaddon, nos obligaba a luchar contra civiles inocentes, sólo porque teníamos que protegernos.

Quizá pensara que así renunciaríamos a la misión y lo dejaríamos en paz. Pero nosotros éramos la Inquisición.

Kurvel mandó que los Cónsules Blancos se desplegaran al frente, y golpearan sus armas contra las corazas y lanzaran desafíos a través de los altavoces de los cascos. Vi cómo una bomba de promethium alcanzó a uno de ellos y se rompió, recubriéndolo de líquido inflamable, pero el Cónsul siguió avanzando a grandes pasos.

Disparamos por encima de las cabezas de la turba, en un intento por disolverlos, pero carecían de voluntad propia. Pasamos a disparar a muerte. En diez minutos, y muy a pesar nuestro, habíamos sumado una tremenda cifra a la ya elevada tasa de mortalidad del planeta.

Esta acción nos llevó hasta la esquina de la calle, frente a los altos muros del jardín, en el límite del mismo escudo de fuerza iridiscente.

Oí una risita burlona resonar en mi cabeza.

Esarhaddon.

¿Dónde está Lyko?, oí que Voke preguntaba psíquicamente a Heldane.

Se ha llevado a un equipo a la parte delantera para intentar desactivar el muro de fuerza.

—¡Idiota! —dije con un grito mirando a Heldane—. Este monstruo puede controlar a una multitud, ¿y no se te ocurre más que usar el habla psíquica cerca de él?

—Ese monstruo —replicó Heldane—, es capaz de leerle la mente a todo el que esté en esta ciudad, y más lejos aún. Ya sabe de sobra lo que estamos haciendo. No tiene sentido guardar el secreto, es un esfuerzo inútil. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Cuánto queda hasta el próximo ataque? —preguntó Kuvel mientras recargaba el arma.

—Desde que llegamos por primera vez, cada vez son menos frecuentes —respondió Heldane—. Depende de lo que tarde Esarhaddon en rebuscar mentalmente en los habitáculos colindantes y reclutar otra fuerza de títeres. Cada vez ha de lanzar la red más lejos.

—¿Y cómo habrá conseguido meterse aquí? —inquirió Roban. Heldane se limitó a negar con la cabeza y a encogerse de hombros. Roban, un robusto inquisidor de mediana edad ataviado con una túnica de varias capas de color amarillo y castaño, era un buen hombre, aunque yo no lo conocía muy bien. Pero era un xantanita declarado, y el ultrapuritano Heldane no podía ni verlo.

Voke y Heldane se pusieron a discutir de los posibles planes de ataque con Kurvel, mientras los soldados que nos rodeaban se pusieron en formación defensiva.

—Es una misión muy poco agradecida y muy puñetera —me dijo Roban—. Ni siquiera sé por qué estamos aquí.

—Porque somos carne de cañón —respondió su joven interrogador, Inshabel, con cierta hosquedad, algo que nos hizo reír a ambos.

—Ha de haber algo... —dije.

Saqué mi visor de bolsillo e intenté leer las pautas y espectros de energía.

—¡Tú! —llamé a uno de los arbites del grupo, un canoso comandante de la ronda local que iba enfundado en un equipo completo de antidisturbios.

—¿Inquisidor?

—¿Cómo te llamas?

—Albert Si'dad, señor.

—¡Por el amor de Dios Emperador! —suspiré de nuevo, y Roban y yo nos volvimos a reír.

—Muy bien, Adversidad... Este palacio debe de estar dentro de la zona de patrulla de tu ronda.

—Sí, señor.

—Así que la seguridad de la calle que lo rodea es de tu responsabilidad.

—Una vez más; sí, señor.

—Por lo que... Aunque sólo sea como cuestión de procedimiento, en tu sede han de estar registrados el tipo de escudo y armónicos que usa el palacio, por si se produce una emergencia.

Según mi experiencia, era un protocolo estándar que todos los arbites de la ronda supieran tales detalles sobre los edificios clave que tenían bajo su competencia.

—Es información confidencial, señor.

—Por supuesto que lo es —suspiré de nuevo—, pero ahora sería un buen momento para que dejara de serlo...

El hombre activó su comunicador de voz y, tras grandes esfuerzos, consiguió abrir un canal con la sede.

—Estás tramando algo, ¿no? —me preguntó Roban.

—Puede ser.

—El taimado inquisidor Eisenhorn...

—¿El qué?

—No te ofendas. Es que tu reputación te precede.

—¿Ah sí? ¿Buena o mala?

Roban sonrió sombríamente y negó con la cabeza, como si se tratara de alguien que hubiera oído algo, pero que no se metía donde no lo llamaban.

—Es un antiguo cono de vacío de tipo diez —nos informó prontamente el comandante de arbites Albert Si'dad—. Una urdimbre de ocho-siete-ocho tangentes armónicas. No tenemos el código de desactivación, Lady Lange no lo hubiera permitido.

—Me juego lo que quieras que ahora lo haría —dijo el interrogador Inshabel, tan cáustico como siempre y poniendo el dedo en la llaga. Empezaba a caerme bien.

—Gracias, Adversidad.

—Es... Albert Si'dad, señor.

—Ya lo sé.

Intenté recordar todo lo que Aemos me había aconsejado sobre los escudos todo esos años. Deseé tener su memoria. Es más, deseé tenerlo a mi lado.

—Podemos desvanecerlo —dije muy seguro de mí.

—¿Desvanecer un escudo de vacío? —preguntó Roban.

—Es cónico... y sólo de superficie. Y es viejo. El vacío se puede aminorar, como cualquier otra cosa, pero seguro que se quedarán sin el campo si les privas de uno o más de los proyectores.

—Ese contrafuerte de allí, el que está detrás del muro del jardín, tiene que ser una de las unidades de proyección ancladas en tierra.

—Le veo la lógica, pero no la aplicación práctica —Roban asintió, al parecer impresionado.

Me fui hasta el hermano sargento Kurvel, interrumpí la conversación que sostenía con Heldane sin pedir permiso y les expliqué lo que quería

hacer.

—¡Pero si Lyko ya lo está intentando, hombre! —se burló Heldane de inmediato.

—¿Y cómo?

—Ha localizado los controles externos de la puerta principal y está intentando romper el código...

—El código y los controles estarán bloqueados y desactivados gracias a Esarhaddon. Lyko pierde el tiempo, no podemos apagarlo. No podemos romper el control que Esarhaddon tiene sobre el sistema, pero sí que podemos minar el sistema.

Heldane estuvo a punto de añadir algo más, pero Voke le hizo callar.

—Creo que Gregor puede haber dado en el clavo.

—¿Por qué?

Voke señaló con el dedo a medio millar de ciudadanos que se dirigían hacia nosotros desde todos los puntos de las calles.

—Porque, tal como has indicado antes, Heldane, ese monstruo puede oírnos. Y está claro que no le gusta cómo suena nuestro plan.

A Kurvel le costó diez minutos levantar el pavimento y arrancar una sección de la tapia del jardín con su garra relámpago. Y, mientras tanto, la turba creciente de marionetas no hacía más que atacarnos.

—¡La alcantarilla! —anunció Kurvel al fin.

Me volví hacia los demás mientras nos llovía encima una tromba de proyectiles y de disparos láser.

—Commodus... Tienes que contenerlos un rato más.

—Cuenta con ello —me dijo.

—Roban, reúne una escuadra, y venid conmigo.

Heldane no estaba muy contento, pero en ese momento tampoco estaba para imponer su opinión. Creo que pagó su rabia con aquellos ciudadanos esclavizados.

Me dejé caer por el agujero en la alcantarilla con Kurvel, Roban, Inshabel y tres soldados de la Guardia Interior. La defensa de la calle, allá arriba, no se podía permitir prescindir de más.

Aquel inmundo conducto de la cloaca pasaba por debajo del propio muro antes de perderse en un recodo abrupto. Apoyos de piedra envejecida reforzaban la base del contrafuerte. La piedra era cálida, y unas esponjosas colonias de hongos crecían en ella.

Inshabel proyectó un haz de luz para que yo pudiera ver. Kurvel ya era capaz de ver en la oscuridad. Sacó las dos últimas granadas perforantes que le quedaban y las enganchó a la manipostería con anclajes adhesivos que extrajo de un tubo de pasta que llevaba en la mochila.

—Ojalá hubiéramos tenido más. Podríamos haber volado todo el muro.

—Podríamos, sargento. Pero así será mejor, incluso.

—¿Por qué?

—Porque, si sólo hacemos que el proyector falle, las energías del escudo provocarán un cortocircuito antes de venirse abajo. Eso creará un pulso electromagnético dentro del mismo campo, en vez de volarlo por los aires. Y creo que un pulso electromagnético es la última cosa que le gustaría a Esarhaddon ahora.

Como para demostrar que mis conjeturas eran acertadas, una oleada punzante de poder psíquico nos laceró. Esarhaddon se había dado cuenta de esa vulnerabilidad y estaba enfocando su inmenso poder contra nosotros. Las marionetas habían sido presa fácil, pero había llegado el momento de controlar o detonar la mente de sus cazadores antes de que dejaran de ser juguetes y se convirtieran en un peligro.

El ataque del psíquico fue devastador. Dos de los guardias del Interior murieron inmediatamente, sin más. Otro empezó a disparar, alcanzando por dos veces a Kurvel e hiriendo a Inshabel. Muy a su pesar, Roban abatió al soldado con la pistola láser.

Nuestras mentes eran más difíciles de atacar, especialmente por la protección que nos proporcionaba la roca que teníamos encima y lo cerca que estábamos del flujo de energía del escudo.

Pero era cuestión de segundos que Roban, Inshabel Kurvel y yo muriéramos o nos convirtiéramos en maníacos homicidas.

Cómo deseaba que Alizebeth, o cualquier otro miembro de la Rueca, estuviera con nosotros.

—¡Detónalo! ¡Detónalo! —jadeé mientras los capilares de la nariz y la garganta se me abrían por segunda vez en lo que iba de día.

—¡Pero estamos justo debajo de...!

—¡Hazlo, hermano sargento! ¡En nombre de Dios Emperador!

La explosión destruyó el proyector y llenó el túnel de la alcantarilla con una oleada de devastación. Nos habría matado a todos si no hubiera

sido porque el hermano sargento Kurvel nos escudó con su inmenso cuerpo acorazado.

Eso le costó la vida.

Me prometí no parar hasta conseguir que el Primarca de los Cónsules Blancos oficie una ceremonia en honor y memoria de él.

Con el proyector generador fuera de juego, el escudo de vacío se vino abajo y quemó los sistemas del palacio con una sobrecarga electromagnética.

Y también ofuscó la colérica mente de Esarhaddon.

Mi investigación sobre los intocables, a través de Alizebeth y luego mediante la Rueca que ella creó y dirigía, me hicieron suponer que acaso el poder psíquico, sin importar su potencia, se basa en el análisis final del funcionamiento de la mente humana como algo eléctrico, en el desencadenamiento de descargas de impulsos que se dan en las sinapsis. De algún modo, los intocables lo anulan y provocan una carencia, molesta y desarmante, en ese proceso tan natural como fundamental para el cerebro humano. Ése era el motivo, concluí en un principio, por el que los psíquicos no funcionan en presencia de los intocables... Y por lo que el olvido y la desazón afloran cuando están presentes. Y, en último extremo, por lo que éstos tanto molestan y trastornan a los humanos, y a los psíquicos con doble motivo.

Había convertido aquel viejo escudo de vacío en un breve y brillante estallido de intocabilidad.

Y ahora ese Esarhaddon, ese hereje psíquico que el Emperador maldijese mil veces, había quedado ensordecido, enmudecido y cegado temporalmente. Era mío.

Ocho

La guarida de Esarhaddon
Lyko, el vencedor vestigios

Penetramos el palacio de Lange por el muro. Había un hedor acre de ozono causado por el escudo caído, y los cuidados frutales y setos de laraebur de los jardines estaban requemados y humeaban.

Bajé corriendo junto a Roban e Inshabel por un caminito de baldosas de pedernal que pasaba entre el ala de los sirvientes y el pórtico oriental. Faroles y antorchas parpadeaban en los jardines que dejábamos atrás mientras Heldane dirigía la fuerza principal a dar un rodeo por la terraza.

La casa estaba sumida en el silencio y las tinieblas, ya que todo el suministro eléctrico había sido cortado por el impulso electromagnético. Las puertas principales del pórtico oriental yacían destrozadas en el suelo de mosaico, donde la oleada consiguiente de sobrepresión del vacío las había arrojado. Y también todas las ventanas no eran más que agujeros abiertos de un golpe.

Los fotorreceptores y controles climáticos de los paneles de madera azulada del pórtico estaban fundidos y chamuscados. Desde lo más profundo del palacio se veía brotar humo y el destello de las llamas.

Proseguimos el avance, encontrando a nuestro paso a habitantes de la casa muertos y servidores inertes. Toda un ala de dependencias oficiales ardía por los lugares en los que habían caído las lámparas de promethium.

Comprobamos las habitaciones a sendos lados a medida que avanzábamos. Roban abría la marcha, barriendo con su pistola láser acoplada a diestro y siniestro.

—¿Cuánto nos queda? —me preguntó Inshabel.

—¿Hasta qué?

—Hasta que se recobre del impulso electromagnético.

No lo sabía. No había manera de saber cuán gravemente habíamos herido a Esarhaddon o lo resistente que era su mente, pero no debíamos de tener mucho tiempo.

En el segundo piso una escalera de peldaños de etercita nos condujo a una gran sala de banquetes. El techo, una bóveda de cristal endurecido, se había desplomado, y las tormentas psíquicas chasqueaban y hendían el cielo que se veía en lo alto. A cada paso aplastábamos los cristales o los restos esparcidos.

También había cadáveres allí: los cuerpos de la nobleza y el servicio revueltos.

Oí un movimiento y un sollozo en una antesala adyacente. Los pobres infelices que ocupaban la habitación ahogaron un grito de terror en cuanto los enfocamos con las linternas. Era un puñado de supervivientes de la casa, muertos de miedo en la oscuridad. Muchos de ellos mostraban signos de quemaduras psíquicas o golpes telequinéticos.

—Inquisición Imperial —dije con firmeza aunque con serenidad—. Tranquilos. ¿Dónde está Esarhaddon?

Algunos se encogieron de pavor o gimieron al oír el nombre. Una viuda de la nobleza, con el traje iridiscente hecho trizas, se acurrucó en un rincón y empezó a llorar.

—¡Rápido! Tenemos muy poco tiempo... ¿Dónde está? —pensé en usar mi voluntad para espolearlos a que respondieran, pero ya les habían torturado bastante la mente por aquella noche. Hasta una prueba mental de auscultación podría haber matado a algunos de ellos.

—C-cuando se fue la luz, salió corriendo... salió corriendo hacia la salida del ala oeste —dijo un hombre empapado de sangre y ataviado con lo que supuse que era el uniforme de la guardia de corps de la Casa Lange.

—¿Puedes acompañarnos?

—Tengo la pierna rota...

—Que venga otro entonces, ¡por favor!

—Frewa... ve tú, Frewa —el guardaespaldas llamó con la mano a un aterrorizado paje que se agazapaba tras una columna.

—Venga, chavalote, muéstranos el camino —le dijo Roban para darle ánimos.

El chico se puso de pie, con los ojos exorbitados del miedo. Yo no estaba seguro de si tenía más miedo de Esarhaddon o de los inquisidores que se agolpaban, inquietantes, a su alrededor.

Un pasillo salía de detrás de la sala de banquetes e iba hacia el oeste, a la plataforma de aterrizaje particular de la casa. Borrones de sangre y cristales titilaban por el suelo embaldosado.

Sentí en la piel lo que me pareció que era un soplo de aire.

¿Una salida al exterior, quizá?

Los pesados cierres de la entrada del fantasmal muelle de carga estaban abiertos de par en par. Más allá de las formas sombrías de varios servidores de estiba, que dormían encorvados, se alzaba la escotilla principal a través de la que parpadeaba la luz del frío exterior.

Con el arma levantada, hice un gesto a Roban e Inshabel para que dieran un rodeo por la derecha. El paje se volvió a agazapar en la entrada. Algo en la calidad del aire estaba cambiando, como si la misma atmósfera se estuviera acartonando y poniéndose rígida, como si una gran fuerza tomara aliento.

Esarhaddon se estaba recuperando, estaba seguro.

Una luz verde y lívida bañó de súbito el muelle de carga, una bengala psicométrica acompañada por un estallido de salvaje poder psiónico. Roban y yo nos tambaleamos, con los pulmones exprimidos de aire y los dedos de la telequinesis punzándonos en la mente. Inshabel lanzó un grito al ser derribado por la espalda por Frewa, el paje. Con los ojos en blanco y babeando, el chico se había visto reducido, en un instante, a un títere sin mente. Inshabel se debatió, pero el chaval estaba fuera de sí y, pese a que el inquisidor abultaba mucho más, estaba inmovilizado en el suelo.

El dolor que sentía en la mente era muy intenso, pero sabía que Esarhaddon aún no estaría con las fuerzas al máximo. Levanté el escudo mental más potente que era capaz de conjurar y seguí adelante.

De repente se oyó el rechinar de unos servomotores. Una gran garra de acero me golpeó de lado en la cabeza y caí de espaldas.

Un servidor de estiba, con el caparazón metálico verde de cardenillo, se alzó hasta desplegar sus tres metros de altura y chirrió por el muelle hacia mí con unas cuadradas piernas hidráulicas. Penachos de vapor brotaban de las junturas de sus anchas espaldas mientras los pistones de sus brazos se levantaban contra mí de nuevo. Puntos de luz amarilla incandescente ardían en las cuencas oculares de su visor dentado.

Pese a su apariencia mecánica, el androide, como todos los servidores, estaba construido con órganos humanos: cerebro, bulbo raquídeo... Una red neuronal y glándulas, que Esarhaddon podía controlar como las de un humano normal y corriente.

Me volvió a atacar, y esta vez falló. La extremidad cortante había surcado el aire con un silbido característico.

Estaba construido como si fuera un gran simio: patas achaparradas, una gran caja torácica, espaldas fuertes, y unos brazos largos y gruesos. Era ideal para cargar grandes pesos en la bodega de una nave de carga.

También era ideal para reducir a un cuerpo humano a una pulpa sanguinolenta.

Roban me avisó con un grito. Un segundo servidor de estiba, de tamaño todavía mayor y con un alargado cuerpo de cuadrúpedo, también había empezado a moverse. Tenía picada la carcasa del cuerpo, que era de metal rojizo y llevaba un armazón con unas palas de carga en lugar de la cabeza, lo cual le confería la apariencia de un toro. Las palas ennegrecidas de grasa del toro dieron un bandazo hacia Roban, que disparó seis o siete tiros que rebotaron o mellaron el chasis de la máquina.

Esquivé dos lentas acometidas más del servidor simiesco. Estábamos perdiendo un tiempo precioso. Con cada tictac del reloj, Esarhaddon se recobraba más y crecía en poder.

Vacié un cargador del bolter en la parte más grueso del cuerpo del servidor, lo que le hizo tambalearse y los motores y los pistones de sus piernas empezaron a chasquear al compensar el retroceso.

Mientras, yo ya había sacado la espada de energía, con la hoja encendida. Había sido bendecida por el Preboste de Inx, y era mi arma favorita. Siempre había sido un buen espadachín, y más después de que Arianhord me instruyera en el *Ewl Wyla Scryi* de Carthae antes de morir. El *Ewl Wyla Scryi*... Literalmente, «el genio del filo», la senda de la espada propia del planeta Carthae.

Tracé una figura de ocho, la *ghan fasl*, seguida por un tajo a contramano, la uino contragolpe del *tahn wyla*.

La estocada resultó buena. La hoja de energía cortó limpiamente el antebrazo del servidor, enviando aquella enorme garra a rebotar metálicamente por el suelo.

Irguió, tambaleante, el cuerpo hacia mí, como si estuviera enfurecido, me atacó con la garra de la mano que me quedaba y me azotó con el extremo fundido y humeante de su miembro recién cortado.

Hice una parada horizontal a la altura de la cabeza, conocida como la uwe sar, y luego di estocadas de bloqueo a diestro y siniestro, la *ulsar* y la uin *ulsar*. Regueros de chispas caían en cascada con cada impacto que daba en el cuerpo metálico. Me zafé, agachándome hacia la derecha del gran golpe que me dirigió a continuación y giré completamente sobre las

rodillas para volver a encararme con él justo a tiempo para ponerme de pie y seguir con el *ura wyla bei*, un devastador tajo de barrido diagonal, de derecha a izquierda. El filo y la punta de mi espada partieron por la mitad la chapa del torso del servidor con un fogonazo eléctrico.

El intercambio de golpes me había dejado tiempo suficiente para encontrar mentalmente dónde se alojaba el componente del bulbo raquídeo del servidor, iluminarlo y hacer que brillara ante mi ojo mental con el poder psiónico que lo impulsaba. Se encontraba debajo del caparazón, entre las cervicales.

Una *uwe sar* más, seguida por la *ewl caer*, o estocada mortal. Con la punta por delante, atravesando limpiamente la estructura corporal, atravesé el cerebro orgánico. Mantuve allí la chisporroteante hoja durante un momento, mientras los puntos amarillentos de los ojos se apagaban, luego la saqué limpiamente otra vez y me hice a un lado mientras el servidor se derrumbaba contra el suelo.

—¡Roban! —llamé mientras saltaba por encima del enemigo que terminaba de despachar.

Pero Roban estaba muerto. Las palas del servidor habían atravesado el flácido cuerpo por el vientre, y sacudía aquellos apéndices como si intentase librarse de él.

Inshabel estaba de pie, y las lágrimas le caían copiosamente por la cara mientras acribillaba al servidor con una ametralladora automática.

Lancé una maldición y corrí hacia allí, enarbolando la espada de energía con ambas manos. La descargué contra la espalda del servidor. Dudo que los maestros espadachines de Carthae, con toda su sabiduría, tengan un nombre en su reverenciadísimo *Ewl Wyla Scryi* para referirse al tajo descendente que cercena la columna vertebral y el torso de un servidor.

Inshabel corrió hacia su maestro muerto mientras el servidor se venía abajo, e intentó liberar el cuerpo de éste.

—Demasiado tarde, ya es demasiado tarde —le dije, acompañando la orden con el poder de mi voluntad. Inshabel estaba a punto de perder los estribos y dejarse llevar por la cólera y el dolor, y yo lo necesitaba.

Recogió el arma y echó a correr detrás de mí.

—¿Y el paje? —le pregunté.

—Tuve que pegarle. Espero que sólo esté inconsciente.

Salimos en medio de esa noche, azotada por la tormenta, a la pista de aterrizaje del palacio. Los rayos psíquicos rasgaban el cielo sobre nuestras cabezas y el viento nos azotaba. En la pista propiamente dicha no había nadie, pero en los prados circundantes tenía lugar una lucha. Vi ocho figuras, algunas con túnicas, otras con la armadura corporal de la Guardia Interior que estaban a punto de cerrar el cerco en torno a un solo humano que crepitaba y brillaba con una luz espectral. Unas puntas espinosas de llamas brotaron de la figura acorralada y derribaron a uno de los guardias mientras mirábamos.

Esarhaddon. Habían acorralado a Esarhaddon.

Inshabel y yo saltamos de la pista, una caída de tres metros hasta el césped, y corrimos para unirnos a la refriega.

Puede ver claramente a Esarhaddon a pesar de la lluvia. Un hombre alto que iba casi desnudo, con el cabello negro revuelto y un cuerpo magro y fibroso, con una aureola que brillaba y se deslizaba por sus extremidades, que no dejaban de moverse en una espiral de cabriolas.

Estábamos sólo a unos diez metros de allí cuando una de las figuras cubiertas de túnicas enarboló un arma aparatosa y acertó de lleno al psíquico incontrolado.

Una pistola de plasma.

El haz violeta, casi demasiado brillante para mirarlo, golpeó a Esarhaddon. En el estado de debilidad en que se encontraba, no tenía defensa contra aquello.

Ardió como una carga incendiaria y se quemó de arriba abajo en medio de la hierba.

Inshabel y yo bajamos las armas y nos pusimos caminar hacia el círculo de figuras que estaba alrededor de aquella pira al rojo vivo. Mientras el inquisidor Lyko se desprendía del arma, sus acólitos encapuchados murmuraban plegarias y preces de agradecimiento.

—El Emperador te estará agradecido, Lyko —le dije. Volvió la mirada y me vio allí.

—Eisenhorn —me saludó con la cabeza.

Su cara enjuta estaba arrugada y tensa; y sus ojos azules, ensombrecidos. Solamente tenía unos cincuenta años estelares, era joven para las normas de la Inquisición. Lo suficientemente joven para que su prometedora carrera sobreviviese a la atrocidad de ese día.

—No sirvo al Emperador por Su gratitud. Lo hago para mayor gloria del Imperio.

—Como ha de ser —le dije.

Volví la mirada a aquellos restos carbonizados que habían sido nuestra presa. La verdad es que me importaba bien poco haberle servido en bandeja de plata esa oportunidad a Lyko. Él podía llevarse la gloria, no me importaba. La fuga de los psíquicos ya le había arrebatado bastante de las glorias que había recibido antes. Cazarlos era la única manera en que podía enmendarse.

Por todo el planeta hubo una especie de regocijo cuando se hizo público que el Señor Comandante Imperial Helicano había salido indemne de la carnicería y que el Señor de la Guerra Honorius viviría. Ese anuncio llegó durante el sexto día de desazón, en el cual las autoridades imperiales ya habían empezado a restablecer el orden entre los afligidos ciudadanos de Tracian Primaris. Y fue de ayuda. La gente corriente, que ya se creía que estaba perdida, empezó a calmarse al creer que la ley volvía a estar en manos de los grandes y los buenos. El pánico se apagó. Las unidades de arbites lanzaron los últimos asaltos de represión, que ya eran pocos, contra los últimos saqueadores reincidentes e irredentos de los infrahabitáculos.

Pero mi moral no estaba muy alta. Para empezar, fui uno de los pocos que supe el hecho confidencial de que el Señor Comandante Imperial Helicano en realidad había muerto gritando y cagándose en los pantalones de miedo al caerle encima el picado del *Lightning* de la Armada Imperial en la Avenida Víctor Bellum. La Eclesiarquía y el Senado Helicano habían dispuesto un doble, un doble que seguiría haciendo ese papel hasta que, años más tarde, muriera «de muerte natural» y se le nombrara un sucesor en circunstancias menos turbulentas.

Ahora puedo hablar de esa artimaña de los poderes públicos en este informe privado; pero, por aquel tiempo, divulgar ese secreto era un crimen castigado con la muerte, aunque uno fuera el cargo más grande del Imperio. Y no iba a traicionar la confianza que se había depositado en mí. Soy un inquisidor, y comprendo perfectamente lo fundamental que es mantener el orden público.

Además de la fatiga y el dolor que me producían las heridas, lo que más ensombreció mi ánimo fueron las noticias relativas a Gideon Ravenor. Hoy en día, por supuesto, todos sabemos la valiosa y brillante contribución

que iba a hacer a la ciencia del Imperio, y que nunca la habría hecho de no haber estado condenado a una vida de recogimiento mental.

Pero, por aquel entonces, en el ala de aquel inmundo hospital de la calle de los Prescientes, todo lo que veía era a un joven quemado, contrahecho e impedido físicamente; un inquisidor brillante echado a perder antes de que alcanzase todo su esplendor.

A ojos de algunos, Ravenor había tenido suerte. No se contaba entre los ciento noventa y ocho miembros de la Inquisición que habían muerto directamente al estrellarse el caza que cayó sobre el Gran Triunfo desde la Puerta Espatiana.

Él, como cincuenta más, había sido alcanzado por el borde exterior de la explosión y había sobrevivido.

Mi pupilo apenas era reconocible. Un amasijo sanguinolento de carne chamuscada, quemaduras en el cien por cien del cuerpo. Ciego, sordo, mudo, con la cara tan fundida que, para que respirase, le tuvieron que practicar una incisión donde había tenido la boca.

Aquella pérdida me dejó muy afectado. Y el quebranto todavía más. Gideon Ravenor había sido el pupilo más grande y prometedor al que nunca había enseñado. Permanecí al lado del lecho de sábanas de plástico, escuchando la succión y el gorgoteo de su respirador y el drenaje de fluidos, y recordé lo que Commodus Voke me había dicho en la sede de los arbites de la Calle Blammerside:

«Enmendaré mis faltas. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto.»

Entonces, allí, en memoria de Ravenor, también yo me hice esa promesa.

En aquel momento apenas tenía ni idea de lo que realmente significaba y adonde me llevaría.

Al fin regresé a la Casa del Océano durante lo que sería el noveno y último día de la Sagrada Novena. No había nadie para recibirme, y el lugar parecía vacío y desangelado.

Me fui derecho a mi estudio, me serví una copa más que generosa de amasec añejo y me desplomé en un sillón. Era como si hubiera pasado una eternidad desde que estuviera sentado allí, con Titus Endor, preocupados por especulaciones que ahora me parecían insignificantes y remotas.

Se abrió una puerta. Por la súbita frialdad del aire supe que se trataba de Bequin.

—No sabíamos que habías vuelto, Gregor.

—Bueno, pues he vuelto, Alizebeth.

—Eso ya lo veo. ¿Estás bien?

Me encogí de hombros.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté.

—Cuando... —hizo una pausa, sopesando las palabras—. Cuando ocurrió la tragedia hubo una gran conmoción pública. Jarat y Kircher se llevaron al personal a los búnkeres para que estuvieran a salvo, y yo me encerré con la Rueca en el ala oeste, esperando y deseando que me llamaras.

—Los canales estuvieron fuera de servicio.

—Sí, durante ocho días.

—¿Pero todo el mundo está a salvo?

—Sí.

Me recosté en el sillón y la miré. Tenía la cara pálida y macilenta por las muchas noches de angustia.

—¿Dónde está Aemos?

—Fuera, con Betancore, Kircher y Nayl. Von Baigg también está por ahí. ¿Es... es verdad lo que he oído de Gideon?

—Alizebeth... es...

Se agachó y me rodeó con los brazos. Para un psíquico se hace algo difícil ser abrazado por una intocable, por mucho tiempo y muy personalmente que se conozcan. Pero sus intenciones eran buenas y toleré el contacto todo lo que me pareció que era correcto.

—Tráelos aquí —le dije tras apartarla suavemente—. Quiero que vengan todos.

—No cabrán aquí, Gregor.

—En la terraza del mar, entonces. Por última vez.

Sentados o de pie a la luz del acogedor brillo entre verde y amarillo de la terraza del mar, los numerosos miembros de mi fiel grupo de colaboradores me miraban expectantes. El lugar estaba abarrotado. Jarat se afanaba arriba y abajo, llevando bebidas y pastas, hasta que le puse un vaso de amasec en las nudosas manos y la obligué a sentarse en una silla.

—Voy a cerrar la Casa del Océano —les dije. Siguió un murmullo.

—Voy a conservar el alquiler, pero deseo muy poco seguir viviendo aquí. De hecho, no deseo seguir viviendo en Tracian. No después de esta... Sagrada Novena. No hay razón alguna para seguir manteniendo personal aquí.

—Pero, señor, ¿y la biblioteca? —preguntó Psullus desde el fondo.

Alcé la mano.

—Firmaré un contrato con una de las oficinas de mantenimiento de la colmena para conservar la casa en buen estado, con servidores. Quién sabe, quizás algún día vuelva a necesitar un sitio aquí.

Me llené el vaso de nuevo antes de proseguir:

—Pero quiero trasladar mi centro de operaciones. Éste corre peligro, cuando menos.

Al oír eso, Jubal Kircher bajó la vista a su citozumo, incómodo.

—Quiero trasladar la casa a la finca de Gudrun. Su clima me viene mejor que esta... maldita colmena. Jarat, tú y Kircher supervisaréis el empaque y la organización de la mudanza. Me gustaría que prosiguierais con vuestros deberes al frente de la casa en la finca de Gudrun, si queréis. Sé que nunca habéis salido de Tracian.

Jarat se apoyó en la silla, con las cejas arqueadas, considerando ese cambio súbito en su vida.

—Será... será un honor hacerlo, señor —dijo finalmente.

—Me encanta oírlo. El aire del campo te sentará bien. La finca ya está a cargo de cuidadores, así que necesitaré una buena ama de llaves, y un buen jefe de seguridad de la casa. Jubal... Me gustaría que considerases esta oferta.

—Gracias, señor —dijo Kircher.

—Psullus... vamos a trasladar la biblioteca permanentemente a Gudrun. Esta tarea te corresponde, y el deber consiguiente de ser mi bibliotecario. ¿Puedo contar contigo para ello?

—Oh, sí... Habrá algunos problemas, claro, el manipulado y cuidado de algunos textos protegidos por escudos y...

—Pero ¿puedo dejarlo en tus manos?

Psullus agitó las delicadas manos con tal gesto de excitación que hizo reír a todo el mundo.

—So y consciente de que nos llevará meses montar y llevar cabo este traslado. Alain... me gustaría que supervisases y controlases todo.

—Por... por supuesto, inquisidor. —Von Baigg parecía haberse vuelto torpe de repente.

—Es una carga muy pesada, interrogador. ¿Te sientes con fuerzas para ello?

—Sí, señor.

—Bien. Volveré a mi finca de Gudrun en menos de diez meses. Confío en que sea el hogar que espero.

Fue una promesa que, desgraciadamente, fui incapaz de cumplir.

—¿Y qué pasará con la Rueca, señor? —preguntó Surskova.

—Quiero dividirla —le respondí—. Es mi deseo que los seis mejores miembros de la Rueca se vengan a Gudrun para que estén bajo mis órdenes. El futuro de la Rueca propiamente dicha lo veo separado de mis planes de vida. Tengo alquilada una residencia en la cúspide de un capitel en Mesina. Ésa será la nueva sede oficial de la Rueca. Surskova, tú supervisarás la mudanza y el establecimiento de la escuela de intocables allí.

Ella asintió, trastornada. Bequin parecía sorprendida.

Dirigí una mirada al más de un centenar de servidores, guerreros y ayudantes que se apelotonaban en la habitación.

—Eso es todo. Hasta que vuelva a veros a todos, que el Dios Emperador os proteja a todos.

Me quedé a solas con Aemos, Bequin, Medea y Nayl.

—Las faenas de mudanza no están hechas para nosotros.

—No sé por qué, sabía que ibas a decirlo —sonrió Medea con satisfacción.

—Para nosotros hay dos misiones.

—¿Para nosotros? —preguntó Bequin.

—Sí, Alizebeth. A menos que creas que ya no estamos para esos trotes...

—No, yo... yo...

—He pasado demasiado tiempo en segundo plano de los acontecimientos. Demasiado tiempo confiando en mi personal, muy capaz por otra parte. Añoro el trabajo sobre el terreno.

—El último trabajo sobre el terreno que hicimos casi termina contigo muerto —me reprendió Bequin con un tono de voz inquietante.

—Lo cual demuestra que estoy perdiendo facultades, o eso creo.

—¡Qué vergüenza! —musitó Nayl con una sonrisa.

—Así que vamos a embarcarnos en una aventura. Sólo nosotros. ¿Recuerdas cómo eran aquellos tiempos, Aemos?

—A decir verdad aún no los doy por terminados; pero sí, Gregor, lo recuerdo.

—¿Alizebeth?

—¡Vaya! Me encantará ir a ver cómo te matan... —Bequin cruzó los brazos, malhumorada.

—Entonces, parece que todos estamos de acuerdo, ¿no? —dije. No podía evitar tener el rostro con la misma expresividad que una pared. Gorgone Locke se había asegurado de ello. Pero el sonsonete con el que lo dije fue lo bastante divertido como para conseguir que Nayl y Medea lanzaran una carcajada y Aemos se riera entre dientes.

Hasta Alizebeth Bequin esbozó una sonrisa, muy a su pesar.

—Dos misiones, como os he dicho. Después de esta reunión os autorizaré para que reclutéis algo de personal para nuestro equipo. Nayl: un guerrero o dos con los que podamos contar. Aemos: un astrotelépata que sea de fiar. Alizebeth: uno o dos de la Rueca. Un máximo de diez en el grupo, en total. Ni uno más, ¿entendido? Arregladlo entre vosotros mismos. No me mezcléis en ello. Partimos en dos días, y no quiero enterarme por terceros de que hayáis tenido ni una sola discusión.

—¿Y en qué consisten las misiones? —preguntó Medea, hundiéndose en el sillón acolchado y deslizando unas esbeltas piernas por encima de uno de los brazos de éste—. Porque has dicho «dos», ¿no?

—Sí, dos.

Introduje una clavija en la placa de datos que tenía en la mano, y una pantalla hololítica cobró vida entre brumas encima de la mesa. Las palabras del mensaje que había recibido antes del estallido del tumulto en Tracian aparecieron con unas letras parpadeantes: «Escalpelo corta con rapidez, reveladas lenguas ansiosas. En Cadia, a tercia. Sabueso desea Espina. Espina debería ser aguda».

—¡Mierda! —exclamó Nayl.

—¿Es auténtico? —inquirió Medea, mirándome.

—Lo es.

—¡Por Dios Emperador! Está en un aprieto, nos necesita... —murmuró Bequin.

—Es muy probable. Medea, tendrás que procurarnos el transporte hasta Cadia. Es el primer puerto donde haremos escala.

—¿Y la segunda? —preguntó Aemos.

—¿La segunda qué?

—La segunda misión —Los miré uno por uno—. Todos sabemos lo grave que es el asunto que nos reclama en Cadia, pero le hice un juramento a Gideon. Quiero descubrir quién está detrás de ese ultraje. Quiero descubrirlo, perseguirlo y darle su merecido.

Ya ves, es curioso cómo acaban ocurriendo las cosas.

Era muy tarde y estábamos devorando una comida espléndida que Jarat nos había preparado. Nayl le contaba un chiste de lo más basto a Aemos mientras Medea, Bequin y yo hablábamos de la reordenación de la Rueca y de las misiones que teníamos por delante.

Creo que empezaba a emocionarse. Al igual que yo, ella se había pasado demasiado tiempo pegada a la silla.

Kircher apareció en la terraza, atravesando la película de luz verde.

—Señor, tiene un visitante.

—¿De quién puede tratarse a estas horas?

—Dice llamarse Inshabel, señor. Interrogador Nathun Inshabel.

Inshabel me esperaba en la biblioteca.

—Interrogador, ¿te han ofrecido ya mis criados algún refrigerio?

—No lo precisaba, señor.

—Muy bien... ¿A qué debo esta visita?

Inshabel, un joven de menos de veinticinco años de edad se apartó de los ojos un rubio mechón de poblado cabello y me miró intensamente:

—Me... me he quedado sin maestro, señor. Roban ha muerto...

—Que el Dios Emperador lo acoja en su seno. Lo echaremos de menos.

—Señor, ¿se ha parado alguna vez a pensar qué pasaría si muriese?

La idea me desarmó por completo. Para ser sincero, nunca la había considerado.

—No, Inshabel. No lo he hecho.

—Es algo terrible, señor. Como el acólito más veterano que soy de Roban, pesa sobre mis espaldas la responsabilidad de encargarme de su personal, de su fortuna, de su conocimiento. Me he de ocupar de poner todo en orden, como estaba. He de darle un sentido al legado de Roban.

—No fracasarás en ese empeño, interrogador. De eso estoy seguro.

—Gracias, señor —me sonrió débilmente—. Había... había pensado en presentarme ante usted y rogarle que me tomara bajo su tutela. Anhelo

tantísimo ser un inquisidor. Mi maestro ha muerto, y sé que el interrogador de usted... su interrogador ha...

—En efecto. Pero soy yo quien escojo a mi personal. Yo...

—Inquisidor Eisenhorn. No he venido aquí para rogarle que me acoja como un estudiante náufrago. Como le he dicho, tuve que hacerme cargo de la herencia de Roban. Eso suponía rellenar y autorizar la declaración patológica de su fallecimiento. El inquisidor Roban fue muerto por un servidor de estiba manipulado por un psíquico incontrolado.

—Sí, ¿no?

—Para completar los documentos tuve que revisar el acta de deceso de Esarhaddon, para poder establecer de ese modo el motivo causal.

—Ése es el procedimiento —admití.

—El acta era muy escueta. El cuerpo de Esarhaddon ardió desde las pantorrillas y luego se carbonizó. Como en los incidentes de combustión espontánea que se dan en los humanos, los restos que dejó el arma de plasma no fueron más que la carne y los huesos de los pies y tobillos. Apenas meros vestigios.

—¿Y?

—No había la marca del Malleus en la carne del tobillo.

—¿Qué no qué...?

—No sé a quién quemaría el inquisidor Lyko en los prados del palacio de los Lange... pero no se trataba del hereje Esarhaddon.

Nueve

Eechan, seis semanas más tarde
Una conversación con el Phant
Cuchillos en la noche

El portero bicéfalo que había en la estrecha puerta del bar de tarados nos miró con una de sus cabezas, cargada de piojos, mientras que la otra miraba a lo lejos, fumando una pipa de obscura.

—No es sitio para vosotros, no es de vuestra gente. Seguid andando.

La lluvia caía con fuerza sobre nuestras cabezas a través de la agujereada marquesina de la entrada, y yo no tenía muchas ganas de quedarme allí mucho rato. Le hice un gesto con el mentón a mi compañero, que se quitó la capucha y le mostró al portero el racimo de ojos deformados y parpadeantes que le cubrían una de las mejillas y que bajaban por su pálido cuello. Yo también levanté parte de mi capa empapada y dejé a la vista el puñado de tentáculos enanos que salían de una manga adicional que tenía bajo mi sobaco derecho.

El portero se bajó de su taburete, con una de sus cabezas asintiendo de forma somnolienta. Era grande, tan alto y tan ancho como un ogrete, y su piel grasienta estaba cubierta de tatuajes.

—Hmmm... —murmuró mientras avanzaba cojeando hacia nosotros sin dejar de observarnos con atención—. Quizá. No me olíais a tarados. Vale...

Entramos bajando unos cuantos peldaños a oscuras en un club nocturno, donde el aire estaba repleto de humo de obscura y palpitaba con una música discordante y aguda llamada «machaque». Habían colocado unos paneles de cristal rojo sobre los focos, y todo el lugar parecía un pantano infernal, igual que las pinturas sobre la condenación de las almas producto del enloquecido genio de Omarmettia.

Malformados, deformados, medio mestizos y gente de mala calaña se acomodabano jugaban o bebían o bailaban por toda la sala. En una pista elevada, una mujer desnuda de grandes pechos, sin ojos y con una boca

sonriente donde debería haber estado su ombligo giraba sobre sí misma al compás del machaque.

Nos acercamos a la barra, una construcción curva de madera mugrienta colocada bajo una serie de luces blancas brillantes. El camarero era un ser hinchado con unos ojos inyectados en sangre y una larga lengua serpentina que sobresalía entre sus labios deformes y sus dientes podridos.

—Eh, taraos. ¿Qué va a se'?

—Dos de ésos —le dije señalando vasos de alcohol de grano que una camarera llevaba en una bandeja. Hubiera sido bonita si no hubiese sido por las espinas amarillas que le salían de la piel.

Tarados. Todos éramos tarados allí. «Mutante» es una palabra odiosa si eres un mutante. A ellos les encanta referirse a sí mismos mediante la jerga más degenerada y básica del Imperio, como muestra de honor y de amor propio. Para ellos es una cuestión de orgullo, un hábito común entre las clases más desfavorecidas. Los que carecen de poderes psíquicos se llaman a sí mismos «embotados». La gente de elevada estatura y complexión delgada de Sylvan, un planeta de baja gravedad también lo hacen cuando se llaman a sí mismos «estacas». Un insulto no es insulto si lo empleas contigo mismo.

Las leyes laborales de Eechan permiten que los tarados trabajen como obreros en las granjas industriales y en las destilerías de savia, siempre que se sometan al régimen local y después se mantengan dentro de los villorrios situados en las afueras de las zonas peligrosas de la colmena local de Eechan.

El camarero puso con un golpe dos vasos en el mostrador y los llenó hasta el borde con licor de grano de una botella con un caño en la boca.

Tiré un par de monedas en la barra y alargué la mano para beber del vaso.

Los dos ojos inyectados en sangre se quedaron clavados en los míos.

—¿Qué es eso? ¿Monea' imperiale'? Vamos, tarao, ya sabes que no podemos paga' con ésas.

Me quedé callado. Un rápido vistazo al resto de la barra me mostró que los demás clientes pagaban con cupones autorizados por las granjas o con trozos de metal sin pulir. Y que todos nos estaban mirando con cara burlona. Un error básico, nada más empezar.

Mi compañero se inclinó hacia delante y bebió un sorbo de su vaso.

—No te pilles con dos tarados sedientos que han tenido suerte con un trapicheo, ¿vale?

El camarero sonrió y su larga lengua negra se agitó en el aire. Recogió las monedas.

—No estoy pillado, tarao. La habei'ganao, yo me las queo. Sólo digo que mejó no las enseñéis por ahí, ¿eh?

Nos llevamos los vasos y buscamos una mesa. Habíamos tardado seis semanas en llegar a Eechan, y estaba impaciente por conseguir una pista.

El ritmo cambió. Otra canción de machaque empezó a sonar por los altavoces situados bajo el suelo, una música que a mis inexpertos oídos sonaba como un simple cambio en el ataque que sufrían nuestros pabellones auditivos. Pero la gente lanzó un grito de aprobación y comenzó a aplaudir. La chica desnuda con el estómago sonriente empezó a hacer girar sus caderas en el otro sentido.

—Tengo la sensación de que debería dejarte a ti al cargo —le susurré a mi compañero.

—Lo estás haciendo bien.

—«No te pilles, tarado»... Por el Emperador... ¿Dónde has aprendido a hablar así?

—¿Nunca has estado con unos tarados?

—No de este modo...

—Así que supongo que no te gusta este machaque del repóker genético, ¿eh, tarado?

—Para o te pego un tiro.

Harlon Nayl sonrió y parpadeó con sus dieciséis ojos, fingiendo estar ofendido.

—Casha, tarao. Si ése no es Phant, me saco los ojos.

—Ah, déjame en paz —le dije con un susurro airado y alcé mi vaso —. ¡Arriba, adentro, y a por otra!

Arrugué el gesto cuando el fuerte licor me escaldó el estómago, y luego pillé otros dos vasos de la chica puercoespín cuando pasó a nuestro lado.

Phant Mastik estaba sentado con sus colegas en un reservado lateral. Las continuas generaciones de mutaciones por tormentas radiactivas lo habían convertido en un ser obeso con la piel arrugada y unos miembros desproporcionados. Sus orejas eran dos grandes masas de carne semitransparente repleta de venillas, y su nariz era una probóscide

goteante. Un incongruente matojo de pelo rojo decoraba su ceño de neandertal.

Sus ojos estaban hundidos y eran de un color negro profundo. Y tristes, pensé. Unos ojos tremendamente tristes.

Bebía una gran jarra aspirando el alcohol por su larga nariz colgante. Su boca, totalmente deformada por hileras de dientes más que parecidos a colmillos, era completamente inútil. Una puta tarada, con un número innecesario de brazos, bebía de su copa, fumaba un cigarrillo de obscura, se retocaba el maquillaje y le hacía algo a Phant por debajo de la mesa, algo que éste claramente estaba disfrutando.

Nos acercamos a ellos.

Los guardaespaldas de Phant se pusieron inmediatamente de pie para impedirnos el paso: un fortachón con cuernos y un tarado cuya cabeza no era más que una masa de piel arrugada en forma de capucha que cubría un enorme ojo. Ambos metieron una de las manos en sus túnicas.

—¿Qué tal, tarados? —dijo el bruto cornudo.

—Bien. No te pilles, sólo queremos hablar con el Phant.

—Eso no va a pasar —dijo Ojo Grande, con la voz amortiguada por sus ropas. Sólo el Emperador sabía dónde tenía la boca.

—Yo creo que sí, en cuanto sepa que tenemo' para él un trapicheo del quince —dijo Nayl sin acobardarse.

—Dejadles pasar —dijo Phant.

Su voz procedía de una unidad biónica emisora de voz. Un potenciador de voz. Pocos tarados disponían de dinero suficiente para comprar algo así. Estaba claro que Phant era un personaje importante.

Los guardaespaldas se apartaron y nos dejaron entrar en el reservado. Nos sentamos.

—Sigue.

—Tarado, ya te digo, hemos venío a por cabezones de nivel alfa. Hemos oío que tú tienes de eso.

—¿Oído? ¿Dónde?

—Por aquí y por allí —le respondió Nayl.

—Ajá. ¿Y quiénes sois?

—Sólo do ' tarao' que quieren pillar pashta.

—¿De veras?

Nos quedamos callados mientras Phant pedía más copas. La chica de su lado se estaba peinando, arreglando el cabello y maquillándose. Una de

sus muchas manos se posó en mi rodilla por debajo de la mesa.

Me hizo un guiño.

Con un ojo que tenía en la punta de la lengua.

—Lo que tengo no son cabezones de nivel alfa, tarado, sino de nivel alfa-plus.

—¡Por eso mismito vinimo ' a ti! ¡Por eso! ¡No tenemo ' límite pa ' comprar!

—¿Cómo vais a pagar.

Nayl dejó caer un lingote en la mesa.

—Con purito oro. Y hay má ' barra'. Las que quiera'. Así que, ¿cuándo y dónde?

—Tengo que hablar con una gente?

—Vale.

—¿Dónde puedo llamaros?

—El tarado y la siesta.

—Dormid bien. Quizás os llame.

La audiencia concedida se había acabado. Nos llevamos las copas a una mesa cercana a la pista de baile elevada y nos tomamos otro par de rondas mientras fingíamos disfrutar con los indecentes movimientos de la chica con la boca en la tripa.

Después de una hora más o menos, vimos que Phant y su séquito se marchaban por una puerta lateral.

—Vámonos —le dije a Nayl.

Nos acabamos las bebidas y nos levantamos. Nayl le dio un puñado de monedas a la chica puercoespín y le palmeó el trasero. Ella le sonrió, pero las espinas dorsales se le erizaron.

El portero ni siquiera nos miró con ninguna de sus cabezas cuando salimos. En cuanto llegamos a la esquina de otro bar de aspecto repelente, nos quitamos de en medio y le entregué a Nayl una de las dos jeringuillas de estimulantes y nos desintoxicamos rápidamente para librar a nuestros cuerpos del alcohol que atontaba nuestro cuerpo.

Estábamos en mitad de la noche, pero había poca oscuridad. La gran curva de los anillos del sistema de Eechan brillaban con la luz reflejada del sol y relucían como si fueran bandas de platino engastadas de diamantes.

La calle principal del villorrio era un cenagal putrefacto lleno de agua, y los laterales los cubrían aceras de madera que se levantaba por los

bordes y que se alineaban al lado de las hileras de edificios sombríos y medio derrumbados. El brillo de las señales luminosas y de las pocas farolas que había se reflejaba en los charcos de la calle.

Más allá del villorrio, hacia el oeste, las laderas alpinas de la ciudad colmena principal se alzaban hacia las estrellas, como si fuera una montaña de basura decorada con un millón de pequeñas luces. Hacia el este se podían ver las construcciones achatadas, como champiñones, de las granjas-molino y de las destilerías, que arrojaban un vapor marrón y contaminantes de color amarillo a la atmósfera.

Al sur estaban las verdes tierras de las granjas, llanuras de hierbas gruesas y gomosas, donde se veían las luces de varias cosechadoras enormes. Eran monstruos segmentados, unas máquinas parecidas a escarabajos del tamaño de pequeñas naves espaciales que masticaban la hierba con sus tremendas mandíbulas segadoras y la digerían a través de sus gigantescas cubas y tuberías. En sus espaldas se alineaban chimeneas como si fueran una ristra de espinas, y arrojaban los restos de humedad y de savia pulverizada al aire, donde flotaba antes de hacer de nuevo como si fuera lluvia. Todo el villorrio de tarados estaba empapado con lluvia de savia. Era pegajosa y espesa como el jarabe. Los charcos de la calle eran viscosos. Los canalones de los tejados gargajeaban y tosían más que dejaban salir el agua. El hedor a podredumbre procedente de la fibra de las plantas y de la celulosa líquida lo invadía todo.

—¿Crees que ha picado el anzuelo? —le pregunté a Nayl. Él asintió.

—Ya viste que estaba interesado. El oro es muy escaso en Eechan. Sus ojos se iluminaron en cuanto le enseñé aquel lingote.

—Pero querrá comprobar quiénes somos.

—Por supuesto. Es un hombre de negocios.

Seguimos caminando por la calle, con las capuchas levantadas para protegernos de la pegajosa lluvia. Vimos a unos cuantos mutantes por los alrededores, todos vestidos de un modo andrajoso. Andaban tambaleantes de un lado a otro, se mantenían agazapados en las puertas de entrada alrededor de braseros protegidos o compartían pipas de obscura a cubierto de la lluvia en pequeños callejones.

El ruido de las sirenas aulló por la calle principal y Nayl me empujó para que entrara en una calleja. Un *land speeder* blindado y cerrado de color negro con unas luces destellantes pasó cerca de nosotros.

Vi el emblema de los arbites de la ciudad colmena principal en el costado del vehículo y a un agente con armadura que asomaba sentado por la escotilla superior manipulando un foco.

El rayo de luz pasó de largo por encima de nosotros. Sonó otra ráfaga de sirenas y oímos una voz amplificada por altavoz que dio un par de órdenes.

—¡Vosotros cinco, identificación y demás papeles! ¡Vamos!

Gruñendo y quejándose, un grupo de tarados salió a la calle, iluminados por la luz el foco, mientras otros dos agentes desmontaban para cachearlos y meter sus huellas genéticas en el sistema.

Eso era algo que nosotros no nos podíamos permitir. No si queríamos mantener nuestro engaño de mutantes anónimos. Un simple vistazo a mis credenciales nos libraría de cualquier tropiezo con los arbites, pero también podía poner sobre aviso a Lyko.

Yo había insistido en que la misión debía desarrollarse en el más completo de los secretos. Nadie sabía que estábamos allí, al menos oficialmente. Aemos había realizado unas cuantas indagaciones subrepticias, y tampoco había ningún rastro oficial de Lyko. Pero aquello era de esperar, y no había forma alguna de saber con seguridad cuántos agentes de la colmena principal habían sido sobornados para que lo avisaran de cualquier presencia inquisitorial.

Nayl y yo giramos hacia el oeste en el siguiente cruce y seguimos el laberinto de callejas y callejones que había entre los habitáculos y los demás edificios para llegar hasta nuestro lugar de descanso, «El tarado y la siesta», dando unas cuantas vueltas que nos mantendrían apartados de las calles principales y lejos de las patrullas de arbites.

Y resultó que al final eso fue lo que nos metió de cabeza en problemas.

Al principio no pareció un problema. Un tipejo bajito vestido con harapos nos salió al paso sonriendo como un vendedor. Mantenía las dos manos abiertas por delante de él, como si nos fuera a hacer una reverencia.

—Tarados, mis queridos tarados, amigos míos... dadle unas cuantas monedas imperiales a un pobre desecho genético que ha tenido mala suerte en la vida.

Escuché cómo le respondía Nayl.

—Esta noche no, tarado, así que échate a un lao.

Pero yo ya me había puesto en alerta. ¿Cómo sabía aquel desecho que tenía que pedirnos monedas imperiales si no era porque nos había visto en el bar y nos había seguido a propósito?

Sus cómplices surgieron de la penumbra y de la lluvia de savia a nuestra espalda.

Le metí con fuerza la palabra «¡Abajo!» a Nayl en la mente con un impulso telepático y yo mismo me dejé caer.

Una enorme arma cubierta de pinchos recorrió el espacio donde un momento antes se encontraban nuestras cabezas y no logró darle a nada más que al aire.

El tipejo que nos había tendido la emboscada soltó la serie de palabrotas más obscenas que he oído en mi vida y se lanzó a por mí. Tenía una daga de doble hoja con una guarda que le protegía los nudillos.

Lo atrapé por el brazo justo cuando bajaba para clavármela, le rompí el codo y le hice atravesar de una patada una valla cercana mientras todavía estaba gritando de dolor.

—¡Jefe! ¡A un lado! —le oí decir a Nayl, así que eché a rodar sobre el fango justo cuando el arma cubierta de pinchos se enterraba en el barro del suelo.

Se trataba de un grueso garrote de madera con docenas de clavos y de hojas de cuchillo metidas en casi toda su longitud.

El extremo sin pinchos lo sostenían dos garras increíblemente grandes. Las garras pertenecían a una mole, un monstruo de unos doscientos kilos que tenía la piel cubierta de escamas de pez hinchadas y de protuberancias óseas. Sólo llevaba puestos unos pantalones azules rajados que se mantenían en la cintura gracias a un par de tirantes de color rojo de un modo casi cómico.

Blandió el poste con pinchos de nuevo contra mí, y tuve que tirarme al suelo y rodar sobre mi hombro otra vez.

Nayl se estaba enfrentando cara a cara con otros dos mutantes: una mujer vestida de cuero cuya nariz y boca se habían fundido hasta formar un babeante órgano nuevo con el que gruñía, y un hombre delgado con un rostro especialmente deformado entre los huesos y los cartílagos.

La mujer tenía una hoja de guadaña en cada mano, y el hombre estaba armado con una maza hecha con una barra de hierro a la que había unido un par de hojas de sierra a cada lado.

Nayl había desenvainado su espada corta con dientes de sierra y su cuchillo de duelo y estaba respondiendo a los ataques y a las estocadas de sus dos oponentes.

Una espada de energía, un bólter, una carabina láser... Cualquiera de esas armas hubiera acabado con aquel enfrentamiento innecesario con rapidez. Pero habíamos acordado que no llevaríamos nada encima que nos diferenciara de la población de tarados. Los niveles de tecnología eran muy bajos en el villorrio. Una pistola de plasma habría acabado rápidamente con todos ellos, pero hubieran corrido rumores inmediatamente.

El gigante escamoso se lanzó de nuevo a por mí, y atravesé las maderas podridas de una valla en mi intento por esquivar su ataque. Descubrí que había caído entre los restos del patio trasero de uno de los asquerosos edificios de habitáculos de alquiler. En una de las ventanas del piso superior se encendió una luz, y me empezaron a tirar piedras, insultos y también el contenido de un orinal.

El gigante continuó atacándome, blandiendo su garrote de un lado a otro. Los clavos y las cuchillas estaban oscurecidas con sangre reseca.

Me hizo retroceder hasta la pared trasera del edificio y se dispuso a lanzarme otro golpe.

¡No!, le ordené con un ataque mental. Se quedó completamente inmóvil. El diluvio de insultos y excrementos también se detuvo.

Tardaría un par de segundos en reordenar sus ideas y volver a encontrar su rabia asesina de nuevo. Me puse delante de él y le lancé un puñetazo hacia arriba, justo en el lugar en que debería haber estado su nariz. Oí el crujido de un hueso y me salpicó un chorro de sangre.

El gigante se cayó de espaldas como un peso muerto, que era en lo que se había convertido después de que le hubiera metido el tabique nasal en el cerebro.

Nayl parecía estar disfrutando de su duelo desigual. Se dedicaba a insultar a sus oponentes, desviando los ataques de las guadañas con su espada y deteniendo los golpes de la maza con su cuchillo. Le vi girar sobre sí mismo y darle una patada en el estómago al tipo de la maza, lo que alejó a uno de sus enemigos y le permitió dedicarle toda la atención a la inquietante y gruñidora mujer.

Pero aparecieron más siluetas entre la penumbra.

Ralea subhumana vestida con harapos. Tres, cuatro en total. Le grité a Nayl para advertirlo mientras sacaba una pistola de pólvora. Era una antigualla que había comprado en el mercado negro del planeta Front, pero aun así, la reduje a los niveles de tecnología de Eechan quitándole la madera grabada de la empuñadura y sustituyéndola por un taco de madera liso.

El mecanismo de disparo se encontraba en buen estado. El pedernal chasqueó y la pólvora de la cazoleta siseó en cuanto apreté el gatillo, y el retroceso me dobló un poco la muñeca, pero la bola de metal atravesó a bocajarro la frente del tarado más cercano y salió por la parte de atrás del cráneo como una fuente de restos cerebrales.

Pero se trataba de un arma de un solo disparo y no tenía tiempo para recargarla.

Dos de los forajidos que quedaban se lanzaron a por mí, y el otro se dispuso a atacar a Nayl por el costado.

Le rompí los dientes al primero que me alcanzó con la empuñadura redondeada de la pistola, y esquivé el torpe ataque del estoque del otro.

Retrocedí y desenfundé mi propia espada. También era un estoque. Era unos diez centímetros más corto que el de mi oponente, pero estaba mejor equilibrado y tenía una guarda de mano con piezas de metal articuladas.

Nuestras hojas se tocaron. Era bueno, entrenado por una vida de combates en el submundo de la colmena. Pero yo... yo me tenía a mí mismo.

Le desconcerté con el ulsar y el *uin ulsar*, y luego le hice retroceder con una combinación de cuatro estocadas de *peí ighan* y de *uin peí ihnarr* antes de arrancarle el estoque de sus aturdidos dedos con un rápido *tahn asaf wyla*.

Luego llegó el *ewl caer*. Mi hoja le atravesó el torso. Se quedó con cara de estar confundido durante un segundo antes de caer de espaldas dejando salir limpiamente mi estoque.

Su cómplice, el de los dientes rotos, y que todavía estaba escupiendo sangre por el golpe que le había dado con la pistola, intentó abalanzarse sobre mí. Me volví y lo decapité con el filo de la espada. Los guerreros de Carthae creen que dar tajos con la espada no es apropiado, e insisten en que siempre se debe utilizar la punta.

Qué demonios.

Nayl había matado a su tercer atacante de un espadazo en el pecho, y mientras todavía me estaba dando la vuelta, inmovilizó las dos guadañas de su enemiga con su cuchillo y la atravesó de parte a parte con la espada.

Se volvió hacia mí y alzó su ensangrentada espada hasta la nariz como gesto de saludo. Le devolví el gesto imitándole con mi estoque.

La sirena de uno de los vehículos de los arbites resonó por el callejón.

—Es hora de irse —le dije a Nayl.

—¡Pensé que os habían matado! —gritó Bequin cuando Nayl y yo entramos en tromba en nuestra habitación.

—Nos paramos a divertirnos un poco mientras volvíamos —le respondió Nayl—. No te preocupes, Lizzie, te he traído al jefe de vuelta sano y salvo.

Sonreí mientras me servía un pequeño vaso de amasec del mueble bar. Bequin odiaba que la llamaran «Lizzie». Sólo Nayl tenía las pelotas de hacerlo.

Aemos estaba mirando por la ventana. Por algún motivo, los harapos de su disfraz de tarado le sentaban bien.

Muy inquietante... Los arbites vienen hacia aquí.

—¿Qué?

Nayl se acercó a la ventana.

—Aemos tiene razón. Tres coches patrulla terrestres se han parado delante. Los agentes están entrando.

Aemos se apresuró a salir por la puerta que comunicaba nuestra habitación con el otro dormitorio y se tiró directamente en la cama. Nayl se metió en el cuarto de baño de al lado y utilizó una toalla pequeña y unos cuantos gruñidos para simular que estaba vomitando.

Alizebeth me miró llena de nerviosismo.

—¡A la cama! ¡Rápido! —le ordené.

Los arbites abrieron la puerta de una patada e iluminaron la cama con sus linternas.

—¡Adeptus Arbites! ¿Quién hay ahí?

—¿Qué pasa? —les pregunté mientras subía las sábanas para taparme.

—Unos matones de callejón... Los testigos dicen que entraron por aquí —dijo el sargento de los arbites mientras se acercaba a la cama.

—Yo llevo toda la noche aquí. Yo y mis amigos.

—¿Van a darte una coartada, tarado? —me preguntó el sargento mientras me apuntaba con su arma.

—¿Qué pasha? ¡Hay mucha luz! —dijo Bequin mientras aparecía de debajo de las sábanas sucias.

De algún modo, había logrado quitarse el vestido bajo las sábanas. Sólo llevaba puesto algo de ropa interior, más bien escasa, y se deslizó hasta colocarse encima de mí.

—¿Qué hace'? ¿No va a deja' que me gane la via? ¡Venga ya!

El sargento recorrió con la linterna su cuerpo mientras ella se pegaba a mí. Yo sonreí con la sonrisa estúpida que ponen los muy afortunados o los muy borrachos.

Apagó la linterna.

—Discúlpeme por interrumpirla, señorita.

Cerró la puerta y el ruido de las botas de los arbites se alejó. Miré a Bequin y le guiñé un ojo.

—Buena improvisación —le dije.

Se puso en pie de un salto y recogió sus ropas.

—¡No te hagas ilusiones, Gregor!

Lo cierto es que me había hecho ilusiones sobre ella durante años. Era guapa y atractiva, y terriblemente sensual. Pero también era una intocable. Me hacía daño estar cerca de ella, un daño físico.

Odiaba aquello. Sentía algo muy fuerte por Bequin, y deseaba estar con ella, pero eso era algo que nunca iba a poder pasar. Nunca, jamás.

Aquélla era una de las grandes frustraciones y tristezas de mi vida.

Y de la suya también, me decía yo con esperanza en mis momentos de mayor engreimiento.

Me quedé tumbado en la cama mientras la miraba cómo se volvía a poner el vestido, y sentí una punzada de deseo.

Pero no había ninguna manera. No había modo alguno en la galaxia de que aquello sucediera.

Era una intocable. Yo era un psíquico. Así se unían la locura y el dolor.

Diez

Elucubraciones sobre Lyko
El masticado
El mejor postor

Una tremenda tormenta de savia azotó el villorrio justo antes del amanecer, dejando la atmósfera llena de neblinas vaporosas y haciendo estremecer las tejas y las contraventanas con la fuerza de sus pesadas y viscosas gotas. Los truenos resonaron. Después, las neblinas se quedaron en los campos y la tranquilidad se llenó de gorgoteos y goteos, y con el sibilante murmullo de las pulgas de la savia y los escarabajos de las tormentas.

Nayl salió muy temprano con Aemos para comprar, y regresaron con cucuruchos de papel con comida caliente procedentes de la comisaría del villorrio de los tarados, un poco más abajo en la misma calle, y donde ya estaban comprando su desayuno las filas de trabajadores formadas por el cambio de turno de los molinos. Cuando regresaron, Inshabel y Husmaan, que habían dormido en una habitación compartida al otro lado del pasillo, ya se habían reunido con nosotros.

Todavía tenía que notificar de forma oficial a nuestra ordo que Inshabel se había unido a nuestro grupo, pero desde luego, ya formaba parte de nosotros. Sentía que tenía derecho a participar en aquella misión, en honor a Roban, y por su propio honor. Era él quien me había informado sobre el asunto de Esarhaddon, directamente y sin ningún interés propio. Pocos de mi equipo lo seguían llamando por su rango. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie pudiera borrar el recuerdo del interrogador Ravenor, pero se había integrado bien, gracias a su mente brillante y a su ingenio cáustico y bienintencionado. Ya me había proporcionado mejores servicios de los que jamás había logrado Alain von Baigg.

Duj Husmaan era cazador de pieles en su planeta natal, Windhover, cuando Harlon Nayl lo conoció. Eso ocurrió en los días que Nayl era un cazador de recompensas, antes de unirse a mi causa. Había reclutado a

Husmaan ocho años antes de todo este asunto por recomendación personal de Nayl, y había demostrado ser un luchador útil, aunque supersticioso, con un excelente sentido de la orientación y el rastreo. Nayl lo había escogido personalmente como parte del grupo de acción del equipo que habíamos reunido para resolver la investigación, y no tuve queja alguna de la elección.

Husmaan era un individuo delgado de estatura media, con la piel de tono cobrizo y el cabello blanco requemado por el sol, lo mismo que su perilla. Al igual que todos nosotros al llegar a Eechan, había cambiado sus ropas por los andrajos oscuros propios de los tarados. Hizo caso omiso del puñado de tenedores de madera de usar y tirar que Aemos había traído de la comisaría y comenzó a comer del cucurucho con los dedos.

Yo piqué de mi comida con aire ausente, preguntándome cuán cerca estábamos de Lyko.

Lyko había sido un idiota y se había condenado él mismo. La tremenda revelación de que el individuo achicharrado en los jardines del palacio de los Lange no había sido Esarhaddon podía haber sido explicada como un error, otra equivocación provocada por la naturaleza traicionera del psíquico hereje.

Pero Lyko había huido. Bien por miedo, bien porque debía cumplir un programa, no lo supe en aquel momento. Pero había huido, y al hacerlo, se había incriminado.

Había ido a su residencia, un habitáculo alquilado en las torres de la Colmena Diez, en el preciso instante que Inshabel me había advertido del engaño. Pero Lyko se había marchado, llevándose a su gente con él. Su habitáculo estaba vacío, a excepción de la basura que había dejado atrás cuando se había ido todo su equipo.

Puse a mi personal a buscarlo, una orden difícil de cumplir debido a los problemas de obtención de datos que existían a nivel planetario a causa de los disturbios. Había decidido casi enseguida que debía perseguirlo yo sólo, sin informar a la Inquisición. Puede que parezca raro, algo casi insensato. En cierto modo, lo era. Pero Lyko era un inquisidor de buena reputación, muy estimado, y con muchos amigos. Existían muy pocas probabilidades de que informase a mis superiores de que lo estaba investigando porque sospechaba que protegía a un famoso psíquico hereje sin que no le llegara ningún rumor al respecto, o sin que sus amigos se dedicaran a dificultarme la tarea.

Entre sus amigos se incluían, por supuesto, Heldane y Commodus Voke, parte del audaz trío que había logrado capturar a los treinta y tres psíquicos en Dolsene. Cuán vacía me pareció aquella acción «heroica» en esos momentos. Me había quedado tan impresionado cuando Lord Rorken me había mostrado el informe. Quizá la «captura» había sido fácil, o incluso algo preparado, si Lyko era un aliado secreto de Esarhaddon. Quizá todo había formado parte de una conspiración urdida para perpetrar la atrocidad de la Colmena Primaris.

Estaba atenazado por especulaciones siniestras y sin explicación. No tenía ningún modo de demostrar que Lyko estaba corrompido, ni siquiera en aquel momento, aunque yo tenía sospechas muy fundadas. Era posible que sólo hubiera sido un peón involuntario en Dolsene, o en el palacio Lange, o también era perfectamente posible que estuviera implicado en ello en todo momento. Incluso era posible que su salida de Tracian fuera una coincidencia que yo había malinterpretado. No hubiera sido la primera vez que un inquisidor había actuado en secreto sin anunciarlo.

Asimismo, cabía la posibilidad de que también él hubiera descubierto el engaño después de los acontecimientos y que se hubiera marchado rápidamente siguiendo una pista y así corregir su error. O que estuviese huyendo por vergüenza... o...

Existían tantas posibilidades... Tenía que cavilar sobre todo lo ocurrido para procurar no equivocarme. Yo estaba seguro de que Lyko era culpable en mayor o menor grado, así que sabía que tenía que seguirlo. Incluso si sólo estaba persiguiendo a Esarhaddon, eso me llevaría en la buena dirección.

Y no podía informar a la Inquisición, o hablar con Voke o con Heldane. Mi incertidumbre era tal que ni siquiera estaba seguro de que ellos no formaran parte de la misma conspiración.

Un complejo rastro de pistas subliminales me puso tras él. Me abstendré de contar todos los detalles, ya que sólo informarían del insufrible tedio que constituye buena parte del trabajo de un inquisidor. Baste decir que registramos y procesamos los documentos de voz y los archivos emitidos por los gremios astropáticos locales y planetarios. Investigamos las transferencias entre aeronaves, el tráfico orbital, las listas de salida, los movimientos de transporte de carga... Tenía a parte de mi personal efectuando trabajo de calle, vigilando lugares clave, haciendo preguntas en bares de comerciantes, pidiendo favores a unos amigos de

unos amigos, conocidos de conocidos, incluso a uno o dos adversarios. Contraté a buscadores y detectives, y tomé muestras de cada resto de olor personal que había en el apartamento de Lyko. Programé códigos de feromonas en cráneos servidores que envié a las estaciones y a los puertos orbitales.

Disponía de más de un centenar de personas en mi personal, muchos de los cuales eran cazadores avezados, investigadores o perseguidores, pero juro que la enorme cantidad de datos que recogimos nos hubiera achicharrado el cerebro.

Habríamos fracasado si no hubiera sido por Aemos. Mi viejo sabio simplemente se enfrentó a aquel desafío, nunca abandonó, nunca se cansó, y su mente siguió y siguió absorbiendo datos e información y realizando mil cruces mentales entre comprobaciones y comparaciones a cada hora, unas tareas que yo no hubiera sido capaz de realizar en un día con una máquina codificadora y un datoscopio.

Parecía, malditos sean sus huesos, que estaba disfrutando con ello.

Las pistas llegaron, una por una. Un transporte de mercancías colocado en un almacén de la Colmena Ocho durante un largo plazo y pagado mediante una transferencia efectuada por uno de miembros del personal de Lyko. Un resto de feromonas de dos segundos de duración en la sala de espera de un puerto comercial en la costa de Colmena Lejana Beta. Una imagen borrosa tomada por un pictógrafo del Munitorum en las calles de Colmena Primaris.

Un pasajero en una lista de embarque que realizó una serie de vuelos de conexión entre astropuertos antes de marcharse del planeta, como si estuviese intentando que nadie lo siguiera.

Después llegaron las pistas clave: un examen superficial y precipitado de un transporte que registraba la presencia de equipo antipsíquico en una carga enviada a otro planeta. Una serie de sobornos torpes y apenas disimulados a estibadores importantes del astropuerto de Primaris. Una nave comercial libre, el Princeps Amalgum, que se quedó un día más de los que había pedido permiso, y que luego cambió de planes de vuelo de repente.

En vez de la larga travesía hasta el Arrecife Ursoridae, se dirigió al interior de la galaxia, vía el mundo de Front, hasta las granjas de tarados de Eechan.

Alguien llamó a la puerta justo después del amanecer, y envié a todo el mundo, excepto a Nayl, al cuarto de al lado. Bequin e Inshabel fueron lo bastante espabilados como para retirar todos los cucuruchos de comida excepto dos. Me acerqué a la ventana, y Nayl se sentó en una silla, con el brazo echado por encima del respaldo con un gesto informal para que nadie viera la pistola que empuñaba.

Concentré mi mente por un instante para asegurarme de que nuestros disfraces de tarados estaban en orden, y luego dije «Adelante».

La puerta se abrió y apareció la chica puercoespín del bar de tarados. Llevaba puesta una capa contra la lluvia de savia, que relucía llena de gotas, y me miró con curiosidad mientras se bajaba la capucha.

—Tardáis lo vuestro, tarados.

—¿Tienes algo para nosotros, preciosidad o sólo viene' a echarle un vistazo a este figura que te cruzaste anoche? —le dijo Nayl con una sonrisa lasciva.

La muchacha frunció el ceño y una cresta de espinas sobre su cabeza se irguió como señal de amenaza.

—Tengo un mensaje. Ya sabei' de quién.

—¿El Phant?

—Yo no digo ná, basura genética, sólo lo traigo.

—Entonces dámelo.

Metió una mano en la parte interior de la capa y sacó un aparato rastreador de tecnología antigua, de aspecto baqueteado. Lo sostuvo en alto por un momento y lo encendió el tiempo suficiente para que viéramos el parpadeo verde indicador. Lo apagó de nuevo y lo dejó caer con un repiqueteo encima de la agrietada superficie de la mesa.

—Va a se' una subasta. El mejo' posto', así que dise que vengai' conmusho amarillo. Musho.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Hoy en el turno do', en el masticao'.

—¿Ya está? —le pregunté.

—E' lo que hay. Yo sólo lo traigo.

Se dio media vuelta y se dispuso a marcharse, pero se detuvo un momento en la puerta.

—A lo mejo' querei' recompensá mi labo'.

Metí una mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué una moneda imperial de valor elevado.

—¿Te vale?

Sus ojos se iluminaron.

—Me vale to'.

Se la lancé y ella la atrapó en el aire con una mano.

—Gracia ' —dijo.

Salió y se dio la vuelta después de cruzar la puerta. Nos miró como si mi generosa contribución a su felicidad inmediata la hubiese hecho cambiar de opinión sobre nosotros.

Lo que, dado el lugar tan miserable en el que nos encontrábamos, era bastante probable.

—No te fie' de é' —me aconsejó, y cerró la puerta antes de irse.

El «masticado» es el nombre que le dan los lugareños a los terrenos que quedan arrasados después de que las cosechadoras pasen por ellos. Son tierras de vegetación hecha trizas que comienza a crecer a los pocos días de la cosecha, tal es la riqueza y la fecundidad de la flora de Eechan. En todo momento, hay varios miles de kilómetros cuadrados de tierra masticada en las tierras de cultivo situadas alrededor de la colmena principal.

Nos dirigimos al sur, hacia las zonas de masticado más reciente siguiendo la señal del rastreador.

Mediodía. A eso se refería ella con el segundo turno. El segundo cambio de turno del día. Calculamos que tardaríamos unas dos horas en llegar hasta allí.

A pesar de todas las especulaciones que tenía en mente sobre Lyko, el asunto no estaba nada claro todavía. Había sido bastante fácil para Nayl identificar a Phant Mastik como el esclavista local, especializado en cabezones, es decir, psíquicos. Pero ¿por qué Lyko lo estaba utilizando? Para empezar, ¿por qué Lyko querría vender a Esarhaddon?

Aemos me sugirió que era parte de un trato final ya que Esarhaddon había cumplido su parte del pacto. Eso supondría que Lyko se encontraba al mando de todo, algo que yo dudaba mucho. Y si sólo estaba liberando al hereje ahora que había cumplido su parte, ¿por qué venderlo? ¿Por qué había hecho todo aquel camino para hacerlo? Inshabel suponía que quizá Lyko estaba ansioso de librarse del psíquico porque lo temía.

Yo tenía mi propia teoría. Lyko había llevado a Esarhaddon hasta Eechan por algún otro motivo, y había organizado una venta simulada a

través del Phant para que fuese un anzuelo que atrajera a cualquiera que lo estuviera siguiendo y le hiciera salir al descubierto.

Al final, resultó que yo estaba en lo cierto. No me sorprendió. Es lo que yo hubiera hecho.

El masticado era una desolación miasmática. Hasta donde alcanzaba la vista, que no era mucho debido a las neblinas de savia producidas la noche anterior, la tierra era un destrozo agujereado de tallos desgarrados, fibra vegetal machacada, raíces arrancadas y suelo aplastado y aplanado por una gran presión. Las enormes orugas de las cosechadoras habían dejado unos anchos surcos de una profundidad que llegaba hasta la cintura, al fondo de los cuales se acumulaban restos de plantas y tierra dispuestos en franjas lisas como si fueran capas de un bizcocho.

El aire neblinoso estaba impregnado de gotitas de savia y todo estaba repleto de pulgas de la savia y de escarabajos de las tormentas. Flotaban por el aire y se nos posaban encima. Podíamos sentirlos incluso a través de la ropa.

En aquellos momentos, aunque manteníamos nuestros disfraces de tarados, todos íbamos protegidos y armados hasta los dientes. Uno no se mete en lo que puede ser una trampa con una pistola antigua de pólvora y un palo afilado. Yo llevaba puesta una armadura corporal, también llevaba mi espada de energía y mi pistola bólter. Los demás llevaban un equipo similar. Si nos sorprendían, intentar mantener los disfraces de tarados sería el menor de nuestros problemas.

Diez kilómetros al sur, a través de las espesas y remolinantes nieblas, se podía oír el sonido traqueteante y desgarrador que producían las cosechadoras mientras avanzaban. Cada pocos metros encontrábamos un chorreón de sangre o un trozo de pulpa peluda. Eran los restos de los roedores atrapados por las cuchillas segadoras de las máquinas factoría.

—Uno pensaría —dijo Inshabel mientras se paraba a secarse el sudor pegajoso de la cara— que los animales de la zona ya se habrían acostumbrado a las cosechadoras, que habrían aprendido a mantenerse fuera de su camino.

—Algunos seres nunca aprenden —murmuró Husmaan—. Algunos siempre vuelven a la fuente.

—Se refiere a la comida. Siempre se refiere a la comida —me dijo Nayl con una sonrisa—. Para Duj, todo se reduce a la comida.

—Según las estadísticas —dijo Aemos—, existen cuatro mil millones de ratas de cosecha en cada demitare de campo. Auténticos ríos de ellas huyen delante de las cosechadoras. Hemos visto cadáveres de ratas cada veintidós metros, lo que indica que sólo un dos coma dos por ciento de ellas es lo bastante desafortunada para ser atrapadas por las cuchillas. Eso significa que la inmensa mayoría logra huir. Son más listas de lo que creéis.

Se detuvo. Todo el mundo se había parado y lo estaba mirando.

—¿Qué? —nos preguntó—. ¿Qué? Sólo decía que...

—El viejo alucina más con las matemáticas y las estadísticas que yo con las mujeres —le dijo Nayl a Bequin mientras proseguíamos de nuevo la marcha.

—No sé por cuál de los dos debo sentir más lástima —le respondió.

Husmaan levantó el rastreador que nos había traído la chica puercoespín y le dio una sacudida. Luego lo palmeó un par de veces para estar seguro.

Atravesamos la marea de plantas rotas y nos acercamos a él.

—¿Algún problema? —le pregunté.

—El maldito cacharro... Es demasiado viejo.

—Déjame echar un vistazo.

Husmaan me lo entregó. Desde luego, era una mierda de cacharro. Estaba baqueteado por toda una vida de recibir golpes, con una batería casi agotada. Aquello era un buen detalle profesional, pensé, propio de la cuidadosa planificación de Lyko. Un rastreador poco fiable hacía todo aquello mucho más auténtico.

Un aparato nuevo o con una batería completamente cargada habría sido lo mismo que escribir una invitación en la que se leyera:

«Estimados perseguidores, por favor, venid para que os pueda matar...».

Sacudí el cacharro y respondió. La carga justa y suficiente para llevarnos a la muerte.

—Por ahí —dije.

Ya casi era mediodía. El sol estaba en lo alto, pero las neblinas de savia no se habían disipado. La luz dorada y cálida nos rodeaba. Según el rastreador, estábamos a medio kilómetro del lugar de la subasta.

—Sólo nos esperan a Nayl y a mí, así que iremos con Bequin —quería a un intocable cerca de mí—. Inshabel, tú ve hacia el este con

Aemos. Husmaan, al oeste. Cubridnos. No os acerquéis a menos que os lo indique con una orden directa. ¿Entendido?

Los tres asintieron.

—Si descubrís algo, comunicadlo por Glossia y sed breves. Venga.

Nathun Inshabel amartilló su carabina láser y se alejó hacia la izquierda con Aemos a lo largo del surco abierto por la oruga de una cosechadora, y ambos dejaron unas huellas pegajosas en los residuos aplastados del fondo de la enorme zanja. Husmaan ya tenía amartillado su rifle largo protegido con trapos. Se alejó con rapidez hacia la derecha, y desapareció en breves instantes entre la niebla.

—¿Vamos? —les dije a Bequin y a Nayl.

—Tú primero —me respondió Nayl con una sonrisa.

Di una última orden por el canal de comunicación, en código Glossia, y seguimos avanzando a través de los matojos destrozados del masticado.

Los compinches de Phant habían utilizado lanzallamas para despejar una amplia zona del masticado. Pudimos oler la pulpa de fibra quemada a varias decenas de metros de distancia.

La neblina todavía se mantenía en el aire, pero pude distinguir varios camiones cosechadores y algunas motos gravitatorias y *land speeder*s aparcados en la ennegrecida zona despejada. La gente se afanaba a su alrededor.

—¿Qué ves? —le pregunté a Nayl. Dio otro vistazo a nuestro alrededor.

—A Phant... y a sus tarados, el tipo de los cuernos y el del ojazo. A unos doce en el perímetro, más o menos, que se creen que están ocultos. Y los posibles compradores. Son tres... no, cuatro, todos gente de la colmena, con sus guardaespaldas. Otros dieciséis en total.

Me levanté la capucha.

—Vamos —les dije.

—Ha y un hilo de alarma colocado alrededor del lugar.

—Lo pisaremos. Para eso está.

El hilo de alarma era un cable colocado a la altura del tobillo y tensado en los tallos rotos y quemados. Tenía atado aproximadamente a cada metro el cascarón vacío de un escarabajo de las tormentas, como si fuera una campanita. Tintinearon cuando pisamos deliberadamente el cable.

Un instante después, unos matones tarados vestidos con harapos aparecieron procedentes de la maleza que quedaba, y nos apuntaron con pistolas de chispa, además de empuñar diversas armas cortantes.

—Venimo' po' la subasta —les dije mientras sostenía en alto el rastreador que nos había dado Phant—. Invitados.

—¿Nombre? —croó un ser con cabeza de rana que nos apuntaba con una ballesta y que tenía un grave problema de babeo.

—Eye-gor, de fuera. Con sus tarados.

El cabeza de rana nos indicó con un gesto que nos acercáramos a los demás. Los otros se reunieron alrededor de la pequeña plataforma de madera en la que estaba Phant Mastik, quien se giró para mirarnos.

—¡Eye-gor! Tarado de fuera del planeta, con otro' do ' —anunció cabeza de rana en voz alta.

Phant asintió con su pesada cabeza, y cabeza de rana y sus compañeros retrocedieron bajando sus armas.

—M e alegro de que vinieras, tarado.

—Tú ere ' Phant. Tú ere' el tarao con el material. Pero... he oío mi nombre en voz alta, y no el de ello'.

—Que nos conozcamos todos para que pueda comenzar la venta.

Phant miró a los demás compradores. Uno de ellos, una mujer extremadamente atractiva procedente sin duda de los niveles superiores de la colmena y vestida con un traje ceñido asintió.

—Frovys Vassik —dijo mediante un drone cráneo-servidor lingüístico que flotaba cerca de su hombro.

Era evidente que hablaba un dialecto de casta noble que el drone traducía. La evalué rápidamente, tanto a ella como a sus guardaespaldas: aficionados ricachones, posibles adoradores de alguna secta, bien armados y protegidos con todo el equipo de la colmena superior que el dinero podía proporcionar.

—Merdo k —dijo el siguiente.

Era un individuo anciano de aspecto frágil, con ropajes blancos y que se apoyaba en un bastón. Se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de japanagar que sin duda había costado más que todas las ropas que llevaba puestas el Phant. Tenía cuatro guardaespaldas, mujeres enanas con trajes vulcanizados de combate gladiatorial, cada una de ellas con un collar electrónico de esclava alrededor del cuello.

—Tanselman Fybes —dijo otro individuo, de rostro fofo, situado a la izquierda de Merdok.

Dio un paso adelante y efectuó un cortés gesto de asentimiento. Iba vestido con un llamativo traje de enfriamiento de color naranja, con unas grandes tuberías de intercambio de aire que salían de los hombros. Su aliento salía en nubes de vapor al entrar en contacto con la atmósfera de aire frío que estaba creando a su alrededor.

También estaba solo, lo que le convertía instantáneamente en alguien mucho más peligroso que los retrasados mentales procedentes de la colmena que se habían traído a sus guardaespaldas.

—Me podéis llamar Erotik —dijo el último comprador, una vieja con cara de zorra que había sido tan idiota de meter su anciano cuerpo en un traje ajustado negro repleto de pinchos, señal de que era adoradora de una secta de la muerte.

O eso quería aparentar, pensé. Tenía a cinco esclavos atados y enmascarados con ella, y todos estaban sudando bajo el calor neblinoso. Me di cuenta enseguida que estaban fuera de su ambiente. Jugaban a ser una secta adoradora de la muerte, allá en las alturas de la colmena principal, que quizá se cortaban un poco la piel y bebían sangre de vez en cuando. Lo más cerca que habían estado de una verdadera secta de la muerte era cuando habían visto una pictografía móvil de mentira para impresionar a sus amigos después de un banquete.

—Os saluo. Soy Eye-gor, ultramundano, y tan tarao' como el que ma'.

Hice una reverencia. Fybes y Vassik me devolvieron el gesto. Merdok se enjugó de nuevo la frente y Erotik hizo un signo muy ferviente de la Muerte Auténtica que casi hizo soltar una carcajada a Nayl.

—¿Podemos empezar, estimado Phant? —le preguntó Merdok mientras se pasaba el pañuelo por su redondo rostro—. Es mediodía, y hace un calor de espanto.

—¡Y yo tengo asesinatos que cometer y sangre que beber! —gritó Erotik.

Sus regordetes e insensatos guardaespaldas dieron pequeños gritos de aprobación e intentaron recolocarse los pinchos y las bandas de cuero para que no les hicieran daño.

—Oh, por el amor del Emperador... No van a salir de aquí con vida —me susurró Bequin.

—Por idiotas... —le respondí con otro susurro.

Los hombres de Phant utilizaron garrotes de energía y látigos eléctricos para llevar a la mercancía en venta desde la parte trasera de un camión cosechero hasta la plataforma de madera. Era un humano delgado y de largas extremidades, que iba con los ojos vendados y llevaba puesta una camisa de fuerza, además de un pesado anulador psíquico alrededor de la cabeza.

—Calidad alfa-plus. Sólo uno. ¿Sus ofertas?

—¡Diez barras! —gritó Erotik inmediatamente.

—Veinte —dijo Vassik.

—¡Veinticinco! —gritó Merdok.

Fybes carraspeó para aclararse. Su tos generó un chorro de vapor en la atmósfera privada que creaba el generador de su traje.

—Creo que eso ha dejado claro el nivel común aquí. Odio mezclarme con proletarios. Mil barras.

Erotik y sus guardaespaldas dejaron escapar una exclamación.

Merdok se quedó pálido.

Vassik lanzó una mirada rápida a Fybes.

—Aaahh. Al menos alguien conoce el verdadero valor del objeto en venta. Ya podemos empezar la subasta en serio. —Vassik también se aclaró la garganta, y su cráneo cibernético imitó de forma obediente aquel ruido—. Mil doscientas barras.

—¡Mil trescientas! —gritó Erotik con desesperación.

—Mil quinientas —dijo Merdok—. Es mi mayor oferta. No tenía ni idea de que esta reunión sería tan ansiosa...o tan rica.

—Dos mil —dijo el cráneo flotante de Vassik.

—Tres —contestó Vassik.

Merdok estaba meneando la cabeza. Erotik se alejaba hacia el borde de la zona despejada, quejándose en voz alta a sus rechonchos juguetes sexuales, que se agitaban nerviosos a su alrededor.

—Tres quinientas —dijo Vassik.

—Cuatro —replicó Fybes.

—¿Nada? —le dije a Bequin con un susurro.

—Ni el más leve impulso latente. Pero puede que ese anulador psíquico esté funcionando bien.

—¿Podría ser Esarhaddon?

—Sí. Lo dudo, pero podría serlo.

—¿Nayl?

Harlon Nayl se volvió para mirarme.

—Nada. Los guardaespaldas de Phant se están poniendo nerviosos porque la vieja bruja y sus ridículos payasetes intentan marcharse antes de que la subasta haya acabado. Pero sólo eso...

—Cinco quinientos —profirió el cráneo-servidor de Vassik.

—Seis —dijo Fybes.

Merdok se había retirado a un lado de la puja con sus guardaespaldas y estaba aspirando grandes bocanadas de obscura de una pipa de agua portátil que una de sus féminas esclavas gladiadoras sostenía. Erotik y sus rechonchas versiones masculinas de concubinas estaban discutiendo con el cabeza cornuda y con otra pareja de mutantes al otro lado de la zona quemada.

—¡Ocho quinientas! —dijo Vassik.

—¡Nueve! —le contestó Fybes.

—Sincuenta —dije yo con voz tranquila, y arrojé una enorme pila de pequeños lingotes de oro en el suelo manchado.

Se produjo un silencio. Un largo y puñetero silencio.

—La oferta son cincuenta mil. —Phant se nos quedó mirando a todos.

Merdok, Erotik y todos los suyos estaban simplemente pasmados. Vassik se dio la vuelta y comenzó a dar gritos, y sus guardaespaldas tuvieron que sujetarla en cuanto empezó a tener un ataque de rabia.

Fybes se me quedó mirando, con el aliento saliéndole en lentas y pequeñas nubes de vapor.

—¿Cincuenta? —me preguntó.

—Eso e'. Sincuenta. ¿Lo mejora'?

—¿Y qué pasa si lo hago, Eye-gor? Y por favor... deja de intentar imitar ese estúpido el acento de los tarados. Me pone de los nervios.

Fybes comenzó a caminar hacia mí. Levantó la mano y se arrancó la piel de la cara. La piel se desintegró como una telaraña en cuanto tiró de ella, y dejó al descubierto sus ojos, negros y penetrantes.

—Oh, Gregor, te gusta tanto hacer una entrada espectacular... ¿verdad? —me dijo Cherubael.

Once

Cara a cara
Sin testigos
Muerte en toda regla

Su cara era la última cosa que me esperaba ver allí, aunque había estado en mi mente y en mis pesadillas durante casi cien años.

—Ha pasado bastante tiempo, ¿verdad, Gregor? —me dijo el demonio con un tono de voz casi cordial—. He pensado bastante en ti, y con cariño. Me superaste en 56-Izar. Yo... debo admitir que pensé en vengarme durante cierto tiempo. Pero cuando me enteré de que después de todo habías sobrevivido a aquello, me alegré. Eso significaba que tendríamos ocasión de vernos de nuevo.

El traje refrigerante de color naranja comenzó a arder y a deshacerse, desprendiéndose en trozos chamuscados hasta que se quedó al desnudo. Se elevó lentamente, con las manos a los costados, como si fuera un bailarín, y flotó al viento a unos cuantos metros por encima del suelo achicharrado. Seguía siendo alto, y de constitución robusta, pero el aura que lo rodeaba tenía un color más bien verdoso enfermizo, no el dorado que yo recordaba.

Unas venas saltonas y de aspecto antinatural le recorrían el cuerpo, y los pequeños cuernos que había tenido en la frente habían crecido hasta convertirse en cortas astas retorcidas.

—Así que nos vemos de nuevo. ¿No vas a decirme nada?

Podía sentir cómo Bequin temblaba de terror a mi lado.

—Tranquila, no te muevas —le dije.

El demonio la miró y su sonrisa se hizo todavía más ancha.

—¡La intocable! ¡Cuán maravilloso! Una repetición casi exacta de nuestro primer encuentro. ¿Cómo estás, querida?

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—¿Querer?

—Siempre quieres algo. En 56-Izar era el Necroteuco. Ah, no, lo olvidé. Tú nunca quieres nada. Sólo eres un esclavo que obedece las

órdenes de otro.

Cherubael frunció levemente el ceño.

—No seas maleducado, George. Deberías apreciar el hecho de que me haya tomado cierto interés personal por ti. La mayoría de las cosas que me molestan las destruyo con mucha rapidez. Podría haberte perseguido hace varios años, pero yo sabía que existía cierto... lazo.

—Más acertijos. Más vaciedades. Dime algo de verdad. Cuéntame lo que sucedió en Vogel Passionata.

Lanzó una carcajada, un sonido bastante desagradable.

—Ah, te has enterado, ¿no?

—Los informes recibidos respecto a ese incidente me han convertido en un sospechoso a los ojos de muchos.

—Lo sé. Bendito seas, no era ésa mi intención. Sólo fue un pequeño error por mi parte. Lamento que te haya causado tantos inconvenientes.

—No tengo ningún deseo de que se me considere un hombre que sellaría un pacto con un demonio.

—Estoy seguro de que no lo deseas, pero eso es exactamente lo que está ocurriendo, te guste o no. Es el destino, Gregor. Nuestros destinos están entrecruzados, de un modo que ni siquiera puedes empezar a vislumbrar. ¿Por qué otro motivo soñarías conmigo?

—Porque perseguirte y expulsarte de este mundo se ha convertido en uno de los principales objetivos de mi vida.

—Oh, esto es algo más que una simple obsesión profesional. Piensa, realmente, ¿por qué sueñas conmigo? ¿Por qué me buscas de forma tan diligente, hasta el punto de ocultar la extensión de esa búsqueda a tus superiores?

—Yo...

Mi mente funcionaba a toda velocidad. Aquella entidad sabía demasiado.

—¿Y por qué te perdoné la vida? Si hubieses sido tú el de Vogel Passionata, te hubiera dejado vivir. Te dejé vivir en Tracian.

—¿Qué?

—Te detuviste a presentar tus respetos en la tumba de Espatian, y la Puerta te protegió del desastre. ¿Por qué te detuviste? No lo sabes. No puedes explicarlo, ¿verdad? Fui yo. Cuidé de ti. Introduje esa sugestión en tu mente. Hice que te detuvieras sin tener un motivo aparente. Hemos trabajado juntos todos estos años.

—¡No!

—Lo sabes, Gregor. Lo que pasa es que no sabes que lo sabes.

Cherubael se alejó levitando un corto trecho, y miró a su alrededor. Todo el mundo que estaba participando en la subasta se había quedado inmovilizado, con los ojos fijos en él. Nadie se atrevía a moverse, ni siquiera el guardaespaldas tarado de voluntad más débil. Incluso aquellos presentes que no sabían lo que era reconocían el extraordinario poder y malignidad que Cherubael representaba.

—¿A qué estás esperando? —gritó una voz procedente de algún lugar cercano.

Varios hombres armados salieron de sus escondrijos en los arbustos supervivientes del masticado y se acercaron hacia nosotros. Uno de ellos era Lyko, con seis fibrosos ejemplares de matones a sueldo.

—Mira a quién he encontrado, Lyko. Planeé esta trampa, como tú me sugeriste, para descubrir si alguien te estaba siguiendo, y mira quién resultó ser.

—Eisenhorn... —murmuró Lyko, y el miedo apareció por un instante en su rostro. Miró a Cherubael.

—Ya te lo he dicho: ¿a qué estás esperando? Mátalos para que nos podamos ir.

De repente, me quedó claro que Lyko no era el señor del demonio. Al igual que Konrad Molitor muchos años atrás, Lyko era otro peón, un agente corrupto de alguien...o de algo.

—¿Debo? —le preguntó la figura flotante.

—¡Hazlo! ¡Sin testigos!

—¡Por favor! —gritó el anciano Merdok—. Solamente queríamos...

Lyko se giró en redondo e incineró al viejo con su pistola de plasma.

Aquello rompió el estado de inmovilidad de todo el mundo. Los compinches de Phant y los demás compradores se dispersaron dominados por el pánico, desenfundando armas y gritando. Empezó un tiroteo indiscriminado. Los pistoleros de Lyko, todos con aspecto de haber sido antiguos militares, iban armados con ametralladoras y acribillaron toda la zona, abatiendo a los tarados que huían. Vi que Phant Mastik recibía una ráfaga y que se desplomaba hacia atrás sobre la plataforma de madera.

Su guardaespaldas cornudo se lanzó a por Cherubael, disparándole con una vieja pistola láser.

Cherubael no se había movido. Se quedó simplemente mirando la carnicería que estaba teniendo lugar a su alrededor. Los disparos láser chisporrotearon al rebotar en su piel, y miró al tarado, como si su ensimismamiento se hubiera interrumpido.

El demonio ni siquiera movió una mano o un dedo. Sólo hizo un ligerísimo movimiento con el mentón en dirección hacia el guardaespaldas cornudo, y el pobre tarado quedó hecho filetes en el mismo sitio que estaba. Unas oleadas de energía le desgarraron poco a poco la piel y la carne, y después hicieron pedazos su esqueleto, con trozos todavía articulados arrancados de cuajo.

Sentí la disformidad concentrarse en aquel lugar a medida que Cherubael comenzaba su tarea. En cuanto empezó, desencadenó toda su furia. Las esclavas gladiadoras de Merdok desaparecieron en el interior de un vórtice y murieron tras fundirse las unas con las otras. El barro bajo los pies de Vassik comenzó a hervir, y tanto ella como sus guardaespaldas se hundieron en él, gritando y manoteando hasta desaparecer.

Yo estaba completamente inmóvil, rígido. Bequin empezó a tirar de mí.

Unos cuantos disparos pasaron cerca de mi cara. Me di la vuelta en redondo y vi a dos de los hombres de Lyko que cargaban contra nosotros. Uno de ellos se desplomó de repente, con un tiro que le atravesó la cabeza y que sólo podía ser un disparo de francotirador efectuado por Husmaan, oculto entre la maleza.

Nayl pasó corriendo a mi lado y abatió al otro con un disparo de su Tronsvasse Parabellum.

—¡Vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí! —me dijo con un grito.

El aire estaba cargado de sangre, suciedad y fibras de planta que revoloteaban. Una chasqueante tormenta de disformidad estaba comenzando a aparecer a nuestro alrededor, tan densa y tan oscura que apenas podíamos ver, que apenas podíamos mantenernos en pie. Pero a pesar de todo, podía distinguir la reluciente silueta de Cherubael al fondo.

Desenfundé mi espada de energía y cargué contra él.

—¡Gregor! ¡No! —me gritó Bequin.

No tenía elección. Había esperado casi cien años. No le dejaría escapar de nuevo.

Se dio la vuelta flotando para encararse hacia mí, sonriéndome desde arriba.

—Tira eso, Gregor. No te preocupes. No te mataré. Lyko no tiene ningún poder sobre mí. Ya me encargaré más tarde de sus quejas, y...

—¿Quién tiene poder sobre ti? ¿Quién es tu amo y señor? ¡Dímelo! ¡Tú provocaste la atrocidad de Tracian, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Por orden de quién?

—Vete ya, Gregor. No es algo que deba preocuparte. Vete.

Creo que se quedó realmente sorprendido cuando le di un tajo con mi espada de energía en el pecho.

No sé si creía que podía hacerle algún daño.

La espada bendecida casi le destripó de arriba abajo antes de estallar y lanzarme de espaldas.

Miró abajo con desesperación, hacia la herida de su torso. Las energías de la disformidad, brillantes y venenosas, salían a borbotones de ella. Un segundo después, la herida se cerró como si nunca hubiera estado allí.

—Pequeño bobo —dijo Cherubael.

De repente, me encontré volando por los aires con la boca llena de sangre.

El impacto de la caída me estremeció todos los huesos y me dejó sin respiración. La cabeza empezó a darme vueltas. El poder del demonio me había lanzado a más de treinta metros de distancia, haciéndome atravesar la zona despejada y aterrizar en los arbustos.

Unas tremencdas detonaciones psíquicas resonaron por todos lados. Unos vientos aullantes y apenas sensibles procedentes de las profundidades del espacio disforme serpentearon por el campo y destruyeron a los últimos tarados con vida que quedaban y a los compradores que huían.

Intenté levantarme, pero perdí el conocimiento.

Cuando lo recuperé, toda la zona del masticado estaba en llamas. No había señal alguna de Cherubael. Inshabel y Aemos me estaban ayudando a ponerme en pie.

—¡Bequin! ¡Nayl! —logré decir entre toses.

—Los encontraré —me tranquilizó Inshabel.

—¿Dónde está Lyko? —le pregunté a Aemos cuando Inshabel se marchó a la carrera, con un arma en la mano.

—Huyó con sus hombres en dos de los *land speeders*.

—¿Y el demonio?

—No lo sé. Pareció desvanecerse de repente. Quizá tenía un campo de desplazamiento.

Eché a correr para volver al lugar, aunque mi cuerpo protestaba dolorido. Aemos gritó a mi espalda.

La mayor parte de los vehículos estaban aplastados o volcados, pero un par de ellos todavía estaban intactos.

Me subí a una motocicleta gravitatoria de color negro, un elegante modelo deportivo que probablemente había pertenecido a Vassik. Encendí los motores y despegué antes incluso de haberme abrochado los arneses de seguridad del asiento.

El aparato era potente y sensible en los mandos. Me llevó unos instantes acostumbrarme a la suavidad de toque necesaria para acelerar sin que la moto pegara unos acelerones bruscos. Dio un par de bandazos en el aire cuando me elevé con demasiada rapidez por encima del lugar achicharrado. Pude ver a Nayl, ensangrentado y con la ropa desgarrada, que me gritaba que regresara.

Salí de la columna de humo a unos cien metros de altura, y eché un vistazo a mi alrededor. Los campos del masticado se extendían hasta que todo quedaba cubierto de nuevo por el color verde. Distinguí la colmena principal, enorme a pesar de la distancia. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban?

Discerní dos puntos negros en el aire a unos tres kilómetros hacia el oeste, y aceleré mi aparato hacia ellos. Eran *land speeders* pesados que se dirigían hacia la fábrica cosechadora más cercana.

Abrí las turbinas al máximo, y me acerqué con rapidez y por debajo al vehículo más lento. Supe que me habían visto en el momento que el fuego de ametralladora empezó a pasar en mi dirección, aunque a mucha distancia todavía.

Comencé a deslizarme de un lado a otro, como me había enseñado Midas, antes de que lograran centrarme en su punto de mira. Pensé en responder a sus disparos, pero me hacían falta las dos manos para mantener nivelada la motocicleta.

Estábamos pasando ya por campos verdes listos para ser cosechados, un mar de color esmeralda que se alejaba convertido en un borrón alarmante. Más balas trazadoras pasaron de largo silbando.

Una gran sombra oscura tapó el sol.

—¿Quieres que les derribe? —dijo una voz por el comunicados

La silueta ahusada de mi cúter artillado se colocó a mi lado y se puso a mi velocidad. Parecía un aparato gigantesco comparado con mi insignificante motocicleta gravitatoria. Eran ciento cincuenta toneladas, ochenta metros desde la punta del morro hasta su cola con alerones, y llevaba el tren de aterrizaje bajado, con todo el aspecto de ser las patas de un insecto. Pude ver a Medea sonriéndome en la cabina.

No me atreví a levantar ninguna de mis manos de la traqueteante palanca de mando para activar el aparato comunicador.

En vez de eso, me comuniqué directamente desde mi mente a la suya.

Sólo si no te queda más remedio. Intenta obligarlos a que aterricen.

—¡Auch! —respondió el comunicador—. Avísame la próxima vez que vayas a hacer eso.

La gran masa del cúter aceleró de repente, replegó el tren de aterrizaje a la vez que encendía sus posquemadores y viró a la derecha. La onda de choque de su estela me sacudió a base de bien. Vi cómo giraba en un amplio semicírculo y descendía un poco hacia el suelo, abriendo surcos entre las altas hierbas al paso del chorro de sus motores. Parecía una gran ave de presa que se preparara para atacar a su víctima.

Gracias a sus motores de capacidad interplanetaria, alcanzó con facilidad los vehículos gravitatorios enemigos, los pasó y se abalanzó sobre ellos de frente.

Sentí una corriente de energía psíquica. Mis enemigos no disponían de otra arma que sus mentes para atacar al cúter artillado.

El cúter viró repentinamente a la izquierda, descendió una pizca y luego niveló su trayectoria. Habían pillado a Medea, aunque sólo fue por un instante.

Ella se había cabreado. Lo sabía sólo con ver el modo en que estaba volando. Hizo virar y casi quedarse flotando en el aire al cúter con un aullido de sus retrorreactores de frenado mientras los aparatos enemigos pasaban a toda velocidad.

La torreta situada bajo el morro giró y los proyectiles de gran calibre que disparó hicieron saltar en pedazos al segundo de los *land speeder*s, que se deshizo en una enorme llamarada.

¡Basta!, le dije a Medea. ¡Los quiero vivos si es posible!

Ya estaba cerca del otro *land speeder*. Pude sentir la mente de Lyko a bordo del aparato.

Se acercaba a la masa blindada de la cosechadora, que ya dominaba todo el paisaje por delante de nosotros. Era gigantesca, de seiscientos metros de largo y unos noventa de alto en el extremo de su dorso arqueado en forma escarabajo. Estaba dejando en el aire un rastro de savia pulverizada y humo. El chasquido de sus cuchillas segadoras podía oírse incluso por encima del aullido de los motores de mi motocicleta.

Mi presa hizo un picado y sobrevoló la espina dorsal de la inmensa máquina factoría, en dirección a un hangar orientado hacia la parte trasera y que parecía una enorme verruga en la parte posterior del monstruo. Por el comunicador de la motocicleta me llegaban los gritos de aviso y de alarma de los tripulantes de la cosechadora.

El pesado *land speeder* frenó y aterrizó de mala manera en la boca del hangar. Giré para seguirlo y vi a unas cuantas siluetas que se bajaban de forma precipitada. Todas desaparecieron por la puerta del hangar, todas menos una, un individuo que se arrodilló sobre la pista de aproximación y comenzó a dispararme con su ametralladora.

Los proyectiles de alta velocidad empezaron a pasarme por ambos costados. Finalmente, una ráfaga entró en la toma de aire de babor con un tremendo chasquido que hizo estremecerse todo el aparato, y lanzó una lluvia de chispas y de fragmentos metálicos.

El tablero de control quedó iluminado por múltiples luces de alarma.

Caí diez metros y apunté con el morro. Y salté.

Me rompí la muñeca izquierda y cuatro costillas cuando me estrellé contra la parte superior de la cosechadora. Cuando después pensé en aquello, me di cuenta de que había tenido suerte de no matarme, que incluso había tenido suerte al caer sobre el casco de la cosechadora. Era una caída importante. Logré agarrarme al cable de un puntal cuando empecé a deslizarme hacia abajo, y lo rodeé con el brazo derecho.

Mi motocicleta rebotó en la superficie de la pista de aterrizaje, saltó de nuevo hacia arriba y empezó a deshacerse en pedazos. El aparato volcó mientras dejaba una estela de restos, aplastó al pistolero, se estrelló contra el *land speeder* de Lyko y lo empujó contra la pared del hangar, donde estalló un segundo después, formando una tremenda bola de fuego y metal ardiendo.

Cojeé a lo largo de la pista procurando esquivar los grandes trozos metálicos en llamas y pasé por encima de los demás aparatos estacionados y todavía humeantes. Las sirenas de impacto ya estaban aullando, y los

sistemas antiincendio automáticos se esforzaban por cubrirlo todo con espuma. Encontré una escotilla medio abierta al fondo del hangar, al lado de los ascensores y de los montacargas.

Pasé por la escotilla. Al otro lado había unas escaleras metálicas que descendían hacia el interior de la fábrica. Al final, daba a una pasarela que recorría la cosechadora en toda su longitud. Unos aturdidos trabajadores, la mayoría de ellos tarados con monos de trabajo manchados de savia, se me quedaron mirando.

Les mostré mi insignia.

—Inquisición Imperial. ¿Por dónde han ido?

—¿Quién?

—¿Por dónde han ido? —repetí con un gruñido y utilizando mi poder mental sin contenerme en absoluto.

El efecto fue tan impactante que ninguno de ellos pudo hablar, y bastantes se desmayaron. Todos los demás me señalaron la pasarela que conducía al extremo delantero de la factoría.

Otra escotilla, otra escalera. El ruido de las segadoras interiores era atronador. Bajé hasta la inmensa línea de trabajo, una larga cavidad que recorría la cosechadora a todo lo largo. Era un lugar inmenso y ensordecedor, con el aire empapado de nubecillas de gotas de savia. Una larguísima cinta transportadora llevaba el producto cosechado procedente de las hojas segadoras situadas en la boca de la cosechadora, a un ritmo de varias toneladas por segundo. Unos operarios mutantes, equipados con máscaras y delantales de goma, trabajaban en la parte delantera de la cinta transportadora con grandes herramientas en forma de sierra y con lanzas cortadoras que estaban conectadas a unos sistemas de energía situados por encima de sus cabezas mediante gruesas tuberías de goma. Escogían y cortaban los trozos de tallos y tronchos demasiado grandes antes de que la cosecha pasase por los grandes rodillos con cuchillas y por las prensas estampadoras hasta llegar por fin a los grandes contenedores, al otro extremo de la factoría.

Todas las alarmas estaban sonando ya, y las luces de alerta se habían encendido, por lo que la línea de trabajo se había detenido, y los trabajadores miraban a su alrededor, con la celulosa líquida y la savia goteándoles de los guantes, los monos de trabajo y las herramientas.

Avancé tropezando con todos ellos mientras los capataces me gritaban desde sus puestos de observación. Pude ver a Lyko, a unos treinta

metros por delante, avanzando a empujones con su último pistolero y con una figura atada y con la cabeza cubierta que sólo podía ser Esarhaddon.

El pistolero se volvió y abrió fuego contra mí. Tres operarios se desplomaron, y uno de ellos cayó sobre la cinta transportadora. Los disparos hicieron saltar chispas de las pasarelas de metal y de la maquinaria.

Mientras los trabajadores se lanzaban a todos lados para protegerse, yo me agaché y alargué la mano para empuñar mi pistola bólter. No estaba allí. De hecho, toda la funda había sido arrancada. No estaba seguro del momento en que la había perdido, si durante el ataque de Cherubael o cuando me estampé contra el casco de la cosechadora, pero lo cierto es que ya no estaba. Y mi apreciada espada de energía se había desintegrado cuando entró en contacto con el demonio.

Unos cuantos proyectiles más cruzaron silbando el espacio que nos separaba y mellaron la superficie metálica de los rodillos de la cinta transportadora. Me metí a gatas detrás de un tambor de una herramienta de limpieza a presión.

Desenfundé mi arma de reserva de una pistolera que tenía cosida en el tobillo de mi bota. Era una pistola compacta automática, con un cañón tan corto que apenas llegaba un poco más allá de la guarda del gatillo. De hecho, la empuñadura era más larga que el propio cañón, y llevaba en su interior un cargador de veinte proyectiles de pequeño calibre.

Seleccioné fuego tiro semiautomático y disparé un par de veces. La puntería era horrible, y su potencia realmente penosa. Se trataba más bien de un arma de último recurso, pero sólo a quemarropa.

El pistolero, sin inmutarse por mi patético intento de intimidarlo, pasó a fuego automático y acribilló la zona donde yo estaba y los puestos de trabajo situados al otro lado de la cinta transportadora. Los trabajadores, apiñados en busca de protección, comenzaron a gritar y a aullar.

Los disparos cesaron. Me atreví a sacar la cabeza para echar un vistazo. Oí un chasquido y un chirrido, y la cinta transportadora comenzó a funcionar de nuevo.

El pistolero se había marchado en pos de su jefe. Lyko ya estaba casi fuera de vista, empujando a su prisionero por delante de él.

Me pregunté por qué Esarhaddon era un cautivo de Lyko. Seguía sin entender la relación entre Lyko, el psíquico y Cherubael.

Eché a correr. El pistolero, Lyko y su prisionero psíquico habían desaparecido tras la compuerta de una mampara. Si los seguía, sería sin saber dónde me metía. Y si hubiera estado en el pellejo de Lyko, habría utilizado la compuerta para darme la vuelta y esperarme.

Mis presentimientos sobre todo ese asunto no habían sido erróneos hasta aquel momento.

Me subí de un salto en la ancha cinta transportadora, haciendo caso omiso de los gritos de los acobardados trabajadores y me deslicé a través de la aplastada y pegajosa carga de cosecha. La savia y el movimiento de la cinta hacían prácticamente imposible permanecer de pie. Por un momento pensé que iba a resbalar y que acabaría en la prensa giratoria más cercana.

Salté al otro extremo y caí sobre suelo firme, goteando fluidos vegetales y pasta verde. Comencé a seguir la línea de trabajo, al otro lado de la cinta transportadora, que dividía a la cosechadora en dos por el centro.

También había una compuerta de mamparo a ese lado. La atravesé medio agachado.

El pistolero estaba esperando detrás de la otra puerta en el otro extremo de la cinta transportadora. Me vio, soltó unos tacos y se dio la vuelta apuntándome con su ametralladora. Yo ya estaba disparando. Incluso a aquella distancia más corta, la escasa potencia de fuego de mi arma se hizo evidente. Su ametralladora de cargador de tambor iba a enviarme rugiendo al otro mundo.

Me tiré de cabeza a la vez que colocaba mi arma en disparo automático y vaciaba todo el cargador de pequeños proyectiles con una ráfaga aguda y tableteante.

Lo que carecía en potencia de fuego lo compensé con el número de balas. Le acerté seis o siete veces en el brazo izquierdo y en el cuello, y le hice trastabillar, con su armadura rasgada. La ametralladora pesada que empuñaba se le escapó de las manos y cayó en la cinta transportadora que nos separaba, donde desapareció rápidamente de nuestra vista.

Se hallaba muy lejos de estar muerto, aunque sangraba en abundancia por las leves heridas y arañazos causados por mis proyectiles de pequeño calibre. Probablemente se había inyectado algún estimulante que lo mantenía en pie.

Profirió un insulto necromundano y desenfundó una pistola láser de manufactura militar a la vez que se subía de un salto a la guarda metálica de su lado de la cinta transportadora para dispararme con un mejor ángulo. Le tiré la pistola descargada y lo hice agacharse, y luego agarré una de las lanzas cortadoras que colgaba al borde de la guarda metálica.

Disparó un tiro que pasó muy cerca de mi hombro. Hice girar la lanza hacia él, con la punta en forma de sierra chirriando, pero era muy difícil manipular un artefacto así con una muñeca rota.

Así que transformé el balanceo en un lanzamiento y arrojé la larga herramienta como si fuese un arpón.

La punta lo atravesó y murió mientras aullaba y seguía intentando sacarse la cortadora industrial del pecho. Cuando su cuerpo se relajó, la tensión del tubo de goma vulcanizada tiró de la lanza hacia su gancho de reposo, a mi lado de la cinta transportadora, y arrastró el cadáver. La cinta lo llevó hasta la manguera de energía, y luego lo mantuvo sujeto, haciendo que la cinta se moviera por debajo de él.

Las pilas de fibras de planta húmedas empezaron a amontonarse sobre él y a desbordarse por los lados.

Eisenhorn, dijo una voz en el interior de mi mente.

Me di la vuelta y vi a Lyko de pie sobre un caballete que formaba una pasarela por encima de la cinta transportadora. La pistola de plasma que había utilizado para incinerar al falso Esarhaddon me estaba apuntando a mí. Pude ver al maltratado psíquico, que todavía tenía la cabeza tapada y rodeada por un anulador psíquico. Lyko lo había dejado atado al otro extremo de la línea de trabajo.

Deberías haberme dejado tranquilo, Eisenhorn. No deberías haberme perseguido jamás.

Hago mi trabajo, cabrón. ¿Qué es lo que estás haciendo tú?.

Lo que debe hacerse. Lo que hay que hacer.

Bajó por la pasarela y se acercó hasta mí. Había una expresión aterrorizada en su rostro.

¿Y qué es lo que hay que hacer?

Silencio.

¿Por qué, Lyko? La atrocidad cometida en Tracian... ¿Cómo has podido permitirlo? ¿Cómo has podido formar parte de ello?

Yo.. ¡yo no lo sabía! No sabía lo que iban a hacer.

¿Quién?

Apretó el cañón de su poderosa arma con fuerza contra mi mejilla.

—Se acabó —me dijo, hablando por primera vez.

—Si vas a matarme, hazlo de una vez. Me sorprende que no lo hayas hecho ya.

—Antes tengo que saber algo. ¿Quién lo sabe? ¿Quién más sabe lo que tú sabes?

—¿Sobre ti y tus tratos con demonios? ¿Sobre el robo que has efectuado de un psíquico de nivel alfa-plus? ¿Qué fuiste responsable en parte de la muerte de millones de personas en Tracian? ¡Ja! *Todo el mundo*. Contesté a la respuesta psíquicamente para darle mayor énfasis. *Todo el mundo. Informé a Rorken y a Orsini en persona antes de partir para perseguirte*.

—¡No! Habrían enviado a más gente, no sólo a ti...

—Lo han hecho.

—¡Mientes! Estás sólo...

Estás condenado.

Asaltó mi mente con la suya, completamente frenético en su ansia por arrancarme la verdad. Creo que se había dado cuenta del alcance de su implicación, de lo mucho que se había condenado.

Bloqueé su feroz asalto mental y contraataqué, introduciendo un atisbo de rabia psíquica en su cerebelo. Allí estaba. Podía sentirlo. Su verdadero jefe. El rostro, el nombre...

Se dio cuenta de lo que yo estaba intentando, se dio cuenta de que lo había superado en el campo psíquico. Intentó dispararme con su pistola de plasma, pero para entonces yo ya había bloqueado su sistema nervioso y había anulado todas sus funciones autónomas. Investigué a fondo su mente. Él estaba inmóvil, impotente, incapaz de impedirme que registrara todos sus recuerdos, a pesar de los bloqueos implantados y de las cerraduras de engramas que había colocado allí. O que otro había hecho.

Allí. Allí. La respuesta.

Murmuró algo, un grito de agonía que se elevó poco a poco con una entonación muy extraña.

Lyko trastabilló y se alejó de mí.

Cherubael estaba flotando por encima de nosotros, cerca del techo de la cámara factoría, brillando con una luz enfermiza procedente de la disformidad.

Lyko se elevaba hacia él, tosiendo, retorciéndose, pero con sus extremidades completamente lacias. De su boca y de su nariz surgían leves vaharadas de humo.

—Venga, Gregor —me dijo Cherubael—. Buen intento, pero algunas cosas deben permanecer en secreto.

Arrojó a un lado a Lyko con un gesto de su cabeza. El inquisidor renegado cayó en la parte frontal de la línea de trabajo de la factoría, rebotó con fuerza en el mamparo interior del casco y cayó sobre las cuchillas segadoras situadas en la abertura delantera de la cosechadora.

Su cuerpo quedó completamente desintegrado.

Cherubael bajó flotando y agarró la silueta inerte y medio comatosa de Esarhaddon como un niño tomaría en sus manos un muñeco.

—No olvidaré lo que has hecho —me dijo el demonio mientras miraba atrás por última vez—. Tendrás que compensármelo.

Y luego desapareció, y Esarhaddon lo hizo con él.

Doce

En Cadia, a tercia
Los megalitos
Una charla con IMeve

Un cortante viento otoñal venía de los páramos, y las hojas de los árboles-eje remolineaban en al aire antes de llegar al suelo a medida que empezaban a caerse. Pasaban flotando a mi lado como ristras de algas negras secas, y se amontonaban en pilas que se descomponían lentamente por el lado donde soplaba el viento, en los costados de las lápidas y las paredes de piedra.

Encima de mí, el cielo encapotado estaba cubierto de nubes oscuras que pasaban a gran velocidad.

Seguí el viejo sendero, cubierto de hierbajos, que subía por la ladera boscosa, bajo los siseantes árboles-eje, y me quedé allí parado por unos instantes, mirando el amplio cementerio y la torre de la pequeña capilla que lo vigilaba. No se veía ningún signo de vida, y aparte del viento, tampoco se discernía ningún movimiento. Incluso el vehículo aéreo que me había llevado hasta allí desde las pistas de aterrizaje de Kasr Tyrok ya se había marchado. Casi echaba de menos las protestas del piloto porque el sitio estuviera tan alejado de la ciudad.

Mucho más lejos, casi fuera de la vista, más allá de los páramos, vi el más cercano de los famosos y misteriosos megalitos, una silueta angulosa. Incluso desde aquella distancia pude distinguir las extrañas notas musicales producidas por el viento al pasar por las formas geométricas de los megalitos, formas que miles de años de investigaciones humanas no habían logrado descifrar.

Aquélla fue la primera ocasión que estuve en el planeta que la gente llamaba el Bastión del Imperio. Hasta el momento, no me había atraído en absoluto.

—Vaya, Espina... No estás demasiado atento, ¿eh?

Me di la vuelta con lentitud. Se había colocado a mi espalda, con tanto silencio como el vacío espacial.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Qué tienes que decir esta vez?

—Considero que me has hecho sentir suficientemente humilde —le respondí.

Se quedó impasible por un momento, y luego la cicatriz que tenía bajo su ojo de color blanco lechoso se estremeció cuando sonrió.

—Bienvenido a Cadia, Eisenhorn —me dijo Fischig a modo de saludo.

Aparte de Aemos, Godwyn Fischig era mi compañero más antiguo, aunque Bequin y él se disputaban a menudo aquel título. Los había conocido a ambos en Hubris, durante mi persecución del servidor del Caos llamado Eyclone, que finalmente condujo a todo el puñetero asunto del Necroteuco.

Lo cierto es que al primero que había conocido era Fischig. En aquel entonces era un depurador de los arbites al que le habían ordenado vigilarme. Se convirtió en mi aliado debido a las circunstancias. Bequin se cruzó en mi vida, si no me falla la memoria, un día más tarde, pero la puse a mi servicio de un modo casi instantáneo, mientras que Fischig había seguido siendo, al menos técnicamente, un agente del arbites durante bastante tiempo antes de dimitir y entrar en mi equipo.

Así que ése era el motivo por el Bequin reclamaba el título, y la razón por la que discutían cuando se hacía tarde alguna que otra noche y la botella de amasec se había quedado sin tapón.

Era un hombre de gran tamaño, más o menos de mi edad, y su pelo rubio cortado a cepillo se estaba poniendo de color plateado. Pero se mantenía tan robusto como siempre, e iba vestido con un abrigo de piel negro, una chaqueta de cota de malla y unas botas con puntera de acero.

Me estrechó la mano.

—Empezaba a pensar que no lograrías llegar.

—Yo también empezaba a pensarlo. Inclinó levemente la cabeza hacia un lado.

—¿Problemas?

—Como no te puedes imaginar. Demos un paseo y te lo contaré.

Bajamos juntos por el sendero cubierto de árboles. Había oído las noticias sobre la matanza de Tracian, que para aquel entonces ya había

ocurrido unos siete meses atrás, pero no tenía ni idea de que yo me había visto envuelto en todo aquello.

Cuando le conté todos los detalles, sobre todo lo que le ocurrió a Ravenor, su rostro se ensombreció.

Fischig había admirado a Gideon desde el principio... Bueno, lo cierto es que era muy difícil no admirar a Gideon, y a veces me daba la impresión que Gideon era el hombre que a Fischig le hubiera gustado ser.

La gran virtud de Fischig es que se conocía bien a sí mismo. Sabía cuáles eran sus limitaciones. Sus puntos fuertes eran la lealtad, el poderío físico, unas excelentes habilidades de combate, una buena capacidad de observación y una perspicacia especial para los detalles. No era rápido de ingenio, y su aborrecimiento hacia todo lo que implicara estudiar un libro significaba que incluso el rango de interrogador estaba más allá de lo posible para él. Aunque le hubiera encantado ascender en el escalafón de la Inquisición, nunca lo intentó, y se contentó con ser uno de los componentes fundamentales de mi equipo.

Él sabía que intentarlo supondría un fracaso, y Godwyn Fischig odiaba el fracaso.

Cruzamos el estrecho sendero funeral y entramos en el camposanto tras atravesar la poterna de un muro bajo. Le conté todo sobre Lyko, sobre Esarhaddon. Le hablé sobre las advertencias que había recibido de Endor y de Lord Rorken. Le conté el sangriento follón de Eechan, y lo poco que habíamos sacado en claro. También le hablé de Cherubael.

—Hubiera venido en cuanto recibí tu mensaje, pero Rorken prácticamente me lo prohibió. Y luego, como ya te has enterado, todo se salió de madre.

Se limitó a asentir.

—No te preocupes. Ya sabes que soy un hombre paciente.

Nos quedamos un momento de pie en mitad de la enorme extensión de tumbas. Numerosos sacerdotes, envueltos en sus túnicas negras pero temblorosos de frío, recorrían las hileras de lápidas desgastadas, deteniéndose delante de cada una de ellas.

—¿Qué están haciendo?

—Leen los nombres —me contestó Fischig.

—¿Para qué?

—Para ver si se pueden leer.

—Vale... ¿Por qué?

—Como te puedes imaginar, un mundo militar como éste produce muchísimos muertos. Hace mucho tiempo, el gobierno planetario publicó un edicto en el que se ordenaba que sólo ciertos trozos de tierra pudieran utilizarse como lugar de enterramiento. Así que el espacio de los cementerios debe aprovecharse al máximo. De ahí la Ley de la Descifrabilidad.

—¿Y qué es?

—La ley específica que cuando la erosión causada por el tiempo y los elementos hayan dejado ilegibles los últimos nombres de las lápidas de un cementerio, los muertos anónimos pueden ser exhumados, los huesos enterrados en un hoyo o el camposanto pueden ser reutilizados.

—¿Así que se ocupan de un cementerio durante años hasta que los nombres ya no se pueden leer?

Fischig se encogió de hombros.

—Es su costumbre. Una vez que los nombres han desaparecido, también lo hace su recuerdo, lo mismo que cualquier necesidad de honrarlos. El tiempo se le acaba a este lugar. Me han dicho que sólo le quedan un año o dos.

Aquello me pareció muy triste. Cadia era un mundo guerrero, que hacía guardia en una de las rutas navegables que llevaba al infame Ojo del Terror. La región, conocida como la Puerta de Cadia, es la ruta de invasión preferida del Caos, y Cadia se considera la primera línea de defensa del Imperio. De ese planeta han surgido tropas de elite desde que fue colonizado por primera vez, y miles de millones de sus hijos e hijas han muerto con valor para defender nuestra cultura.

Han muerto con valor... y luego los han dejado desvanecerse lentamente en los desolados cementerios de su mundo natal.

Era algo lúgubre, pero que probablemente concordaba a la perfección con la estoica mente marcial de los cadianos.

Fischig abrió la pesada puerta de madera de la torre de la capilla y nos metimos para escapar del viento.

La torre tenía sólo una estancia, y formaba un tubo cilindrico de piedra, con unas ventanas aspilleras en lo alto, cerca del techo. Alrededor del altar central había un círculo de bancos de madera sin desbastar. Encima del altar se encontraba un enorme candelabro de hierro en forma de águila de cabeza doble, y que colgaba de una cadena sujeta al techo de madera.

La única iluminación en aquel umbrío día otoñal era el resplandor de las velas votivas colocadas entre las plumas metálicas de las alas desplegadas del águila. Había una luz escasa y dorada, que le daba al lugar un ambiente ascético y de gracia numinosa.

Y un olor mohoso a hojas de árbol-eje podridas.

Nos sentamos juntos en un banco, y ambos honramos el altar por un momento haciendo el signo del águila: las manos abiertas y juntas sobre el corazón.

—Es extraño —dijo Fischig tras una pausa y con un suspiro—. Me enviaste hace un año en otra búsqueda de pistas sobre ese engendro demoníaco de Cherubael, y justo cuando encuentro rastros de su presencia, te encuentras de nuevo con él, al otro lado del puñetero sector.

—Extraño no es la palabra que yo utilizaría.

—Pero esa coincidencia... Porque es una coincidencia, ¿no es verdad?

—No lo sé. Eso parece. Pero... ese ser... Cherubael... Me desconcierta tanto.

—Es natural, viejo amigo.

Negué con la cabeza.

—No por su poder. No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—El modo en que me habla. El modo en que me está utilizando.

—¡Astucia demoníaca!

—Quizá. Pero sabe tantas cosas. Sabe... ¡ah, diantre! Habla como si nuestros destinos estuvieran irremediablemente entrelazados. Como si él me importara y viceversa.

—A ti te importa.

—Lo sé, lo sé. Como mi objetivo. Mi presa. Mi némesis. Pero él me habla como si fuera algo más que eso. Como si pudiera ver el futuro, o pudiera leerlo, o incluso hubiera estado allí. Me habla como si... como si supiera lo que voy a hacer.

Fischig frunció el ceño.

—¿Y... qué crees que quiere decir eso?

Me levanté y me acerqué al altar.

—¡No tengo ni idea! ¡No puedo imaginarme nada que haya hecho que pueda ayudar o haber agradado a un demonio! ¡Ni siquiera puedo imaginarme a mí mismo tan loco como para eso!

—Confía en mí, Eisenhorn. Si alguna vez yo hubiera pensado que lo estabas, te habría descerrajado un tiro en persona.

Lo miré de soslayo.

—Por favor, hazlo.

Me detuve y levanté la vista a las titilantes llamas de las velas, y me fijé en las múltiples sombras y en las sombras que yo provocaba, y que se solapaban en el suelo de piedra. Como las miles de posibilidades existentes en el futuro. Intenté no mirar las sombras más oscuras y profundas.

—Ese cabrón nacido de la disformidad está jugando contigo —me dijo Fischig—. Eso es todo. Son juegos para despistarte y mantenerte alejado.

—Si es así, ¿por qué siempre me salva la vida?

Regresamos al cortante viento de los páramos. El gemido del megalito me parecía más agudo.

—¿Quién ha venido contigo? —me pregunto Fischig.

—Aemos, Bequin, Nayl, Husmaan... y un chaval al que no conoces, Inshabel. Hemos venido directamente desde Eechan.

—¿Un viaje largo?

—Casi seis meses. Llegamos hasta Mordia en un mercante libre llamado La Mejor Águila, y luego recorrimos el resto del trayecto como invitados del Adeptus Mechanicus. La barcaza súper-pesada Mons Olympus, nada menos, que transportaba titanes sin estrenar a las guarniciones de la Puerta de Cadia.

—Todo un honor.

—La insignia de inquisidor tiene sus ventajas. Pero te advierto que los tecnosacerdotes de Marte son una compañía tremendamente aburrida para un viaje de dos meses. Me habría vuelto loco si no hubiese sido por los torneos de regicida de Bequin.

—¿Juega mejor Nayl?

—No. Creo que ya me debe... ¿Qué era? Hmmm. Ah, sí: su primogénito y su alma.

Fischig lanzó una carcajada.

—Bueno, no fue tan malo. Conocí a un tipo, un princeps veterano de una Legión del Adeptus Titánicus. Un individuo mayor, de varios siglos de edad. A punto de jubilarse, si esa gente se retira alguna vez. Estaba supervisando el transporte de las nuevas máquinas de guerra. Se llama

Hekate. Nos fuimos a beber unas cuantas noches. Recuérdame que te cuente algunas de sus batallas.

—Lo haré. Vamos...

Había aparcado su *land speeder* al otro extremo del sendero, bajo los árboles-eje. Apartamos las hojas que habían empezado a cubrirlo y montamos.

—Déjame enseñarte primero lo que he descubierto y después nos vemos todos en un lugar seguro para charlar.

—¿Cómo de seguro?

—El más seguro de todos.

Sobrevolamos los páramos, bajo el cortante viento, pegados al terreno. La luz iba apagándose. Toda la lúgubre gloria de Cadia estaba desplegada a nuestros pies. Era la tierra salvaje, implacable y azotada por el viento, que había dado lugar a uno de los tipos de guerreros más capacitados del todo el Imperio. Allí se encontraban los dispersos islotes del Mar Caducades, donde los abandonaban desnudos como bebés en el ritual del Mes de la Creación. Allí estaban las colinas fortificadas donde los ejércitos de las Juventudes de Cadia invernaban, se endurecían y libraban guerras simuladas con los fuertes vecinos. Allí era donde estaban los lagos helados, los peñascos y los bosques de árboles-eje donde aprendían las artes del camuflaje.

Allí estaban las amplias llanuras escabrosas donde realizaban sus prácticas de fuego con tiro real.

Tienen un refrán: «Si la munición es de fogueo, no es un entrenamiento cadiano». Justo desde el mismo momento en que les entregan su primera arma láser, que suele ser en la época que les empiezan a enseñar a leer, la casta de jóvenes guerreros de Cadia utilizan munición real. La mayoría pueden disparar, y matar, y realizar la mayor parte ejercicios de campo de la infantería antes de llegar a los diez años estándar.

No es de extrañar que las tropas de choque de Cadia se encuentren entre las mejores de todo el Imperio.

Pero no habíamos ido allí para quedarnos mirando el agreste crisol que formab a a los habitantes de Cadia.

Habíamos ido a mirar los megalitos.

—Cherubael ha estado aquí —me dijo Fischig mientras manejaba la palanca de mando y vigilaba la velocidad del viento—. Por lo que sé, unas

nueve veces en los últimos cuarenta años.

—¿Estás seguro?

—Para eso me pagas. Tu demonio, y quienquiera que sea su jefe, se siente fascinado por Cadia.

—¿Por qué la Inquisición no se ha fijado en eso?

—Vamos, Gregor. La galaxia es muy grande. Aemos me dijo una vez que la cantidad de datos generada por el Imperio freiría los metriculadores y los codificadores de Terra en un milisegundo si los metíamos todos de forma simultánea. Es cuestión de establecer conexiones. De filtrar los datos. La Inquisición, y tú con ella, habéis estado buscando señales de Cherubael. Pero algunas cosas no sobresalen. Yo tuve suerte.

—¿Cómo?

—Hacía mi trabajo. Encontré a un viejo amigo mío, Isak Actte, de los días en que era arbites. Bueno, de hecho, fue mi jefe en aquella época. Ascendió, terminó en Hydraphur como Arbites General y luego lo destinaron a este planeta como superintendente a cargo de la Guardia Interior de Cadia. Contacté con él hace varios años, y hace poco recibí un mensaje que vine a comprobar.

—Me tienes intrigado.

Bajamos un poco más hacia una península y nuestro *land speeder* dejó una sombra de aristas agudas en el resplandeciente lago helado que sobrevolábamos.

—Actte me dijo que los arbites habían desmantelado una célula de herejes, aquí en Cadia, hace unos diez años. Se llamaban a sí mismos los Hijos de Bael. Un montón de idiotas, en todos los sentidos. Inofensivos. Pero cuando los interrogaron, admitieron que eran adoradores de un demonio al que llamaban Bael o el Bael. El inquisidor general local pasó un tiempo con ellos y luego los hizo quemar a todos.

—¿Cómo se llama ese inquisidor?

—Gorfal, pero murió hace tres años. La persona que ocupa el cargo ahora es una mujer. La Inquisidora General Neve. De cualquier manera, esa secta ha resurgido unas cuantas veces desde entonces. Nada que un buen equipo de agentes antidisturbios no pudiera controlar. Como ya te he dicho, lo cierto es que los Hijos de Bael eran bastante inofensivos. Sólo estaban interesados en una cosa.

—¿Y qué era?

—Medir las dimensiones de los megalitos.

El megalito había ido aumentando de tamaño en nuestro parabrisas a medida que nos acercábamos, y Fischig giró a su alrededor ciñéndose a la piedra, casi besándola.

El gemido del viento era tan fuerte que pude oírlo incluso por encima del rugido de las turbinas de nuestro vehículo.

El megalito era enorme: medio kilómetro de altura con una base de un cuarto de kilómetro. La cara superior de la suave piedra negra estaba trabajada con un arte delicado que había dejado una serie de agujeros y otros orificios redondeados que no superaban el tamaño de la cabeza de un hombre. A través de aquellos estrechos tubos de doscientos cincuenta metros de largo el viento aullaba y gemía.

Y los tubos no iban en línea recta. Atravesaban la piedra retorciéndose, como si fuesen túneles excavados por gusanos. Los tecnomagos habían intentado hacer pasar diminutos servidores de exploración a través de ellos para cartografiar los túneles, pero los servidores generalmente no regresaban.

Pude ver mientras ascendíamos para virar y efectuar otra pasada la silueta del megalito más cercano, al otro lado del páramo, a unos sesenta kilómetros de nosotros. Cinco mil ochocientos diez megalitos salpican la superficie de Cadia, eso sin contar los otros dos mil que permanecen semiderruidos o enterrados.

Todos eran de formas diferentes. Todos y cada uno de ellos tiene una altura de medio kilómetro y está enterrado un cuarto de kilómetro en el suelo. Son anteriores a la llegada del hombre a ese sistema estelar, y su técnica de construcción sigue siendo desconocida. Son totalmente inertes según cualquier auspexo medidor conocido por nuestra raza, pero muchos creen que su presencia es el motivo de la tranquilidad de los tremendos torrentes de disformidad que convierte a Cadia en la única ruta calmada y navegable para llegar al Ocularis Terribilis.

—¿Intentaban medir esta cosa?

—Ah, ah —me respondió Fischig por encima del ruido mientras virábamos de nuevo—. Ésta y bastantes otras. Tenían auspex, geolocalizadores e incluso plomos magnéticos. Descubrir sus dimensiones exactas... y quiero decir exactas... era todo el objetivo de los Hijos de Bael.

—¿Tienen alguna conexión con Cherubael? Quiero decir, aparte de lo de Bael.

—Los registros de los interrogatorios que he leído muestran que el nombre completo de su dios era Cherub de Bael, que se les apareció y les exigió que midieran los megalitos a cambio de grandes riquezas y poderes.

—Y el inquisidor general... ese tal Gorfal, ¿eliminó todo eso?

—Sí, pero no creo que fuera deliberado. Sólo fue algo torpe.

—Quiero hablar con el inquisidor general actual... Me dijiste que se llama Neve, ¿no?

—Sí, pensé que querrías hacerlo.

Aprovechamos lo que quedaba de la luz del día para volar hacia el oeste, hacia Kasr Derth, la fortificación de mayor tamaño de la región y la sede del gobierno provincial de la región de Caducades. Fischig encendió el reflector de vox del vehículo y comunicó los códigos de acceso de aquel día a las torretas centinelas cuando pasamos por las defensas exteriores. Aun así, las baterías antiaéreas de la clase *Manticora* e *Hydra* giraron y nos apuntaron mientras entrábamos.

El reflector de vox chasqueó de forma inquietante cuando detectó las múltiples dianas de sus aparatos de puntería.

—No te preocupes —me dijo Fischig al ver la cara que había puesto —. Estamos a salvo. Creo que los soldados de Cadia aprovechan y disfrutan de cualquier oportunidad que tienen para practicar.

Sobrevolamos un convoy que marchaba con lentitud. Eran grandes transportes blindados de doce ruedas que iban escoltados por bípodes *Sentinel*, y que estaban recorriendo la carretera que llevaba hasta la cadena de terraplenes. Detrás de ésta, y de otras dos líneas de defensa iguales, se encontraban las fortificaciones grises y resistentes de Kasr Derth, amenazantes incluso a la hora del crepúsculo.

Había reflectores montados en torres de aspecto esquelético, construidas a su vez en el borde de los terraplenes. Vimos más torretas artilladas y pequeños fortines que sobresalían del anillo terrestre de defensa como si fueran nudillos. El reflector de vox volvió a chasquear con pequeñas notas agudas.

Fischig redujo la velocidad y descendió, y nos condujo hacia la barbacana oriental, toda una pequeña fortaleza, de la que sobresalían numerosas bocas de cañones *Estremecedor*. Un águila tallada en bajorrelieve decoraba la superficie superior de la estructura cubierta de sillares.

Pasamos a través de la puerta de la barbacana, por encima de la báscula hidráulica encargada de hacerla subir y bajar, situada en el foso interior, y nos adentramos en las estrechas y serpenteantes calles del lugar, construidas así a propósito.

Los primeros kasrs de Cadia se habían construido al estilo de Terra, con amplias calles ordenadas según un sistema de parrilla. A principios de M32, una invasión del Caos se apoderó con extrema rapidez de tres de ellas. Las anchas y ordenadas avenidas demostraron ser imposibles de defender o de mantener.

Desde entonces, los kasrs han sido construidos con diseños geométricos complicados, con las calles retorciéndose arriba y abajo como los dientes de una llave. Vista desde el aire, Kasr Derth parecía un rompecabezas angular e intrincado. Dada la valía de los soldados de Cadia y sus habilidades en el combate urbano, un kasr podía defenderse, calle por calle, metro a metro, durante meses, si no años.

Avanzamos lentamente por las laberínticas y abarrotadas calles mientras las farolas enrejadas empezaban a encenderse y las tiendas comenzaban a cerrar. Estaba a punto de comentarle a Fischig que aquello era prácticamente idéntico a un campamento militar cuando me di cuenta de que incluso el estilo de vestir de los civiles recordaba la ropa de camuflaje. Pronto pude distinguir a los habitantes de los visitantes. Los ropajes de colores blancos y grises rasgados o los uniformes de color verde y marrón del camuflaje de los páramos indicaban quiénes eran recién llegados o soldados de permiso. La población de Kasr Derth iba vestida con ropas de camuflaje urbano de color marrón y gris.

Pasamos al lado de los hórreos levantados del Granero Imperial, y los distritos de los ricos y acaudalados. Incluso las casas tenían blindaje en sus tejados.

A la izquierda se encontraba el aleatorium, y hacia allí se dirigían grupos de personas para apostar sus salarios. A la derecha, el senaculum de Kasr Derth, con su reluciente pirámide cubierta de placas de ceramita. Por delante de nosotros, el edificio de la Inquisición. El reflector de vox repiqueteó de nuevo cuando las armas de las murallas de aproximación nos siguieron sin dejar de apuntarnos.

Fischig posó el vehículo en el pavimentado de la spicae testicae situada en el patio interior del edificio, donde los focos montados bajo el nivel del suelo formaban con sus luces una equis. Los guardias

inquisitoriales con sus armaduras de color borgoña, adornadas con hilos de oro, se acercaron a nosotros en cuanto abrimos la carlinga del vehículo y nos bajamos.

Le mostré mi insignia al que estaba más cerca de nosotros. Entrechocó los tacones y me saludó.

—Señor.

—Deseo ver a la Inquisidora General.

—Informaré a su personal —me respondió obedientemente, y se alejó presuroso alzando su tahalí para que la espada de energía no lo hiciera tropezar y caerse.

—No te caerá bien —me dijo Fischig en cuanto dio la vuelta al vehículo y se colocó a mi lado.

—¿Por qué?

—Ah, tú fíate de mí. No te gustará.

—Es bastante tarde. Había acabado los asuntos del día —me dijo la inquisidora general Neve mientras colocaba con algo de rabia la holopluma en la célula de energía engastada en bronce de su mesa.

—Le pido disculpas, señora.

—No se moleste. No voy a cerrarle la puerta en las narices al famoso inquisidor Eisenhorn. Estamos bastante lejos del subsector helicano, pero su fama lo precede.

—Espero que sea la buena.

La inquisidora general se levantó de su mesa de escritorio y alisó la parte delantera de su túnica de color verde. Era una mujer bajita y rechoncha, a punto de cumplir los cien años más o menos, si no me equivocaba. Su cabello de color entrecano estaba recogido en un moño. Tenía la típica piel clara y los clásicos ojos de color violeta de los nativos de Cadia.

—Sí —dijo de forma abrupta.

Estábamos en su sanctum, una sala octogonal con un suelo embaldosado de colores blanco y negro con paredes de etercita decoradas con motivos de hojas acuáticas. Estaba iluminada con velas engastadas en juncos, y las llamas resaltaban las hojas de loto talladas.

La inquisidora general Neve cojeó al rodear la mesa para encararse a nosotros, apoyada en un bastón de plata repujada.

—Supongo que querrá revisar los archivos referentes a Bael, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado? —le pregunté.

Apoyó el peso de su cuerpo en su pierna buena y señaló a Fischig con la punta de goma del bastón.

—Lo conozco. Ha estado aquí antes. Supongo que es uno de los suyos, inquisidor.

—Sí, es uno de mis mejores hombres.

Alzó sus escasas cejas depiladas.

—Ja. Eso dice mucho de usted. Vamos al archivum.

Una escalera en caracol en penumbra nos llevó hasta el archivum del sótano. Los peldaños en espiral le pusieron difícil la bajada, pero ella se negó a aceptar mi oferta de ayuda con un gesto de disgusto.

—No pretendía ofenderla, inquisidora general —le dije.

—Los de su clase nunca lo pretenden —me contestó con un tono de voz desabrido.

Presentí que aquél no era el momento para preguntarle a qué clase de los nuestros se refería.

El archivum era una larga estancia de paneles de madera iluminada sólo por las lámparas de una fila de mesas que la recorría por el centro.

—¡Boya de luz! —gruñó Neve, y un cráneo servidor descendió desde el techo y se quedó flotando sobre su hombro, donde encendió sus rayos oculares halógenos.

—Bael, Hijos de. Encontrar —le dijo, y el artefacto se alejó, girando y alzándose, recorriendo las hileras del catálogo con sus lanzas gemelas de luz.

Se detuvo, ocho secciones más allá y comenzó a zumbar alrededor de una estantería repleta de placas de archivo, tubos llenos de documentos y polvorientos libros de papel.

Fischig y yo la seguimos mientras ella se acercaba cojeando al artefacto.

—Hijos de... Hijos de... Hijos de Teuth, Hijos de Macarius, hijos de puta. —Se giró para mirarme—. Eso se considera humor aquí, Eisenhorn.

—Estoy seguro de que así es, señora.

Sus dedos regresaron a la estantería y siguieron recorriendo los lomos de las placas de archivo en pos de las luces del cráneoservidor.

—Hijos de Barabus... Hijos de Balkar... ¡Aquí está! Hijos de Bael.

Sacó una carpeta de archivos de la estantería, le quitó de un soplido el polvo, me lo echó en la cara, y me lo entregó.

—Póngalo donde lo ha encontrado cuando acabe —me dijo, y se dio la vuelta para marcharse.

—Por favor, espere un momento —le dije yo.

Dos fuertes golpes secos la hicieron darse la vuelta para encararse de nuevo conmigo.

—¿Qué?

—Su predecesor... uummm...

—Gorfal —me dijo Fischig con un susurro.

—Gorfal. Quemó a los miembros de este culto sin investigar más a fondo. ¿No ha revisado jamás el caso?

Me sonrió. No fue una visión muy reconfortante.

—Sabe, Eisenhorn... Siempre imaginé que los inquisidores como usted llevaban vidas interesantes y llenas de aventura. Todo muy emocionante, toda esa fama y heroísmo y notoriedad... Y pensar que yo solía soñar con ser como uno de ustedes. No tiene ni idea, ¿verdad?

—Con todo mi respeto, inquisidora general... idea, ¿de qué?

Señaló a la carpeta de archivos que yo tenía en la mano.

—Toda la estupidez. Todas las tonterías. Las nimiedades. ¿Los Hijos de Bael? ¿Por qué demonios debería revisar el caso? Es un caso muerto, muerto y sin importancia. Un montón de idiotas a quienes pillaron en el megalito de los páramos del oeste en mitad de la noche jugando con geolocalizadores. ¡O o o o ohhh! ¡Me da tanto miedo! ¡Fijaos, nos están midiendo! ¿Tiene idea de lo que supone mi cargo?

—Inquisidora general, yo...

—¿De veras? ¡Esto es Cadia, majaron! ¡Cadia! ¡Justo a la entrada del Caos! ¡Justo en el centro de todo! ¡El rezumar del mal es tan intenso que tengo que eliminar a un centenar de cultos activos cada mes! ¡Un centenar! El lugar es un criadero de herejes lo mismo que una charca es un criadero de enfermedades. Duermo tres o cuatro horas cada noche si tengo suerte. Mi vox suena y tengo que levantarme y marcharme a aplastar otro nido de víboras que los arbites han descubierto. ¡Tengo tiroteos en las calles, Eisenhorn! ¡Batallas campales contra los soldados de a pie del archienemigo! Apenas puedo mantenerme al día con los castigos que impongo, así que mejor olvidar el repaso a los casos que mi estúpido predecesor archivó. ¡Esto es Cadia! ¡Ésta es la Puerta del Ojo! ¡Aquí es

donde se realiza el verdadero trabajo de la puñetera Inquisición! No me distraiga con cuentos sobre alguna asociación de ingenieros a los que se les ha ido la cabeza.

—Le pido disculpas.

—Concedidas. Ya conocen la salida.

Se alejó cojeando.

—¿Neve?

Se dio la vuelta. Dejé caer la carpeta sobre la mesa de lectura.

—Puede que hayan sido unos imbéciles —le dije—, pero son la única conexión sólida que tengo respecto a un demonio que nos podría destruir a todos.

—¿Un demonio? —me preguntó.

—Exacto. Y a la bestia que lo controla. Una bestia que, si no me equivoco... es uno de los nuestros.

Se acercó de nuevo cojeando hasta la mesa.

—Convénzame —me dijo.

Trece

Reunión
Campanas de guerra
Comienza la larga y lenta tarea

No sé si llegué a convencer a la inquisidora general. No sé si pude. Pero me escuchó con atención y se quedó otras dos horas ayudándome a encontrar los archivos de los casos relacionados y otros materiales semejantes. Era un poco más tarde de las nueve cuando la llamaron por unos disturbios que estaban ocurriendo en una comunidad isleña de las Caducades. Antes de irse, me ofreció alojamiento a mí y a mi personal en el propio edificio de la Inquisición, pero yo rechacé educadamente la invitación, pero me dejo bien claro que tenía permiso para continuar mi investigación en Kasr Derth, siempre que la mantuviera informada.

—He oído relatos sobre sus... aventuras, Eisenhorn. No quiero que pase nada semejante en mi casa. ¿Nos entendemos?

—Sí.

—Entonces, buenas noches. Y buena caza.

Fischig y yo nos quedamos a solas en el archivum.

—Te equivocaste —le dije.

—¿En qué?

—Me cae bien.

—¡Ja! ¿Esa perra de pésimos modales?

—Lo cierto es que me cae bien *porque* tiene unos pésimos modales.

Siempre me gusta conocer a otros inquisidores que se toman su trabajo con seriedad y profesionalidad, incluso cuando sus métodos difieren de los míos. Neve era una puritana hasta la médula, y carecía de la virtud de la paciencia. Era hosca hasta el punto de ser maleducada. Estaba sobrecargada de trabajo. Pero llamaba a las cosas por su nombre cuando las veía, despreciaba el trabajo descuidado y se tomaba las amenazas a nuestra sociedad y a nuestro estilo de vida con total seriedad.

En mi opinión, un inquisidor no puede comportarse de otra manera.

Trabajamos hasta la medianoche, estudiando y revisando el contenido de cientos de archivos de casos.

Para entonces, nuestro cúter artillado había llegado procedente de Kasr Tyrok, en respuesta a mi llamada. Fischig encontró a uno de los rubricadores de Neve y le encargó que efectuara copias de los archivos más prometedores para cuando regresáramos por la mañana. Luego nos marchamos en nuestro speeder y regresamos zigzagueando a través de las tortuosas calles de la fortificación interior hasta llegar a la ciudad propiamente dicha.

Las estrellas inundaban el cielo, y hacía fresco. Las polillas nocturnas revoloteaban alrededor de las luces de aterrizaje de nuestro cúter.

En el cielo nocturno se podía ver una mancha de color malva, un poco por encima del horizonte oriental. La nebulosa del Ojo del Terror. A pesar de la gran distancia a la que se encontraba, y que la convertía en una simple mancha borrosa sobre el cielo, me hizo estremecer. Si el águila de dos cabezas simboliza todo lo que es bueno y noble en el Imperio de la Humanidad, aquella mancha siniestra simboliza todo lo abominable de nuestro eterno enemigo.

Unas carcajadas y unas voces amistosas recibieron a Fischig cuando subió a bordo. Aemos le estrechó repetidamente la mano y Bequin le plantó un beso en la mejilla que le hizo ruborizarse. Intercambió unas cuantas pullas amistosas con Nayl y con Medea, y le preguntó a Husmaan si tenía hambre.

—¿Por qué? —preguntó el cazador-explorador abriendo los ojos de par en par previendo lo que le iba a decir.

—Porque es hora de comer —le respondió Fischig—. Betancore, levanta este pájaro.

Ibamos al lugar seguro del que me había hablado.

No había estado a bordo del mercante rápido Essene desde hacía unos cinco años. Era una típica nave comercial de la clase *Isolde*, y tenía el aspecto de una catedral espacial, de tres kilómetros de largo. Allí, anclada en un muelle bajo de la atmósfera de Cadia, mantenía el mismo aspecto majestuoso que la primera vez que la vi, casi un centenar de años antes, en órbita sobre Hubris.

Medea se dirigió hacia la escotilla de carga de la enorme nave.

—¿Un comerciante libre? —me preguntó Inshabel con cautela mientras miraba por encima de mi hombro a la nave a la que nos acercábamos.

—Un viejo amigo —lo tranquilicé.

El capitán de nave Tobias Maxilla era, supongo, mi aliado más inconcebible. Se ganaba la vida transportando bienes de lujo, de forma oficial y también extraoficial, a lo largo de las rutas espaciales del subsector helicano. A cualquiera que preguntaba, él le insistía que era un mercader.

Pero también tenía el gusto de un pirata por la aventura, un deseo de sentir lo mismo que en los apacibles días de los primeros viajes espaciales. Había contratado su nave durante el asunto del Necroteuco, más que nada para proporcionar transporte a mi equipo, pero él se involucró en la investigación, cada vez con más ganas, y se había mantenido en contacto con nosotros. Cada pocos años, a lo largo de los últimos casi cien, lo había contratado de nuevo para que nos llevara a mí o a alguien de mi personal, o había contactado conmigo para preguntarme si sus servicios iban a ser necesarios. Sólo porque estaba aburrido. Sólo porque «estaba por las cercanías».

Maxilla era un hombre erudito y educado, con un ingenio sutil y un gusto por las cosas más exquisitas de la vida. También era un anfitrión encantador y un buen compañero, y me caía estupendamente. No era formalmente un miembro de mi equipo, pero era, después de todos aquellos años y todas aquellas aventuras compartidas, una parte vital del mismo.

El año anterior, cuando decidimos que Fischig se embarcaría para seguir las pistas en Cadia, le pedí a Maxilla que le proporcionara transporte mientras lo necesitara. Aceptó de inmediato, y no por la generosa paga que le ofrecí. A él, todo aquello le sonó a una aventura de verdad. Además, le ofrecía al viejo *Essene* la oportunidad de un largo viaje en condiciones, más allá de su ruta normal en el subsector helicano.

Un viaje genuino. Una odisea. Para eso vivía Tobias Maxilla.

Nos estaba esperando en el compartimento de carga para saludarnos antes incluso de que los ventiladores de extracción acabaran de absorber el humo de los reactores del cúter. Se había vestido de gala para la ocasión, a su manera: un gran chaquetón de terciopelo azul con largas mangas que sobresalían y un cuello doblado sobre sí mismo, con una gorguera

sobresaliendo por encima del jubón de seda y unos grandes zapatos de cuero con hebillas doradas, y un estrambótico sombrero con plumas colocado sobre su peluca empolvada. Tenía la cara teñida de blanco y con un lunar falso de color esmeralda. Su colonia olía más fuerte que el humo de los reactores.

—Mi querido, mi queridísimo Gregor —gritó mientras avanzaba y me tomaba la mano que yo le ofrecía con las suyas—. Es toda una alegría tenerte de nuevo a bordo de mi humilde nave.

—Tobías. Es un placer, como siempre.

—¡Y mi querida Alizebeth! ¡Con un aspecto más juvenil y fragranté que nunca! —La tomó de la mano y la besó en la mejilla.

—Ten cuidado, vas a estropearte... el maquillaje.

—¡El erudito Aemos! ¡Bienvenido, sabio!

Aemos se limitó a sonreír mientras Tobias le estrechaba la mano. No creo que jamás supiera qué pensar de Maxilla.

—Señor Nayl.

—Maxilla.

—¡Medea! ¡Deslumbrante! ¡Increíblemente deslumbrante!

—Tú desde luego lo estás. —le dijo Medea en tono alegre mientras permitía que le besara su mano cubierta de circuitos.

—Maxilla, sabías que veníamos. Podrías haberte arreglado un poco —le dijo Fischig.

Se estrecharon la mano entre un coro de carcajadas. Me di cuenta de que la relación entre ambos había cambiado. Llevaban juntos un año en aquella misión. Fischig jamás había encajado bien con Maxilla: sus vidas y sus trasfondos personales eran muy diferentes. Pero estaba claro que el año que habían pasado el uno en compañía del otro había logrado que su relación por fin se convirtiera en una auténtica amistad.

Aquello también me agradó. El equipo de trabajo de un inquisidor funciona mejor cuando trabajan como un grupo unido.

Maxilla se volvió hacia Husmaan e Inshabel.

—A ustedes dos no los conozco, pero lo haré, ya que para eso están las cenas. Bienvenidos al *Essene*.

Los servidores dorados de Maxilla, cada uno de ellos una escultura y una obra de arte, nos habían preparado la cena en la gran sala. Paté de cangrejo zefir, recién llevado aquella misma mañana de las Caducades, flores de ontol con salsa especiada servidas en su propia cáscara, filetes de

jabalí cadiano a la hungresa, pastel relleno de queso con nata y jarabe intiano. El sumiller sirvió un rosado de Samata, un clarete de cuerpo denso cadiano, un dulce Tokay de las tierras bajas de Hydrapur y por último, un fuerte aguardiente de Mordia.

Nuestros ánimos estaban en alza, y la cena sorpresa nos proporcionó tiempo para alejarnos del trabajo que nos esperaba y disponer de algo de tranquilidad. Ninguno de nosotros habló del caso, o las exigencias a las que probablemente nos iba a someter. Darle un descanso a la mente a menudo la aclara.

Iba a necesitar mucha claridad de pensamiento.

Regresamos a Kasr Derth en el cúter a la mañana siguiente. El amanecer de color acerado que asomaba por encima del amplio grupo de islas de las Caducades se vio cortado por el borde ascendente del brillante sol rojo. Vimos cómo los picos y las aristas rocosas de los páramos quedaron pintadas de un tono rosado mientras cruzábamos la escarpada tierra firme.

A pesar de que habíamos transmitido correctamente los permisos de entrada, nos pidieron la identificación seis veces en la media hora que duró el descenso. Incluso en un momento dado, un par de cazas *Marauder* volaron a nuestro lado, cada uno por un costado, mientras comprobaban la veracidad de nuestra respuesta.

La seguridad militar domina el estilo de vida de Cadia. Todo transporte civil, es decir, cada vehículo aéreo o nave espacial que no es militar es puesto bajo una estrecha vigilancia, sobre todo aquellos que se han comportado de un modo sospechoso o se han desviado de las rutas de tránsito autorizadas. Aemos me contó que una pinaza que transportaba al Diácono de Arnush, de visita en Cadia para un seminario de promulgación, fue derribada sobre el Mar de Kansk seis meses antes tan sólo porque no había logrado transmitir los códigos de entrada correctos. Aquello hizo que me preguntara cómo era posible que nuestro desconocido enemigo hubiera logrado hacer entrar y salir a sus seguidores de Cadia.

A menos, por supuesto, que tuviera una identidad y un rango que superaran con facilidad las comprobaciones de seguridad de rutina.

Nos desviaron hasta sesenta kilómetros de Kasr Derth porque se estaba librando una batalla. La luz del amanecer se vio contestada por el resplandor y las brillantes estelas de un ataque en masa con cohetes.

Ocho regimientos de las Tropas de Choque de Cadia, que en pocos días iban a ser transportados para acantonarse en uno de los mundos fortaleza interior de la Puerta de Cadia, estaban realizando unos ejercicios de tiro real.

Nos posamos por fin en la zona de aterrizaje del edificio de la Inquisición una hora más tarde de lo previsto. Las campanas de guerra de todas las torres del kasr repicaban para indicar que el rugido de los combates en las llanuras y páramos cercanos no eran más que unas prácticas de tiro.

Nos dividimos el trabajo. Fischig se llevó a Aemos al archivum del edificio de la Inquisición para estudiar los documentos que había ordenado copiar la noche anterior y así ampliar el campo de la investigación. Bequin, escoltada por Husmaan, se marchó a revisar los archivos de la Eclesiarquía en el apostolacum. Inshabel y Nayl visitaron el catálogo de registros del Administratum.

Yo me fui con Medea al Ministerio de Defensa Interior.

No existe un cuerpo de arbites en Cadia. El mundo se halla gobernado por una estricta ley marcial permanente, y como resultado de ello, todas las funciones civiles de policía son llevadas a cabo por la Guardia Interior, una subsección de la propia Guardia Imperial de Cadia. En Kasr Derth, la capital administrativa de la región, su cuartel general se encuentra en el Ministerio de Defensa Interior, una torre fortificada que forma parte de la fortaleza del gobernador militar, justo en el centro de Kasr Derth.

Los miembros de la Guardia Interior se escogen al azar a lo largo de todo el planeta. Uno de cada diez soldados reclutados para las fuerzas de Cadia es transferido a la Guardia Interior en cuanto termina el entrenamiento básico y preparatorio, sean cuales sean sus capacidades y sus logros. Como resultado, algunos de los soldados más eficaces procedentes de ese planeta de guerreros sirven en su propio mundo natal, y Cadia se enorgullece de disponer de una de las defensas planetarias más eficaces y capacitadas de todos los mundos imperiales.

Nos llevaron hasta el coronel Ibbet, un hombre delgado pero robusto de unos cuarenta años, pero que tenía todo el aspecto de ser capaz de dirigir un ataque contra el propio Ojo del Terror. Fue amable, pero desconfiado.

—No disponemos de archivos sobre inmigración ilegal o sospechosa.

—¿Y cómo es eso, coronel?

—Porque no ocurre. El sistema no permite que ocurra.

—Seguro que se producen desafortunadas excepciones.

Ibbet, que llevaba puesto un uniforme de camuflaje de color blanco y gris, y planchado con tanto almidón que te podrías haber cortado los dedos con los bordes de sus mangas, cruzó las manos a su espalda.

—De acuerdo —dije para cambiar de tema—. ¿Qué ocurre si alguien quiere entrar en el planeta de forma anónima? ¿Cómo podría lograrlo?

—No podría —me contestó. No estaba dispuesto a ceder ni un milímetro—. Todas las identidades y los motivos de las visitas se anotan y archivan, y nos encargamos inmediatamente de cualquier infracción.

—Entonces empezaré con los archivos donde se anotan esas infracciones.

Ibbet se resignó y nos condujo a la sala de codificación. Nos asignó un administrativo militar que nos llevó hasta los registros. Nos dedicamos a revisar y estudiar todo aquello durante tres horas, y poco a poco nos fuimos aburriendo con la interminable lista de abordajes orbitales, intercepciones aéreas y ataques terrestres. Me di cuenta de que una revisión exhaustiva de todos aquellos archivos iba a durar varias semanas.

Así que eso es lo que hicimos. Pasamos diez semanas y media repasando los archivos y catálogos de Kasr Derth. Trabajamos por turnos y vivimos en nuestros camarotes del cúter. Volvíamos cada pocos días al Essene para descansar un poco y reflexionar.

Estábamos en lo más crudo del invierno cuando acabamos.

Catorce

El Invierno trae una oportunidad
El maldito tiene nombre
El megalito de Kasr Gesh

Invierno en Cadia. Habíamos visto relucientes témpanos de hielo en las aguas de color metálico de las Caduades aquella mañana, y una ligera nevada había caído sobre los páramos. En esa época del año, el siniestro resplandor del Ojo del Terror es visible incluso durante las escasas horas diurnas. El impío brillo malva de las noches se convertía en borrón de color violeta bajo la fría luz solar, como si fuera una mancha de tinta desvaída sobre una hoja en blanco.

Eso nos hacía sentir que nos vigilaban durante todo el rato. El Ojo, inyectado en sangre, furioso, que nos observaba a todos.

Lo peor de todo eran los vientos de los páramos, fríos y cortantes como una bayoneta de Cadia, y que llegaban soplando desde latitudes árticas. Los lagos ya estaban todos congelados, y unas nieblas letales invadían las tierras altas y los brezales. En el kasr, los habitantes locales parecían sufrir un miedo feroz a los radiadores o a los aislantes en las ventanas.

Unas galernas heladas soplaban por los pasillos del edificio de la Inquisición y el del Administratum. El agua se congelaba en las cañerías.

A pesar de todo, las campanas de guerra repicaban cada pocos días, y los páramos resonaban con el estruendo de las maniobras de invierno. Empecé a pensar que los soldados de Cadia sólo se disparaban los unos a los otros para entrar en calor.

Diez semanas y media más tarde, que cada vez fueron más frías, después de que comenzáramos nuestra búsqueda sistemática en los archivos del kasr, seguía realizando mi habitual paseo matinal desde el edificio de la Inquisición hasta el cuartel general de la Guardia Interior. Llevaba un grueso abrigo de piel para protegerme del frío, y unas botas con clavos de acero en las suelas para poder agarrarme a las superficies

heladas de los caminos. Me sentía desesperado. La búsqueda nos había dejado pálidos e irritables. Habíamos pasado demasiadas horas en habitaciones oscuras sin conseguir resultados apreciables.

Habíamos descubierto numerosas pistas alentadoras. Conexiones y huellas de los Hijos de Bael, tráfico estelar sin autorización, archivos sospechosamente breves.

Todo había acabado en nada. Por lo que habíamos descubierto, no existía ningún superviviente de los Hijos de Bael, ni ningún familiar o conocido con vida. No se había registrado ningún culto relacionado con los megalitos, ni siquiera investigaciones xenoarqueológicas. Había entrevistado a profesores especialistas en la universitaria, y a ciertos tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus que según los archivos poseían conocimientos expertos sobre los megalitos.

Nada.

Había viajado con Nayl, Inshabel o Fischig por toda la región, y llegamos incluso a zonas tan alejadas como Kasr Tyroko Kasr Bellan. Un trabajador de una fábrica de municiones, que fue identificado como un miembro del culto a Bael, resultó que sólo tenía el mismo nombre, y que se había producido un error en los archivos. Un viaje de diez horas desperdiciado.

Aemos realizó un modelo de codificador mediante el cual confrontamos las anomalías en los registros con las fechas de las actividades del culto.

No parecía existir ninguna correlación.

Subí los peldaños de la escalera de entrada al Ministerio de Defensa Interior, y me sometí a la comprobación de identidad de la poterna de guardia. Debería haberse tratado de una mera formalidad. Había estado llegando sobre esa hora todos los días desde hacía ya setenta y cinco. Incluso conocía de vista a algunos de los guardias.

Pero aun así, siempre era como la primera vez. No sólo me sellaban los papeles, sino que además los leían de forma minuciosa y los inspeccionaban con un auspex antifalsificaciones. Mi insignia era comprobada y etiquetada. El oficial al mando enviaba todos los detalles relativos a mi persona por comunicador al edificio principal para obtener la autorización de paso.

—¿No le aburre todo esto? —le pregunté a uno de los encargados del control mientras esperaba y volvía a meter mis papeles en el bolsillo.

—¿Si me aburre el qué, señor? —me preguntó.

No había visto a Ibbet desde la primera semana. Me habían hecho pasar de un supervisor a otro. Uno me informó de que se debía a cambios de turno, pero yo sabía que era debido a que a ninguno de ellos les gustaba tratar con un inquisidor. Sobre todo, con uno tan persistente.

Aquella mañana le tocó al mayor Revll escoltarme desde la entrada. Revll, un hombre joven de aspecto ceñudo. Un desconocido para mí.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —me preguntó con sequedad.

Suspiré.

Los libros de archivo abiertos y las placas de datos estaban apilados en el mismo lugar donde los había dejado la noche anterior. Revll ya estaba llamando a un oficinista para que se los llevara antes de que pudiera explicarle que había sido yo quien había armado aquel lío de papeles.

Me miró dubitativamente.

—Entonces, ¿ha estado aquí con anterioridad?

Suspiré de nuevo.

Sólo disponía de dos horas. Tenía que encontrarme con Inshabel y con Bequin a las once para viajar hasta un pueblo de una de las islas Caducades a fin de investigar un rumor sobre un hombre que sabía algo sobre contrabando. Estaba seguro de que se trataba de otra pérdida de tiempo.

Comencé por el libro de registro diario del tráfico aéreo. Pasé lista a las transferencias orbitales de un día de verano de dos años antes. A mitad de la placa había una entrada que indicaba una transferencia por transporte aéreo desde una nave en órbita hasta un campo de aterrizaje cerca de Kasr Gesh. Aquello estaba cerca de uno de los megalitos frecuentados por los Hijos de Bael. Aun más interesante era el hecho de que tenía fecha de tres días antes del último incidente relativo al culto en aquel megalito.

Encendí el motor de datos y requerí más información sobre la entrada. Me la negaron inmediatamente. Utilicé una clave de decriptación de un nivel más elevado, y el aparato me mostró un informe con el nombre de la nave y la fuente de la autoridad. Comencé a ponerme nervioso por la ansiedad y seguí leyendo. Incluso el motivo de la visita era información restringida.

Tecleé mi clave de decriptación de nivel más elevado. La terminal parpadeó y chasqueó mientras me mostraba archivos y autorizaciones.

El nombre apareció por fin. Mi ansiedad aumentó y desapareció.

Neve. La misteriosa entrada se refería a una misión clasificada llevada a cabo por la inquisidora general. De vuelta a la casilla número uno.

La isla estaba congelada y desolada. Sólo una pequeña comunidad pesquera habitaba en el extremo de la bahía occidental. Inshabel hizo descender el aparato gravitatorio hasta el pantalán pavimentado con cantos rodados donde las redes extendidas se habían quedado rígidas por el hielo.

—¿Cuánto tiempo más, Gregor? —me preguntó Bequin mientras se cubría el cuello con una bufanda.

—¿Cuánto tiempo más, para qué?

—Para que abandones y nos marchemos. Estoy muy harta de este mundo condenado por el destino.

Me encogí de hombros.

—Otra semana. Hasta la Festividad de las Velas. Si para entonces no hemos descubierto nada, te prometo que le diremos adiós a Cadia.

Los tres subimos trabajosamente por el sendero helado que llevaba hasta una mísera taberna que colgaba sobre un acantilado. Unos peces ancla, tan altos como un hombre, colgaban de las paredes exteriores después de haber sido salados y dejados allí para que se secaran bajo el aire invernal.

El propietario no quiso saber nada de nosotros, pero su camarero nos trajo unas bebidas y nos condujo hasta un pequeño salón trasero. Admitió que había sido él quien había enviado el mensaje sobre el contrabandista. El contrabandista nos recibiría allí mismo.

Entramos en el salón trasero. Vimos a un hombre sentado al lado de un gran fuego, calentándose los dedos cubiertos de joyas en sus llamas. Pude percibir el olor a colonia.

—Buenos días, Gregor —me saludó Tobias Maxilla.

A pesar del griterío procedente del salón, el camarero nos trajo tortillas de finas hierbas y humeantes cuencos repletos de caldo de zarfin, además de una botella de vino fortificante.

—¿Vas a explicarnos de qué va esto? —le preguntó Inshabel.

—Por supuesto, querido Nathun, por supuesto —le contestó Tobias sirviendo una generosa medida de vino en cada vaso—. Ten paciencia.

—¡Ahora mismo, Tobias! —le grité.

—Ah —exclamó al ver mi mirada. Se recostó en su silla—. Confieso que me he desanimado en estas últimas semanas. Habéis estado tan ocupados, y yo sólo me he dedicado a esperar a bordo del Essene... Bueno, el caso es que me habéis dicho unas cuantas veces que la respuesta que buscáis depende de un elemento clave. Depende de que logréis establecer un modo de burlar esta seguridad obsesiva de las fuerzas de este planeta. De forma anónima. Y me dije: «Tobias, eso es exactamente lo que tú haces, aunque a Gregor no le guste pensar sobre ello. El contrabando, Tobias, es tu especialidad». Así que decidí que debía intentar meterme a mí mismo de contrabando. ¿Y sabéis qué?

Se reclinó de nuevo en su asiento con un aspecto asquerosamente satisfecho de sí mismo.

—¿Te metiste de contrabando a ti mismo para demostrar que podía hacerse? —le preguntó Bequin lentamente.

Maxilla asintió.

—Mi transporte está escondido en uno de los bosquecillos que hay detrás del pueblo. Es sorprendente cuántas bocas tapadas y cuántos ojos cerrados puedes comprar por estos lugares con una buena bolsa de dinero.

—No sé qué decirte.

Abrió las manos con un gesto teatral.

—Hace semanas, tú me dijiste que la Guardia Interior no reconocía ninguna clase de inmigración ilegal o sospechosa. Pues bien, hoy me encuentro aquí, literalmente, para demostrar que eso es falso. Debo admitir que Cadia es un hueso duro de roer. Uno de los más difíciles a los que me haya enfrentado a lo largo de mi extensa y traviesa carrera. Pero como puedes ver, no es imposible.

Me bebí la copa de vino de un solo trago.

—Debería cortar toda relación contigo por esto, Tobias, y lo sabes.

—¡Oh, vamos Gregor! ¿Porque he demostrado que la Guardia Interior de Cadia son un montón de idiotas?

—¡Porque has incumplido la ley!

—¡Ah, ah, ah! No lo he hecho. Puede que no la respetara, pero no la he incumplido. Mi presencia aquí es completamente legal, tanto según la ley local como la ley imperial.

—¿Qué?

—Vamos, viejo amigo. ¿Por qué crees que mi transporte no voló en pedazos esta mañana a manos de uno de esos ansiosos pilotos de gatillo

fácil? Por cierto, era una pregunta retórica. Respuesta... porque en cuanto se me acercaron los cazas interceptores, les comuniqué la acreditación de seguridad adecuada, y eso los dejó contentos.

—¡Pero esos códigos diarios son alto secreto! ¡Las comprobaciones se llevan a cabo a un triple nivel! Sólo se les entregan a aquellos que poseen las credenciales de nivel adecuado. ¿Qué clase de autoridad tenías tú para conseguirlos?

—Vaya, Gregor... pues la tuya, por supuesto.

Lo había tenido todo el rato delante de mis narices, y había sido necesario el engreimiento de Maxilla, en su peor muestra de chulería, para que lo pudiera ver. La razón por la que la Guardia Interior no posee ninguna clase de registro sobre inmigración ilegal o sospechosa se debía a que no existía nada de esa naturaleza que archivar. Aquellos que intentaban infiltrarse a través de la estrecha vigilancia de la seguridad de Cadia y fallaban, morían. Los vigilantes jamás se fijaban en los que lograban hacerlo.

Porque utilizaban códigos de seguridad de alto nivel, disfrazados de visitante oficial a quien no se debía detener.

Gente como yo. Gente como Neve.

—Nunca hice ese viaje —me dijo Neve sin dejar de mirar la placa de datos que yo le estaba mostrando—. Ni éste.

—Por supuesto que no. Pero alguien tomó prestado su código de autoridad. Lo utilizó para lograr acceso trans-orbital. Así es como lograban entrar. Mire aquí, su código otra vez, y aquí también. Y antes de todo eso, los códigos de acceso de su antecesor, Gonfal. Así desde hace cuarenta años. Todos y cada uno de los momentos en que los Hijos de Bael entraron en actividad... además de otros cultos... se corresponden con transferencias de espacio a superficie permitidas por ser vuelos de la Inquisición.

—¡Que el Emperador me proteja! —exclamó Neve mientras levantaba la vista.

Dejó la placa de datos en la mesa y llamó con voz ronca a uno de los servidores para que llevara más luces a su sanctum octogonal.

—Pero mi código de autoridad está protegido. ¿Cómo pudo ser robado? Eisenhorn, alguien utilizó el suyo para demostrar esto. ¿Cómo fue robado?

Me quedé callado por un momento.

—No lo fue. Uno de mis agentes lo tomó prestado para demostrar lo que pensaba.

—¿Por qué no me sorprende? ¡Oh, no importa! Eisenhorn, existe una gran diferencia entre usted y yo. Puede que tenga agentes libres en su grupo que actúan a sus espaldas de un modo heterodoxo y propio. Yo no. Mi código no podría haber sido utilizado a la ligera.

—Acepto su punto de vista, pero lo cierto es que lo ha sido.

—¿Quién tiene acceso a su código?

—¡Nadie! ¡Nadie de rango inferior!

—¿Y de rango superior?

—¿Cómo?

—Ya he dicho que ese individuo podría ser uno de los nuestros. Un inquisidor de rango elevado, incluso un gran maestre. Desde luego, es un veterano astuto con las agallas suficientes como para tirar de los hilos adecuados.

—Par a eso sería necesario una orden de mando directa al más alto nivel.

—Exacto. Vamos a buscarlas.

Al final, ése fue el error de mi adversario. Todos los sangrientos combates por los que habíamos pasado no sirvieron de nada comparados con aquella prosaica pista que dejaba al descubierto su identidad. Para robar el código de autoridad de Neve, mi adversario se había visto obligado a utilizar el poder de su propia identidad para entrar en los archivos.

Por supuesto, el registro archivado de la operación estaba encriptado. Neve y yo, sentados el uno al lado del otro delante del codificador del anexo de su sanctum, lo descubrimos rápidamente. Mi oponente nunca pensó que alguien echaría un vistazo jamás.

Aun así, estaba encriptado.

La criptología del archivo estaba más allá de Neve y de mí. Sin embargo, juntos, combinando nuestros rangos, podíamos solicitar, vía astrópata, el permiso de la Inquisición para utilizar sus claves de descifrado más poderosas.

Tardaron cinco horas en aprobar nuestra petición conjunta.

Un escriba del Oficio Astropathicus llegó justo después de la medianoche con la placa del mensaje. Los vientos de lo más crudo del

invierno hacían estremecer los muros del sanctum.

Estaba a solas con Neve. Pensamos que no era correcto tener más compañía en un momento como aquél. Se trataba de un asunto de la mayor importancia. Habíamos estado hablando de varios temas para pasar el tiempo, aunque los dos nos encontrábamos nerviosos y tensos. Neve escanció los vasos de glayva cadiano y aquello sirvió para disminuir el frío que sentíamos.

Su ayudante de cámara anunció al escriba. Éste entró inclinado en una reverencia mientras su chasis potenciador chirriaba bajo su túnica. Le entregó a Neve el mensaje que sostenía en los mecadendritos que hacían la función de mano. Ella lo tomó y le indicó que se retirara.

Me puse en pie y dejé el vaso de alcohol, que apenas había probado, sobre la mesa.

Neve cojeó hacia mí, apoyada en su bastón de plata, y levantó la mano que sostenía la placa.

—¿Vamos allá? —me preguntó.

Entramos en el anexo y colocamos la placa en el viejo codificador. La pantalla verde se llenó de runas cambiantes. Abrió el archivo que andábamos buscando y cargó la clave que nos habían enviado.

Sólo tardó un par de momentos.

Luego, la identidad del veterano que había utilizado su poder para manipular el código de Neve quedó al descubierto en la pequeña pantalla verde. Por fin, mi adversario maldito tenía un nombre.

Me sorprendió incluso a mí.

—Gloria del Emperador —dijo la Inquisidora General Neve con un susurro—. Quixos.

Aemos estaba discutiendo con el sabio jefe de Neve, Cutch.

—Quixos está muerto desde hace mucho tiempo, ¡mucho tiempo! —insistía Cutch—. Es evidente que se trata de un caso en el que alguien está utilizando su autoridad...

—Quixos todavía aparece como un inquisidor con vida en los anales de nuestra ordo.

—¡Un descuido! Jamás se ha encontrado su cuerpo. No hay pruebas de su muerte...

—Precisamente por eso...

—¡Aun así! No se ha tenido señal alguna de Quixos desde hace más de cien años.

—Ninguna que hayamos visto —le dije yo.

—Eisenhorn está en lo cierto —dijo Neve a su vez—. Todo el mundo supuso durante setenta años que el inquisidor Utlen había muerto, y luego reapareció de la noche a la mañana para derrocar a los tiranos de Esquestor II.

—Es muy inquietante —murmuró Aemos.

Quixos. Quixos el Grande. Quixos el Brillante. Uno de los inquisidores más respetados que jamás recorriera el Imperio. Sus primeros textos habían sido lectura obligatoria para todos nosotros. Era una leyenda. Había expulsado a los demonios de Artum a la temprana edad de veintiún años. Luego había purgado todo el subsector endoriano de sus falsos dioses caprinos. Había traducido el *Libro de Eibon*. Había purgado el odioso subculto a Nurgle que había mancillado uno de los palacios de la propia Terra. Había perseguido y matado al Marine del Caos Baneglos. Había silenciado a los Susurradores de Domactoni. Había crucificado al Rey Brujo de Sarpeth sobre las murallas de su ciudad arrasada.

Pero siempre había existido una cierta aura alrededor de Quixos. Un indicio de que estaba demasiado cerca del mismo mal que perseguía. Desde luego, era un radical. Algunos de los miembros de su ordo decían que iba demasiado por libre. Otros decían, aunque en voz baja, cosas mucho peores.

Para mí, era un gran hombre que quizás había ido demasiado lejos. Yo simplemente honraba su recuerdo y sus grandes logros.

Porque, por lo que a mí se refería, llevaba mucho tiempo muerto.

—¿Podría estar vivo todavía? —preguntó Neve.

—Señora, es imposible que... —comenzó a decir Cutch.

—No sé por qué lo ha puesto a su servicio —comenté mientras señalaba con desgana al sabio cadiano—. Sus consejos no son buenos.

—¡Pero bueno! —bufó Cutch.

—Cállate y vete —le ordenó Neve.

Ella se acercó hasta mí y me retiró el vaso vacío.

—Muy bien. ¿Cuál es su opinión? —me indicó Neve.

—¿Quiere mi opinión? ¿La de un aventurero como yo? ¿Está segura, inquisidora general?

Me puso en la mano un vaso lleno de glayva con tanta fuerza que se derramó un poco.

—¡Déme su puñetera opinión!

Tomé un sorbo del vaso. Aemos me miraba nervioso desde su silla cerca de la puerta.

—Quixos podría estar vivo sin ningún problema. Ahora tendría unos... ¿Cuántos años tendría, Aemos?

—Trescientos cuarenta y dos, señor.

—Eso. Bueno, tampoco es tanto, ¿verdad?, si tenemos en cuenta los potenciadores, las drogas rejuvenecedoras...o la brujería.

—¡Maldición! —exclamó Neve.

—Era un individuo extraordinariamente dotado, tal y como muestra su carrera. También tenía fama, aunque no se demostró nada jamás, de que se pasaba demasiado al lado radical. Estaba... implicado con la disformidad. De eso sí que estamos seguros. El hecho de que no hayamos oído nada sobre él esos últimos cien años no significa que no siga en activo.

—¿Y esa actividad? —dijo Neve mientras golpeaba dos veces el suelo de baldosas con su bastón de plata—. ¿Qué? ¿Qué?

—¿Utilizar demonios? ¿Pervertir inquisidores? ¿Intentar obtener textos abominables como ese tal Necroteuco? ¿Provocar la atroz matanza de Tracian?

—Quizá. ¿Por qué no?

—¡Porque eso lo convertiría en un monstruo! ¡La antítesis exacta de todo lo que es nuestra orden!

—Bueno, sí que lo sería. Ya ha ocurrido con anterioridad. Un individuo poderoso que se acerca tanto al mal que ha jurado combatir que se ve atraído por ese mismo mal. El inquisidor Ruberu, por ejemplo.

—¡Sí, sí, vale! Conozco el caso de Ruberu...

—¿El Gran Maestre Derkon?

—De acuerdo. Reconozco que...

—¿El cardenal Palfro de Mimiga? ¿San Bonifacio, también llamado la Muerte de las Mil Lágrimas? —recitó Aemos.

—¡Por el amor del Emperador!

—¿El Alto Señor Vandire? —sugerí a mi vez.

—De acuerdo, de acuerdo...

—¿Horus? —se atrevió a decir Aemos con un susurro. Se produjo un largo silencio.

—El Gran Quixos —murmuró Neve mientras se volvía lentamente para mirarme a la cara—. ¿Deberá su nombre ser añadido a la lista impía?

¿Será uno de nuestros mejores otro condenado de ese modo?

—Si así debe ser... —le contesté.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—Lo encontramos. Descubrimos si los siglos que han pasado lo han transformado en el ser que nos tememos que es. Y si es así, que el Emperador me perdone, lo declaramos Hereticus y Extremis Diabolus, y lo destruimos por los crímenes que ha cometido.

Neve se dejó caer en la silla y se quedó mirando a su vaso. Alguien llamó a la puerta del sanctum, y fue Aemos quien abrió la puerta.

Era Fischig.

—Señor... señora —dijo saludando también a Neve.

—¿Qué ocurre, Fischig?

—Después de los descubrimientos que hemos efectuado hoy, hemos estado vigilando el tráfico intra-orbital. Hace dos horas, un vehículo aterrizó en el planeta, en Kasr Gesh. Atravesó el espacio aéreo de Cadia utilizando el código de autoridad de la inquisidora general.

Gesh era el lugar donde se había detectado actividad del culto a Bael por última vez.

Recogí mi abrigo.

—Con su permiso, inquisidora general...

Neve se puso en pie y me miró con dureza.

—No, con *su* permiso, inquisidor Eisenhorn, me gustaría ir con ustedes.

Kasr Gesh estaba a tres horas de vuelo de Kasr Derth. Un fuerte viento invernal soplaba procedente de las tierras altas, y nuestro cúter artillado retemblaba al hacer frente a la poderosa tormenta de hielo.

Todo mi grupo se encontraba a bordo, preparando sus respectivas armas. Lo mismo hacían la inquisidora general Neve y el destacamento de seis hombres de las Tropas de Choque de Elite de Cadia. Eran soldados de rostro impasible con uniforme blanco de camuflaje invernal, que revisaban sus rifles láser y sus armas de proyectiles, todo ello de color blanco.

—Por el Trono, son unos cabrones duros de pelar —me murmuró Nayl cuando pasé a su lado al salir del compartimento.

—¿Estás impresionado?

v

—Más bien atemorizado. El soldado regular de Cadia ya es bastante para mí. Estos tipos son la elite. La elite de la elite. Los Kasrkin.

—¿Los qué?

No era habitual que un combatiente tan experimentado como Nayl mostrara tanto respeto por otros soldados.

—Los Kasrkin. Los mejores entre los cadianos, y ya te puedes imaginar lo que eso significa. ¡Santa Tierra, son matadores de piedras!

—¿Cómo lo sabes?

—Oh, vamos... Mira sus cuellos. La marca del águila marina de las Caducades. Ya puestos, sólo mírales al cuello. ¡He visto árboles más delgados!

—Entonces es buena cosa que estén en nuestro bando —le dije.

—Joder, eso espero —me respondió Nayl, y entró en el compartimento.

El vehículo se bamboleó de nuevo. Seguí avanzando agarrándome a los asideros y me acerqué a Neve.

Iba vestida con una armadura de malla de Cadia, y se estaba ajustando la capucha invernal. Me fijé en que había cambiado su bastón de plata por una muleta gravitatoria que llevaba incorporado un lanzagranadas cilindrico compacto.

Me sentí algo desnudo equipado sólo con mi abrigo de piel y con mi armadura corporal ceñida.

—¿Su vestimenta habitual? —le pregunté.

—Las ropas de trabajo necesarias. Debería venir conmigo alguna vez de caza de culto en las islas de noche.

—Mi personal está... preocupado. Esos hombres, ¿acaso son Karskin?

—Sí.

—Su reputación los precede.

—También lo hizo la suya.

—Es cierto. Pero de todas maneras...

Neve se volvió para encararse con la hilera de tropas de élite.

—¡Capitán Echbar! —gritó, elevando la voz por encima de del rugido del viento y de los motores.

—¡Señora inquisidora general! —respondió el último soldado de la fila.

—El inquisidor Eisenhorn quiere asegurarse de que son lo mejor de lo mejor, y que tendrán mucho cuidado en proteger su espalda y la de sus camaradas.

Seis caras cubiertas por gafas para la nieve se volvieron para mirarme.

—Hemos programado las señales biológicas de usted y sus compañeros en nuestros auspexes de puntería —me dijo Echbar—. No podríamos dispararles aunque quisiéramos.

—Asegúrense de no hacerlo. Mi personal y yo entraremos los primeros. Puede que en esta situación no sea necesario disparar. Si llega a serlo, la orden de mando por vía comunicador o vía psíquica será Espina de Rosa. El canal de comunicación es gamma-nueve-ocho. ¿Están preparados para invocaciones psíquicas?

—Estamos preparados para cualquier cosa —me respondió Echbar.

Nuestro cúter dejó de estremecerse.

—Hemos salido de la tormenta —me indicó Medea por el comunicador.

Instantes después, el comunicador chasqueó de nuevo.

—Veo las luces de aproximación. La pista de aterrizaje de Kasr Gesh está ahí, a las dos.

El megalito se alzaba a unos tres kilómetros de las defensas exteriores de Kasr Gesh. La noche estaba despejada y la atmósfera era cristalina, con el cielo tachonado de estrellas. El Ojo del Terror parpadeaba levemente en lo más alto del cielo. Parecía brillar más que nunca.

Yo sabía que, allá en lo alto, los destacamentos de la Guardia Interior de Cadia andaban a la caza de la nave estelar oculta desde donde habían partido los visitantes de Kasr Gesh. Neve había impartido sus órdenes antes de que saliéramos de su sanctum, y les había prohibido de forma tajante que actuaran antes de que nosotros hubiéramos entrado en acción en el suelo.

No queríamos que nuestros visitantes se enteraran de nuestra llegada.

Mi equipo avanzó por el páramo helado cubierto de brezo. El megalito no era más que una ausencia de estrellas negra y oblonga. Podía oír el gemido que provocaba en el viento.

Desenfundé mi arma principal: un bólter de asalto que había pintado de verde en recuerdo de mi apreciada arma que había perdido en algún lugar de Eechan. Ojalá el bibliotecario Brynoth pudiera perdonarme. El bólter de asalto era un poco más grande y desde luego más potente que la pistola bólter, pero no estaba tan bien montada.

Llevaba en la cadera una falcata de Cadia, una especie de sable curvo de doble filo que reemplazaba a mi querida espada de energía. Sólo era una pieza de acero, pero les había pedido a los jerarcas del Ministorum de Kasr Derth que efectuaran unas cuantas modificaciones.

Aun así, lo cierto es que me sentía bastante vulnerable mientras ascendía aquella pequeña loma.

Nayl iba a mi izquierda, empuñando un cañón de combate. Husmaan se encontraba a mi derecha, armado con su fiable rifle láser largo. A su derecha estaba Inshabel, que llevaba un puñado de pistolas láser de fabricación antigua que habían pertenecido al inquisidor Roban. Fischig, que había escogido armarse con una vieja escopeta antidisturbios propia de los arbites, se encontraba en el extremo izquierdo de la línea.

Bequin, que empuñaba una pistola automática de cañón largo en su mano enguantada, se encontraba justo a mi lado.

A nuestras espaldas, Neve y sus Kasrkin acechaban, a la espera de nuestra señal.

Aemos estaba a bordo de nuestro cúter artillado con Medea, en vuelo estacionario sobre el lugar con las luces apagadas. Ellos, más que Neve y su grupo de élite, eran los que me mantenían tranquilo.

—¿Qué veis? —pregunté por el comunicador.

—Nada —contestaron Husmaan y Nayl.

—Tengo un ángulo de visión respecto al megalito —dijo Inshabel—. Veo luces.

—Confirmado —dijo Fischig, situado más a la izquierda—. Allí hay gente. Cuento ocho, no, diez. Doce. Lámparas portátiles. Tienen artefactos.

—¿Artefactos?

—En las manos. Auspexes.

—Están midiendo otra vez —dijo Neve con un susurro por el comunicador.

—Estoy seguro —le respondí. Luego utilicé el Glossia—. Espina ve carne, bestias enfurecidas a mano. Aegis a brazos, crisol. Todos los puntos cubiertos. Sendero toras cuchilla, diseño ébano.

Mi bólter de asalto dejó escapar un fuerte chasquido cuando lo amartillé.

Los hombres con túnica que estaban trabajando bajo la luz de las lámparas al pie del megalito se quedaron inmóviles al principio, y luego se volvieron con lentitud para mirarme.

Bajé lentamente la pequeña cuesta atravesando los arbustos rígidos por el hielo, empuñando mi arma de tal modo que podía apuntar y matar a cualquiera de ellos con un leve movimiento lateral.

Bequin me seguía a unos pocos pasos, con la pistola apuntando al suelo pero preparada para alzarla y disparar en cualquier momento.

Sabía que estábamos cubiertos por Husmaan, Inshabel, Nayl y Fischig.

—¿Quién es el jefe? —pregunté mientras ladeaba mi arma de un extremo al otro.

—Yo —contestó una de las figuras encapuchadas.

—Avanza e identifícate —le indiqué.

—¿Ante quién?

Alcé bien en alto mi insignia de la Inquisición con mi mano izquierda.

—Ante la Inquisición Imperial.

Algunas de las figuras envueltas en túnicas lanzaron un gemido de desesperación.

Su jefe no lo hizo. Dio un paso adelante, y de repente sentí un olor frío y de regusto metálico, uno que no me era desconocido.

Un aviso que llegó demasiado tarde.

El jefe se bajó la capucha con lentitud. Su cabeza angular y de rasgos crueles no tenía ni un solo pelo, y su piel irradiaba una luz fría de color azul. De su frente surgían unos cuernos afilados con las puntas de acero. Sus ojos eran dos rendijas blancas.

¡Era un demonio!

—¿Cherubael? —dije con voz atontada y de imbécil.

—Tu estúpido aliado no se encuentra aquí, Eisenhorn —me respondió aquel ser, y dejó al descubierto sus dientes, que también desprendían luz.

»Me llamo Prophaniti.

Quince

Espina de rosa
Para lo que han nacido los cadianos
Lo último que me esperaba

Había dos maneras de encarar aquella situación. La primera consistía en que yo continuara hablando, y siguiera hablando todavía cuando el demonio me matara y arrojara mi humeante cuerpo a la pila de cuerpos de mis compañeros. La segunda era que yo dijera «Espina de rosa» y confiara en la valía de mis camaradas y en la eterna gracia del sagrado Dios-Emperador.

Dije «Espina de rosa».

El ser, Prophaniti, comenzó a avanzar hacia mí. Le disparé con mi bólter de asalto, y me quedé mirando horrorizado cómo atrapaba los proyectiles al rojo vivo en el aire con sus manos, lo mismo que un hombre atraparía con indolencia unas pelotas arrojadas sin tuerza.

Los proyectiles se enfriaron hasta quedar al rojo en las palmas de sus manos, y luego los arrojó a un lado.

Toda su atención estaba centrada en mí. Un error.

El primer disparo de Husmaan le dio de lleno en un lado de la cabeza, y le hizo girar todo el cráneo. Mientras retrocedía por el impacto, su túnica se vio agujereada por los disparos de las dos pistolas láser de Inshabel. La escopeta antidisturbios de Fischig rugió a continuación y le lanzó de espaldas a los arbustos. A Fischig le gustaba pasar su tiempo libre fabricando a mano las postas para los cartuchos de su escopeta antidisturbios. Cada posta era de plata, y llevaba estampado un sello sagrado de protección que yo le había enseñado a realizar hacía ya bastante tiempo.

Prophaniti se estremeció de dolor cuando las postas bendecidas comenzaron a arder en su carne. Empezó a ponerse en pie, loco de dolor y de rabia, pero justo en ese momento se oyó a mi izquierda un zumbido chirriante, como el de una sierra circular mecánica que tomara velocidad.

El cañón de cargador circular de Nayl acribilló al demonio y al terreno a su alrededor, causándole unas heridas tremendas. La tormenta de disparos le hizo saltar en el aire, arrancándole la rótula de una de las piernas y los dedos de su mano izquierda.

Un poder infernal, de un blanco helado como la escarcha, saltó de sus heridas como lava de una erupción, y achicharró el suelo.

Los demás adoradores habían reaccionado y habían desenfundado sus armas, y se pusieron a disparar en todas las direcciones. La noche quedó iluminada por los disparos.

Unos disparos de rifles láser procedentes de nuestras espaldas pasaron tremendamente cerca de nuestros codos y hombros. Dos de los adoradores se desplomaron al suelo, llevándose por delante algunas de las lámparas que iluminaban el lugar.

Echbar y sus Kasrkin pasaron corriendo a nuestro lado para enfrentarse a nuestros oponentes.

Lo cierto es que, en cierto modo, eran más aterradores que el demonio. Prophaniti era un ser sobrenatural, y era de esperar que provocara miedo.

Los Kasrkin sólo eran hombres. Aquello convertía a sus actos en algo todavía más asombroso. Se convirtieron en seis borrones blancos que se abalanzaron sobre los adoradores disparando sus armas a quemarropa. No desperdiciaron ni un solo tiro. Un disparo, un muerto. Un adorador escapó pasando a mi lado, y uno de los Kasrkin giró su arma para abatirlo. Su rifle se negó a disparar cuando su mira-auspex detectó mi rastro biológico dentro de su campo de tiro. Un segundo después, ya no me encontraba bloqueando el ángulo de disparo, y el arma escupió muerte.

El adorador saltó por el aire y cayó de frente sobre los arbustos. Al otro lado del megalito aparecieron más adoradores, y pude oír un rápido intercambio de disparos en aquella dirección. El cañón de combate de Nayl continuó produciendo su característico chirrido metálico entre las ráfagas de disparos. Los chasquidos de las pistolas láser de Inshabel se solapaban los unos con los otros.

—¡Fischig! —grité—. Acércate al otro lado del megalito, a ver qué encuentras. ¡Haz algún prisionero antes de que los Kasrkin los maten a todos!

Me di la vuelta para enfrentarme al demonio herido. Le habíamos dañado gravemente, pero no me hacía ilusiones respecto a su capacidad de

resistencia.

O más bien... pensé que no me las hacía.

Prophaniti ya había desaparecido, y el suelo todavía humeaba congelándose donde había caído.

—¡Mierda! ¡Mierda!

Neve bajó cojeando la ladera.

—¿Eisenhorn?

—¡El demonio! ¿Lo has visto?

Negó con la cabeza. Al otro lado del megalito

—Lo has matado, ¿verdad?

—Ni por asomo —le contesté.

—¡Gregor! —gritó Bequin con voz aguda.

Prophaniti estaba justo a mi espalda, flotando en el aire, resplandeciente de poder. Estaba desnudo, y mostraba las terribles heridas que le habíamos infligido como si fueran medallas. Su pierna derecha, destrozada a la altura de la rodilla, dejaba escapar un reguero de fluido blanco reluciente. Los orificios de las heridas abiertas y las quemaduras burbujeaban y humeaban por todo su pecho. La cabeza le colgaba fláccida sobre el cuello roto por el certero disparo de Husmaan. Abrió los brazos de par en par, y una de las manos, que era poco más que un muñón, y la palma destrozada de la otra, esparcieron rayos luminosos sobre la hierba nocturna.

—Buen... intento... —murmuró entre borbotones la cabeza ladeada.

La túnica había desaparecido, y pude ver que su cuerpo estaba surcado de cadenas, candados y esposas, todo ello enganchado a la carne. Unas cuantas agujas quirúrgicas y argollas metálicas también colgaban de su piel luminosa. De las cadenas colgaban diversos amuletos, e incluso del alambre de espino que rodeaba su cuello.

—Corred —les dije a Neve y a Bequin—. ¡Corred!

Neve alzó su muleta plateada y disparó el lanzagranadas.

El proyectil acertó de llenó a Prophaniti en la parte baja del torso y le lanzó varios metros de espalda.

Se abalanzó de nuevo contra nosotros, aullando y rugiendo en un lenguaje de la disformidad.

Bequin nos agarró tanto a mí como a Neve. Su cualidad de intocable era nuestra defensa en aquel momento, y ella lo sabía.

Prophaniti se detuvo en seco a poco más de un metro de nosotros, y luego se quedó flotando en el aire y brillando como una estrella. Pude oler el rancio hedor del asesinato eterno que desprendía.

Su cuello roto hizo un ruido parecido al de unas ramitas al partirse cuando volvió la cabeza, que seguía colgando, para mirarnos. La luz de unos soles muertos relucía en su ojos y en su boca.

Bequin apretó con fuerza sus dedos sobre mi brazo. Los tres nos quedamos con la vista levantada y mirándolo, mientras nuestros cabellos se mecían por los vientos de disformidad que provocaba su presencia.

—Tenaz —dijo por fin—. No me extraña que le gustes a Cherubael. Me dijo que empleas intocables. Una buena jugada. No podéis herirme con vuestras armas, pero con ella presente, yo tampoco puedo heriros con mis poderes.

»Por suerte, tampoco es que lo necesite —añadió.

De repente, lanzó un veloz golpe con su mano herida. Neve gritó de dolor cuando salió despedida por los aires. Pude ver sangre en el muñón de Prophaniti.

El vacío psíquico de Alizebeth bloqueaba su furia psíquica. Pero no sus ataques psíquicos.

Lanzó otro golpe, y retrocedí de un salto, arrastrando a Bequin conmigo.

Prophaniti se rió de forma enloquecida.

—¡Alizebeth! —grité mientras la agarraba de la mano—. ¡Quédate a mi lado!

Desenvainé la falcata. La corta hoja curvada relució bajo el brillo de Prophaniti. Las runas grabadas en la hoja por el Ministorum brillaron a su vez.

Lancé un tajo, frenético y sin ningún arte, y la hoja del arma abrió un surco entre las costillas de mi enemigo. Éste aulló y retrocedió mientras de la herida comenzaba a surgir humo.

Comencé a dar vueltas en círculo a su alrededor, empuñando mi arma con la mano derecha y manteniendo a Bequin a mi izquierda.

—Has hecho los deberes. Runas pentagramáticas en la hoja. ¡Hacen daño!

Se abalanzó sobre mí.

—¡Pero no tanto daño como el que vas a sentir!

Alizebeth gritó. Cayó de rodillas y yo me esforcé para que no me soltara de la mano. Si rompíamos el contacto, yo sentiría toda la fuerza del poder mental del demonio.

Bloqueé el ataque con mi falcata y le desgarré toda la carne de su costado izquierdo, dejando al descubierto sus costillas.

Sus garras me lanzaron un zarpazo que bajó desde mi hombro izquierdo por todo el costado, y me dejó la armadura hecha jirones.

La sangre empezó a correr por dentro de mi ropa.

Lancé otra estocada, en un intento de realizar un *uin ulsar*, pero aquello atrapó mi espada con su mano buena. Comenzó a salir humo del puño que tenía agarrada la hoja.

El ser apretó los dientes por el dolor que sentía.

—Las protecciones... me hacen daño... pero no son más... poderosas que el arma... Deberías aprender a... fabricar mejor tus armas... para la próxima vez...

«Tampoco es que... vaya a haber... una próxima vez... —continuó diciendo.

La falcata se había puesto tan caliente que tuve que soltarla con un aullido de dolor. Prophaniti arrojó a un lado el acero doblado y medio derretido. Había quemado su mano de forma horrible, pero parecía no notarlo.

—Y ahora es cuando llega tu muerte —me dijo mientras alargaba el brazo.

Los siguientes segundos están grabados en mi memoria. Estoy seguro de que jamás veré una muestra semejante de heroísmo. El capitán Echbar y dos de sus hombres atacaron a Prophaniti por la espalda. Sus rifles láser no podían disparar porque Bequin y yo nos encontrábamos en su zona de tiro.

Echbar se agarró al demonio y lo apartó de nosotros. Prophaniti lo lanzó por los aires y luego incineró al segundo Kasrkin en pleno salto con una simple mirada. El tercero le clavó la bayoneta hasta la empuñadura en mitad del esternón. De la herida surgió un fuego que bajó por el brazo del soldado y lo engulló por completo.

Retrocedió aullando mientras Echbar, con la mandíbula y el cuello desgarrados, se abalanzaba de nuevo contra él. Su cuchillo, empuñado con las dos manos, abrió a Prophaniti por la mitad, a lo largo de su espina

dorsal. Las energías de la disformidad que la herida vomitó deshicieron a Echbar. Prophaniti se alejó retorciéndose en el aire sin dejar de aullar.

Sabía que no estaba muerto. Sabía que en realidad, no podía morir.

Pero las tropas de elite de Cadia me habían dado una oportunidad con el sacrificio de sus vidas. Habían caído en acto de servicio al Dios-Emperador, y para eso nacen todos y cada uno de los habitantes de Cadia.

—¡Aegis! ¡Por el infierno escarlata! ¡Espina redux!

Grité las órdenes por el comunicador sin soltar en ningún momento la mano de Bequin.

Prophaniti descendió de cabeza hacia nosotros.

Nuestro cúter artillado apareció de repente, también a toda velocidad. El rebufo de sus motores aplastó contra el suelo los arbustos cargados de hielo y nos arrojó a un lado. Medea estaba volando tan bajo, tan bajo...

Los servidores artilleros apuntaron las torretas de armamento de las alas y del morro contra el demonio atacante.

Cuando dispararon, la potencia de fuego fue tan enorme que lo vaporizaron.

La luz desapareció.

Acerqué a Bequin a mi cuerpo mientras el goteo del cuerpo huésped licuado caía como lluvia sobre nosotros en la fría noche.

Oí que Fischig gritaba mi nombre.

—Ayúdala —le dije al ex arbites mientras me ponía en pie, y Fischig la ayudó a levantarse.

Miré a mi alrededor. El lugar estaba cubierto de cadáveres, la mayoría de ellos de adoradores de Bael. Inshabel había encontrado a Neve, herida pero con vida, a unos veinte metros ladera arriba, y estaba llamando a gritos a un médico.

Las toberas posteriores del cúter brillaron al rojo vivo cuando Medea viró para salir de su vuelo rasante y acercarse de nuevo a nosotros.

Nayl, que había sufrido una herida leve en el brazo, se apoyó en el megalito y apagó el chirriante tambor giratorio de su arma.

—Tenemos... tenemos que reagruparnos —dijo.

—Es cierto —respondió Fischig.

—No tenéis ni idea de a lo que os enfrentáis, ¿verdad? —nos preguntó Husmaan.

Todos nos volvimos. El viejo cazador de pieles de Windhover bajaba lentamente por la ladera hacia nosotros, con su rifle largo láser colgado de

un brazo, como si lo acunara. Una fuerte llovizna comenzó a caer del encapotado cielo.

—¿Verdad? —siseó de nuevo. Sentí que Bequin se ponía tensa. No era Husmaan. En sus ojos brillaba una luz blanca. Su voz era la de Prophaniti.

—No tenéis ni la más remota idea —dijo—. Podéis destruir mi cuerpo, pero no podéis romper los lazos que me unen a mi amo.

—¡Husmaan! —gritó Inshabel.

—Ya no está aquí. Era el que tenía la mente más abierta, así que la tomé. Me servirá durante un tiempo.

Di un paso hacia él. Husmaan alzó una mano.

—Ni lo intentes, Eisenhorn —me indicó Prophaniti—. Podría mataros a todos aquí y ahora... Pero creo que lo que va a ocurrir es mucho más interesante.

Husmaan extendió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, y alzó el vuelo de repente, dejando caer su apreciado rifle láser. Se alejó levitando sin acelerar ni detenerse hasta que desapareció de la vista por encima de los páramos y en el primer brillo del amanecer.

—¿A qué se refería? —me preguntó Bequin.

—No tengo ni...

Las luces de unos focos aparecieron por encima de la cresta de la ladera y oímos de repente el traquetear de unos vehículos oruga.

Veinte transportes de tropas pasaron por encima de la cresta y nos apuntaron con sus focos. Las tropas de asalto de Cadia empezaron a descender por la ladera, sin dejar de apuntarnos también con sus armas.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Nayl.

Yo estaba asombrado. Aquello era lo último que me esperaba.

—Inquisidor Eisenhorn —dijo una voz amplificada que surgía del transporte que marchaba en cabeza—. Por crímenes contra el Imperio, por la atrocidad cometida en Tracian, por uniros a demonios, sois arrestado y condenado a muerte.

Reconocí la voz. Era Osma.

Dieciséis

El Martillo de Herejes
Tres meses en la Carnificina
Huida de Cadia

El inquisidor Osma, flanqueado por seis interrogadores con túnica que iban leyendo en voz alta fragmentos de los Libros del Dolor y de los Capítulos del Castigo, bajó por la ladera del páramo en mi dirección. La luz rosada del amanecer comenzaba a inundar la llanura desolada, y los matojos de aulaga y brezo empezaron a agitarse por la brisa mañanera. A lo lejos se oía el canto de los lagópodos y de las perdices llamándose unas a otras bajo el naciente sol de invierno.

Osma era un tipo fornido, de anchos hombros, de aproximadamente unos cincuenta años. Llevaba una servoarmadura de bronce que relucía con un color casi anaranjado bajo la rojiza luz del amanecer. Unas insignias recargadas del Ordo Malleus decoraban los pectorales y las grebas de su armadura, y alrededor de la pieza del cuello colgaban seis sellos de pureza, como si formasen un collar de flores. A su espalda ondeaba una larga capa blanca de piel, que rozaba las puntas de las aulagas y los brezos.

Su cara era ancha y de gesto decidido. Sus ojos brillaban como puntos luminosos engastados en sus párpados hinchados, que a su vez estaban casi tapados por unas gruesas cejas grises. Su cabello, cortado al estilo paje, tenía el color del metal de las espadas. Había perdido la mandíbula inferior unos años antes de nuestro encuentro en un combate que le enfrentó a un berserker de Khorne. La prótesis sustitutiva era una toda una barbilla saliente de cromo, unida a su cráneo por tubos y por microservomotores. El emblema de la Inquisición ondeaba por encima de sus hombros montado en un estandarte colocado entre sus omóplatos. En una mano blandía un martillo de energía, la marca de su ordo.

En la otra, un tubo de pergamino de color ébano. Lo reconocí inmediatamente. Una *carta extremis*.

—¡Esto es una locura! —dijo Fischig con un gruñido.

Los soldados de Cadia que nos rodeaban se pusieron tensos y nos empujaron con los cañones de sus armas.

—¡Ya basta! —le advertí a Fischig.

Me giré hacia mis compañeros. Tenían un aspecto desesperado, desolado.

—No vamos a luchar —les dije—. Entregad vuestras armas. Pronto habré resuelto este ridículo error.

Bequin e Inshabel entregaron sus armas a los guardias de Cadia. Fischig permitió a regañadientes que las tropas de asalto lo separaran de su escopeta antidisturbios. Nayl desenganchó el alimentador de munición de su cañón automático, sacó el tambor de munición y se lo pasó a los soldados que le apuntaban con sus armas, dejando que el arma ya inútil le colgara del arnés de su torso.

Asentí, satisfecho.

—Espina indica Aegis, en el agua fría, suave —susurré por el comunicador. Luego me volví para encarame con Osma.

Él alzó su martillo de energía un momento y sus interrogadores cesaron sus cánticos y cerraron sus libros.

—Gregor Eisenhorn —me dijo pronunciando con claridad el formalista Alto Gótico—. Por lealtad al Dios-Emperador, nuestro señor inmortal, y por la gracia que me ha concedido el Trono Dorado, en el nombre del Ordo Malleus y de la Inquisición, os proclamo diabolus, y en testimonio de vuestros crímenes, entrego esta carta. Que la justicia imperial lo tenga todo en cuenta. El Emperador protege.

Saqué mi arma de su funda, saqué el cargador y se la entregué agarrándola por el cañón.

—He oído vuestras acusaciones y vuestras palabras, y me entrego —le respondí con la antigua fórmula de respuesta—. Que la justicia imperial lo tenga todo en cuenta. El Emperador protege.

—¿Aceptáis esta carta de mi mano?

—La acepto en la mía, para poder demostrar que es tres veces falsa.

—¿Proclamáis vuestra inocencia en el mismo comienzo?

—La declaro cierta y verdadera. Que así sea escrito.

Unos drones de voz que flotaban sobre los hombros de los interrogadores habían estado grabando toda aquella conversación, pero el más joven de los interrogadores la estaba transcribiendo a su vez con una

holopluma sobre una placa dispositiva que flotaba delante de él sobre una pequeña plataforma gravitatoria. Me fijé satisfecho en aquel detalle.

Por indignantes que fueran las acusaciones, Osma las estaba llevando a cabo con una formalidad precisa y absoluta.

—Os pido que me entreguéis la insignia de vuestro cargo —me dijo Osma.

—Me niego a vuestra petición. Por el código de prejuicios, proclamo mi derecho a mantener mi rango hasta que el debido proceso haya concluido.

Él asintió. Su lenguaje cambió del Alto al Bajo Gótico.

—Eso me esperaba. Gracias por evitar una situación desagradable.

—No creo que haya evitado una situación desagradable, Osma. Lo que he evitado es un derramamiento de sangre. Esto es ridículo.

—Todos dicen lo mismo —murmuró con desdén mientras se daba la vuelta.

—No —le dije sin alterar la voz, lo que le hizo detenerse en seco—. Los culpables y los contaminados presentan lucha. Se niegan. Se resisten. A lo largo de mi vida, he acabado con nueve diabolus. Ninguno se entregó sin resistencia. Anota ese hecho en el registro —le dije al interrogador encargado de escribir—. Si fuese culpable, no me entregaría a todo este proceso sumisamente.

—¡Anótalo! —le dijo Osma al dubitativo escriba. Volvió a encararse a mí.

—Lee la carta, Eisenhorn. Eres tan culpable como un demonio. Esta muestra de entendimiento y cooperación es exactamente lo que me hubiese esperado de un ser tan astuto e inteligente como tú.

—¿Un cumplido, Osma?

Escupió al suelo.

—Eras uno de los mejores, Eisenhorn. Lo cierto es que Lord Rorken suplicó en tu favor. Reconozco tus hazañas pasadas, pero nos has traicionado. Eres Malleus. Eres una abominación. Y pagarás por ello.

—Esto es una locura... —murmuró Neve mientras cojeaba hacia nosotros.

—Lo que no es, es asunto suyo, Inquisidora General —le contestó Osma.

Neve se encaró con él, con su armadura empapada por su propia sangre.

—Ésta es mi provincia, inquisidor. Eisenhorn me ha demostrado que es una persona cabal. Esta farsa está interrumpiendo el trabajo de la Inquisición.

—Lea la carta, Inquisidora General —le replicó Osma—. Y cállese. Eisenhorn es muy inteligente, y convincente. La ha engañado, señora. Dé las gracias de que no esté implicada también.

Mis compañeros fueron conducidos a Kasr Derth y quedaron bajo la supervisión de Neve. Yo no tuve ese lujo. Me llevaron al sur, a bordo de un transporte militar de Cadia, a través del amanecer, hasta la isla más lejana del grupo de las Caducades, a la famosa prisión del planeta, la Carnificina.

Me habían esposado de pies y manos. Estaba sentado en un lecho de brezo colocado en un lateral del compartimento de carga del transporte, rodeado de guardias de Cadia, y aproveché la cambiante luz que entraba por las ventanas para leer la carta.

Apenas podía creer lo que estaba leyendo.

—¿Y bien? —me preguntó Fischig desde su asiento en un rincón.

Me habían permitido tener un portavoz, y había escogido a Fischig debido a su experiencia en temas legales.

—Léela —le dije mientras alargaba la mano hacia él.

Uno de los impasibles guardias la tomó de mi mano y se la pasó al refunfuñante ex arbites.

Después de pasar unos momentos leyendo el pergamino, Fischig profirió una tremenda obscenidad.

—Justo lo mismo que yo pienso —le dije.

La Carnificina sobresalía de las embravecidas aguas lo mismo que la muela de un inmenso herbívoro al que le hubieran quitado las encías.

No la habían construido, sino más bien excavado en la roca saliente. Ninguno de los muros de la prisión tenía menos de cinco metros de espesor.

Unas feroces olas rompían y se deshacían en espuma blanca alrededor de su base de granito, y los acantilados que daban al oeste estaban expuestos a los peores embates de los océanos pelágicos allí situados. Los icebergs de los glaciares existentes en el fiordo de Cadu y en el lejano istmo de Caducades chocaban y se partían en las aguas abiertas que había entre la isla prisión y los atolones desolados que se alzaban enfrente de ella.

Sólo el kelp y unos resistentes árboles-eje adornaban sus laderas más bajas.

El transporte aterrizó en las murallas orientales y se posó sobre una pista de aterrizaje cortada sobre la misma roca. Me hicieron avanzar rodeado de guardias, primero bajo la fría luz del sol, y luego por los húmedos y mohosos pasillos excavados en la roca. Las paredes encaladas exudaban y apestaban a agua de mar. Unas cadenas oxidadas colgaban desde el techo hasta las trampillas de los calabozos de castigo.

Podía oír los gritos y los aullidos de los prisioneros. Los locos y los infectados de Cadia vivían allí. En su mayor parte eran antiguos soldados que habían perdido la cordura en las distintas guerras libradas en el Ojo del Terror.

Las tropas regulares de Cadia me entregaron a unos guardianes de la prisión vestidos de rojo que hedían a cuerpos sin lavar y que llevaban flagelos neuronales y látigos de cuero.

Me abrieron una trampilla de cincuenta centímetros de anchura, cubierta de tachuelas, y me metieron de un empujón en la celda.

La estancia tenía cuatro pasos de largo y otros cuatro de ancho, y había sido cortada directamente en la roca, y sin ventanas. Apestaba a meados. El anterior ocupante había muerto allí... y no habían retirado su cuerpo.

Eché a un lado los huesos resecos y me senté en el camastro de madera. No sabía nada de nada. No tenía ni idea de si la Guardia Interior había capturado la nave estelar renegada, ni si alguien había logrado seguir el rastro de la criatura que antaño había sido el pobre Husmaan.

La pista que me llevaba hasta Quixos, la pista que por fin había tenido la fortuna de encontrar, desaparecía por segundos mientras seguíamos con aquellas tonterías. Y yo no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Cuándo decidiste por primera vez asociarte con demonios? —me preguntó el interrogador Riggre.

—Nunca lo he hecho, ni he decidido hacerlo.

—Pero el demonio Cherubael conoce tu nombre —me dijo el interrogador Palfir.

—¿Es una pregunta?

—Es... —dijo Palfir tartamudeando.

—¿Cuál es tu relación con el demonio Cherubael? —le cortó el interrogador Moyag con sequedad.

—No tengo ninguna clase de relación con ningún demonio —le contesté.

Me encontraba encadenado a una silla de madera en la gran sala de la Carnificina, y la luz del invierno se filtraba a través de los altos ventanales. Los tres interrogadores de Osma caminaban a mi alrededor como bestias enjauladas, con sus túnicas revoloteando bajo los rayos solares.

—Conoce tu nombre —me dijo Moyag para ponerme a prueba.

—Yo conozco el tuyo. ¿Eso me da poder sobre ti, Moyag?

—¿Cómo organizaste la atrocidad en la Colmena Primaris de Tracian? —me preguntó Palfir.

—No lo hice. Siguiente pregunta.

—¿Sabes quién lo hizo? —inquirió Riggre.

—No con exactitud, pero creo que fue el ser al que os habéis referido, Cherubael.

—Ha aparecido en tu vida con anterioridad.

—Logré hacer fracasar sus planes con anterioridad. Hace un centenar de años, en 56-Izar. Debéis haber leído los archivos al respecto.

Riggre miró a sus colegas antes de contestar.

—Lo hemos hecho. Pero lo has estado buscando desde entonces.

—Sí, como una cuestión de deber. Cherubael es una abominación repelente. ¿Acaso te sorprende que lo haya intentado encontrar?

—No todos tus contactos con él han sido registrados.

—¿Qué?

—Sabemos que algunos contactos han permanecido en secreto —me dijo Moyag cambiando la frase.

—¿Cómo?

—El testimonio jurado de un tal Alain von Baigg. Ha declarado que enviaste a un agente con el nombre en clave de Sabueso para que entrara en contacto con Cherubael, hace un año, y que no informaste al señor de tu ordo sobre eso.

—No creí oportuno molestar a Lord Rorken con ese asunto.

—Así pues, no lo niegas.

—¿Negar qué? ¿Qué persigo al Caos? No, no lo hago.

—¿En secreto?

—¿Qué inquisidor no trabaja en secreto?
—¿Quién es Sabueso? —me interpeló Palfir.
No tenía ningunas ganas de complicarle aún más la vida a Fischig.
—No conozco su verdadero nombre —le dije—. Trabaja de forma clandestina.
Pensé que insistirían, pero en vez de eso, Moyag cambió de tema.
—¿Por qué sobreviviste a la matanza de Tracian?
—Tuve suerte.
Palfir dio una vuelta a mí alrededor. Sus botas abrillantadas crujieron sobre el desgastado suelo.
—Vamos a aclarar la situación. Esto sólo es el comienzo. Por respeto a tu rango y a tu carrera, sólo estamos empleando los métodos de interrogación de la Primera Acción. La Primera Acción es...
Le corté de forma inmediata.
—Soy inquisidor desde hace muchos años, Palfir. Sé lo que es la Primera Acción. Entrevista verbal sin coacción.
—Entonces conoces la Tercera Acción y la Quinta Acción —me soltó con sorna Riggre.
—Leve tortura física e interrogatorio psíquico. Por cierto, acabas de emplear la Segunda Acción: amenaza verbal de y/o descripción de las Acciones que pueden seguir.
—Eisenhorn, ¿has sido torturado alguna vez? —me preguntó Moyag.
—Sí, por hombres menos escrupulosos que vosotros. Y yo también he interrogado. Los métodos de la Segunda Acción no van a funcionar conmigo, de verdad.
—El inquisidor Osma me ha autorizado a utilizar cualquier método hasta la Novena Acción, incluida —me soltó Palfir.
—De nuevo, una amenaza. Segunda Acción. No va a funcionar conmigo. Ya os lo he dicho. Estoy intentando cooperar con vosotros.
—¿Quién es Sabueso? —me inquirió Riggre.
Allí estaba, la pregunta de continuación, destinada a pillarme por sorpresa al llegar fuera de secuencia. Empecé a admirar por un momento sus habilidades para interrogar.
—No conozco su verdadero nombre. Trabaja de forma clandestina.
—¿No es Godwyn Fischig? El hombre al que has elegido como representante. El hombre que te espera fuera de esta estancia.

Hay veces que en que los daños que Gorgone Locke me produjo en la musculatura del rostro tienen sus ventajas. Mi cara simplemente no podía mostrar la reacción que ellos esperaban ver. Sin embargo, en mi interior, me sobresalté. Su servicio de inteligencia era bueno, lo bastante bueno como para haber descifrado Glossia, al menos en parte. Estaba seguro de cuál había sido su fuente de información. Ya habían mencionado a la rata de Von Baigg. Pocos meses antes, en Tracian y justo antes de la atrocidad que tuvo lugar, había comenzado a sospechar de Von Baigg. En aquel momento, sólo pensé que era un peón de Lord Rorken para vigilarme. Pero luego, allí, mientras me interrogaban, me di cuenta de que aquel individuo estaba dispuesto a hablar con cualquiera. Yo había reconocido las debilidades de Von Baigg y había interrumpido su carrera. Estaba claro que él había decidido buscar un ascenso con otros inquisidores mediante el método de traicionarme.

—Si me estáis diciendo que Fischig es el agente al que yo conozco por el nombre de Sabueso, estoy realmente sorprendido —le contesté sin alterarme y escogiendo las palabras con mucho cuidado.

—Ya hablaremos con él en su momento —me dijo Palfir.

—No, mientras sea mi representante. Eso violaría el código de prejuicio. Si queréis interrogarlo, entonces tengo derecho a un nuevo representante. Y de mi elección.

—Ya llegaremos a eso —dio Riggre a su vez.

—¿Por qué sobreviviste al horror ocurrido en Tracian? —me inquirió Moyag.

—Tuve suerte.

—Explica esa suerte.

—Me había detenido a presentar mis respetos a la tumba del almirante. La Puerta Espatiana me protegió de los daños causados por los aviones.

Después de las mentiras que Cherubael me había contado en Eechan, temía que aquella pregunta apareciera de nuevo, pero en un interrogatorio psíquico. Las mentiras, o al menos, mis intentos de tapar aquello, serían detectados con rapidez.

—Esa atrocidad fue sólo una tapadera para que pudieras liberar y hacer huir de Tracian al psíquico hereje Esarhaddon.

—Normalmente trataría esa idea con desprecio. Si todo aquello fue preparado simplemente para «blanquear» al psíquico, fue un desperdicio

inhumano de vidas. Sin embargo, creo que en cierto sentido estáis en lo cierto. Eso es lo que se pretendía con aquella atrocidad. Pero yo no la organicé.

Moyag se lamió con interés sus amarillentos dientes.

—¿Sigues proclamando que en realidad fue el interrogador Lyko quien llevó a cabo esos hechos?

—En colaboración con el demonio.

—Pero Lyko no puede responder a esas acusaciones, ¿verdad? Porque tú lo mataste en Eechan.

—Ejecuté a Lyko en Eechan por ser un traidor y un enemigo del Imperio.

—Te hago saber que yo creo que lo mataste porque te perseguía. Lo mataste para hacerle callar.

—¿De verdad tengo que estar aquí? Me parece que estás haciendo un trabajo excelente a la hora de fabricarte tus propias respuestas.

—¿Dónde está Esarhaddon?

—A donde se lo llevara Cherubael.

—¿Y dónde está ese lugar? —me preguntó Palfir. Me encogí de hombros.

—Donde esté su amo, Quixos.

Los tres se echaron a reír.

—Quixos está muerto. ¡Murió ya hace mucho! —dijo Moyag entre risas.

—Entonces, ¿cómo es que la inquisidora general y yo hemos descubierto que él había estado manipulando los códigos de ella para entrar en el espacio aéreo de Cadia?

—Porque tú lo hiciste parecer así. Dices que Quixos utilizó su poder para robar su código de autoridad. Si eso es cierto, entonces se trata de un crimen que cualquier inquisidor de renombre puede hacer. Tú lo puedes hacer. Y utilizar el código de un muerto significa que nadie va a protestar.

—Quixos no está muerto. —Carraspeé y me aclaré la garganta—. Quixos es Hereticus y Extremis Diabolus. Ha pervertido a varios inquisidores, como Lyko y Molitor, para que lo sirvan. Utiliza demonios. Provoca matanzas para así poder ocultar sus robos de psíquicos de nivel alfa-plus.

Los tres interrogadores se quedaron en silencio por unos instantes.

—Estamos perdiendo el tiempo —les dije—. No soy el hombre que estáis buscando.

Pero la pérdida de tiempo continuó. Pasó una semana, y luego otra. Me llevaban todos los días a la gran sala y me sometían a una entrevista de Primera Acción que duraba entre dos y seis horas. Me hicieron las mismas preguntas tantas veces que acabé harto de oírlas. Ninguno de los interrogadores parecía escuchar mis declaraciones. Por lo que sabía, nada de lo que yo les decía se comprobaba.

Estaba claro que temían pasar a obtener información mediante métodos físicos o psíquicos. Puesto que yo era un psíquico, al menos podía dificultarles las cosas de tal modo que nunca sabrían cuánto de lo que estaban obteniendo era cierto. Era evidente que Osma había decidido agotar mi resistencia con unos ciclos interminables de interrogatorios verbales cruzados.

Disponía de quince minutos cada tarde, cuando la luz reflejada por el océano comenzaba a apagarse, para hablar con Fischig. Las conversaciones no tenían ninguna utilidad. Las zonas de las celdas estaban repletas sin duda de ladrones de voz y de artefactos de escucha, y por lo que yo sabía, nuestro lenguaje privado, Glossia, había sido descubierto.

Fischig podía contarme poca cosa, aunque pude saber que Medea, Aemos y el cúter artillado no estaban en manos de Osma, ni tampoco el Essene.

No se había vuelto a ver al ser mezcla de Prophaniti y Husmaan, y Fischig estaba seguro de que la misteriosa nave estelar que había llevado a Prophaniti hasta Cadia no había sido interceptada aquella maldita noche.

Envié a través de Fischig varias peticiones a Osma, a Rorken y a Neve en las que proclamaba mi inocencia y les urgía para que tomaran mayores medidas respecto al asunto de Quixos. Nadie respondió.

La Fiesta de las Velas ya había pasado hacía tiempo. Transcurrieron otras tres semanas. Me di cuenta de que el año había cambiado. Fuera de los gruesos y desolados muros de la Carnificina, ya era 340.M41.

Al final de mi tercer mes de prisión e interrogatorios, me llevaron a la gran sala para mi «entrevista» diaria y descubrí que quien allí me esperaba era el propio Osma en persona, en vez de los interrogadores habituales.

—Siéntate —me dijo señalándome una silla colocada en el centro de la austera estancia.

Hacía frío y estábamos en penumbra. Las últimas y más feroces de las tormentas invernales llegaban procedentes del Este, y aunque era de día, por las ventanas no entraba ninguna luz. Estaban prácticamente cubiertas de nieve. Mi aliento se condensaba en el aire, y estaba temblando. Osma había hecho colocar seis lámparas en los bordes de habitación.

Me senté y metí las manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerlas del frío. No quería que Osma viera mi incomodidad. Él se quedó de pie, caliente y aislado del frío gracias a su servoarmadura bruñida, mientras revisaba una placa de datos.

Pude verme reflejado en las pulidas placas metálicas de su espalda. Mis ropas estaban raídas y asquerosas. Tenía la piel pálida. Había perdido siete kilos por lo menos, y lucía una espesa barba, tan enredada como mis cabellos. El único objeto que continuaba en mi posesión era mi insignia de inquisidor, que guardaba en uno de los bolsillos del abrigo. Me reconfortaba.

Osma se volvió para encararse conmigo.

—Tu versión no ha cambiado en tres meses.

—Eso debería indicarte algo.

—Me indica que tienes unas grandes reservas de fuerza y una mente muy cuidadosa.

—O que no estoy mintiendo.

Puso la placa en una de las mesas con lámpara.

—Déjame contarte lo que va a ocurrir. Lord Rorken ha persuadido al Gran Maestre Orsini que debes ser extraditado a Tracian Primaris. Allí serás llevado a juicio para responder ante los cargos de los que se te acusan en la carta extremis ante un Tribunal de Magisterio del Ordo Malleus y del Oficio de Acusaciones Interna. A Rorken no le gusta la idea, pero es todo lo que Orsini está dispuesto a conceder. He oído por ahí que Rorken espera que tu inocencia, o tu culpabilidad, pueden demostrarse de una vez por todas en un juicio formal.

—El resultado de ese juicio puede terminar avergonzándote a ti y a tu señor, Lord Bezier.

Lanzó una carcajada.

—Lo cierto es que estaría encantado de sentir semejante vergüenza si eso significase la exoneración de un inquisidor tan valioso como tú,

Eisenhorn. Pero no creo que lo haga. Arderás en Tracian por lo que has hecho, con tanta seguridad como lo hubieras hecho aquí.

—Aceptaré el riesgo, Osma.

Asintió.

—Yo también. Las Naves Negras llegarán dentro de tres días para llevarte hasta Tracian Primaris. Eso me concede tres días para romper tu resistencia antes de que me quiten el asunto de las manos.

—Ten cuidado, Osma.

—Siempre lo tengo. Mi personal comenzará mañana a aplicarte los métodos de examinación de la Novena Acción. No habrá descanso hasta que lleguen las Naves Negras o hasta que me digas lo que quiero oír.

—Con dos días de métodos de la Novena Acción es casi seguro que no estaré vivo cuando lleguen las Naves Negras.

—Probablemente. Una lástima, y me harán preguntas. Pero esta prisión está muy aislada, y yo estoy al mando. Ése es el motivo por el que hoy tan sólo estoy hablando contigo. Solos tú y yo. Una última oportunidad. Dime toda la verdad ahora mismo, Eisenhorn, de hombre a hombre. Haz que nos sea fácil a los dos. Confiesa tus crímenes antes de que el dolor comience mañana, ahórranos el juicio, y haré todo lo que esté en mi poder para asegurar que tu ejecución sea rápida e indolora.

—Éstaré encantado de decirte la verdad.

Sus ojos se iluminaron.

—Lo tienes todo ahí, en la placa que estabas leyendo. Exactamente lo que he estado diciendo a lo largo de estos tres últimos meses.

Cuando los guardias me llevaron de vuelta a mi helada celda, a través de pasillos de piedra donde retumbaban las galernas del océano, descubrí que Fischig ya me estaba esperando allí. Nuestros quince minutos diarios.

Había llevado consigo una lámpara y una bandeja con mi cena: un caldo de pescado, tibio y clarito, unos trozos de pan de galleta rancio y un vaso de ron aguado.

Me senté en el burdo camastro.

—Me van a extraditar para juzgarme —le dije. Asintió.

—Pero según me han contado, mañana comenzarán las torturas. He elevado una protesta, pero estoy seguro de que se perderá accidentalmente.

—Estoy seguro de que así será.

—Deberías comer —me dijo.

—No tengo hambre.

—Tú come. Necesitarás todas tus fuerzas, y por la pinta que tienes, no te quedan muchas.

Negué con la cabeza.

—Gregor —me dijo bajando la voz—, tengo que hacerte una pregunta. No te gustará, pero es importante.

—¿Importante?

—Par a mí. Y para tus amigos.

—¿Te acuerdas...? ¡Dios-Emperador, parece que ha pasado tanto tiempo! El año pasado, cuando nos encontramos otra vez después de tanto tiempo, en aquel cementerio a las afueras de Kasr Tyrok...

—Por supuesto.

—En la torre de la capilla, me dijiste que no podías imaginarte que hubieras hecho nada que pudiera haber ayudado o haber agradado a un demonio. Me dijiste exactamente: «¡Ni siquiera puedo imaginarme a mí mismo tan loco como para eso!».

—Lo recuerdo con claridad. Tú me respondiste que si alguna vez hubieras pensado que lo estaba, me habrías descerrajado un tiro en persona.

Asintió y lanzó una risa amargada. Se produjo un silencio que sólo se vio roto por el chasquido de la lámpara y el rugido del mar en el exterior de las murallas de la prisión.

—Quieres estar seguro, ¿verdad, Godwyn? —le pregunté.

Me miró con reproche.

—Lo entiendo. Espero una lealtad absoluta de ti y de todo mi personal. Tienes derecho a sentir lo mismo respecto a mí.

—Entonces ya sabes cuál es la pregunta.

Me quedé mirando fijamente a sus ojos.

—Quieres preguntarme si estoy mintiendo. Si existe alguna pizca de verdad en las acusaciones. Si he estado trabajando para un hombre que ha pactado con los demonios.

—Sé que es una pregunta estúpida. Si tú eres una de esas cosas, no te importará mentirme otra vez.

—Estoy demasiado cansado para no desear otra cosa que la verdad, Godwyn. Te juro por el Trono Dorado que no soy lo que dice Osma que soy. Soy un verdadero servidor del Emperador y de la Inquisición. Encuéntrame un águila y también juraré sobre ella. No sé qué más puedo hacer para convencerte.

Se puso en pie.

—A mí me basta. Sólo quería estar seguro. Tu palabra siempre ha sido más que suficiente, y después de todos los años que llevamos juntos, estaba seguro de que me lo dirías si... aunque fuese...

—Quiero que lo sepas, viejo amigo. Lo haría. Incluso si fuera la escoria que Osma cree que soy, e incluso si pudiera ocultárselo a él... No podría mentir a una pregunta directa hecha por ti. No por ti, depurador Fischig.

El guardia llamó a la puerta de la celda.

—¡Un minuto! —le gritó Fischig—. Cómete la cena —me dijo.

—¿Te ha pedido Osma que me hagas esa pregunta? —le pregunté.

—¡Mierda, no! —me respondió ofendido.

—No pasa nada. Tampoco es que lo creyera realmente.

El guardia llamó otra vez, con más fuerza.

—Ya va, malditas sean tus tripas —dijo Fischig con un gruñido.

—Te veré mañana —le dije.

—Sí. Haz algo por mí.

—Lo que sea.

—Cómete tu cena.

Los retortijones comenzaron justo después de lo que yo calculé sería la medianoche. Me despertaron de un sueño inquieto. El dolor recorrió todo mi cuerpo y me dejó atontado. No me había sentido tan mal desde el envenenamiento de Pye en Lethe Once, durante la Noche Oscura de hacía ya casi dos años.

Intenté ponerme en pie, y me caí del camastro. Unos espasmos me azotaron por entero y lancé un grito de agonía. Vomité los restos de la escasa cena. Sentí unos latigazos de fiebre alta y de frío que me hicieron retemblar.

No sé cuánto tiempo me llevó arrastrarme hasta la puerta de la celda, o cuánto tiempo pasé golpeándola con los puños hasta que se abrió. Posiblemente fueron horas.

La conciencia iba y venía en función de la aparición de los dolores.

—¡Santo Emperador! —exclamó el guardia cuando abrió la puerta y me vio a la luz de su lámpara.

Llamó a los demás a gritos y oí el sonido de los pies que corrían por el pasillo que daba a la celda.

—Está enfermo —dijo el guardia que me había abierto la puerta.

—Déjalo hasta la mañana —dijo otro.

—Ya habrá muerto —le replicó el primero.

—Por favor... —logre decir tartamudeando mientras alargaba el brazo. Tenía la mano agarrotada, con los dedos engarfiados.

Empezó a llegar más gente. Oí la voz de Fischig.

—Necesita un doctor. Ayuda médica especializada —dijo.

—No está permitido —se quejó uno de los guardias.

—¡Míralo! ¡Se está muriendo! Es alguna clase de ataque.

—Dejadme pasar —le oí decir a otra voz.

Era el médico de la prisión, que llegó acompañado por el interrogador Riggre, que tenía todo el aspecto de haber sido levantado de la cama.

—¡Está fingiendo! ¡Dejadlo! —dijo con desprecio.

—¡Cállate! —le replicó Fischig—. ¡Míralo bien! ¡No es una comedia!

—Es un maestro del engaño —le contestó Riggre—. Quizás ha estado lamiendo la pintura de la puerta para hacerlo más realista, pero allá él. Esto es una farsa. Dejadlo.

—Se está muriendo —repitió Fischig.

—A mí me parece enfermo de verdad —comentó uno de los guardias, con un tono de voz inquieto.

Otra serie de calambres me hicieron retorcerme de forma espasmódica e involuntaria.

El doctor estaba agachado sobre mí. Pude oír el zumbido del auspex médico que había sacado de su farmacopeia.

—No está fingiendo —murmuró—. Está sufriendo un ataque. No se puede fingir un agarrotamiento de los músculos como éste. El oxígeno en sangre ha descendido a un treinta por ciento y su corazón está desfibrilando. Morirá en menos de una hora.

—¡Póngale una inyección! ¡Cúrelo! —le gritó Riggre.

—No puedo, señor. Aquí no. No tenemos las instalaciones adecuadas. ¡Mire! ¡Por el Emperador! Está sangrando por los ojos y por la nariz.

—¡Haga algo! —le aulló Riggre.

—Tenemos que llevarlo a un hospital. El más cercano es el de Kasr Derth. Tenemos que llevarlo allí a toda prisa o morirá.

—¡Eso es ridículo, doctor! —le repuso Riggre—. Seguro que puede hacer algo...

—Aquí no.

—Llama a un transporte, Riggre —le indicó Fischig.

—¡Es un prisionero de nivel primario de la Inquisición! ¡No podemos sacarlo de aquí así como así!

—Entonces trae a Osma...

—Ha regresado a tierra firme para pasar la noche.

Fischig bajó la voz.

—¿Vas a ser tú el que le diga a Osma que su prisionero más importante murió en el suelo de su celda?

—N-no...

—Entonces se lo diré yo. Le diré a Osma que su hombre de confianza le ha privado del caso más importante de toda su carrera porque no le dio la gana de autorizar un transporte, ¡y que así dejó que Eisenhorn muriera por alguna clase de intoxicación alimentaria en esta mierda de prisión!

—¡Llamad a un transporte! —gritó Riggre a los guardias—. ¡Ahora mismo!

Me llevaron en camilla hasta la pista de aterrizaje cortada directamente en la roca. Oí unas cuantas voces que discutían en la oscuridad azotada por la nieve y el aullido del viento cortante. El médico me había colocado un goteo intravenoso y estaba intentando aliviar los síntomas y retrasar los efectos del ataque con unos medicamentos de su botiquín.

Las luces de la pista parpadearon con su luz blanca y fría, y convirtieron los copos de nieve en puntitos negros al trasluz.

Apareció un transporte cadiano en vuelo bajo, y sus cohetes niveladores de altitud hicieron estremecer el suelo de la pista y arrojaron la nieve acumulada en todas las direcciones.

Me metieron en el interior iluminado por luces verdes, y lo peor del frío y del invierno quedó fuera de la escotilla de cierre. Sentí el repentino tirón del vehículo cuando se elevó y se alejó hacia tierra firme. Fischig estaba inclinado sobre mí, ajusfándome los arneses de seguridad que me mantenían inmóvil sobre el camastro de la aeronave. Pude oír a Riggre gritándole al piloto por encima del rugir de los motores.

Fischig sacó a escondidas un vial inyector y sustituyó el goteo intravenoso que había colocado el doctor de la prisión.

Empecé a sentirme mejor casi inmediatamente.

—Estáte quieto y respira lentamente —me dijo Fischig con un susurro—. Y agárrate fuerte. Este cacharro va a moverse... bastante.

—¡Contacto! ¡A tres kilómetros, y se acerca rápidamente! —oí gritar al copiloto.

—¿Qué demonios es eso? —exigió saber Riggre. Se oyó un ping en el transpondedor del vehículo.

—¡Trono de la Tierra! ¡Nos están apuntando con sus armas! —exclamó el piloto.

—Atención, transporte —dijo una voz por el comunicador—. Aterrice en la isla situada en oeste cinco-dos y tres-seis. Ahora mismo, ¡o lo hago volar en pedazos!

Estaba recuperando la vista por momentos. Miré a la cabina y vi que Riggre desenfundaba una pistola láser.

—¿Qué clase de traición es ésta? —preguntó mirando a Fischig.

—Creo que deberías hacer lo que te dicen y aterrizar ahora mismo —le dijo Fischig con tranquilidad.

Riggre hizo ademán de disparar, pero de repente la cabina quedó iluminada por un deslumbrante rayo de energía. Fischig abrasó a Riggre con un disparo de su arma digital montada en el anillo del tipo jokaero que llevaba en el dedo índice de su mano derecha. Me di cuenta de que era una de las joyas de Maxilla.

Fischig disparó de nuevo y achicharró el sistema de comunicaciones.

—¡Desciende! —le ordenó al piloto a la vez que le apuntaba con el anillo.

El transporte realizó un aterrizaje de emergencia en mitad de una tormenta sobre la playa de una isla deshabitada.

—¡Las manos en la cabeza! —les ordenó Fischig a los tripulantes mientras me sacaba por la escotilla para meterme en la ventisca.

Yo apenas podía caminar y tuve que apoyarme en él.

—Me has envenenado —le dije jadeando.

—Tuve que hacer que pareciera convincente. Aemos me preparó una dosis que reactivó el veneno binario que llevas en el cuerpo. El veneno de Pye.

—¡Cabrones!

—¡Ja! Un hombre que puede insultarme de ese modo se encuentra muy lejos de estar a punto de morir. ¡Vamos!

Me llevó a rastras a través de la playa pedregosa hasta la galerna oceánica, con los copos de nieve azotándonos la cara. Unas luces se abalanzaron sobre nosotros cuando nuestro cúter artillado se acercó y

efectuó un aterrizaje perfecto al estilo Betancore sobre los guijarros de la playa.

Fischig me hizo subir por la rampa de acceso hasta poner me en manos de Bequin y de Inshabel.

—Bendito Emperador, ¿habéis pensado bien lo que estáis haciendo? —le dije tosiendo.

—¡Por supuesto que lo hemos hecho! —me contestó Bequin con rabia —. ¡Nathun! ¡Dale otra inyección revitalizante de antiveneno!

Por segunda vez en dos años, estaba muerto. La primera vez por el veneno binario del esbirro de Beldame Sadia en Lethe Once, y entonces, en un accidente aéreo, cuando el aparato se estrelló debido a una tormenta invernal sobre las Caducades de Cadia.

El cúter artillado despegó de la playa, se alejó a lo largo de la misma luego regresó hacia el transporte cadiano.

Que el Emperador me perdone a mí y a mi personal por la muerte de Riggre y de los dos tripulantes del transporte. Sus muertes fueron el único modo de mantener mi seguridad.

—Fuego —le dijo Nayl a Medea.

Las armas pesadas de nuestro cúter acribillaron el transporte y lo hicieron volar en pedazos. Cuando llegara el amanecer, los restos esparcidos por la playa de la remota isla sólo podrían sugerir que se había producido un trágico accidente causado por una tremenda tormenta invernal.

Ascendimos utilizando las tormentas como cobertura hasta llegar al espacio orbital. Aunque nadie me lo dijo, sabía que nuestro plan de vuelo estaba a cubierto gracias al código de autoridad de otra persona.

Supuse que sería el de Neve. Probablemente con su permiso. El Essene nos estaba esperando.

—¿Y ahora, qué? —le pregunté a Fischig con voz ronca.

—Maldición, he arriesgado todo lo que aprecio para hacerte llegar hasta aquí —me contestó—. Esperaba que tú supieras lo que debíamos hacer ahora.

—Cinchare —le indiqué—. Dile a Maxilla que ponga rumbo a Cinchare.

Existen algunos secretos que merece la pena guardar.

—¿Qué hay en Cinchare? —inquirió Bequin.

—Un viejo amigo —le respondí.

—Bueno, no es exactamente un amigo —añadió Aemos.

—No. Aemos tiene razón. Un antiguo socio.

—Dos antiguos socios, para ser más específicos —añadió Aemos.

Bequin puso una cara especialmente enfadada.

—Vosotros dos y vuestros viejos secretos. ¿Por qué no me dais una respuesta más concreta?

—Porque cuanto menos sepas, menos daño te podrá hacer la Inquisición si nos atrapan —repliqué.

—Tu nuevo yo delgado —bromeó Maxilla cuando entré en el puente de mando del Essene.

Me había afeitado la barba, me había peinado hacia atrás el cabello y me había puesto un traje de lino negro después de ducharme. Todavía me sentía extremadamente débil y no me apetecía seguirle las bromas a Maxilla.

—Hemos puesto rumbo a Cinchare —siguió diciendo Maxilla, con un tono de voz más seco.

Al parecer, había reconocido mi estado de ánimo. Sus servidores de máscaras doradas chirriaron para mostrar que estaba en lo cierto. Sus navegante encapuchado, con todos los sentidos concentrados en un lugar muy diferente, no dijo nada.

—Tengo que hacer una pregunta —dijo Inshabel en voz alta. Estaba sentado en un puesto secundario de navegación, revisando los mapas estelares—. ¿Por qué a Cinchare? Es un mundo minero en el borde del Segmentum, casi una Estrella de Halo. Pensé que intentaríamos localizar a Quixos.

—No tiene sentido.

—¿Qué? —exclamaron Maxilla e Inshabel casi al mismo tiempo.

Me senté en una silla de cuero almohadillado.

—¿Par a qué deberíamos esforzarnos en encontrar a Quixos si nos matará de un solo golpe casi con toda seguridad? Apenas hemos logrado sobrevivir a nuestros encuentros individuales con dos de sus demonios. No poseemos la fuerza necesaria para combatir contra él.

—¿Y entonces? —me preguntó Inshabel.

—Entonces, lo primero que hacemos es encontrar la fuerza que necesitamos. Prepararnos. Armarnos. Organizamos para enfrentarnos a uno de los males más poderosos del Imperio.

—¿Y para eso tenemos que ir hasta Cinchare? —susurró Inshabel.

—Cinchare sólo es el comienzo, Nathun —le dije—. Confía en mí.

Diecisiete

Estrella errante
El doctor Savine, Cora y el señor Horn
En el anexo

Incluso a toda máquina, el Essene tardó treinta semanas en llegar a Cinchare.

Es cierto que tomamos una ruta indirecta para evitar un encuentro con las fuerzas del Imperio, pero lo odiaba. Por una vez, odié los subterfugios.

Nos enteramos indirectamente de que habían descubierto mi fuga de Cadia cuando ya llevábamos unas cuantas semanas de viaje. La Inquisición, y las demás organizaciones del Imperio, me perseguían. Me habían declarado formalmente Hereje y Extremis Diabolus. Lord Rorken había ratificado finalmente la carta de Osma.

Me había convertido en lo que nunca había sido antes: en un fugitivo, un renegado. Y, al ayudarme, mis camaradas también se habían convertido en un grupo de fugitivos.

Pasamos algunos apuros. Al repostar en Mallid, un buque de guerra sin identificar nos descubrió y nos persiguió hasta que lo perdimos en el empíreo. En Avignor, una escuadra de naves de guerra de la Eclesiarquía que montaba guardia por toda la frontera de la diócesis intentó abatirnos. Esa vez sólo escapamos gracias al excelente manejo de la nave que tenía Maxilla y a la habilidad táctica de Medea.

En Trexia Beta, Nayl y Fisching se toparon con un grupo de perseguidores arbites mientras intentaban contratar a un astrotelépata. Nunca me confesaron a cuántos se habían visto obligados a matar, pero los vi abatidos durante semanas.

En Anemae Gulfward, Bequin consiguió obtener los servicios de una astrotelépata, una mujer enfermiza que se llamaba Tasaera Ungish. Cuando Ungish se enteró de quién era yo, suplicó que la devolvieran a su recóndito mundo. Costó mucho tiempo convencerla de que no corría peligro conmigo. Al final tuve que abrirle mi mente.

En la estrella de Oet, el inquisidor Frontalle nos descubrió durante una parada de abastecimiento. Tal y como me ocurrió con Riggre y con los pilotos cadianos, siempre me atormentarán esas muertes necesarias. Intenté razonar con Frontalle, lo intenté con todas mis fuerzas. Era un jovencito que creía que atraparme sería la llave que le abriría el camino a una prometedora carrera. No había dejado de llamarme «Eisenhorn, el hereje»... Ésas fueron precisamente las últimas palabras que salieron de sus labios cuando lo lancé al intercambiador de calor geotérmico.

Desde Trexia Beta en adelante no dejamos de oír el persistente rumor de que una escuadra de eliminación de los Caballeros Grises del Ordo Malleus nos estaba dando caza. Y también el capítulo de los Guardianes de la Muerte del Ordo Xenus.

Le recé al Dios Emperador para que pudiera llevar a cabo mi misión antes de que las fuerzas de los justos me alcanzaran. Y también le rogué para que mis amigos fueran perdonados.

Entre esas huidas sólo se sucedían largas y lentas semanas en las profundidades de la disformidad. Distraje mi tiempo con el estudio, y ejercitando las armas con Nayl, Fischig o Medea. Y luché para recobrar la salud. La Carnificina me había convertido en un despojo, tanto en cuerpo como en alma. No recuperaba el peso que había perdido a pesar de los copiosos banquetes que organizaba Maxilla.

Me notaba lento: lento con la espada, lento con los pies, lento y torpe con la pistola.

Hasta era lento de pensamiento. Empezaba a temer que Osma me hubiera quebrado.

Tasaera Ungish era una parapléjica que ya pasaba de los cincuenta. Los arduos rituales de la disformidad la habían dejado destrozada del todo, aunque no consumida, y condenada a una vida de ayudante de telépata en las dependencias de las clases de Anemae Gulfward. Un exoesqueleto potenciador sustentaba su cuerpo maltrecho. Creo que debió de ser guapa de joven, pero en aquella época tenía el rostro demacrado y el cabello ralo allá donde se alojaban las clavijas de implante.

—¿Otra vez, hereje? —me inquirió mientras me dirigía a sus aposentos. Sería la vigésima semana de viaje.

—Me gustaría que no me llamaras eso —le respondí.

—Es una estrategia defensiva como cualquier otra —ronroneó—. Bequin, esa mujer que venía de tu parte, me estafó: me hizo abandonar la

vida que tenía asegurada en Anemae Gulfward para convertirme en parte de la cruzada privada de un hereje.

—¿Vida asegurada, Ungish? Un final aciago más bien. Habrías muerto en seis meses más por la tensión del tráfico que te hacían procesar.

Chasqueó la lengua con desaprobación, y el chasis potenciador rechinó mientras servía dos vasos de amasec. El suyo estaba combinado con aumentadores de sabor, y toda la habitación apestaba a hoja de lho. Yo sabía de los sufrimientos que ella tenía que padecer y de su dolor constante, que combatía con todo lo que le caía en las manos.

—Morir y ser enterrada en Anemae Gulfward en seis meses... o agonizar y morir a tu servicio.

—No es eso —le dije mientras negaba con la cabeza y cogía el vaso que me tendía.

—¿Ah, no?

—No. Te he dejado que me leyeras la mente. Ya conoces la pureza de mi causa.

—Puede —frunció el ceño. La mujer estaba teniendo problemas para manipular su vaso. Los mecadendritos que controlaban la mano derecha eran lentos y anticuados.

Me apartó con un gesto de la mano cuando intenté ayudarla.

—¿Puedes? —le pregunté.

Se bebió un trago más que generoso y luego se colocó una varita de lho entres sus arrugados labios.

—Te he leído la mente, hereje, y no estás tan limpio como te crees.

—¿No? —me senté en el diván.

Encendió la varita de lho y, con un suspiro, exhaló una gran bocanada de humo narcótico.

—Ah, no me hagas caso. Sólo soy una psíquica acabada que habla demasiado.

—Me interesa. ¿Qué es lo que viste?

Su exoesqueleto emitió suaves chirridos mientras la llevaba al otro diván, y el sistema hidráulico siseó cuando la bajó hasta el asiento. Tomó otra intensa bocanada.

—Perdón —me dijo—. ¿Quieres uno?

Negué con la cabeza.

—He servido a los Astrotelépatas toda la vida, tal y como suena, ya fuera como parte de un gremio o como mercenaria, como ahora. Cuando

esa mujer tuya me vino a ver con una oferta de trabajo y dinero contante y sonante, los acepté. Pero ahora... Oh, por...

—Se supone que los Astrotelépatas deben ser neutrales —la atajé.

—Se supone que los Astrotelépatas deben servir al Emperador, hereje —me respondió.

—¿Y qué es lo que has visto en mi mente? —le pregunté tajante.

—Mucho, demasiado —me contestó mientras exhalaba un magnífico anillo de humo.

—Dímelo.

Negó con la cabeza o, más bien supuse, que ése era el significado que debería de darle al siseante gesto que hizo con el receptáculo de la cabeza.

—Supongo que tendría que estarte agradecida. Me sacaste de una muerte en vida para meterme en esta... aventura.

—No es preciso que me estés agradecida —le dije.

—Morir y ser enterrada en Anemae Gulfward en seis meses... o agonizar y morir a tu servicio —repitió para sí.

—No tiene por qué ser así.

—Pero lo será —me contestó tras exhalar otra rosca de humo—. Lo he visto, tan claro como el agua.

—¿Ah, sí?

—Sí, muchas veces: voy a morir por tu culpa, hereje.

Ungish era terca y derrotista. Yo sabía que había visto cosas de las que no me hablaría. Finalmente, dejé de preguntarle. Nos reuníamos cada pocos días, y me capturaba psicométricamente imágenes de la mente. Los megalitos cadianos, Cherubael, Prophaniti y los ornamentos que éste llevaba.

Cuando llegamos a Cinchare tenía un puñado de fotografías psicométricas y, gracias a la contrahecha astrotelépata, una lúgubre intuición del futuro.

Cinchare, una roca de minerales que orbitaba en torno a una estrella errante.

Azotado por las tormentas gravitatorias, el sistema de Cinchare vaga sin rumbo entre los márgenes de las Estrellas del Halo y la frontera con el espacio del Imperio. Hacía diez mil años había sido vecino de 3458 Dornal, y había tenido hasta nueve planetas y un cinturón de asteroides. Cuando por fin lo encontramos, daba tumbos por los sistemas de Pymbyle, el mayor y el menor, y había sufrido dos graves colisiones cósmicas. Por

entonces ya sólo tenía seis planetas y radiantes láminas de cinturones de asteroides. La estrella errante de Cinchare estaba atrapada en una danza embriagada con Pymbile Menor, un juego de coqueteos gravitacionales que tardaría otro millón de años en resolverse.

El propio Cinchare, o mejor dicho, el sistema/planeta errante Cinchare cuatro XI8IB, era una pepita azul de roca que se contoneaba en una órbita casi de doble lazo alrededor de estrellas a punto de colisionar, siguiendo los caprichos de los impactos de sus pozos de gravedad.

Rico en metales ultra raros, incluyendo el ancylito y el foridno, había sido un puerto de pillaje minero desde que se tuvo noticia de él.

—No hay naves de vigilancia. Por no hablar de boyas de guía —dijo Maxilla mientras seguía el rumbo que le marcaban los sistemas del Essene —. Tengo marcado un punto habitable: la colonia minera, supongo.

—Estaciona en órbita —le dije—. Medea, prepara el cúter para despegar. Aemos, te vienes conmigo.

—¡Guau! —mascculló Medea mientras aferraba entre sus manos llenas de circuitos los biosensores de la horquilla del timón del cúter. Otra fuerte ráfaga había sacudido a la nave.

—Hay corrientes de gravedad por todos lados. No dejo de dar con turbulencias y puntos antitroyanos.

—No me extraña —murmuró Aemos mientras se colocaba cuidadosamente en un asiento del puente y se conectaba el arnés de sujeción por el regazo—. La estrella errante y su rebaño de planetas deben de haber puesto patas arriba a este sistema.

—Mmmh... —dijo Medea despreocupadamente mientras hacía cabecear y girar sobre sí mismo al cúter para evitar un asteroide negro y mellado que se nos había cruzado en el camino. La ruta de aproximación a Cinchare no era más que un campo de desperdicios lleno de materia rocosa y escoria de colisiones que se arremolinaban por doquier trazando órbitas tan complejas como exóticas. Partes de este campo habían formado sistemas de anillos alrededor de Cinchare, pero hasta éstos se encontraban retorcidos y deformados por los choques de gravedad. El espacio que nos rodeaba estaba lleno de una reluciente neblina dorada allá donde la luz de las estrellas recorría bancos de polvo y arena microscópica. Los escudos del cúter podían encargarse de casi todas las rocas más grandes que se arremolinaban a nuestro alrededor, pero algunas de ellas eran gigantescas y hacía falta realizar maniobras evasivas para esquivarlas.

A través de aquella luz de oro en polvo empezamos a ver a Cinchare con mayor claridad: un objeto irregular, que destellaba en azul y giraba rápidamente sobre un eje desplazado a golpes. Estaba medio en sombras, y los picos de las montañas de minerales soltaban destellos previos al amanecer a medida que atrapaban los primeros rayos que les llegaba del terminador de la luz diurna.

—Cuanto más nos acerquemos al cuerpo, peores serán las perturbaciones gravitatorias —pensó Aemos en voz alta.

Medea no necesitaba aquella advertencia. Hasta yo sabía que un cuerpo irregular, y sobre todo si estaba compuesto de materias de diversas densidades, experimentaría desajustes en el espacio cercano debido a las anomalías de los efectos gravitacionales. Creo que Aemos sólo estaba hablando para sí, para distraer su mente de otras cosas.

Medea ladeó la nave para rodear las colas llameantes de tres meteoritos y acabar en lo que parecía una caída por atracción de una gran gravedad. La superficie de Cinchare, una extensión fría, acribillada y cambiante, se acercó a toda velocidad para encontrarse con nosotros y llenó todas las troneras principales. Las alarmas de descenso y de aproximación empezaron a sonar y Medea las hizo callar con dos tortazos de impaciencia. La nave se enderezó un poco.

—Los aerofaros de la instalación minera acaban de despertarse —dijo Medea carraspeando—. Tengo un saludo telemétrico prebloqueo: piden una identificación.

—Dásela.

Medea activó el transpondedor del cúter y emitió una onda pulsante con la identificación de nuestra nave. Era uno de los patrones de disfraz que almacenábamos en el codificador para las operaciones encubiertas, una delicada obra de falsificación diseñada por Medea y Maxilla. Según la firma que llevaba, éramos un equipo de investigación de la Real Scholam Geologicus de Mendalin.

—Nos dan pista libre para aterrizar —informó Medea mientras salvaba cuidadosamente otro rebufo de turbulencia gravitatoria—. Han activado el corredor de guía.

—¿Ha habido contacto por vox?

—Podría estar todo mecanizado —respondió mientras negaba con la cabeza.

—Vamos allá.

Mina Cinchare era un puñado de viejas instalaciones mineras que cubrían el cono solevantado del antiguo impacto de un meteorito. El vuelo de aproximación se hacía por una torrentera del borde del cráter. A primera vista, los edificios parecían burdos, como si estuvieran toscamente tallados en la piedra azul y no los hubieran terminado, pero rápidamente me di cuenta de que eran las estructuras modulares típicas del Imperio llenas de incrustaciones de polvo azul y gipnita. Hasta donde registraban los anales, Mina Cinchare había estado allí durante novecientos años.

Nos posamos en un solar de tierra endurecida rodeado de balizas que parpadeaban a intervalos. Los retrorreactores soltaron un halo arremolinado de restos de aluvión a un cielo sin aire. Tras una breve espera, desde las sombras de un hangar de amarre emergieron a la dura luz de las estrellas dos servidores monotarea. Esas unidades pesadas sobre orugas sujetaron con abrazaderas el extremo de nuestra proa y nos remolcaron, silenciosas, al hangar.

Era un sitio lúgubre de metal desnudo y sucio y equipo de estiba. Dos maltrechas cápsulas de prospección reposaban en las bahías de amarre y, a lo lejos, en la penumbra, había una lanzadera de carga que había visto mejores tiempos.

Las puertas del hangar se cerraron tras nosotros y las luces de peligro del muelle de amarre pasaron del ámbar al verde cuando se restableció la atmósfera. Aparte de los servidores, no había señal de vida.

—Los sistemas del cúter muestran luz verde en las condiciones exteriores— dijo Medea girándose en el asiento y levantándose.

—¿Listos?

—Claro —respondió Medea.

Se había cambiado su típico traje de piloto glaviano, con la chaquetilla color cereza, por un mugriento mono de piloto, mucho más anónimo. Pesado, de color marrón claro y muy trajinado, tal prenda era en verdad el forro acolchado de un traje de vacío blindado. La superficie estaba recubierta de ojales, encajes y remaches conectores donde los segmentos de la armadura se cerraban entre sí, y tenía zócalos umbilicales en el pecho. Medea se había quitado el perno del casco y dejaba que el pesado collarín colgara abierto. Llevaba guantes de trabajo y botas militares reforzadas de acero, y se había recogido el cabello con una gorra con visera que llevaba el águila imperial en la frente.

Aemos había ajustado la configuración hidráulica de su exoesqueleto potenciador para que lo sostuviera en la postura más recta y rígida posible. Con una larga túnica con capucha de tela negra, un sombrero blanco marfil y un bastón de datos tallado, parecía de pies a cabeza un distinguido académico de la scholam.

Yo eliminé cualquier vestigio de mi atavío inquisitorial. Me puse pantalones de piel, unas largas botas con hebillas, el chaleco de una vieja armadura antifragmentación con refuerzos de sucias placas de ceramita, y una mascarilla antigás que me cubría toda la cara y tenía los cristales de los ojos teñidos y que parecía, más que nada, una calavera gruñente. Nayl me había dejado una unidad rastreadora de movimiento, que me até con cinchas en el hombro derecho, y una pistola láser, pesada y compacta, que me colgué de una sobaquera, debajo del chaleco. Una escopeta de combate de corredera descansaba en una funda que me pendía entre los omóplatos, y llevaba cruzada en el pecho una canana con cartuchos para ésta. Parecía, y me sentía, como un matón a sueldo... Que era precisamente de lo que se trataba.

Medea abrió la compuerta con un chasquido, y bajamos al hangar.

Hacía frío, y el aire estaba reseco por la excesiva cantidad de fregados automáticos. Extraños ruidos mecánicos sonaban esporádicamente en la lejanía. Unos servidores achaparrados y de poca monta se afanaban en parchear las vísceras mecánicas que la antigua lanzadera tenía al aire.

Subimos ruidosamente por las escaleras de rejillas hasta llegar a la compuerta que daba al interior. Estaba marcada con un bajorrelieve con el símbolo de los Adeptus Mechanicus, y una señal esmaltada que había debajo anunciaba que el tecnosacerdocio era la autoridad suprema de Mina Cinchare.

La pesada compuerta chirrió al retroceder en sus jambas, revelando un sombrío túnel de preparación lleno de trajes de vacío desocupados y colgados de sus perchas que se movían con la brisa. Más allá, se veía una húmeda sala de depuración, un despacho a oscuras, con un candado puesto en la puerta, y una cámara de prospección vacía, con una mesa de planos desconectada.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Medea.

Seguimos los pasillos resonantes por todo el complejo. El equipo de minería sucio y manoseado se encontraba esparcido por el suelo o

amontonado en los rincones. Una pequeña estación de primeros auxilios había sido despojada de todo el material quirúrgico y estaba abarrotada de pilas de cajas de pescado en salmuera. Una habitación lateral estaba vacía, a excepción de un centenar de botellas de vino rotas. Un congelador empotrado y fuera de uso exudaba la peste típica a comida podrida por la puerta abierta. El agua salpicaba desde los techos, altos y oscuros, de algunas bóvedas. Las cadenas de los montacargas se balanceaban por encima de nuestras cabezas. Unas brisas frías y secas se apoderaban a ráfagas de las habitaciones.

Cuando los altavoces retumbaron, todos nos sobresaltamos.

—¡Minería Imperial! ¡Cambio de turno en quince minutos! La voz era una grabación. Nadie se movió como repuesta a ella.

—Esto es muy inquietante —murmuró Aemos—. Según los archivos imperiales, Mina Cinchare es una empresa activa. Minería Imperial tiene una plantilla de trabajo de novecientas personas en las minas para la fundición, y Ortog Promethium otras setecientas en las canteras de gipnita. Por no mencionar a los buscadores independientes, a los trabajadores auxiliares, a los de seguridad y al personal de los Adeptus. Se supone que Mina Cinchare tiene una población de cerca de tres mil personas.

Habíamos llegado a una vía de comunicación importante, una amplia calle iluminada por lámparas que colgaban del techo, muchas de las cuales estaban rotas. Las tiendas y los bares abandonados se alineaban a ambos lados de la misma.

—Vamos a echar un vistazo —propuse.

Nos desplegamos. Caminé hasta el extremo norte de la avenida alfombrada de basura y encontré unos escalones que llevaban hasta una plaza espaciosa llena de más tiendas y negocios vacíos.

Oí el zumbido de un motor eléctrico que pasaba por abajo y que se movía hacia la izquierda, y lo seguí. A la vuelta de la esquina de una cantina tapada con maderos, un vehículo abierto y de ruedas gruesas estaba parado frente a la descuidada entrada de un registro de concesiones. Entré. El suelo estaba cubierto de papeles amarillentos y placas de datos. Una avalancha de cajas de raciones usadas y enmohecidas caía de una puerta lateral y cubría la habitación de los archivos.

El detector de movimiento de Nayl saltó con un clic y zumbó. Proyectó la pantalla en el interior de la lente derecha de mi mascarilla: movimiento en el despacho de atrás, a ocho metros.

Me asomé por la puerta y miré a hurtadillas, con la mano en la empuñadura del láser enfundado.

Un hombre larguirucho enfundado en un mono mugriento estaba agachado, de espaldas a mí, revolviendo en un armarito en el suelo.

—¿Hola?—le dije.

Pegó tal bote que casi tocó el techo, se volvió y se levantó con el mismo movimiento frenético, y luego cayó de espaldas contra una hilera de taquillas metálicas. Su cara, larga y desgarbada, estaba blanca de miedo. Levantó las manos.

—¡Oh, mierda! ¡Por el amor de Dios Emperador! Oh, por favor... por favor...

—Tranquilo —le dije.

—¿Quién eres? Oh, mierda, no me hagas daño.

—No pienso hacértelo. Soy Horn. ¿Y tú quién eres?

—Bandelbi... Fyn Bandelbi... Superintendente minero de segunda clase de Ortog Promethium... Mierda, no me hagas daño.

—Te he dicho que no pienso hacértelo —le repetí con firmeza. Al menos la deshilachada etiqueta identificativa que llevaba en el peto del pantalón coincidía con lo que había dicho:

«BANDELBI, F. SUPER-12a. O.P.».

—Baja las manos —le dije—. ¿Por qué crees que te voy a hacer daño?

Hizo lo que le había dicho y se encogió de hombros.

—No... Un tipo como... No lo sé... —Recobró un poco la compostura y me miró con los ojos entrecerrados—. ¿De dónde sales? —me preguntó. Era un tipo feúcho, chupado de cara, con el cabello grasiento y despeinado, y una barba incipiente. A un lado de la garganta tenía la marca rosada de un antojo.

—De fuera de la roca, acabo de llegar. Me preguntaba por qué no había nadie por aquí.

—Se han ido todos.

—¿Cómo que se han ido?

—Sí, se han ido. Evacuados, en naves. Por culpa de las gravs.

—¿Las gravs?

No sé si pensaba contestarme, pero el rastreador de movimiento parpadeó de repente, una de mis lentes se encendió con una alerta y me volví rápidamente para encontrarme con un hombre que estaba de pie en la

entrada del registro. Era un tipo grande de piel oscura y barba y cabello canos y enmarañados. Me apuntaba a la cara con la pistola automática que tenía en la mano.

—Poco a poco —me dijo—. Suelta las armas y quítate la mascarilla.

—¿Qué pasa? A ver, ¿quién manda aquí? —exigió saber una voz desde fuera. Se trataba de Aemos.

El hombre con la pistola echó un vistazo al exterior y luego me hizo un gesto con la mano para que caminase delante de él. Aemos, con una pose de mandatario muy soberbio y arrogante, estaba en la calle, tras el vehículo aparcado.

—¿Y bien? Soy el doctor Savine de la Real Scholam Geologicus de Mendalin. ¿Así es como Mina Cinchare trata a sus invitados?

Yo estaba impresionado. Su voz tenía un tono de autoridad indignada. Aemos poseía un talento para ser actor que nunca habría imaginado en él.

—A ver, los papeles —inquirió el hombre de la pistola, que seguía cubriéndose conmigo. Bandelbi había aparecido y observaba atentamente el enfrentamiento.

—Por supuesto —espetó Aemos —. Se los enseñaré a cualquiera que tenga algo de autoridad.

El hombre de la pistola se metió la mano que tenía libre por el cuello de su cota de malla reforzada y sacó una placa de plata bruñida que le pendía de una cadena.

—Alguacil Kaleil, del Servicio de Seguridad de Mina Cinchare. Soy la única autoridad que encontrará por aquí.

Aemos chasqueó la lengua en señal de desaprobación y dio unos golpes con el bastón de datos sobre el pavimento de rocacemento. El pomo del bastón emitió una serie de clics al girar, y proyectó un pequeño holograma en el aire por encima de él: todos los detalles sobre la identidad de Aemos, el sello de la Real Scholam Geologicus y un holograma tridimensional de la cabeza de mi compañero.

—Vale, doctor —asintió Kaleil. Hizo un gesto hacia mí con la pistola —. ¿Y este majadero, qué?

—¿Cree usted que vendría a esta roca perdida de la mano de Dios Emperador sin un guardaespaldas? Este «majadero» es el señor Horn.

—Este majadero le estaba apretando las tuercas a mi amigo Bandelbi.

—¡Se lo he dicho mil veces, Horn! —Aemos me miró con severidad —. ¡Maldita sea! Ya no está en las guerras de bandas de Mordia. —Se

volvió hacia Kaleil—. Es que se entusiasma un poco. Una dosis de estimulantes de testosterona de más en algún momento de su formación, o algo por el estilo. Pero necesitaba músculos, no cerebro, y me salía más barato que un cibermastín.

«Da gracias por no ver la cara que pongo debajo de la mascarilla, viejo amigo», pensé.

—Vale, pero sujételo bien —le respondió Kaleil mientras enfundaba el arma—. Vamos a la oficina de seguridad y podrán explicarme qué diablos hacen aquí.

—Y usted podrá explicarme dónde diablos está la gente —le respondió Aemos.

Kaleil asintió y nos hizo un gesto con la mano para que le siguiéramos calle abajo.

—¿Así que no es necesario que le reviente la cabeza a nadie, doctor Savine? —dijo una voz.

Kaleil y Bandelbi se quedaron helados. Medea surgió de su escondite tras una compuerta al otro lado de la calle, con la pistola de agujas glaviana empuñada con ambas manos y apuntada sin el menor temblor hacia la cabeza de Kaleil.

—¡Mierda! —exclamó Bandelbi.

—Mi piloto —dijo Aemos sin inmutarse. Agitó la mano a un lado y al otro en dirección a Medea—. No, Cora. Ahora aquí todos somos amigos.

Medea sonrió aviesamente y le guiñó un ojo a Kaleil mientras hacía desaparecer el arma debajo del mono de piloto.

—Te pillé con la guardia baja, alguacil Kaleil.

El hombre le dedicó una mirada asesina y nos condujo a la comisaría.

La comisaría se encontraba en la segunda planta de un edificio redondo, en la esquina de una plaza desierta. Una barandilla a la altura de la cadera rodeaba la oficina y, más allá de ésta, había unas ventanas inclinadas hacia dentro que permitían tener una amplia vista de la zona de la plaza que había abajo. Kaleil pulsó un mando en la pared que reducía el oscurecimiento de las lunas e hizo que la habitación estuviera un poco más iluminada.

Había varios asientos dispuestos en torno a una estación de trabajo central y circular, sobre la que relucía una holopantalla. Numerosas bolsitas de raciones vacías y botellas de cerveza abarrotaban la superficie de la estación de trabajo, y varias notas y memorandos escritos a mano

habían sido pegados a lo largo de los cantos de la consola. En torno a la habitación había divanes y sofás con la tapicería rasgada y cubiertos de montones de desperdicios. Una puerta trasera llevaba a la armería y a una sala de guardia. El aire era húmedo y olía a sudor y a ropa sucia.

Kaleil se quitó su cota reforzada y la tiró encima de un sofá. Llevaba un chaleco mugriento que mostraba su físico y los tatuajes de la Guardia Imperial que tenía en la parte superior de los brazos.

La placa de agente le colgaba encima del pecho como la medalla de un atleta.

—Tráeles refrescos —le dijo a Bandelbi. El minero empezó a menear una por una las botellas que había en la cubierta de la estación de trabajo para ver si había alguna que aún tuviera algo.

—De los frescos —le reprendió Kaleil—. Estoy seguro de que el doctor preferirá algo más ligero...o más fuerte.

—Amasec, si tiene —le dijo Aemos.

—Por mí, la cerveza está bien —añadió Medea con una sonrisa mientras se dejaba caer en un diván y cruzaba las piernas bajo ella.

—Nada —rechacé moviendo la cabeza. Bandelbi se fue.

Kaleil se sentó al revés en una de las sillas de la estación de trabajo, con el respaldo por delante, de manera que pudiera cruzar los brazos encima de éste.

—Vale, doctor. ¿Qué tiene que contarme?

—Estoy al frente del departamento de metalurgia de la Real Scholam. ¿Conoce Mendalin?

—Nunca he estado allí —respondió Kaleil meneando la cabeza.

—Es un buen mundo, un mundo noble, famoso por su academia. —Aemos se sentó delicadamente al lado de Medea.

Permanecí de pie, frente al ventanal. Estaba seguro de que Kaleil no me quitaba el ojo de encima.

—Estamos metidos en un programa de veinte años, encargado por el mismísimo archiduque Frederik, para investigar las cualidades de transición interior de los metales más raros para... Bueno, en verdad las aplicaciones de ello son confidenciales, pero los resultados podrían mejorar la salubridad industrial en los patios de máquinas de Mendalin. El archiduque es un gran aficionado a la metalurgia. De hecho, es el mecenas de la Real Scholam.

—¡Qué casualidad! —murmuró Kaleil.

—El foridno es uno de los metales que cubre nuestro programa. Y este planetoide es la fuente de éste que tenemos más cerca. El Administratum ha tenido la amabilidad de concederme un pase para visitar Cinchare y obtener muestras, y tengo cartas del Lord Director de Minería Imperial para inspeccionar los trabajos con el foridno. ¿Quiere verlas?

Kaleil hizo como si las apartara con la mano.

—También espero reunirme con los tecnosacerdotes destinados aquí para departir sobre el conocimiento que tengan de las propiedades de esta preciosa sustancia.

—¿Así que es un viaje de reconocimiento?

—Una misión de investigación, más bien —le matizó Aemos.

Bandelbi volvió con tres cervezas y una copa esmaltada. Las llevaba en la abollada puerta de una taquilla a guisa de bandeja.

—No es demasiado bueno —le dijo a Aemos mientras le ofrecía la copa —, sólo es una ración de las que dan a la tropa.

Aemos tomó un sorbo sin hacerle el menor asco.

—Recio, pero reconfortante —declaró.

Kaleil cogió una botella y entonces bebió un trago directamente a morro.

—Me temo que ha hecho un viaje inútil —le dijo—. Sólo el Emperador sabe a qué jugaban los de Minería Imperial cuando le dieron esas cartas. Ya debían de saber que su gente se había retirado.

—Explícate —le dije.

Kaleil me miró de reojo.

—En esta roca se ha excavado sin descanso desde hace nueve siglos. Es un trabajo peligroso, pero la recompensa es grande. Como ha dicho, Cinchare es un rico filón de muchos metales muy difíciles de encontrar.

Bebió otro trago de la botella.

—Durante los últimos veinte años las autoridades de aquí empezaron a estar preocupadas por las condiciones de trabajo, las distorsiones de gravedad: Cinchare se acerca cada vez más a los campos gravitacionales de Pymbyle. Se calculaba que el lugar sería inhabitable en otros ochenta o noventa años. Minería Imperial y Ortog intensificaron los trabajos para llevarse todo lo que pudieran antes de que Cinchare pasara a una envoltura gravitatoria que lo haría inalcanzable durante los milenios siguientes. Los mineros independientes también... vinieron como moscas. La vieja fiebre del mineral volvió durante los últimos años.

—¿Y qué pasó? —le preguntó Medea.

—Las gravs —dijo Bandelbi, que se estaba haciendo sitio en uno de los divanes atiborrados de papeles. Levantó la mirada y vio que Medea alzaba una ceja con curiosidad.

—El mal de la gravedad... —dijo por fin como respuesta a la pregunta que había quedado en el aire. El hombre se rascó nervioso el antojo del cuello. No había dejado de dirigirle miraditas a la que probablemente fuera la primera mujer que había visto en mucho tiempo. Kaleil mantenía mejor la compostura.

—El mal de la gravedad —prosiguió Bandelbi—. Trastornos de peso, dolor de cabeza, las gravs... ya sabes.

—Gravitistesia crónica, también conocida como el síndrome de Mazbur. Un desorden progresivo causado por el flujo gravitacional anómalo. Sus síntomas incluyen paranoia, pérdida de coordinación, brotes de ansiedad o enajenación, pérdida de memoria, alucinaciones y, en casos extremos, arrebatos homicidas. Este estado suele ir acompañado de miastenia grave, osteocondritis, osteoporosis, escoliosis y leucemia —terminó Aemos.

—Yo creía que era un doctor en metales, no un médico —dijo Kaleil con los ojos como platos.

—Y así es. Pero la gravedad, ese poder invisible, es una parte fundamental en la vida de todos los elementos. Por ello me interesa.

—Ya, bueno, a lo que íbamos... Las predicciones decían que, en noventa años, Cinchare sería inviable debido a la gravedad, pero el cuerpo humano es más débil que una veta de mineral. Las gravs aparecieron por primera vez hará unos dos años. Los obreros empezaron a caer enfermos y hubo algunos casos de violencia y locura. Entonces nos dimos cuenta de lo que estaba pasando. Los de Minería Imperial se retiraron hace nueve meses; los de Ortog, hace siete.

—Es irónico —dijo Aemos—. Cinchare es rico en minerales precisamente debido a las raras gravedades a las que se ha visto sometido durante los mil millones de años que tiene de vida. Los elementos se han transmutado y recolocado aquí de maneras que pueden ser únicas. Cinchare es una preciosa piedra filosofal, amigos míos, ¡el sueño de un alquimista! Y ahora la humanidad no puede beneficiarse de sus dones precisamente por la misma razón por la que éstos se dieron en un principio.

—Sí, doctor. Irónico, eso —dijo Bandelbi mientras se apuraba de un trago la cerveza.

—Lo que no explica por qué estáis aquí —dije.

—Dotación de mantenimiento —respondió Kaleil con un tono que sugería que ello no era de mi incumbencia—. Los Adeptus Mechanicus también fueron evacuados, hará unos tres meses, pero uno de ellos se quedó aquí. Está embarcado en una especie de investigación de vital importancia que debía terminarse. Y a nosotros nos ordenaron que nos quedásemos con él hasta que la acabara.

Me volví y miré por las ventanas de la comisaría. La plaza estaba vacía, a excepción de la basura.

—¿Y cuántos significa «nosotros», alguacil?

—Una dotación de veinte. Yo estoy a cargo de ella. Todos voluntarios.

—Los tecnoseñores nos prometieron paga triple —le dijo Bandelbi a Medea, a todas luces tratando de impresionarla.

—¡Caray! —sonrió ella.

—¿Y dónde están los demás, los dieciocho restantes? —insistí.

Kaleil se levantó de la silla y arrojó la botella vacía a una papelera repleta que había en un rincón. Aquélla rebotó y se rompió en el suelo.

—Por allí. Este sitio es muy grande. Lo que veis es sólo la punta. Es como... ¿cómo se llaman esos trozos de agua helada que flotan por el mar de algunos planetas?

—¿Un iceberg? —sugirió Medea.

—Sí, como uno de ésos. El noventa por ciento de Mina Cinchare está en el subsuelo. Es un sitio grande para hacer la puñetera patrulla y hacerle el mantenimiento mínimo.

—¿Y está en contacto vox con el resto de la tripulación en cuadro?

—Estamos en contacto, pero a algunos hace semanas que no los veo.

—Y ese tecnosacerdote, el que se ha quedado... —dijo Aemos—. ¿Dónde está?

—Se fue roca adentro, a los karsts y a las minas. No lo he visto desde hace dos meses.

—¿Y cuándo espera que vuelva? —preguntó Aemos como quien no quiere la cosa.

—Nunca —respondió Kaleil encogiéndose de hombros.

—¿Cómo se llama el tecnosacerdote? —inquirí, volviéndome para mirar directamente a los ojos negros del alguacil.

—Bure —dijo—. ¿Por qué?

—Bueno, eso sí que es un contratiempo —soltó Aemos mientras se levantaba—. Al archiduque le sentará bastante mal. Ha costado mucho tiempo y dinero aventurarse en esta misión. Señor Kaleil... ya que hemos llegado hasta aquí, me gustaría poder hacer lo poco que estuviese en mi mano.

—¿Como qué, doctor?

—¿Conseguir algunas muestras, inspeccionar las instalaciones de foridno y estudiar los filones metalíferos?

—No sé... Se supone que Mina Cinchare ya está cerrada, oficialmente.

—¿En verdad sería pedir demasiado? Estoy seguro de que el Lord Director de Minería Imperial estaría encantado si usted cooperase conmigo. Lo bastante encantado como para ofrecer una gratificación si le doy un informe favorable.

—Eh, eh. ¿De qué hablamos? —preguntó Kaleil con el ceño fruncido.

—Un día para inspeccionar los filones y la base de datos mineralógica, puede que otro día para examinar los archivos de muestras de las prospecciones. Y, bueno... ¿cuánto se tardaría en disponer una visita a las últimas vetas de trabajo de foridno?

—Haré llamar al personal. Puede que dos días, ida y vuelta.

—Eso es... ¡magnífico! Cuatro días en total, y nos iremos.

—Yo no... —empezó Bandelbi.

—¿No te gustaría tenerme por aquí unos días? —le preguntó Medea, leyendo el lenguaje corporal de Bandelbi con tanta precisión como un inquisidor avezado, y mostrando el mismo talento latente para la actuación que Aemos.

—No debería permitirlo —dijo Kaleil—. Este lugar ya está clausurado: órdenes de la compañía. Ni siquiera deberían estar aquí.

—Pero tú estás aquí —señalé.

—Me gano el plus de peligrosidad —respondió.

—Y más que podría ganarse —dijo Aemos—. Le prometo que hablaré en muy buenos términos de su cooperación con el Lord Director de Minería Imperial... y con mis viejos amigos del Adeptus. Recompensarán muy bien a cualquiera que colabore con un servidor del Archiduque.

—Tráeme una cerveza —le pidió Kaleil a Bandelbi. Luego nos miró, acariciándose la barbilla—. Hablaré con el personal, a ver qué opinan.

—Bien, bien —añadió Aemos—. Espero de todo corazón que podamos llegar a un acuerdo. Mientras tanto, necesitaríamos unos aposentos. ¿Les quedan camas libres aquí?

—Cinchare está lleno de camas vacías desde que los peones se fueron —le dijo Bandelbi a Medea con una sonrisa repugnante.

—Búscales un habitáculo —le dijo Kaleil al minero—. Yo me pondré en contacto con el resto de la gente.

—Hay algo que no encaja —dije mientras me sacaba la mascarilla y la tiraba al suelo.

—Estos catres son de lo más acogedor —contestó Aemos mientras se ajustaba la tensión del exoarmazón y se reclinaba en el colchón.

Estábamos en una estancia de descanso y recreo, de ambiente seco y cargado, que no estaría precisamente al alcance de todos los mineros. La luz artificial de la farola de la plaza de afuera entraba sesgada por las persianas entornadas. Bandelbi nos había proporcionado tres catres de metal con colchones que se hundían en ellos y sacos de dormir que olían como si los hubieran usado para colar combustible para motores y basura.

—Siempre has de estar preocupado —dijo Medea mientras se despojaba sin inhibición alguna del mono de piloto y lo apartaba contra un rincón de una patada. Apenas le quedaba nada puesto, aparte de una camiseta, las bragas y la sobaquera, que ya se estaba desabrochando.

Aemos se dio la vuelta y miró para otro lado.

—Preocuparme es mi trabajo. Y basta de desnudarse, que aún no hemos terminado.

Medea me miró, y se volvió a poner la pistolera con una mirada hosca.

—Como ordenes, amo y señor... ¿Qué? ¿Qué es lo que no encaja?

—Aún no sabría decirlo...

—Sí, sí que lo sabes, Gregor —me dijo Aemos.

—Puede que sí.

—Inténtalo.

—Es toda esa historia de las gravs. Aunque las corporaciones se lo tragaran, no es propio de los Adeptas Mechanicus fallar en una predicción. Cualquier cosmólogo sabría que, si Cinchare estaba entrando en una jungla de gravedades, eso sería dañino para los humanos. Lo sabrían con años de antelación. Que el Emperador me proteja, los cuerpos astrales se mueven

con mucha más lentitud, y son mucho más predecibles, que la mente humana.

—Buena observación —dijo Aemos.

—Y seguro que tú ya habías caído en la cuenta de ella —le respondí.

—Sí —me confirmó—. Está claro que Kaleil miente en algo.

—¿Y no crees que hay algo que no encaja, entonces?

—Por supuesto que sí —masculló—, pero estoy cansado.

—¡Levántate! —le dije bruscamente. Él se recostó.

—Por lo menos sabemos que Bure aún está por aquí —le indiqué.

—¿Es ése el tipo que hemos venido a buscar? —preguntó Medea.

—Magos Blure —asentí.

—¿Y cómo llegasteis a conocerlo? ¿A un magos tecnosacerdote?

—Es una vieja historia, querida —le dijo Aemos.

—Tengo tiempo.

—Era un aliado leal de mi maestro, el inquisidor Hapshant, antiguo patrón de Aemos —le respondí para zanjar el tema.

—La llamada del pasado, ¿no? —sonrió.

—Algo así.

—Aun así, es un camino muy laaaargo sólo para venir a charlar y ponerse al día con un viejo amigo —señaló.

—¡Ya basta, Medea! —contesté—. Aún no tienes por qué saber todos los detalles. Y mejor para ti si nunca los sabes.

Me dedicó una pedorreta y empezó a ponerse el mono de piloto otra vez.

—¿Has intentado contactar con el Essene últimamente? —le pregunté.

—Mi vox no tiene suficiente alcance —refunfuñó mientras jugueteaba con la cremallera—. Hay demasiadas distorsiones gravitatorias. Ya contábamos con ello. Podría regresar al cúter y usar el proyector principal.

—Te necesito aquí. Tenemos que conseguir algunas respuestas rápidamente. Quiero que te escabullas con Aemos, vayáis abajo hasta el archivo de la Administratum, y veáis si podéis sacar algo de los bancos de datos, si es que aún funcionan.

—Mientras que tú...

—Me voy al anexo de los Adeptus Mechanicus. Nos encontraremos aquí en tres horas. Buscamos cualquier pista que pueda valemos, pero,

sobre todo, cualquier rastro que haya del paradero de Bure.

Aemos asintió.

—¿Qué hacemos si nos descubren? —preguntó acto seguido.

—Decís que no podíais dormir, que os fuisteis a dar una vuelta y que os perdisteis.

—¿Y si no se lo creen?

—Por eso Medea va contigo —le contesté.

El anexo del tecnosacerdocio se encontraba en el sector occidental del intrincado laberinto de habitáculos presurizados y naves de refinamiento que era Mina Cinchare, a dos kilómetros de la plaza. Al principio, no sabía a dónde iba, pero los túneles y los pasillos de tránsito estaban identificados con señales que contenían números, y letreros en código de símbolos. Y, tras un rato, encontré un gran mapa directorio grabado en metal y atornillado a un pilar junto a un grupo de polvorientas fuentes de agua.

Girar la llave de una de las fuentes no produjo más que un carraspeo seco.

Al acercarme al anexo, las encaladas paredes del túnel aparecían pintadas con rayas de rojo oscuro, y se veían numerosas señales de precaución y aviso en las que se pedía las identidades y los documentos correctos bajo pena de muerte.

Aun así, todo aquel lugar, cubierto por una gruesa capa de polvo y arenilla, estaba vacío y deshabitado.

Al final del túnel de entradas de franjas rojas, unas enormes puertas de adamantita que daban al anexo permanecían abiertas de par en par. Reinaba un silencio fantasmal.

El anexo era una torre colosal de roca labrada, y revestida de acero rojo, que ocupaba una chimenea del cráter que albergaba la colonia minera. Una cúpula de cristal sellado recubría el patio pavimentado que había entre las puertas de entrada y el anexo, el edificio propiamente dicho que se alzaba más allá del cristal hasta la cima de la ladera del cráter. En lo más alto veía la roca azul y el vacío del albedo estelar más lejos. Los meteoros iluminaban a ráfagas el firmamento allá arriba.

La puerta de entrada del anexo era un portal gigantesco más alto que tres hombres subidos uno encima de otro, enmarcado por gruesas columnas dóricas de luculita. Encima de éste me miraba con severidad la

efigie tallada del Dios-Máquina, con los ojos claramente esculpidos de tal manera que llamearan ominosamente con los chorros de fuego que salieran de las tuberías de las minas. Pero en aquel momento estaban apagados y fríos.

Y las puertas de metal bruñido del portal estaban abiertas. Entré. Una fina arenilla cubría el suelo del gran *prothyron*.

Las motas de polvo titilaban en los rayos de luz que lanceaban el enorme vestíbulo a través de las compuertas superiores, cerca de las nervaduras del techo. Ambas paredes estaban recubiertas completamente con paneles de codificadores y matriculadores, todos apagados y sin energía. Unas medialunas de polvo cubrían hasta el último dial y conmutador.

Supe enseguida que era una mala señal. Los tecnosacerdotes apreciaban sus máquinas más que a nadie. Si hubieran evacuado tal y como Kaleil describió, de ninguna manera habrían dejado tal riqueza tecnológica allí... Especialmente cuando cada unidad estaba diseñada para ser desconectada de su zócalo en las paredes de mármol negro.

La cámara que había más allá del *prothyron* era toda una capilla, una catedral consagrada a Dios-Máquina, el Uber-Titán, el amo de Marte. El suelo era de losas de mármol travertino de color crema, tan firmemente encajadas que no se podía pasar ni una hoja de papel entre ellas. La capilla era triabsial con las paredes de una luculita fría y suave, y un techo que se elevaba treinta metros por encima de mi cabeza. Aún había más tesoros tecnológicos dispuestos en seis círculos concéntricos de intrincadas estaciones de trabajo de latón que rodeaban un gigantesco plinto central. Todo allí estaba muerto y sin energía.

Crucé la cámara hacia el plinto, completamente consciente de lo alto que resonaban mis pasos en aquel vacío. La gélida luz de las estrellas brillaba a través de un rosetón en el centro del techo, directamente encima del enorme plinto de granodiorita. La enorme cabeza cercenada de un antiguo titán *Warlord* pendía sobre el plinto, donde la luz astral caía como una gran columna. Me di cuenta de que nada sostenía la cabeza: ni un cable, ni una plataforma, ni un andamio. Simplemente flotaba en el aire.

Cuando me acerqué al plinto, mirando maravillado el rostro del titán, el pelo se me erizó. La estática, o algo por el estilo, electrizaban el aire. Alguna fuerza invisible estaba contenida allí, puede que la gravedad o el magnetismo, pero en cualquier caso estaba muy lejos de mis

conocimientos, y suspendía en el aire las innumerables toneladas de aquel cráneo mecánico. Era un portento silencioso, propio de los tecnosacerdotes. Aun con la energía cortada, sus milagros pervivían.

En una consola de la estación de trabajo, un armazón de bronce lleno de engranajes de hierro, cables plateados y válvulas de cristal, vi un trozo de un cable neuronal con recubrimiento de tela: un extremo estaba conectado en la pantalla, mientras que el otro había sido arrancado y sólo quedaban unos cuantos hilos sueltos. Eso era algo más que un simple caso de alguien que se marcha a toda prisa.

He tenido pocos tratos con los Adeptus Mechanicus a lo largo de mi vida. Se rigen por sus propias reglas, como los Adeptus Astartes, y sólo un loco se interpondría en su camino o los molestaría. Bure, el Magos Geard Bure, había sido mi contacto más cercano con ellos. Sin el sacerdocio de Marte, la tecnología del Imperio se habría marchitado y extinguido; y, sin sus incesantes empresas, no se habrían sumado nuevas maravillas al poder de la humanidad.

Y allí estaba yo, de pie, sin ser invitado ni molestado, en medio de uno de sus sanctasanctórums.

Mi conexión de vox emitió un pitido. Una voz, la de Medea, distorsionada por el flujo de gravedad hasta ser casi irreconocible, dijo:

—Aegis quiere Espina. Por media luz d...

Se cortó.

—Espina atiende a Aegis —dije.

Nada.

—Espina atiende a Aegis.

El vacío, sin susurros.

Nada tampoco. Lo poco que había captado del breve mensaje de Medea me preocupó: «media luz» era una expresión en código Glossia que se podía usar en frases que entrañaban un descubrimiento importante o indicaban un serio aprieto. Pero lo que más me preocupaba era el hecho que se hubiera cortado. Mi respuesta, si es que había llegado a oírla, le había señalado que la transmisión estaba incompleta o no era inteligible.

Esperé un minuto entero; y luego, otro.

Sin mediar aviso, mi vox pitó tres veces en rápida sucesión. Medea había utilizado una clave de emergencia en su transmisor con un código no verbal que indicaba que ella no podía hablar y yo debía estar a la escucha.

Aparté la gruesa capa de polvo de una de las mesas de trabajo apagados y miré el teclado de runas desgastado y los pequeños monitores de grueso cristal convexo, mientras me preguntaba qué secretos podría arrancarle.

Pocos, decidí. Aemos, que, francamente, sabía más de lo que era recomendable saber para la salud de uno, quizá tuviera una oportunidad. Había trabajado muy estrechamente con Bure años antes, y me imaginaba que tendría más experiencia en los arcanos procedimientos de los tecnosacerdotes de lo que le gustaría admitir.

El rastreador de movimiento hizo clic de repente, y me tensé, sacando la pistola láser compacta. La pantalla del seguidor que se proyectaba en mi lente derecha indicaba un movimiento, o contacto, a unos diecisiete pasos a mi izquierda. Pero, en cuanto me volví, ya parpadeaba con más movimientos. Multitud de contactos, por todas partes, que venían tan rápido que se superpusieron y confundieron al rastreador durante un momento. La pantalla de la lente mostró el «00:00:00» por defecto durante un segundo mientras se afanaba en computar los vectores, y luego mostró una apretada columna de coordenadas frente a mi ojo.

Pero, para entonces, ya sabía lo que los sensores habían percibido: todo el sanctasanctórum había cobrado vida.

En rápida sucesión, cada estación de trabajo bostezó y se puso manos a la obra. Los engranajes chirriaron, las válvulas lanzaron destellos, las pantallas se encendieron y los pistones sisearon. Las bombas de gas neumático resollaron y los tubos de mensajes empezaron a brotar y zumbar por toda la red de elegantes cañerías de comunicaciones de latón y cristal que recorrían las consolas y ascendían por las paredes. Varios escritorios proyectaron pequeñas imágenes holográficas por encima de los ejes del hololito: mapas tridimensionales de los estratos, gráficos del espectroscopio, lecturas del sonar y ondas de oscilación. Unos potentes focos dispuestos en la base del plinto iluminaron desde abajo la cabeza flotante del Titán y le dieron a sus facciones una malévola expresión de alivio.

Me agazapé detrás de una de las consolas de trabajo, que vibraba y traqueteaba contra mi espalda. Aquella ajetreada animación, súbita e inexplicable, me asustaba tanto como me alarmaba. Cerca de donde yo estaba, una de las máquinas castañeteaba repetidamente, como una vieja ametralladora en tiro continuo.

La actividad se detuvo de forma tan súbita como había empezado. Las consolas se sumieron en el silencio y las luces desaparecieron. El zumbido de la energía se evaporó en la oscuridad. Los focos del titán se fueron haciendo más tenues hasta que se apagaron. Uno a uno, los hologramas se desvanecieron y los escritorios quedaron en suspenso. El chirrido de los engranajes y de los servos, y el zumbido de las válvulas, bajaron hasta enmudecer.

El último sonido en consumirse fue el estrépito de la que parecía un arma automática. Continuó unos buenos segundos más después de que todo lo demás se hubiera detenido, y luego cesó repentinamente.

La capilla volvió a quedarse tan oscura y tan tranquila como cuando había entrado.

Me puse de pie. No había energía en aquel lugar, ninguna fuente de suministro. ¿Qué había encendido entonces las máquinas? Tenía que haber sido alguna señal del exterior.

Usando un poco de sentido común y mucho de conjeturas, di la vuelta al círculo de maquinaria que tenía más cerca, en busca del artefacto que había castañeteado. Intuí que la candidata más factible era un voluminoso escritorio que parecía tener la función de vox. Pero sus teclas estaban desactivadas cuando las toqué.

Se me ocurrió ponerme de rodillas y ver qué había debajo del escritorio. Había sujeciones, donde debería haber estado colgada una cesta de recogida para guardar las impresiones que salieran. La cesta había desaparecido, pero una hoja impresa se había caído al polvo por debajo del escritorio.

Saqué la hoja de papel continuo de allí. Tenía unos nueve metros de largo y estaba troquelada por los dientes de la impresora en secciones más pequeñas. Resultaba evidente que ese escritorio había estado sacando impresiones durante algún tiempo sin que hubiera nadie allí para recogerlas. Las secciones de la parte de debajo de la bobina ya empezaban a amarillear.

Las miré por encima, pero no me dijeron nada: eran columnas tabuladas de código máquina dispuesto en franjas apretujadas y regulares. Puse el papel cuidadosamente sobre el suelo de mármol travertino y lo lié de forma compacta hasta tener un rollo grueso.

Casi había terminado cuando volvió a pitar mi vox.

—Aegis quiere Espina. Por media luz desengañada, en Administratum de corazón. Escamas caen de ojos. Múltiple, la presa de los cambiantes. Recomendada pauta dedal.

—Recibida pauta dedal. Espina brota de corazón.

Las palabras de Medea me habían dicho todo lo que precisaba saber. Habían encontrado algo en la Administratum y necesitaban que volviese rápidamente. El peligro del Caos acechaba por todas partes. No debía confiar en nadie.

Desenfundé la pistola láser y me embutí el rollo de papel en el cinturón.

Mientras salía a todo correr del anexo y bajaba por el túnel lleno de franjas rojas, empuñé la escopeta de combate por encima del hombro y cargué un cartucho en la recámara.

Dieciocho

Dibujo dedal
Roca adentro
El translitópedo

El Glossia no es tan difícil de entender. Utiliza símbolos subliminales y «palabras clave». No es necesario buscar algo misterioso en ello, porque no lo hay. Ése es el motivo por el que funciona tan bien como código privado. No existe ninguna clase de encriptamiento, al menos, encriptamiento matemático, que pueda calcularse y decodificarse. Es idiomático y es visceral. Es impresionismo verbal. Utiliza los mecanismos incalculables y carentes de reglas de la poesía. Ha habido momentos en los últimos... Bueno, digamos que ha habido momentos a lo largo de mí cada vez más extensa carrera en los que un aliado o un agente me ha enviado un mensaje en Glossia utilizando términos y palabras que nunca antes se habían usado, y aun así, los he entendido.

Es un truco. Se trata de saber cómo utilizar, e improvisar, una jerga común. Por supuesto, existen unas ciertas reglas de construcción y de creación de metáforas, pero el punto fuerte del Glossia es su vaguedad nebulosa. Sus expresiones. Su resonancia. Es muy parecido a la forma de comunicación de los emenoes, que han reemplazado el lenguaje por sutiles cambios en el color de la piel.

Tomemos «Dibujo dedal», por ejemplo.

«Dibujo» indica un comportamiento o una acción. «Dedal» es un calificador, que deja claro el modo o manera de dicha acción. Un dedal es un pequeño objeto de metal que se utiliza para cubrirse la punta del dedo mientras se cose y así protegerlo de los posibles pinchazos con la aguja. No te protegería de, por ejemplo, una bomba nuclear o de una horda de alienígenas. Pero en Glossia, te indica que debes estar al tanto de repentinos ataques por emboscadas y similares. También es discreto y nada llamativo.

Así que, de ese modo, discreto y nada llamativo, salí y recorrí los túneles que recorrían Mina Cinchare hasta el officium del Administratum. Caminé en silencio y de forma sigilosa, y mi detector de movimientos y mi escopeta eran mi dedal.

Dibujo dedal. Gideon Ravenor había acuñado aquella frase en concreto, añadiéndola al vocabulario de mi Glossia.

Pensé en Ravenor, solo en su camastro, cubierto por una sábana de plástico allá en Tracian. Mi furia, algo apagada en los meses anteriores, se encendió de nuevo.

Mi detector de movimiento me advirtió que me pusiera a cubierto en un cruce de los túneles de tránsito a medio kilómetro de la plaza. Observé escondido tras un montón de bidones de promethium vacíos cómo dos vehículos eléctricos de transporte pasaban de largo en dirección a la zona de reunión. Bandelbi conducía el que marchaba en cabeza. Con él iban dos mineros, y otros tres en el otro vehículo. Todos ellos mostraban un aspecto sucio y desaseado.

Vi más vehículos en la plaza, aparcados delante de la oficina de seguridad. También vi a un par de tipos con aspecto de trabajadores en la puerta del edificio, fumando cigarrillos de lho con actitud despreocupada.

Me deslicé en silencio por la puerta trasera hasta los habitáculos que nos habían asignado. Aemos y Medea me estaban esperando en la sala de billar de la zona de descanso.

—¿Y bien?

—Hemos estado husmeando en el Administratum —dijo Aemos—. Ni siquiera estaba cerrado con llave.

—Pero luego, todo el sitio comenzó a llenarse de gente de Kaleil, y nos largamos —completó Medea. Ambos tenían un aspecto tenso pero pensativo.

—¿Os vieron?

Ella negó con la cabeza.

—Pero yo desde luego vi a más de veinte tíos. Conté hasta treinta, treinta y cinco al menos.

—¿Qué habéis encontrado?

—Los archivos más recientes no existen o han sido borrados —me explicó Aemos—. No hay nada de los dos últimos meses y medio, ni siquiera un registro de seguridad, algo que se supone debería hacer alguien como Kaleil.

—Es posible que lo esté anotando todo en su oficina de seguridad.

—Si estuviese siguiendo el protocolo oficial, debería haber enviado una copia de forma automática a los archivos centrales. Ya sabes lo pesados que los funcionarios del Administratum se ponen con lo de tenerlos archivos completos.

—¿Qué más?

—Bueno, fue un vistazo muy superficial, no dispusimos de demasiado tiempo... pero fíjate, Kaleil nos dijo que Minería Imperial se marchó hace nueve meses, y que Ortog Promethium dos meses antes. Según los archivos, ambas corporaciones seguían en activo, trabajando y con todo su personal, hace sólo tres meses. No existe ningún registro sobre casos de gravs, ni siquiera informes o memorandos sobre la posibilidad de que casos semejantes pudieran suponer un problema.

—¿Kaleil nos ha mentido?

—En todo lo que nos ha dicho.

—Entonces, ¿dónde está todo el mundo?

Aemos se encogió de hombros.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó Medea.

—Estoy decidido a encontrar a Bure —le contesté—, y aquí está pasando algo que deberíamos...

—Gregor —me murmuró Aemos interrumpiéndome—. Odio tener que ser yo quien te lo diga, pero esto no es asunto tuyo. Aunque sé que ahora mismo eres tan leal al Trono Dorado como siempre lo has sido, en la mayor parte de lo que verdaderamente importa, ya no eres un inquisidor. Tu autoridad ya no es reconocida por el Imperio. Eres un forajido... un forajido con problemas propios más que suficientes como para andar metiéndote a resolver los de aquí.

Creo que esperaba que yo me enfadase. No lo hice.

—Tienes razón... pero no puedo dejar de ser un servidor del Emperador, así, sin más, y no me importa lo que el resto de la humanidad piense de mí. Si puedo hacer el bien aquí, lo haré. No me preocupan ni el reconocimiento ni el permiso oficial de las autoridades correspondientes.

—Ya te dije que eso es lo que diría —le soltó Medea a Aemos con un tono de voz burlón.

—Sí, sí que lo hiciste. Lo hizo —me dijo Aemos mientras se volvía para mirarme.

—Siento ser tan predecible.

—La constancia moral no es algo de lo que uno deba disculparse —recitó Aemos.

Saqué el rollo de papel que había recuperado del anexo y se lo mostré a mi anciano sabio.

—¿Qué puedes sacar de esto?

Les conté lo que me había ocurrido en el sanctum del Dios-Máquina.

Aemos se quedó estudiando la larga hoja de papel durante unos cuantos minutos, mirándola de arriba abajo.

—Existen elementos de este código máquina que no puedo entender. Es una encriptación del Adeptus. Pero, mira... mira a las interrupciones en el texto. Son archivos registrados de transmisiones regulares procedentes del exterior de Mina Cinchare. Cada... seis horas, puntuales hasta en el segundo.

—¿Y los sistemas aletargados del sanctum se despiertan en el momento que llega la transmisión externa?

—Sí, para poder guardarla. ¿Cuánto tiempo estuvieron funcionando las máquinas?

Negué con la cabeza.

—Dos minutos, quizás unos dos minutos y medio.

—¿Dos minutos y cuarenta y ocho segundos? —me preguntó.

—Podría ser.

Recorrió con su dedo una línea de encabezamiento de texto situada por encima de la parrafada de código.

—Eso es exactamente lo que duró la última transmisión.

—Así que, ¿ahí fuera hay alguien? ¿En el exterior de la ciudad minera, en algún lugar de Cinchare, y que envía transmisiones regulares al anexo del Adeptus Mechanicus?

—Nada de alguien... Es Bure. Ésta es la forma código del Adeptus para su nombre. —Aemos pasó las páginas hacia atrás y echó un vistazo a la más amarillenta—. Lleva transmitiendo desde hace... once semanas.

—¿Qué es lo que dice?

—Ni idea. El texto principal está demasiado codificado. Probablemente es mecanilingua A, o C, o posiblemente una revisión moderna de la escritura servidora hexadecimal. Quizás Impulso Analógico, la novena versión. No puedo...

—No puedes leerlo. Eso ya me vale.

—Sí, de acuerdo. Pero sé dónde está.

Me quedé callado por un momento.

—¿Lo sabes?

Aemos sonrió y se ajustó su pesado equipo de visión.

—Bueno, no. No sé dónde está realmente, pero puedo encontrarlo.

—¿Cómo?

Me señaló una barra vertical de colores que recorría el lateral de cada párrafo de texto.

—Cada transmisión va acompañada de forma rutinaria por un informe espectográfico de la localización del transmisor. Estos colores son una expresión condensada del tipo, la mezcla y la densidad de la roca que lo rodean. Es como una especie de huella digital. Si tuviera un mapa estratográfico de buena calidad de Cinchare, y un auspex geológico, podría rastrearlo.

Sonreí.

—Sabía que tenía haber algún motivo para que te mantuviera conmigo.

—Así que, ¿vamos a buscarlo? —nos preguntó Medea.

—Sí, eso vamos a hacer. Necesitaremos un transporte. Quizás una de las naves de prospección. ¿Podrías manejar una de ésas?

—Eso es pan comido. ¿Dónde conseguimos una?

—Minería Imperial tiene una terminal de salida repleta de ellas —dijo Aemos—. Vi una guía esquemática de la población sujeta a una pared.

Yo también había visto algo semejante, pero no recordaba un detalle tan específico como aquél. Era un recordatorio de la extraordinaria memoria fotográfica que Aemos poseía.

—¿Y qué pasa con el mapa y el auspex geológico que ibas a necesitar? —le preguntó Medea.

—Cualquier nave de prospección tendrá a bordo un escáner mineralógico o geológico —le respondió Aemos—. Eso será más que suficiente. Sin embargo, es menos probable que dispongan de un mapa en condiciones. Será mejor que nos aseguremos de tener uno antes de partir.

Se sentó en su camastro y comenzó a regular los ajustes de la placa de datos que llevaba montada en la muñeca.

—¿Qué estás haciendo —le pregunté mientras me sentaba a su lado en el camastro.

—Me estoy bajando un mapa del cogitorum de la oficina de seguridad.

—¿Puedes hacer algo así? —le preguntó a su vez Medea.

—Es muy sencillo. A pesar de las diferencias de gravedad el canal de voz de mi placa posee el alcance suficiente como para comunicarse con el codificador de la oficina de seguridad. Puedo crear un puente de texto y pedirle que me envíe los archivos de los mapas.

—Sí, sí, vale, pero ¿puedes hacerlo sin saber el código de usuario del sistema?

—No —le contestó Aemos—. Pero por suerte, lo sé.

—¿Y cómo es eso?

—Estaba en una nota pegada al borde de la mesa de control central. ¿No lo visteis?

Tanto Medea como yo meneamos la cabeza y sonreímos. Con sólo sentarse en aquel lugar con Kaleil, de charla y bebiendo amasec de una calidad ínfima, había captado y memorizado todos los detalles del lugar.

—Sólo una pregunta más —dijo Medea—. No sabemos lo que está ocurriendo aquí, pero lo más probable es que tu amigo no sea precisamente amigo de Kaleil y los suyos. Si nosotros podemos encontrarlo con todo esto, ¿por qué ellos no lo han hecho ya?

—Dudo mucho que ni siquiera un minero experimentado pudiera descifrar nada de esta imagen espectográfica. Está en código del Adeptus Mechanicus —dijo Aemos con orgullo.

—Es mucho más sencillo todavía que eso —le contradije—. No lo han encontrado. El anexo estaba completamente cubierto de polvo, sin que nadie lo hubiera tocado. No creo que ni Kaleil ni ninguno de los suyos hayan estado por allí. El miedo al Adeptos Mechanicus es un incentivo muy fuerte para no hacerlo. No saben lo que nosotros sabemos.

Vinieron a matarnos por la noche.

En cuanto Aemos descargó el mapa, además de bastantes otros archivos de datos, decidimos dormir unas cuantas horas antes de ponernos en marcha.

Llevaba dormido una hora más o menos cuando me desperté en la oscuridad y descubrí que Medea me estaba acariciando la mejilla con los dedos.

En cuanto me espabilé un poco, me cerró los labios con esos mismos dedos.

—Espectros, invasores, liana espiral —me susurró.

Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Aemos seguía roncando.

Me levanté de mi camastro y oí lo mismo que Medea había estado escuchando: las escaleras que daban al cuarto de grabación crujían. Medea comenzó a ponerse su traje de vuelo, pero no dejó de apuntar con su pistola de agujas hacia la puerta.

Saqué mi pistola láser de su funda, tirada en el suelo, y me agaché sobre Aemos para ponerle la mano sobre la boca.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Sigue roncando, pero prepárate para ponerte en movimiento —le susurré al oído.

Aemos se puso en pie, lanzando unos cuantos ronquidos falsos mientras recogía su túnica y su bastón.

Yo me había desvestido en parte. Había dejado la chaqueta y el rastreador de movimiento en el suelo. No tuve tiempo de recogerlos.

Alguien abrió puerta de una patada. Los brillantes rayos azules de dos miras láser atravesaron la estancia, y una ráfaga de proyectiles acribilló el camastro donde yo había estado tumbado e hizo saltar surtidores de fibra de las heridas del colchón.

Medea y yo respondimos al fuego enemigo, y rellenamos el hueco de la puerta con al menos una docena de disparos. Dos siluetas oscuras cayeron hacia atrás. Alguien gritó de dolor.

Un vendaval de disparos procedente del piso inferior atravesó las ventanas e hizo saltar a una de ellas directamente de su montura en una lluvia de glascita. Los aparatos registradores de datos estropeados saltaron y se estremecieron con los impactos.

—¡Atrás! —grité mientras disparaba dos veces contra otra silueta en la puerta. Un disparo triple de láser pasó chamuscando demasiado cerca de mi cabeza.

Pero a nuestra espalda apareció un chorro de luz cuando la puerta trasera se abrió de golpe. Medea se dio la vuelta, moviendo con agilidad sus largas extremidades, y le partió la cara al primer intruso con una patada alta que le hizo trastabillar.

Unos cuantos individuos entraron en tromba por ambas puertas. Abatí a dos, pero otros dos se abalanzaron sobre mí y me hicieron caer de espaldas mientras se esforzaban por arrebatarme la pistola. Le di un rodillazo en la entrepierna a uno de ellos, y le disparé en el cuello cuando se alejó semiagachado.

El otro me tenía agarrado el cuello con las dos manos.

Le ataqué directamente a la mente con la mía y le provoqué una hemorragia cerebral tremenda que le hizo saltar los ojos de sus órbitas y lo hizo caer en redondo.

El olor a sangre, a cordita y a los cuerpos sin lavar de los mineros era intenso. Medea retrocedió con agilidad y golpeó con el brazo en la cara a otro asesino y lo hizo tropezar y boquear en busca de aire.

Ella se agachó ligeramente y le propinó una patada en molinete con tanta fuerza que lo hizo salir volando por la ventana.

Otro se abalanzó sobre ella por su espalda. Vi el brillo de un cuchillo en la penumbra.

Aemos, con lentitud pero sin pausa, se volvió y le partió el cuello al individuo con un único puñetazo. Otra cosa que era muy fácil subestimar en mi viejo sabio era la fuerza que le proporcionaba su exoesqueleto potenciador.

Oí unos cuantos disparos más, incluido el chasquido de la pistola de agujas glaviana de Medea.

Doblé la espalda y me puse en pie de un salto justo a tiempo para abatir de un disparo a un individuo armado con una escopeta que acababa de entrar por la puerta.

Silencio. Humo en el aire.

Unas voces resonaron en la plaza, más abajo.

—¡Recoged vuestras cosas! —les ordené—. ¡Nos vamos ahora mismo!

Bajamos las escaleras medio vestidos y arrastrando el resto de nuestro equipo. El cuerpo de uno de los mineros a los que Medea había disparado yacía descoyuntado en mitad de los peldaños del primer tramo. La parte delantera de su mono de trabajo de la Ortog Promethium estaba empapada en sangre.

En la piel de su cuello retorcido se podía ver una marca de nacimiento vivida.

—¿Te suena? —me preguntó Aemos. Sí que me sonaba.

—¿Ese tipejo, Bandelbi, no tenía una marca de nacimiento muy parecida? —me preguntó Medea.

—Sí que la tenía —le respondí.

Nos abrimos paso a través de una serie de almacenes abarrotados y llegamos a un callejón de acceso situado detrás de las tiendas. Un minero de cabello pelirrojo, situado allí como retaguardia de la emboscada, se dio

la vuelta sorprendido cuando salimos a la vista, e intentó empuñar con manos torpes la escopeta que llevaba colgada del hombro.

—*¡Suéltala y ven aquí!*, le ordené con determinación utilizando mi poder mental.

Arrojó su arma a mi lado y se acercó al trote hasta nosotros, con los ojos vidriosos y con una mirada confundida.

—*¡Enséñame tu cuello!*, le ordené de nuevo con la mente.

Se echó el cabello hacia un lado con una mano y con la otra se bajó el cuello de su mono de trabajo. La señal parecida a una marca de nacimiento estaba allí.

—¡No tenemos tiempo para esto! —me dijo Aemos.

Por detrás de nosotros sonaban unos pasos apresurados que atravesaban el edificio a nuestra espalda, y también pudimos distinguir unos cuantos gritos y maldiciones.

—¿Cómo te hiciste esta marca? —le interrogué.

—Kaleil me la dio —me dijo con una voz sin voluntad.

—¿Eso qué quiere decir?

Obligado por mi fuerzas de voluntad, intentó decirme algo que el resto de su mente y su alma le prohibieron hacer. Sonó a algo parecido a Lith, pero me fue imposible estar seguro, porque el esfuerzo lo mató.

—¡Maldita sea, Gregor! ¡Tenemos que irnos enseguida! —me gritó Aemos.

Como para demostrar que tenía razón, dos mineros aparecieron en la puerta por la que habíamos salido, armados con unos rifles automáticos. Medea y yo nos dimos la vuelta en redondo al unísono y los matamos de un disparo, uno cada uno.

La memoria infalible de Aemos nos guió a través de las tortuosas callejas de Mina Cinchare hasta llegar al enorme edificio de Minería Imperial. Seguimos oyendo a nuestra espalda gritos entremezclados con el zumbido de aparatos eléctricos.

Corrimos a lo largo de la ancha y metálica plataforma de entrada, atravesamos un recinto fortificado rodeado de alambre de espino y llegamos a una gran sala de entrada repleta de ecos.

El sonido de los pasos nos siguió.

La terminal de salida era una construcción semicircular de acero corrugado que daba al pozo principal. Seis vehículos de prospección estaban aparcados sobre unos raíles engrasados bajo el techo de la

edificación. Eran aparatos en forma de bala que estaban pintados con los colores verde caqui y plata de la Minería Imperial. Cada uno de ellos tenía una serie de focos grandes y pequeños montados sobre la cabina, y numerosos servobrazos y antenas de disco de localización bajo el morro.

—¡Ése! —indicó Medea con un grito mientras se dirigía hacia el tercero de la fila.

Todavía estaba intentando abrocharse correctamente su traje de vuelo. Yo llevaba mi chaqueta y mi indicador de movimiento. No habíamos tenido tiempo de pararnos y vestirnos en condiciones.

—¿Por qué éste? —le pregunté a gritos mientras la seguía.

—¡Los tubos de recarga todavía están enganchados y muestran luces verdes en todos los paneles! ¡Desengancha los tubos!

Le arrojé mis cosas a Aemos para que las llevara y él se dirigió hacia la pequeña escotilla lateral en pos de Medea, mientras que yo corrí hacia donde tres gruesos cables transmisores de energía estaban conectados a los enganches múltiples del costado del vehículo. Tal y como Medea había visto, todos los indicadores situados encima de los enganches mostraban luz verde.

Giré las válvulas y las saqué una por una. La última se resistió por unos instantes y tuve que emplear la fuerza bruta.

Unos disparos láser restallaron contra el casco de la nave, justo a mi lado.

Arrojé el tubo a un lado y me di la vuelta para responder a los disparos. Las toberas de elevación empezaron a rugir cuando Medea encendió los motores.

Los disparos de láser y de proyectiles sólidos comenzaron a inundar el espacio que me rodeaba. Corrí hacia la escotilla y me metí de un salto. Medea ya estaba a los mandos de la estrecha escotilla.

—¡Vámonos! —le grité cerrando de un golpe la escotilla.

—¡Venga! ¡Venga! —le gritó a su vez Medea a los mandos del aparato. Los motores aullaron dolorosamente.

—¡El enganche de los raíles! —barboteó Aemos con desesperación.

Medea se dio cuenta de su error y maldijo con voz experta mientras bajaba un punto la velocidad y bajaba una grasienta palanca amarilla que estaba a mano derecha en la cabina. Oímos un fuerte chasquido metálico cuando el gancho de amarre que mantenía al vehículo firme sobre los raíles se separó.

—Lo siento —dijo con una sonrisa.

El aparato, una vez liberado, se alzó de los raíles y viró a la derecha mientras los disparos lo perseguían. Después aceleró y desaparecimos en el interior de la oscura boca de los túneles de la mina.

Los trabajos superiores de Minería Imperial eran unas enormes excavaciones reforzadas con rocacemento y repletas de máquinas mineras abandonadas. Medea encendió el sistema de focos e iluminó nuestro camino con unos poderosos rayos de luz blanca. Los focos detectaron en el extremo de una galería reforzada una repentina pendiente donde los cortes horizontales de la superficie excavada comenzaban a descender. En las paredes de la empinada galería se podían ver cables medio destrozados y vagonetas herrumbrosas, además de funiculares del tipo cremallera para bajar a los operarios hasta las superficies inferiores.

Aemos estaba sentado en la parte trasera de la pequeña cabina, revisando los mapas que había conseguido en la oficina de seguridad.

—Sigue hacia abajo —fue lo único que dijo.

El empinado túnel de acceso descendía aproximadamente un kilómetro y medio, nivelándose en ocasiones para dar paso a otras galerías de acceso. La vista a través del cristal frontal parecía ser en blanco y negro: la intensa luz blanca atravesaba la oscuridad y sólo dejaba a la vista la roca y un fino polvo grisáceo, aparte del ocasional brillo de los afloramientos cristalinos en la superficie rocosa.

Mede a redujo la velocidad cuando pasamos por encima de pilas más grandes y fragmentadas de restos y después, siguiendo las instrucciones que le daba Aemos, nos llevó hasta una chimenea casi vertical. La chimenea, que en términos mineros se llama pozo, era una formación natural, probablemente un antiguo conducto de lava. Giramos lentamente de forma lateral hasta situarnos flotando para bajar por él. La capa de rocas calcáreas arrastradas por el agua cubría las paredes como unas cortinas de color crema, y de las formaciones rocosas sobresalían abanicos de cristal volcánico. El espacio entre las paredes era muy reducido, incluso para un vehículo tan compacto como el que habíamos escogido. A veces, Medea rozaba o aplastaba con el aparato una de aquellas formaciones y los fragmentos de cristal caían en silencio, relucientes, hasta el fondo del pozo.

Unos dos kilómetros más abajo, el pozo daba a una complicada serie de curvas sinuosas, cuevas y sumideros. Era igual que salir de un esófago

para moverse a través de las complejas cavidades del tracto intestinal. La capa calcárea comenzó a mostrar más colores: azules acerados entremezclados con remolinos blancos de calcita, rojos jaspeados que brillaban con las oolitas. Los restos cristalinos, ahora de color negro, y otros restos clásticos, cubrían las irregularidades desgastadas del viejo suelo.

Medea me indicó el pequeño escáner montado debajo del analizador petrográfico principal. La pequeña pantalla verde estaba repleta de unos gráficos casi indescifrables de capas fantasmales de estratos y reflejaba las densidades líticas. En el cuadrante superior se podían ver con claridad tres señales de un color amarillo brillante.

—Nos persiguen —me dijo.

—Parecen saber a la perfección dónde nos encontramos. ¿Cómo nos están localizando?

—Del mismo modo que nosotros los tenemos localizados a ellos con tanta exactitud.

—¿Los localizadores de este aparato son tan potentes?

Medea hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Son perfectos para una localización cercana, pero no tienen potencia suficiente ni por asomo para penetrar la roca.

—¿Y entonces?

—Creo que todos estos vehículos de prospección tienen balizas de alta potencia, probablemente conectadas a los registros de vuelo. Las necesitan para las búsquedas rutinarias y para los posibles rescates.

—Iré a echar un vistazo.

Me levanté de mi asiento y retrocedí a lo largo del vehículo agachado, sosteniéndome en pie gracias a las agarraderas del techo. Aemos seguía trabajando. Había encendido el auspex mineralógico del vehículo y estaba realizando una serie de referencias cruzadas para descubrir las huellas espectográficas que aparecían en las transmisiones del Adeptos Mechanicus. Ya ni siquiera tenía abiertos los rollos impresos: hacía tiempo que las sutiles complejidades de las barras de colores estaban almacenadas en su memoria.

Consultaba el mapa principal cada pocos minutos y le hacía corregir el rumbo a Medea.

Descubrí un pequeño hueco en el compartimento del motor, en la parte trasera del vehículo, entre las estanterías donde se guardaban los

viejos respiradores con los desgastados visores sellados de goma.

Metí la cabeza y los hombros en su interior, y lo iluminé con una linterna de campaña que saqué de uno de los equipos de investigación exterior. Un sencillo proceso de eliminación me llevó hasta un grueso tambor de metal enganchado a la parte inferior del montaje gravitatorio y el aparato que contenía los giróscopos kinéticos. Unos sellos de pureza del Adeptos Mechanicus aseguraban la tapa.

Regresé a la cabina, escogí un cortador de plasma de grado medio de la caja de herramientas y regresé a la parte trasera. La lengua azul de la llama cortadora rebanó la tapa del tambor y fundió sus palpitantes circuitos.

Volví a la cabina y vi que estábamos bajando por una amplia caverna repleta de helectitas y con las paredes cubiertas capas de leche de luna y de brotes incandescentes de grupos de hilos de ángel.

—Me parece que ya se han perdido —nos comentó Medea señalando la pantalla del escáner con la barbilla.

Las señales amarillas parecían moverse con menos confianza. Iban de un lado a otro, intentando recuperar nuestra señal.

Seguimos avanzando durante otras dos horas, atravesando pequeñas cavernas donde relucían perlas de las cavernas, sobrevolando enormes superficies de esquistos y lapilli volcánico, entre enormes estalactitas que partían los túneles en dos como si fueran los incisivos de algún animal antediluviano. Los pozos y los sumideros resplandecían llenos de agua alcalina de color marrón, y el humo que ascendía procedente de las fumarolas indicaba que existía una leve atmósfera: metano, sulfuro, radón y pequeñas bolsas de monóxido de carbono. Los gases de escape del activo corazón de Cinchare y los procedentes de las reacciones químicas se acumulaban allí, muy por debajo de tierra, y tan sólo se filtraban muy lentamente hacia la superficie sin aire. La temperatura del casco del vehículo se incrementaba lentamente. Estábamos a unos quince kilómetros de profundidad, y estábamos comenzando a sentir los efectos de la astenosfera.

—¡Eh! —gritó Medea de repente.

Redujo la velocidad del aparato y lo hizo girar, procurando enfocar con las luces del techo. Nos encontrábamos en una cámara donde el suelo cubierto de calcedonia estaba festoneado por surcos formados por el agua hacía ya eones. Numerosas galerías se adentraban profundamente en la

roca, o aparecían en el mapa con una longitud no superior a los veinte metros.

—¿Qué has visto? —le pregunté.

—¡Allí!

Los focos enmarcaron una silueta negra, y yo en un principio creí que no era más que otro montón de rocas y estalagmitas, pero Medea nos acercó.

Era un vehículo de prospección muy similar al nuestro, pero que llevaba pintado el emblema de Ortog Promethium. Había sido aplastado y abierto como una lata vieja, y los puntales de la cabina sobresalían del casco metálico como costillas.

—Mierda... —dijo Medea en voz baja.

—La minería es un trabajo peligroso —le repuse.

—Ha ocurrido hace poco —dijo Aemos mientras aparecía por encima de nuestros hombros—. Mirad la tefra.

—¿El qué? —le preguntó Medea.

—Es un término general para los materiales clásticos. El polvo y el esquisto del suelo donde se encuentra el aparato destruido. Mueve los focos. Ahí. Tefra por todos lados, pero está chamuscada y fundida bajo el vehículo. El humo mineral procedente de las fumarolas que acabamos de dejar atrás llegan hasta aquí y lo cubren todo con polvo de óxido. Me apuesto algo a que si eso llevara ahí más de un mes, el polvo ya habría cubierto la zona quemada... y el vehículo.

—Abre la escotilla —dije.

La atmósfera subterránea parecía capaz de escaldar, y comencé a sudar sin parar en el mismo momento que salí por la escotilla. No podía oír nada más que mis propios jadeos dentro de la máscara respiratoria. Avancé con dificultad hasta colocarme delante de nuestro vehículo de prospección y bajo los rayos de los focos. Vi a Medea y a Aemos en la cabina iluminada, ambos con los rostros ocultos por sus máscaras respiratorias.

Los saludé con la mano y seguí pisando y haciendo crujir el suelo del repecho polvoriento. Las puntas de las botas a veces tropezaban con alguna geoda y la mandaban al otro extremo rebotando mientras brillaba bajo la luz de los focos.

No había error alguno en identificar los agujeros de disparos del casco. El fuego sostenido de un láser multitubo había abierto en dos el

vehículo. Apunté con mi linterna la cabina a través de los grandes desgarros y vi que estaba quemada por dentro.

Los tres miembros de la tripulación continuaban allí, en sus puestos, y habían quedado reducidos a unas momias resecas por la acidez del aire y por los centenares de gusanos blancos y relucientes que serpenteaban y se escondían en los agujeros cuando el chorro de luz incidía en ellos. Al parecer, con un interior tan gaseoso, cálido y húmedo, Cinchare distaba mucho de ser un mundo muerto.

Más seres trogloditas se escurrieron y se apresuraron entre mis pies. Unos escarabajos de largos cuerpos metálicos y unos moluscos hinchados, parecidos a las medusas, aparecieron atraídos por aquella fuente inesperada de nutrientes.

Algo se movió a mi lado y me golpeó en la cadera. Me caí con fuerza sobre el casco del vehículo destruido mientras maldecía por no haberme bajado mi detector de movimiento. Se abalanzó de nuevo sobre mí, y esa vez sentí un dolor agudo en el muslo izquierdo. Lancé una patada mientras profería una maldición ahogada por la máscara.

Tenía aproximadamente el tamaño de un perro grande, pero era más largo y más bajo, y se movía sobre unas delgadas patas traseras. Su piel tenía un color plateado, y su cabeza sin ojos no era más que una enorme mandíbula repleta de colmillos transparentes. Alrededor de la boca se veían unos largos filamentos y tentáculos sensoriales que se retorcían.

Se abalanzó de nuevo contra mí, con su escuálida cola elevada en alto para actuar como contrapeso. Deduje que aquel ser era la cúspide de la pirámide de la cadena alimenticia en las oscuras cavidades interiores de Cinchare. Era demasiado grande para poder meterse en el vehículo estrellado, así que había estado acechando en el exterior y alimentándose de los gusanos y los moluscos carroñeros que se habían acercado al lugar del accidente.

Me mordió con fuerza en el tobillo izquierdo y torció la cabeza para agarrarme mejor. Pude sentir las puntas de sus colmillos atravesando el grueso cuero de mis botas.

Logré sacar la escopeta de la funda que llevaba en mi espalda y le disparé en el torso a quemarropa. Los trozos de sus tejidos viscosos y de su piel translúcida se esparcieron en todas direcciones y el ser se derrumbó en el suelo. Cuando logré abrir sus mandíbulas con el cuchillo, los demás comedores de carroña habían comenzado a cubrir el cadáver y a devorarlo.

Nos pusimos en marcha de nuevo por una galería abierta por la fuerza del agua hasta que llegamos a una caverna increíble repleta de incrustaciones de seda de cristal y millones de perlas de las cavernas.

—Aquí abajo se ha producido un combate —les dije a Aemos y a Medea gritando para que me oyeran mientras los recicladores de aire expulsaban los últimos restos de la malsana atmósfera de Cinchare.

—¿Quién lucha contra quién?

Me encogí de hombros y me senté para sacarme uno de los colmillos rotos del depredador de la bota de cuero.

—Bueno —dijo Aemos—. Seguro que os interesará saber que la caverna donde hemos encontrado ese vehículo estrellado coincide exactamente con una de las muestras espectroscópicas que existen en las transmisiones del Adeptus Mechanicus.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unas dos semanas.

—Así que... es perfectamente posible que fuese Bure quien disparase.

—Bure...o quienquiera que sea quien envía los mensajes al anexo.

—Pero ¿por qué iba a derribar un vehículo de prospección? —me pregunté en voz alta.

—Eso más bien depende de lo que ese vehículo de prospección estuviese intentando hacerle —me contestó Medea.

Aemos alzó sus peludas cejas.

Muy inquietante.

Pasaron otras tres horas y otros dos kilómetros hacia las profundidades. Hacía un calor espantoso, y el aire fuera del vehículo estaba repleto de gases de exhaustación y de vapor. Las fumarolas, algunas de ellas grandes, y otras agrupadas en racimos, vomitaban humo negro en todas las cavernas, que bajaba rebosante pegado en algunas zonas como miel. Bastantes cavernas albergaban lagos de ácido luminosos, donde el calor geotermal mantenía el líquido en un estado de ebullición constante. Las aberturas y los pozos ocasionales mostraban el brillo rojizo del magma que corría como un río en determinados lugares, llegando incluso a formar calderos de roca fundida.

Ya no teníamos que utilizar los focos. El sistema de cavernas estaba iluminado por ese mismo magma ardiente, con lagos de promethium en llamas, y por pegajosas capas de hongos luminiscentes que medraban en aquellos conductos naturales recalentados. Los filtros del vehículo ya no

eran capaces de eliminar el olor a sulfuro que entraba en la cabina, y los sistemas de refrigeración eran inadecuados para aquel entorno. Todos estábamos sudando, lo mismo que las paredes de la cabina. Las gotas provocadas por la condensación caían por las superficies desnudas de metal del interior del casco.

—Para aquí, por favor —dijo Aemos.

Medea cortó el impulso del vehículo y dejó que flotáramos sobre un bullente mar de lava que irradiaba un brillo casi de luz de neón procedente de debajo de su corteza ennegrecida.

Aemos comprobó el mapa de nuevo y lo comparó con las lecturas espectroscópicas que el lector mineralógico enviaba a una pequeña pantalla de la cabina.

—Eso es. La localización original de la última transmisión.

—¿Estás seguro? —le pregunté. Me lanzó una mirada reprobadora.

—Por supuesto.

—Da una vuelta lentamente —le ordené a Medea.

Acercamos las caras a los cristales frontales del vehículo de prospección y utilizamos los focos arriba y abajo para poder captar lo que había oculto en las sombras de las paredes de aquella cueva.

—¿Qué son esos túneles? ¿Pruebas de exploración?

—El auspex indica que se acaban a los pocos cientos de metros. ¡Por el Dios-Emperador, este lugar es realmente primigenio! —exclamó Medea, y se enjugó el sudor que le empapaba la frente y que le bajaba hasta los ojos.

—¿Qué es eso de ahí que están iluminando los focos? —pregunté.

Aemos echó un vistazo hacia el punto que yo le estaba señalando.

—Amígdulas. Cavidades llenas de cuarzo u otros minerales secundarios.

—Vale —dijo Medea mientras desenroscaba el tapón de una cantimplora—. Parece que lo sabes todo, así que, dime... ¿qué es aquello?

—Bueno, yo... Muy inquietante.

Era un agujero, perfectamente circular, con unos treinta metros de diámetro, y cortado directamente en la pared de roca más alejada de nosotros.

—Acércate —le indiqué a Medea—. Eso no es una formación natural. Es demasiado... preciso.

—¿Qué puñetas ha podido hacer un agujero como ése? —murmuró Medea dándonos con el codo.

—Un taladro minero industrial podría...

—¿A esta profundidad? ¿Tan lejos de la infraestructura de una mina? —exclamé interrumpiéndole en seco—. Mira este sitio. Sólo los aparatos sellados como este vehículo pueden funcionar a esta profundidad.

—Y eso a duras penas —dijo Medea con un tono de voz ominoso.

Se mantenía atenta a las lecturas de la integridad del casco. Las runas de color ámbar aparecían y desaparecían de forma ocasional.

—Es profundo —comenté después de mirar las medidas que mostraba el escáner de proa—. Llega hasta donde alcanzan nuestros aparatos de exploración, y mantiene su forma y su tamaño.

—Pero ha sido cortado a través de roca ígnea... ¡en el costado de un batolito de cuarenta kilómetros de lado! ¡Eso es anzragata sólida!

Sentí una cierta confusión en la voz vieja y frágil de Aemos.

—Detecto temblores —exclamó Medea de repente.

Las agujas del sismógrafo llevaban en movimiento desde hacía ya más de una hora, tal era la inestabilidad del terreno a aquella profundidad, pero en aquellos momentos brincaba arriba y debajo de un modo enloquecido.

—Existe un ritmo... —dijo Aemos—. Eso no es tectónico. Es demasiado regular... es casi algo mecánico.

Me quedé pensativo por unos momentos, calculando todas nuestras posibilidades.

—Métenos en ese agujero —le dije a Medea.

Ella se volvió para mirarme, como si tuviese la esperanza de que no me hubiera oído bien.

—Vamos.

El corte en la roca era un círculo tan perfecto que daba miedo. Mientras lo recorríamos a buena velocidad, pudimos distinguir que la superficie interior del túnel estaba fundida como piedra volcánica, con unas muescas irradiantes grabadas en ella.

—Esto ha sido cortado con plasma —nos informó Aemos—. Y fuera lo que fuese lo que lo cortase, dejó una huella de sus motivadores en la roca antes de que se enfriase.

El túnel serpenteaba de vez en cuando, aunque siempre mantenía su forma. Las curvas eran lentas y largas, pero Medea las tomó con

prudencia. La aguja del sismógrafo continuaba saltando arriba y abajo.

Saqué mi holopluma y escribí una frase en la parte posterior de un mapa.

—¿Puedes convertir esto en un código simple de máquina? —le pregunté a Aemos.

Le echó un vistazo.

—Mmmmm... «Vade elquum alatoratha semptus»... Tienes buena memoria.

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto

—¿Qué es eso? —preguntó Medea a su vez—, ¿Es alguna clase de hechizo?

—No —respondí con una sonrisa—. Es algo parecido al Glossia. Un lenguaje privado, uno que no se ha utilizado desde hace mucho tiempo.

—Ya está —me dijo Aemos.

—Mételo en el transpondedor de voz y ponlo en repetición continua.

—Espero que funcione —me comentó Aemos—. Espero que estés en lo cierto.

—Yo también lo espero.

Uno de los instrumentos del panel de mando repiqueteó.

—¡Nos acercamos al final del agujero! —exclamó Medea—. ¡Un kilómetro más y entraremos en una cavidad enorme!

—¡Mete ya esa señal! —le urgí a mi viejo sabio.

Casi habíamos salido ya antes de que estuviéramos listos. Un inmenso tubo de metal transformado en máquina, de unos treinta metros de diámetro y setenta de largo, con un enorme taladro de plasma en el extremo delantero e hileras de impulsores en forma de garra que rotaban por sus flancos como los dientes en marcha de una gigantesca espada sierra. Había salido del túnel que había creado y estaba avanzando lentamente por el suelo lleno de restos clásticos de la cavidad en la que nos encontrábamos, dejando atrás gruesas nubes de rocas pulverizadas y de vapor producido por sus motores.

—¡Que el Emperador me proteja! ¡Es enorme! —exclamó Aemos.

—En nombre del Trono Dorado, ¿qué es eso? —soltó Medea con un jadeo.

—¡Frena! ¡Frena! —le grité, pero ella ya estaba colocándonos lentamente detrás del leviatán.

—¡Oh, mierda! —soltó Medea cuando unas baterías de armas ocultas en el costado del gigante aparecieron y se abrieron, y los montajes de láseres multitubo salieron y nos apuntaron inmediatamente.

Agarré frenéticamente el micrófono del aparato de comunicación exterior.

—¡Vade elquum alatoratha semptus! —grité por el micrófono—. ¡Vade elquum alatoratha semptus!

Los montajes de armas, que nos podrían haber hecho pedazos de una sola andanada, no dispararon. Sin embargo, siguieron apuntándonos. Las tremendas compuertas traseras de la gran máquina se abrieron con lentitud, y dejaron al descubierto un pequeño hangar bien iluminado.

—¡No van a repetir la invitación —le dije a Medea.

Ella se encogió de hombros preocupada pero nos condujo al interior.

Hice salir a los dos del vehículo de prospección hasta quedarnos en el centro de hangar con techos de arco. Las compuertas se habían cerrado a nuestras espaldas, y la hedionda neblina sulfurosa que se movía a nuestros pies iba siendo aspirada lentamente por unos ruidosos procesadores de aire.

El hangar tenía un diseño de estilo grandioso, con incrustaciones de bronce y de acero pulido. Vimos un vehículo de prospección completamente nuevo, pintado de color rojo óxido, en una plataforma de apoyo contigua a la que había recibido a nuestro aparato, ya chamuscado. Otras tres plataformas, nuevas y relucientes por el aceite, estaban vacías. Toda la luz procedía de unos filamentos de gas fosforescente que estaban encerrados en capuchas de cristal repartidas por toda la habitación, y el efecto provocado era el de un brillo parpadeante y centelleante. Una escalera de acero en espiral con unos pasamanos cubiertos de cuero llevaba hasta una plataforma situada sobre nosotros.

—Eso es buena señal —dije señalando un bajorrelieve con el signo del Adeptus Mechanicus que decoraba la cerradura de la puerta de salida de la plataforma.

Todos dimos un salto por la sorpresa cuando unos largos brazos servidores salieron disparados chirriando de unos compartimentos de las paredes. En poco más de un segundo, seis de ellos nos estaban apuntando: dos llevaban sensores auspex que nos olfateaban, y cuatro llevaban armas.

—Os sugiero que nos os mováis —les susurré a mis compañeros.

La cerradura de la puerta rechinó y se abrió. Una figura encapuchada con una larga túnica naranja pareció entrar flotando en la plataforma. Se agarró a la barandilla con las dos manos y bajó la vista hacia nosotros.

—Vade smeritus valsara esm —dijo con un gruñido.

—Vade elquum alatoratha semptus —le contesté—. Valsarum esoque quonda tasabae.

La figura se quitó la capucha y dejó al descubierto un cráneo mecánico de metal cromado y pulido. Sus ojos como lentes de binoculares desprendían un brillo verde. Unos gruesos cables negros colocados bajo su mandíbula palpitaban, y el comunicador atornillado en su garganta habló.

—Gregor... Uber... Cuánto tiempo hace.

diecinueve

Camina entre piedras
Lith
El huésped

—Ella es Medea Betancore —dije en cuanto me pude soltar del fuerte agarrón mecánico de la mano de Geard Bure.

—Señorita Betancore —le saludó Bure con una ligera inclinación—. Los Adeptus Mechanicus de Marte, sagrados servidores del Dios-Máquina, os ofrecen santuario en este su valioso artefacto.

Estaba a punto de susurrarle a Medea para explicarle que le habían saludado con todo formalismo cuando ella contestó, algo típico en ella, sin necesidad de aclaración alguna.

Respondió con habilidad al saludo con el saludo correcto del puño-máquina y se inclinó a su vez.

—Que tus artefactos y tus deseos sirvan al Dios-Emperador hasta que el tiempo se acabe, magos.

Bure soltó una risa, un sonido bastante inquietante al proceder de su aparato protésico de voz, y se volvió para mirarme con sus ojos de luz verde que jamás parpadeaban.

—La has enseñado bien, Eisenhorn.

—Yo...

—Sí que lo ha hecho, magos —respondió de nuevo con rapidez Medea—. Pero esa respuesta la aprendí al estudiar el Iniciador Divino.

—¿Has leído el Iniciador? —le preguntó Bure.

—Es uno de los estudios primarios en mi mundo natal —le respondió ella.

—Medea tiene... una aptitud considerable para las máquinas —dijo Aemos—. Es nuestra piloto.

—Ya veo...

Bure caminó alrededor de ella y acarició su cuerpo con sus dedos metálicos y sin ninguna clase de complejo. Medea lo dejó, de momento.

—¿Ella conoce las máquinas, pero no tiene potenciadores? —me preguntó Bure.

Medea se quitó los guantes y le mostró los intricados circuitos insertados en sus manos.

—Siento disentir. Magos.

Él la tomó de las manos y las estudió con un asombro ansioso. Unos hilillos de lubricantes translúcidos comenzaron a caer por entre sus dientes cromados como si fueran baba.

—¡Una glaviana! Tus mejoras son... tan... hermosas...

—Gracias, señor.

—¿Nunca has pensado en permitir que te implanten otros potenciadores? ¿Extremidades? ¿Órganos? Es muy liberador.

—Yo... me apaño con lo que tengo —le contestó Medea con una sonrisa.

—Estoy seguro que lo haces —le dijo Bure, y se dio la vuelta de repente para encararse conmigo—. Bienvenido a mi translitópedo, Eisenhorn. Tú también, Aemos, viejo amigo. Debo admitir que no puedo concebir el motivo que os ha traído hasta aquí. ¿Quizá se trata del Lith? ¿Os ha enviado la Inquisición para encargaros del Lith?

Estaba claro que las noticias sobre mi desgracia no habían llegado hasta allí, y me sentí agradecido por ello.

—No, magos —le dije—. Ha sido una extraña casualidad la que nos ha traído hasta aquí.

—¿De veras? Cuán extraño. Cuando detecté vuestra señal, en el viejo código privado de Hapshant, no pude creérmelo. Estuve a punto de derribar vuestro vehículo de prospección.

—Me arriesgué.

—Bueno, ese riesgo te ha traído hasta mí, y me alegro. Vamos, es por aquí.

Sus esqueléticas manos plateadas nos señalaron la puerta de salida de la plataforma.

Bure no tenía extremidades inferiores. Flotaba sobre un módulo gravítico, y el borde de su túnica anaranjada sobresalía unos cuantos centímetros por el borde del disco chapado. Lo seguimos y recorrimos un largo pasillo oval repleto de más puertas de bronce y lámparas de filamentos con gas.

—Esta máquina excavadora es una maravilla —dijo Aemos.

—Todas las máquinas son maravillas —le contestó Bure—. Ésta es una necesidad, la herramienta principal de mi trabajo en Cinchare. Por supuesto, han existido unos prototipos previos antes de que hiciera los ajustes necesarios. Éste translitópedo fue creado a partir de mis diseños por la factoría del Adeptus en Rysa, y lo enviaron aquí hace tres años estándar. Con él, puedo ir a donde quiera en esta roca, y puedo desentrañar los secretos de los metales de Cinchare.

El magos Bure fue un especialista en metalurgia durante dos años, y sus conocimientos y sus descubrimientos casi fueron objeto de adoración por sus hermanos de tecnosacerdocio. Antes de eso, fue un fabricador-arquitecto en las forjas de titanes de Triplex Phall. Por lo que yo sabía, tenía casi setecientos años. Hapshant me había comentado en algunas ocasiones que Bure era mucho más viejo en realidad.

No quedaba rastro alguno de la carne del magos. Las partes orgánicas vestigiales del ser humano que había sido Geard Bure, su cerebro y su sistema neurológico, estaban sellados en el interior de su reluciente cuerpo mecánico. Nunca supe si se trataba de un asunto de necesidad o había sido a propósito. Quizá, como era el caso de muchos, una enfermedad o una herida grave les había obligado a efectuar unos implantes tan radicales. O tal vez, como era el caso de Tobias Maxilla, se había desprendido de forma deliberada de las debilidades de la carne a favor de la perfección de la máquina. Conociendo como conozco la disposición tecnófila del sacerdocio del Adeptus Mechanicus, me pareció que lo más probable era el segundo caso.

Mi fallecido mentor, el inquisidor Hapshant, conoció al magos Bure al inicio de su propia carrera, en la famosa misión realizada para asegurar el Leccionario de STC de los ashrams de Ullidor el Tecnoherrero. Como ya he comentado antes, la Inquisición, al igual que el resto de las más augustas organizaciones del Imperio, tiene unos tratos problemáticos con el Culto al Dios-Máquina, y eso en el mejor de los casos. Su poder es legendario y su aislamiento notorio. El culto es una orden cerrada que guarda con enorme celo los secretos de sus tecnologías. Sin embargo, Bure y Hapshant desarrollaron una relación de trabajo mutuamente satisfactoria que se basó en la estima mutua. La sabiduría especializada de Bure ayudó en numerosas ocasiones a mi mentor en el esclarecimiento de casos importantes, y el favor fue devuelto en bastantes ocasiones.

Aquél era el motivo por el que, un siglo antes, le confié un objeto de especial importancia para que lo custodiara.

La cámara de control del chirriante translitópedo era una capilla de dos niveles con un estrado de mando elevado, como si se tratase de un gigantesco pulpito de bronce, desde donde se supervisaban dos hileras semicirculares de puestos de mandos llenos de ajetreo. Las paredes metálicas cubiertas de remaches estaban pintadas de un color rojo mate en las que estaban grabados los diferentes aspectos y runas del Dios-Máquina. La pared delantera estaba oculta por unas largas cortinas de terciopelo rojo.

Seis servidores cubiertos de manchas de aceite trabajaban en los repiqueteantes puestos de control, con sus manos y sus rostros conectados directamente a los sistemas mediante unos gruesos cables recubiertos de metal o simplemente al descubierto que estaban marcados con sellos de pureza y etiquetas de pergamino. Las válvulas de cristal y los diales parpadeaban y brillaban, y el aire estaba cargado con el olor a ungüentos y aceites sagrados.

Dos tecnoadeptos relativamente humanos también vestidos con túnicas de color naranja supervisaban todas las actividades. Uno de ellos estaba conectado directamente a la unidad de impulsos mentales mediante un implante triple de clavijas neurales, y recitaba en voz alta los ritos y las escrituras de los Adeptus. El otro se dio la vuelta y nos hizo una reverencia cuando nos acercamos al estrado.

Tenía un altavoz de rejilla donde debería haber estado su boca. Cuando habló, lo que dijo salió en forma de una pulsación de código binario de máquina.

Bure le respondió del mismo modo, y durante unos momentos, intercambiaron flujos de datos comprimidos. Luego Bure se acercó flotando hasta un atril de bronce adosado a la barandilla del estrado y se abrió la túnica. Dos cables neurales surgieron de su esternón como gusanos en busca de su presa y se conectaron con rapidez a los pulidos enganches del atril.

Bure ya estaba unido a la unidad de impulso mental del translitópedo.

—Vamos a buena velocidad —nos dijo.

Se estremeció un momento, y entonces las largas cortinas rojas al otro extremo de la cámara se abrieron de forma automática, y dejaron al descubierto una gran pantalla holográfica. Las imágenes secundarias se

superponían a la principal, y mostraban mapas tridimensionales y gráficos de velocidad y energía. La imagen principal era un borrón oscuro y velos rodeado de chispazos de energía azul.

Ésa era la vista que había justo delante de nosotros: la roca que se desintegraba bajo la ingente fuerza destructiva del taladro de plasma. Estábamos viajando a través de roca sólida.

—Quizás ha llegado el momento en que debemos discutir lo que está ocurriendo aquí —le dije.

—Estamos cazando —me respondió Bure.

—Llevas cazando bastante tiempo, magos —le dijo a su vez Aemos —. Hace ya once semanas. ¿Qué es lo que estás cazando?

—¿Y por qué la mina de Cinchare se ha convertido en una ciudad en ruinas? —añadí yo.

Se quedó callado por unos instantes mientras seleccionaba la memoria electrográfica correcta. Estaba casi perdido en la euforia que le provocaba estar conectado al impulso mental de la máquina.

—Por lo que yo he llegado a razonar, hace noventa y dos días, un minero independiente llamado Farluke, que trabajaba con licencia de Ortog Promethium, regresó de un largo recorrido de prospección y les mostró a sus jefes un descubrimiento único. Intentaron mantenerlo en secreto durante cierto tiempo, probablemente con la esperanza, o eso creo, de explotarlo para sus propios fines. Aquel error de apreciación les costó muy caro. Cuando se dieron cuenta de su equivocación y compartieron sus datos con los Adeptus, ya era demasiado tarde.

—¿Qué es lo que encontró Farluke? —le preguntó Aemos.

—Se llama Lith. Yo no lo he visto, pero he estudiado los restos recuperados en los hombres que han sido contaminados.

—¿Recuperados? —comentó Medea con un tono de voz tenso.

—De forma postuma. El Lith es una geoda hiperdensa de aproximadamente unas setecientas toneladas. Es, según tengo entendido, un decaedro de cuatro metros de diámetro. Su composición mineral es alienígena e inexplicable. Y está vivo.

—¿Qué? ¡Magos! ¿Vivo?

—Tiene conciencia, al menos. Está repleta de la asquerosa influencia del Caos. No sé cuánto tiempo lleva oculto en las profundidades de este planeta. Quizá siempre ha estado aquí, o quizá fue escondido en épocas preimperiales por manos desconocidas, para mantenerlo a salvo...o para

librarse de ello. Quizás, incluso, ésa sea la razón por la que Cinchare se ha separado de su ordenación en los movimientos estelares y se ha dedicado a viajar, de forma caprichosa y errante, entre las estrellas. Al principio, tenía la esperanza de encontrarlo y recuperarlo. Sólo su composición era toda una promesa de un conocimiento extremadamente valioso. Pero ahora lo cazo... simplemente para destruirlo.

—Ha corrompido todo este mundo, ¿verdad? —le indiqué.

—Por completo. En cuanto entró en contacto con los hombres, comenzó a retorcer sus mentes con su poder maligno. Los sometió. Los equipos de trabajo de Ortog enviados a examinarlo fueron los primeros en caer. Lo que a todos los efectos se puede considerar un culto surgió de forma espontánea. A cada iniciado se le incrustó bajo la piel una esquirla de roca sacada del Lith en un ritual simple y brutal.

—Hemos visto las marcas.

—El desorden se extendió por toda la mina de Cinchare a medida que el culto aumentaba. El Lith no podía moverse, pero llevaron más esquirlas hasta la superficie y las utilizaron para infectar a más y más trabajadores. Una vez mancillados, los operarios comenzaron a desaparecer en cuanto iniciaron una serie de peregrinajes a las profundidades de las minas para adorar al Lith. Muchos jamás lograron llegar. La mayor parte simplemente han desaparecido. He intentado seguir sus rastros, y a veces me he topado con elementos hostiles del culto, obcecados con defender a su deidad. Sin embargo, los datos proporcionados por Farluke no son fiables. No puedo encontrar la verdadera localización del Lith. Me temo que tan sólo es cuestión de tiempo antes de que el culto logre extenderse más allá de Cinchare o...

—¿O qué?

—O que completen alguna clase de tarea arcana ordenada por el Lith y que le permita despertar por completo su gran poder...o incluso ponerlo en contacto con los de su propia especie.

Nos quedamos pensando en aquellas siniestras posibilidades durante unos momentos. Aemos extrajo una serie de referencias de su memoria y las mostró en la pantalla de su placa de datos. Luego se quitó el aparato de su muñeca y se lo entregó a Bure.

—¿Servirá esto de ayuda? —le preguntó.

Bure se quedó mirando la placa de datos. Sus lentes se ensancharon hasta formar dos grandes círculos de color verde brillante.

—En el nombre de los herreros de la disformidad ¿cómo lo has...?
—¿Qué es? —les pregunté mientras me acercaba.
—La localización exacta del Lith —me respondió Aemos con orgullo.
—¿Cómo lo has conseguido? —le gritó Bure antes de que su comunicador restallara con una comunicación binaria.
—El culto necesita saber dónde se encuentra el Lith. La referencia se encuentra marcada con toda claridad en los mapas que descargué de la oficina de seguridad. No me di cuenta de su importancia hasta ahora mismo.
—¿Simplemente descargaste esto? —exclamó con un tono de voz pasmado.
—Creo que pensaban que no tenían motivo alguno para ocultarlo. Ni siquiera estaba codificado.
Bure alzó su cráneo cromado y lanzó una carcajada, un sonido chirriante y burlón.
—¡Once semanas! Once semanas llevo explorando y registrando las profundidades, abriéndome paso a través de las entrañas de la roca, a la búsqueda de pistas, ¡y la respuesta estaba ahí todo el rato! ¡A plena vista!
Se giró hacia Aemos y le puso una mano metálica en uno de sus encorvados hombros.
—Uber, siempre he admirado tu sabiduría, y me he dado cuenta de por qué Hapshant te estimaba tanto... pero es ahora cuando me he percatado de que tu sabiduría procede de la simplicidad.
—Ha sido suerte, sólo eso.
—¡Ha sido una simplicidad osada, mi sabio! Un instante de pensamiento claro y directo que empequeñece todos mis esfuerzos aquí abajo.
—Eres demasiado amable... —murmuró Aemos.
—¿Amable? No, no soy amable —Los ojos de Bure giraron sobre sí mismos y resplandecieron por un momento—. Me abriré camino hasta el mismo corazón del Lith, y luego ese engendro verá lo poco amable que puede llegar a ser mi alma.
Dos horas más tarde, después de que los servidores de Bure nos hubieran conducido hasta un camarote sin apenas mobiliario y nos hubieran proporcionado un caldo nutriente sin olor e insípido, junto a unas rebanadas duras de pan de fibra, regresamos a la cámara de control.

En el exterior se estaba librando una pequeña guerra.

Yo ya había sentido que se había reducido la velocidad de perforado por el latido de los impulsores, y entonces vi el motivo. Habíamos atravesado la roca hasta llegar a una inmensa cavidad iluminada por unos hirvientes lagos de magma y llameantes surtidores de gases. Pude ver en la pantalla holográfica las distorsionadas imágenes del exterior de la caverna. Los disparos láser se estrellaban contra nosotros en silencio.

Bure estaba conectado al atril del estrado.

—Hemos encontrado su guarida —nos dijo—. Ofrecen resistencia.

Dos vehículos de prospección cubiertos de ceniza se abalanzaron contra nosotros disparándonos con armas de pequeño calibre desde sus escotillas.

Bure hizo un gesto hacia uno de sus tecnoadeptos, y el chasquido de las armas láser resonó por todo el casco. Uno de los aparatos estalló en el aire convirtiéndose en una bola de fuego. El otro se desplomó acribillado y envuelto en llamas

Me di cuenta de que también teníamos enemigos en el suelo: mineros con trajes blindados de trabajo que avanzaban a la carrera sin dejar de disparar contra el translitópedo.

Bure incrementó el foco de la imagen y vimos que algunos de ellos transportaban cajas con cargas de demolición, con la esperanza de acercarse lo suficiente como para abrir una brecha en el casco.

—Acechantes —dijo Bure.

Era evidente que se trataba de una orden. Oímos un chirrido y el estampido de varias compuertas que se abrían por debajo de nosotros, y vimos aparecer unas nuevas siluetas en la pantalla.

Eran servidores de combate. Eran ingenios de aspecto pesado y cubiertos por metal plateado, que avanzaban a grandes zancadas sobre unas patas dobladas hacia atrás, arrojando grandes bocanadas de humo por los tubos de escape verticales. Los cañones automáticos de sus extremidades superiores mostraban un retroceso neumático cada vez que apuntaban y disparaban contra los adoradores del culto, matándolos de un modo sistemático.

—Acechante 453, a la izquierda y apunta —murmuró Bure. Todos los servidores estaban bajo su control directo.

Uno de los acechantes apuntó con sus armas a una nueva serie de objetivos y abatió a otros cuatro adoradores. Las cargas explosivas que

llevaban explotaron en una bola de fuego brillante que cegó por unos momentos la pantalla. En el momento en que la imagen regresó, el acechante ya se estaba acercando a unos nuevos objetivos.

—Acechante 130 y acechante 252, desplegaos a la derecha. Oposición a cubierto detrás de la masa de estalactitas.

—Oh, Gran Emperador —exclamó Aemos de repente—. Algunos de ellos no están protegidos.

Era cierto. Bastantes de nuestros enemigos no llevaban puesta ninguna clase de armadura ni equipo para protegerse del entorno. Sus ropas habían quedado reducidas a jirones negros y su piel estaba llena de ampollas y llagas. Alguna clase de fuerza los mantenía en pie y en plena actividad en aquella profundidad infernal donde ningún ser vivo podía sobrevivir sin alguna clase de protección. Ni la presión, ni el tremendo calor, ni siquiera la atmósfera tóxica y corrosiva los detenía. El estigma del Lith los había transformado en habitantes de aquel mundo subterráneo.

La oleada de acechantes avanzó de forma inexorable, y el translitópedo los siguió con lentitud con sus cilios impulsores de adamantio arrastrándolo por el suelo rocoso de la caverna. Los láseres multitubo dispararon de nuevo y destruyeron otro vehículo, un gran transporte de minerales que pretendía estrellarse contra nuestra máquina.

El poderoso taladro de plasma se puso en marcha de nuevo y partió en mil pedazos una cortina de enormes rocas. La nube de polvo oscureció durante unos momentos la pantalla holográfica.

Cuando aquel velo desapareció, vimos el verdadero horror, y nos dimos cuenta del terrible destino final que había tenido la mayoría de la población de la mina principal de Cinchare.

La herejía era enorme, un montón serpenteante de carne cocida, carne cruda y huesos fundidos. Uno por uno, los trabajadores corrompidos de Cinchare, incluso algunos de los hermanos también corruptos de Bure, habían bajado hasta allí para contribuir voluntariamente con sus cuerpos a la materia orgánica de aquella masa.

Se alzó en cuanto el translitópedo se puso a la vista, como un gigantesco gusano de fluidos rojos y carne ennegrecida de cincuenta metros de alto. Sus enormes fauces eran lo bastante grandes como para tragarse de un solo golpe un vehículo de prospección, y nos lanzaron un chorro de gases llameantes.

El translitópedo se estremeció y empezaron a sonar sirenas de alarma. La imagen de la pantalla desapareció, y uno de los puestos de control estalló enviando a su servidor al suelo. El humo empezó a llenar el lugar.

—Qué poder —comentó Bure maravillado, pero sin otra emoción.

Toda la máquina dio otra sacudida, pero con mayor violencia, y casi caímos al suelo a pesar de los sistemas de gravedad internos y a los amortiguadores de inercia.

La imagen de la pantalla reapareció, distorsionada, por un breve momento, pero lo bastante clara como para que viéramos que aquella herejía parecía estar rodeándonos con su cuerpo. El casco crujió y chirrió en protesta. Oímos unas pequeñas explosiones procedentes de las cubiertas inferiores. Las planchas metálicas se combaron y varios remaches salieron disparados como proyectiles.

—¡Bure!

—¡Lo partiré! ¡Lo derrotaré!

—¡Bure! ¡Por el amor del Emperador!

No nos oía. Todos sus esfuerzos estaban concentrados en el enlace con el impulso mental que lo mantenía unido con el translitópedo, en la coordinación de los acechantes mientras se reagrupaban para enfrentarse a la monstruosidad. Su confianza en la supremacía de la Máquina sobre todas las cosas lo cegaba ante la posibilidad muy real de que el formidable Culto al Dios-Máquina hubiera encontrado por fin la horma de su zapato.

Me volví hacia Medea y Aemos.

—¡Vámonos! —les grité.

Estábamos a mitad de camino por el pasillo central del translitópedo, en dirección a la parte trasera de la gran máquina, cuando un impacto todavía más violento la hizo estremecer. De repente, sin previo aviso, los amortiguadores inerciales fallaron, pues el excavador comenzó a volcarse hacia un lado. Las cubiertas de cristal de las lámparas se partieron, y las débiles llamas titilaron y se esparcieron por las paredes. Oímos otra serie de impactos terribles.

Nos pusimos en pie y nos vimos obligados a utilizar la pared curvada como suelo para avanzar. El chasquido pulsante de los láseres multitubo se había convertido en un sonido continuado procedente del exterior para entonces.

Las luces rojas de alarma centelleaban en el compartimento del hangar. Nuestro vehículo de prospección había saltado de su plataforma

por el último impacto y yacía medio aplastado sobre uno de sus costados, apoyado sobre parte de uno de los arcos que sostenía el techo. Sin embargo, el aparato de Bure, pintado de color rojo óxido, se había mantenido firme.

Medea y yo saltamos desde la compuerta de acceso hasta el techo, pero Aemos nos lanzó un grito a nuestra espalda.

—¡Yo no puedo saltar eso! —exclamó

Sabía que tenía razón.

—¡Sella la compuerta y regresa para ayudar a Bure!

—¡Que el Emperador os proteja a ambos! —gritó mientras la cerraba.

Los cables de energía que antes yacían sobre el suelo del hangar colgaban como cuerdas en aquellos momentos. Empezamos a ascender agarrados cada uno de un cable hacia el vehículo de prospección todavía conectado a su plataforma. Estábamos a mitad de camino cuando el mundo pareció estremecerse de nuevo y el translitópedo se enderezó otra vez con un tremendo impacto. Medea y yo salimos disparados junto a montones de restos caídos por doquier. Apenas tuve tiempo de arrojarme sobre Medea para apartarla cuando nuestro vehículo de prospección bajó por la pared chocando con todo y estrellándose de lado contra el suelo.

La máquina dio otra sacudida y el suelo volvió a inclinarse, unos veinte grados al menos. Nuestro vehículo, sin ninguna clase de sujeción, comenzó a deslizarse por el suelo hacia nosotros.

—¡Entra! —me dijo a gritos Medea—. ¡Entra!

Tenía abierta la escotilla de acceso al vehículo rojo de Bure, y ya estaba dentro, así que me metió a medias y a tirones en el interior. Un instante después, el translitópedo volcó treinta grados en la dirección contraria.

El vehículo de prospección suelto cambió el sentido de su marcha inmediatamente y se dirigió chirriando contra el suelo hacia uno de los mamparos hasta estrellarse contra él. Yo me quedé colgando de la escotilla abierta.

—¡Mierda! ¡Entra de una vez! ¡Entra de una puñetera vez! —me gritó Medea mientras intentaba mantenerme agarrado por las muñecas.

Lancé un gruñido de esfuerzo y levanté las piernas hasta que logré poner las puntas de los pies en el quicio de la escotilla. Me esforcé de nuevo, y logré meter todo el cuerpo. Medea cerró la escotilla con un fuerte golpe.

Sufrimos otro par de sacudidas. Llegamos hasta los asientos de la cabina y nos abrochamos los arneses de seguridad. Medea estaba intentando poner en marcha el vehículo cuando el translitópedo se dio la vuelta de nuevo y nos quedamos cabeza abajo colgando de los arneses. El aparato estaba fijado a su plataforma situada en el... techo.

—Esto va a ser divertido —dijo Medea con una risa agresiva. Había pulsado el control remoto de apertura de las grandes compuertas del hangar. Aceleró al máximo los motores del vehículo y lo desenganchó de su plataforma de amarre.

Caímos durante un vertiginoso segundo, cabeza abajo, como una piedra. Ella encendió los cohetes de estabilización y nos dio la vuelta. No chocamos contra una de las compuertas por un pelo y salimos del translitópedo justo cuando comenzaba a dar otra vuelta sobre sí mismo.

La herejía se había enrollado sobre la gran excavadora subterránea de Bure como si fuera una serpiente constrictora. Sacudía de un lado a otro la máquina, y pude ver que el casco acorazado comenzaba a combarse en algunos puntos. Distinguí algunos agujeros humeantes donde las baterías de láseres multitubo habían sido arrancadas. Los acechantes se acercaban hasta los gigantes en lucha y acribillaban al gusano del Caos con todas sus armas. Los restos de bastantes de ellos permanecían aplastados en el suelo, en el mismo lugar donde el translitópedo había pasado por encima de ellos.

Medea hizo virar nuestro aparato mientras intentaba familiarizarse a toda velocidad con el panel de control del vehículo.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Tienes algún plan?

Negué con la cabeza.

—Estoy pensando en uno.

El vehículo de prospección de Bure estaba desarmado. Lo sabía porque lo había comprobado en cuanto estuvimos en el aire.

No había nada susceptible de ser utilizado como un arma aparte de un láser minero colocado bajo el morro de la cabina, un láser con una tremenda potencia de corte... y que tenía un alcance de cinco metros.

—Llévanos a las profundidades de esta cueva —dije mientras consultaba la pantalla del auspex geológico de la nave.

—¿Lejos de la lucha?

—No podemos enfrentarnos a ese ser... así que en vez de eso lo que haremos será encontrar al Lith. Y tiene que ser esa señal.

Había una luz intermitente en la pantalla: grande, inconfundible.

Los adoradores desplegados en el suelo nos dispararon cuando pasamos volando por encima de ellos y nos adentramos todavía más en la extensa caverna volcánica. Los surtidores de furia ígnea explotaron en los lagos de lava y amenazaron con engullirnos.

Fue entonces cuando vimos al Lith.

Estaba enterrado en un reborde de obsidiana que sobresalía de la pared de la caverna, pero habían excavado a conciencia a su alrededor para dejarlo al descubierto.

Unos vehículos pesados de excavación y varias plataformas gravitatorias de perforación se hallaban colocados en las laderas de cenizas bajo la piedra, y todo el terreno estaba cubierto de fragmentos de obsidiana.

Era, tal y como Bure lo había descrito, un decaedro perfecto de cuatro metros de diámetro, de un color verde oscuro y de reflejos cristalinos como el agua congelada. Brillaba con una luz interior. Incluso desde aquella distancia pude sentir su maldad. Noté un irritante cosquilleo en el borde de mi conciencia psíquica. Medea tenía aspecto de sentirse enferma.

—No quiero acercarme más —dijo de repente.

—¡Tenemos que hacerlo!

—¿Y hacer qué?

Me pregunté por un momento si lo podríamos partir con el láser minero. De hecho, me pregunté si eso serviría de algo. Dudaba mucho que ni siquiera lo melláramos aunque estrelláramos el vehículo de prospección contra él.

Y aun así, los adoradores habían conseguido sacarle esquirlas para extender su culto maligno. Era vulnerable... a menos que aquello hubiera permitido que les sacaran voluntariamente las esquirlas.

Lo que estaba claro es que no podíamos moverlo.

Ya podía sentirlo en mi cabeza, susurrándome en mi mente. No podía sentir palabras, sólo un murmullo que me helaba la espina dorsal. Insidioso, lento... lento como los eones de tiempo geológico, lento como un glaciar o una placa tectónica. Hablaba con suavidad y sin prisas, desplegando lentamente su mensaje seductor. No había ninguna necesidad de darse prisa. Tenía todo el tiempo de la galaxia...

Nuestro vehículo se estremeció violentamente. Alcé la vista sorprendido y miré a mi alrededor. Medea había perdido en parte el control

porque se había inclinado para vomitar al otro lado de su asiento. Tenía la piel pálida, y estaba sudorosa y jadeante.

—No... no puedo —dijo entre jadeos—. No me hagas acercarme más.

Había llegado a su límite. Me incliné hacia ella y le puse una mano justo por encima de su oreja.

—Duerme —le ordené suavemente utilizando mis poderes mentales.

Se hundió en una misericordiosa inconsciencia. Tomé los mandos.

No era un piloto tan bueno como Medea Betancore, y por un momento pensé que me iba a estrellar de morro contra la superficie hirviente de un lago de lava mientras me hacía con el control del aparato.

Pero el difunto padre de Medea me había entrenado lo bastante bien. Descendí hasta la superficie de roca fundida, dejé un surco con mi paso en la extensión de lava y luego ascendí virando alrededor de una inmensa columna que llegaba hasta el techo de la caverna. Sólo quedaba otro ancho lago de lava y la orilla de cenizas donde se encontraba el Lith y yo.

Me estaba susurrando de nuevo, pero me lo quité de la cabeza. Había preparado mi mente para que resistiera las sutilezas psíquicas del Caos. Así era como se apoderaba de las mentes débiles. Así era como había contaminado y mancillado a la población de la mina de Cinchare. El susurro... las palabras de poder sin forma tangible que arrastraban a la humanidad al abrazo del Caos...

De repente, se me ocurrió una idea. Me gusta pensar que fue una idea nacida de la misma simplicidad por la que Bure había felicitado a Aemos. Una posibilidad sencilla y perfecta.

Desterré de mi mente los temores que sentía por la vida de Aemos y del magos. Era posible que la enorme herejía hubiera acabado ya con ellos destrozando el translitópedo en la otra parte de la caverna. Si todavía les quedaba alguna esperanza, lo que iba a hacer era lo mejor para ellos.

Solté una mano de los mandos y activé el reflector de voz para que se pusiera a grabar. Luego me concentré de nuevo en pilotar el aparato y empecé a hablar con voz clara y alta, sacando las palabras de mis recuerdos de hacía ya mucho tiempo, en mi mundo natal, DeKere, cuando era un niño, de pie en la gran sala de la *scholam*, con los demás pupilos, recitando juntos...

Sonó una alarma de colisión, y viré a la izquierda justo a tiempo para tener una breve visión de un vehículo de prospección que llenó todo el espacio delante de la cabina antes de pasar de largo a toda velocidad.

Dos puntos de color amarillo brillante habían aparecido en la pantalla del auspex. Las balizas localizadoras de los otros vehículos de prospección, como los de los que nos habían perseguido por los túneles de las minas.

El que había intentado chocar conmigo estaba girando sobre el lago de lava. El otro se estaba abalanzando en mi dirección en un rumbo de intercepción. Viré para volar de cara hacia él y luego volví a virar en el último momento. Pasamos muy cerca el uno del otro, lo bastante como para poder ver con claridad el símbolo de la Ortog Promethium pintado en su costado. Lo bastante cerca como para ver la cara de Kaleil a través de las ventanillas de la cabina.

El primer aparato, con un símbolo de Minería Imperial apenas visible en la pintura de su flanco, levantada por el tremendo calor, apareció de nuevo para bloquearme el paso hasta la orilla y el Lith. El piloto, inidentificable a aquella distancia, había roto los cristales de la carlinga y me estaba disparando con una carabina láser desde la cabina. A pesar de nuestras velocidades respectivas, logró acertar varias veces, y los impactos resonaron sobre el fuselaje de mi vehículo. Viré para alejarme mientras intentaba de forma desesperada no interrumpir mi recitado mientras me concentraba en el duelo aéreo.

Comencé a recitar las palabras como si fueran un mantra.

Al virar para alejarme del aparato de Minería Imperial, me enfrenté de nuevo cara a cara con el vehículo de Kaleil. Giré bruscamente para esquivarlo, pero aun así, nos rozamos al pasar y mi nave se estremeció de arriba abajo. Unas cuantas luces de advertencia se encendieron en el panel de instrumentos. Me habían dañado la tobera y me habían reducido la maniobrabilidad. El lago de lava pareció abalanzarse sobre mí para devorarme, pero ascendí todo lo que pude, alejándome de la playa de ceniza.

Continué recitando durante todo el rato.

El vehículo de Minería Imperial estaba colocado en mi cola, acribillando el aire con disparos láser. Efectuamos un giro cerrado alrededor de la columna de anzagrata, pero no pude despegarme de él. Intenté pensar en lo que hubiera hecho Medea. Lo que habría hecho su padre. Las palabras me faltaron por unos instantes mientras pensaba y llevaba a cabo mi frenético plan.

El vehículo de prospección enemigo estaba justo detrás de mí. Frené en seco y logré hacerle dar la vuelta al aparato antigravitatorio mediante los cohetes de altitud, bajando el morro como si le estuviese haciendo una reverencia a mi atacante. Y encendí el láser minero.

El vehículo de Minería Imperial estaba demasiado cerca de mí como para tener tiempo para frenar o virar. Creo que intentó estrellarse contra mí, pero me había elevado demasiado para que pudiera llegar. Pasó por debajo de mi casco a toda velocidad, tan cerca que arrancó los focos y la antena del auspex que tenía bajo el morro.

También atravesó de lleno la lanza incandescente que era el láser minero. Cortó el vehículo de Minería Imperial por la mitad a todo lo largo, y las dos mitades cayeron dando vueltas hacia el magma al rojo blanco que les esperaba abajo.

Mi aparato estaba dañado por dos impactos. Continué recitando palabras, con la esperanza de que el breve lapso de tiempo callado no tuviera importancia.

El auspex se había quedado ciego al serle arrancada la antena, pero no importaba, porque podía ver a Kaleil de todas maneras. Estaba sobrevolando el lago a toda velocidad en mi dirección.

Me mantuve flotando inmóvil, sin desplazarme. Existe un momento para la acción, y otro para las palabras, en las que ya me había arriesgado. Apagué el reflector de voz y abrí el canal de comunicación.

—¿Kaleil?

—¡Horn!

—No. Horn no... Inquisidor Eisenhorn.

Se quedó callado. Estaba a unos doscientos metros y acercándose a una velocidad que nos haría papilla a los dos.

Me acerqué el micrófono a la boca y utilicé toda mi fuerza de voluntad mental.

—No lo hagas —dije.

El vehículo de prospección de Ortog Promethium giró y se lanzó de cabeza hacia el lago de lava. Un halo de fuego surgió del lento y ondulante surtidor que se produjo cuando se estrelló contra la roca líquida.

Conduje mi maltrecho aparato hasta la playa de cenizas y lo hice aterrizar a unos veinte metros del Lith. Medea gimió en sueños. Me dieron miedo los sueños que pudieran estar bulléndole en el subconsciente.

—¡Sal de mi cabeza! —gruñí en voz alta para hacer frente al insistente susurro del Lith.

Tardé un momento en rebobinar la grabación del reflector de voz y de ponerla en un ciclo continuo. Luego desvié la señal hacia el sistema de sonar por eco que se utilizaba en el vehículo de prospección para complementar el auspex en sus tareas de exploración. Hice girar los instrumentos hasta que el poderoso sonar apuntó directamente al maligno decaedro.

La grabación, convertida en tremendos impulsos ultrasónicos, se estrelló contra el Lith. Era la Oración del Emperador para Expulsar la Disformidad, aprendida de memoria por todos los buenos alumnos del Imperio. Una plegaria inocente contra la oscuridad, una negación del Caos. Dudaba mucho que jamás hubiera sido utilizada de un modo tan activo. Dudaba que mis tutores en escuela hubieran concebido un uso semejante para aquella sencilla cancioncilla.

—Palabras —dije en un murmullo—. Tus corrompidos susurros contra mis palabras de poder. ¿Qué te parece?

Puse el volumen del sonar al máximo. En términos de energía sónica, las ondas producidas hubieran dejado inconsciente a una persona y le hubieran partido los huesos.

Durante un minuto o poco más, temí que no estuviera produciendo ningún efecto.

Justo entonces cesaron los susurros, y se convirtieron en un gemido subsónico de rabia y angustia, y finalmente, de agonía.

La superficie del Lith se quedó descolorida, como si de repente hubiese quedado cubierto de moho. Se estremeció y partió la roca de obsidiana que lo rodeaba.

Por fin, su luminiscencia interior comenzó a apagarse hasta desaparecer por completo, y ya no se le pudo distinguir de la roca volcánica negra y cristalina que lo rodeaba.

Cuando el Lith murió, también lo hicieron sus adoradores, lo mismo que la herejía. Comprobé que Medea sólo estaba profundamente dormida y luego piloté con cuidado el dañado vehículo de prospección a través de la caverna hasta llegar al otro lado y justo a tiempo para ver cómo los últimos restos del odioso gusano se quemaban y se deslizaban por los costados del abollado casco del translitópedo. El aire apestaba a ceniza sucia y a grasa quemada.

Los cuerpos en llamas de los adoradores alfombraban el suelo de la caverna. Los acechantes, ya inmóviles, se mantenían en pie entre los cadáveres, a la espera de la siguiente orden.

Aunque estaba abollado y retorcido, el gran excavador al menos había logrado mantener su integridad estructural. Los propios tecnoadeptos de Bure se apresuraron a hacerse cargo del cuerpo inconsciente de Medea en cuanto posé el vehículo de prospección en el suelo del hangar.

El suelo del pasillo principal seguía inclinado hacia un lado. Los sacerdotes ingenieros de Bure todavía estaban intentando reparar los amortiguadores inerciales.

El aire estaba lleno de un humo acre, y también estaba cargado por el desagradable olor a grasa quemada del exterior. Aemos salió a mi encuentro en la puerta de la cámara de control y me abrazó por un instante en una rara muestra de afecto. Bure se había quitado su túnica anaranjada. Era una silueta siniestra, inhumana, que observaba nuestro intercambio de emociones humanas desde el borde del estrado, iluminado por los fuegos sin apagar de los puestos de control.

—Estamos bien, viejo amigo —le dije a Aemos. Se separó de repente, como si se sintiera culpable.

—Lo has hecho muy bien, Gregor. ¡Maravillosamente bien!

—Yo... yo no pretendía faltarte al respeto...

Era en esos momentos cuando deseaba poder sonreír. Estoy demasiado acostumbrado a la máscara impasible en la que Gorgone Locke convirtió mi rostro.

Utilicé con suavidad mis poderes mentales para que comprendiera bien que le decía la verdad con mis palabras.

No existe ninguna falta de respeto, viejo amigo.

Aemos sonrió de forma amable y se apartó.

Bure se acercó hasta mí, con sus suspensores chirriando. También él me abrazó, lo que me dejó sorprendido. Fue un gesto breve y torpe, y sus servobrazos no me transmitieron ninguna sensación humana de calidez. Sentí una enorme lástima por él en aquel momento. Su esencia humana se había visto conmovida por los acontecimientos, y había visto y copiado la improvisada muestra de afecto de Aemos. Creo que en ese momento deseó ser humano de nuevo. Sólo por un momento. Pero sus fuertes brazos no transmitían mayor emoción que su firme apretón de manos de bienvenida cuando nos vimos a la llegada.

Se apartó y dejó caer los brazos a sus costados. Sus ojos de resplandor verde miraron a un lado y a otro para vigilar los trabajos de los equipos de reparación mientras se esforzaban por arreglar los desperfectos.

—Nunca te lo he dicho —empezó a decir, y su voz era fría, carecía de entonación, aunque intentaba evitar ambas cosas—. Hapshant. Te tenía en una estima increíble. Una vez me dijo que estaba convencido de que tus logros eclipsarían su carrera. Yo creo que estaba en lo cierto.

—Gracias, magos.

Se volvió para mirarme. Sus ojos de color esmeralda se convirtieron en dos rendijas.

—Todavía no me has dicho lo que te trajo hasta aquí.

—Los recientes acontecimientos me lo impidieron, magos.

—Es cierto. Pero aun así, todavía no me lo has dicho...

—Tengo que contarte las... circunstancias que han cambiado en mi vida, magos. Las contaré con todo detalle, con la esperanza de que lo entiendas y que no pienses mal de mí. Pero antes... Te di algo para que me lo guardaras y lo estudiaras, hace ya un siglo. Me gustaría verlo de nuevo.

Era algo irónico, como si alguna especie de equilibrio kármico estuviese funcionando. Por supuesto, jamás he creído en ese tipo de cosas. Bure había estado excavando en su búsqueda sin éxito a través del corazón rocoso de Cinchare a lo largo de once semanas, y había sido sólo fruto de la casualidad que Aemos apareciera con la localización exacta del Lith. Y nosotros habíamos bajado hasta las profundidades en busca de Bure para enterarnos de que lo que habíamos ido a buscar a Cinchare estaba guardado en un sitio seguro, en el anexo del Adeptus Mechanicus, donde había estado todo el tiempo, donde lo habríamos encontrado si lo hubiésemos buscado.

El dañado translitópedo tardó treinta horas en llevarnos de vuelta a la superficie. En cuanto atravesamos la capa de gypnate de la mina de Minería Imperial, envié a Medea y a Aemos a nuestro cúter para que se pusieran en contacto con Bequin y los demás, que todavía estaban esperando a bordo del Essene, estacionado en una órbita elevada.

Esperaba que no hubieran hecho ninguna tontería durante mi ausencia.

Bure me llevó hasta el anexo. Su decodificación hizo volver a la vida el sanctum y los largos pasillos a ambos lados de la capilla del Culto al Dios-Máquina se llenaron de luz. Recorrimos uno de ellos, en el que las

placas de iluminación seguían parpadeando mientras se calentaban después de un período tan largo sin haber sido utilizadas.

El magos introdujo sus cables neurales torácicos en una conexión de la pared y abrió una cerradura. Una pesada puerta blindada se deslizó hacia un lado. Luego, la que se encontraba en el interior de la primera, y por fin, una tercera, una resistente compuerta en forma de iris que se abrió de forma segmentada hasta desaparecer en el interior de una pared con el mismo ruido de las espadas al ser desenvainadas.

—Esto es lo que quieres —dijo Bure—. A lo largo de los años me ha proporcionado mucha información.

—Más tarde revisaré los informes, magos. Déjame a solas con él, por favor.

Bure se marchó.

Entré en la estancia a través de la compuerta de iris y bajé tres peldaños metálicos de rejilla hasta quedarme en el centro de la celda. Sentí el nauseabundo cosquilleo de los campos amortiguadores psíquicos. Todas las superficies estaban cubiertas de cristales de hielo, y pude distinguir el chasquido de las energías sinápticas.

—Hola, Eisenhorn —me dijo un reflector de voz con un tono hueco.

Esa voz procedía de una caja que se encontraba sobre un bloque de basalto situado en el centro de la cámara. Tanto la caja como el bloque de basalto estaban cubiertos de hielo. Unas cuantas lucecitas se encendían y se apagaban en el interior de la tapa levantada de la caja.

Me preparé, y luego contesté.

—Pontius Glaw. Nos encontramos de nuevo.

Veintiuno

Entrevista con el Condenado
Bure el Herrero
Orbul infanta

—A ver si te entiendo bien, Eisenhorn —me dijo la voz sin cuerpo de Pontius Glaw, lentamente y con un tono desdeñoso—. ¿Crees que voy a ayudarte?

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Sí.

Pontius se rió. Las luces sinápticas conectadas a los circuitos dorados de su esfera de engrama parpadearon en serie.

—No creí que un hombre de un aburrimiento y una sobriedad tan estudiadas como tú pudiera tener la capacidad de asombrarme, Eisenhorn. Veo que me equivocaba.

—Me ayudarás —dije a mi vez con voz tranquila pero categórica.

Quité la escarcha que cubría uno de los peldaños y me senté de frente a la caja. Tenía una forma rectangular, con unas patas acabadas en garras, con un aspecto compacto y repleta de una tecnología que sólo tenía un propósito: mantener el soporte vital y la capacidad operativa de la esfera de engrama, un objeto de apariencia tosca y con el tamaño de un puño, en la que residía el intelecto, y quizás el alma, de uno de los herejes más famosos de todo el Imperio.

Pontius Glaw, muerto en cuerpo desde hacía casi trescientos años, había sido durante su vida física uno de los productos más dañinos de la poderosa dinastía de los Glaw. Aquella familia, una de las más nobles de Gudrun, había dado luz a muchos herejes en su época, el último de los cuales era un personaje clave en el asunto del Necroteuco. Gracias al gran y esforzado apoyo de la Seguridad Naval Imperial, había aplastado por completo su nocivo linaje, y logrado capturar la esfera de engrama de Pontius Glaw. Su familia y sus lacayos habían intentado sacrificar a miles

de inocentes para hacerle recuperar un cuerpo físico. También les había impedido eso.

Cuando acabó todo aquel asunto, me encontré en posesión de una caja repleta de maldad herética. Ya sólo en términos tecnológicos, era toda una maravilla, y no había forma de calcular los secretos que Pontius podía guardar, así que en vez de destruirla, le encargué su custodia al magos Geard Bure. Sabía que Bure dispondría del tiempo y de la habilidad necesarios para desentrañar al menos sus maravillas técnicas. Además, era una persona de fiar.

Sin embargo, de vez en cuando a lo largo de los cien años anteriores, me había cuestionado lo acertado de aquella decisión. Lo cierto es que debería haber entregado el Pontius al Ordo Hereticus para que lo examinaran y lo eliminaran. El hecho de que no hubiera actuado así me remordía la conciencia de vez en cuando, ya que sugería un comportamiento engañoso y traicionero por mi parte. Al ver lo que me había ocurrido a lo largo del año anterior, me descubrí dándole vueltas a la idea de que quizá mis acusadores tenían razón. ¿Había sido el acto de un hombre poco fiable el hecho de esconder una entidad tan peligrosa?

Aemos me tranquilizó al recordarme que la caja utilizaba una tecnología de impulso mental que sin duda había sido robada al Culto al Dios-Máquina. Por lo tanto, me dijo, era incuestionable que un artefacto semejante debía encontrarse bajo la custodia de los sacerdotes del Adeptus Mechanicus.

—Muy bien, sigue hablando —me dijo Pontius—. Cuéntame tu caso. ¿Por qué debería ayudarte?

—Necesito una información especializada y estoy seguro de que tú la posees. Cierto conocimiento.

—Eres un inquisidor, Eisenhorn. Todos los recursos del Imperio están a tu disposición. ¿Debo entender, bueno, que tienes ciertas limitaciones?

No pensé en ningún momento contarle a aquel monstruo los apuros por los que estaba pasando. Y aunque en cierto modo él llevaba razón, tampoco hubiera podido encontrar las respuestas que quería en ninguno de los archivos imperiales.

—Lo que necesito saber podría considerarse en cierto modo un... conocimiento proscrito.

—Aaahhhhh...

—¿Qué? ¿«Ah» qué?

Incluso sin una cara o sin el lenguaje corporal, Pontius parecía encontrarse satisfecho consigo mismo.

—Así que finalmente has llegado a ese lugar. Es maravilloso.

—¿Qué lugar?

Me sentí incómodo. Llevaba meses planeando aquella conversación, y el control de la misma se me estaba escapando por momentos para pasar a manos de Glaw.

—El lugar donde cruzas la línea.

—Yo no he...

—Todos los inquisidores acaban cruzándola.

—Te digo que...

—Todos ellos. Es una especie de accidente laboral.

—Escúchame bien, inútil...

—Creo que el inquisidor Eisenhorn protesta demasiado. La línea, Gregor. ¡La línea! La línea que separa al orden del caos, lo correcto de lo incorrecto, la humanidad de la inhumanidad. Lo sé porque yo la he cruzado. Voluntariamente, por supuesto. Con satisfacción. Bailando con alegría. Para los que son como tú, es un proceso un poco más doloroso.

Me puse en pie.

—No creo que esta conversación nos lleve a ningún lado, Glaw. Me marcho.

—¿Tan pronto?

—Quizá vuelva dentro de uno o dos siglos.

—Fue en Quentus Ocho, en la primavera de 019.M41.

Me detuve en el umbral de la primera compuerta.

—¿El qué?

—El momento en que yo crucé la línea. ¿Te gustaría que te lo contara?

Me sentía inquieto, pero regresé a mi asiento en los peldaños. Sabía lo que Glaw estaba haciendo. Pontius, encerrado en su caja sin sentido del gusto, del tacto, del olfato, sin ninguna clase de estimulación sensorial, deseaba ansiosamente algo de compañía y de conversación. Había aprendido aquello durante los largos interrogatorios que le hice a bordo del Essene diez décadas atrás, durante el viaje hacia el remoto sistema KCX-1288. En aquel momento, tan sólo me estaba ofreciendo pequeños retazos de información para mantenerme interesado y que me quedara allí charlando con él.

Sin embargo, lo cierto es que durante los cien años de cautividad no había ofrecido unos detalles tan personales de su vida humana.

—019.M41. Fue un año muy ajetreado. Los mundos fortaleza del borde oriental del sistema estaban resistiendo un ¡Waaagh! de los pielesverdes, y dos de los Altos Señores de Terra habían sido asesinados en otros tantos meses por familias imperiales disidentes. Se hablaba de una guerra civil. Los mercados del subsector se habían desplomado. El comercio marchaba muy mal. Qué año. San Dracos fue martirizado en Korynto.

—Tengo acceso a los textos de historia, Pontius —le dije con acritud.

—Yo estaba en Quenthus Ocho, comprando luchadores para los combates de pozo. Son una buena raza, los Quenthi, de largas extremidades y bastante belicosos. Yo tenía unos, quizá, veinticinco años. No lo recuerdo con exactitud. Estaba en la flor de la vida, y era atractivo.

Se produjo un largo silencio mientras pensaba en aquello. Unas chispas luminosas recorrieron sus cables.

—Uno de los encargados de los combates me aconsejó que fuera a ver a un luchador que había sido comprado en un mundo al mismo borde del Ultima Segmentum. Era un tipo grande y bronceado de un mundo salvaje llamado Borea. El nombre del individuo en cuestión era Aaa, que en la lengua del planeta significaba «espada corta carne para conseguir mujeres». ¿No es encantador? Si alguna vez hubiese sido el padre de un hijo, de un hijo humano, me refiero, lo hubiera llamado Aaa. Aaa Glaw. Suena bien, ¿verdad?

—Todavía estoy a punto de irme, Glaw.

La voz de la caja soltó una especie de carcajada.

—El tal Aaa era todo un elemento. Tenía todos los dientes afilados como dagas a propósito, y le habían tratado la punta de los dedos con ungüentos desde su nacimiento para que se convirtieran en garras. ¡En garras, Eisenhorn! Ganchos calcificados y curvados de queratina y callos. Una vez le vi desgarrar una cota de malla con ellas. Bueno, el caso es que fue todo un descubrimiento. Lo mantenían constantemente encadenado. El encargado de los pozos me contó que le había arrancado el brazo a otro prisionero durante el traslado, y le había arrancado el cuero cabelludo a uno de los guardianes del estadio en un descuido. Con sus dientes.

—Encantador.

—Por supuesto, lo compré. Creo que yo le caía bien. Carecía de lenguaje realmente, ¡y sus modales en la mesa! Dormía sobre sus propios restos, y se apareaba como un perro.

—No me extraña que le cayeses bien.

La escarcha crujió alrededor de la caja.

—Eres un niño cruel. Soy un hombre culto. Ja. Era un hombre culto. Ahora soy una caja erudita y peligrosa. Pero no olvides mis estudios y mi crianza, Eisenhorn. Te sorprendería saber lo fácil que es para un hijo estudioso y acomodado del Imperio cruzar esa línea que ya te he mencionado.

—Sigue. Estoy seguro de que me quieres demostrar algo.

—Aaa me sirvió bien. Gané varias fortunas en los combates de pozo. No voy a fingir que nos hicimos amigos... Uno no se hace amigo de su carnodonte favorito, ¿verdad? Y desde luego, uno no se hace amigo de un objeto, aunque sea lucrativo. Pero logramos crear un entendimiento mutuo a lo largo de los años. Lo visitaba de vez en cuando en su celda, sin guardianes que me protegieran, y jamás me puso la mano encima. Me contaba tartamudeando los mitos de su mundo natal, Borea. Feroces relatos de barbarie y asesinatos. Pero me estoy adelantando. El momento, el momento ocurrió allí, en Quenthus, en el anfiteatro, bajo el sol de primavera. El encargado me mostró a Aaa, y me insistió en que lo comprara. Aaa me miró, y creo que vio un alma gemela... y probablemente por eso se creó un lazo entre nosotros en cuanto lo compré. Me imploró con un lenguaje deslavazado y apenas comprensible que lo comprara, y me mostró con gestos la diversión que me proporcionaría. Y para sellar el acuerdo, me ofreció su collar.

—¿Su collar?

—Eso mismo. A los esclavos se les permitía conservar un objeto personal, siempre que no se tratase de algo que pudieran utilizar como armas. Aaa llevaba un collar de oro alrededor de la garganta, y era la marca de su tribu. Era el objeto más valioso que tenía. De hecho, era el único objeto que poseía. Pero no importa... Me lo ofreció a cambio de que me convirtiera en su amo. Lo tomé y, como ya he dicho, lo compré.

—¿Y ésa fue la línea? —le dije sin mostrarme impresionado.

—Espera. Espera... Más tarde, pero ese mismo día, le eché un vistazo detallado al collar. En su interior encontré una tecnología sorprendente. Puede que Borea fuese un mundo bestial en aquella época, pero era

evidente que antaño había sido un puesto avanzado de la humanidad. Había caído en una edad oscura y salvaje debido a la influencia del Caos, y aquel collar era una reliquia de aquella caída. Se trataba de una tecnología prohibida y olvidada que concentraba la materia de la Oscuridad en la mente de su portador. Por tanto, no era sorprendente que Borea, donde todos los hombres adultos llevaban uno, fuese un lugar tan primitivo. Me sentí intrigado, así que me puse el collar.

—¿Te lo pusiste?

—Era joven y atrevido, ¿qué más puedo decir? Me lo puse. A las pocas horas, los tentáculos de la disformidad habían impregnado mi receptiva mente. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—¡Fue maravilloso! ¡Liberador! ¡Por fin estaba vivo en el universo real! Había cruzado la línea, y fue una bendición. De repente, lo vi todo como realmente era, no como el Ministorum y ese Emperador de corazón podrido querían que lo viera. ¡Una eternidad embriagadora! ¡La fragilidad de la raza humana! ¡Las glorias del espacio disforme! ¡El momentáneo tesoro de la carne! ¡La incomparable dulzura de la muerte! ¡Todo eso!

—Y dejaste de ser Pontius Glaw, el séptimo hijo de una respetable Casa Imperial, y te convertiste en Pontius Glaw, el idólatra sádico, y en una abominación.

—Los niños tenemos que tener alguna afición.

—Gracias por contármelo, Pontius. Ha sido realmente esclarecedor.

—Sólo acabo de empezar...

—Adiós.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn, espera! Por favor, yo...

Las puertas de la celda resonaron al cerrarse a mi espalda.

Esperé dos días antes de volver a verlo. Estaba malhumorado y hosco.

Entré en la celda y dejé a un lado la bandeja que llevaba conmigo.

—No pienso hablar contigo —me dijo.

—¿Por qué?

—Te abrí mi alma el otro día, y tú... tú te marchaste sin más.

—He vuelto.

—Sí que lo has hecho. ¿Ya estás más cerca de la línea?

—Tú sabrás.

Me incliné y me serví una gran copa de amasec de la licorera que traía en la bandeja. Hice girar el líquido dentro de la copa unas cuantas

veces y luego bebí un gran sorbo.

—Amasec.

—Sí.

—¿Cosecha?

—Una de cincuenta años procedente de Gathalamor, envejecida en barricas de madera.

—¿Es... bueno?

—No.

—¿No?

—Es perfecto.

La caja lanzó un suspiro.

—Me estabas contando algo... sobre esa línea.

—Yo... yo lo que te decía es que estoy muy enfadado contigo —me respondió Pontius con testarudez.

—Ah —me limité a decir mientras extraía un bastoncillo de lho que había sacado a escondidas del cuarto de Tasaera Ungish. Lo encendí y le di una gran calada, y luego soplé el humo hacia la caja maldita. Nayl me había inyectado media hora antes unos fuertes antídotos y drogas antiopiáceas para contrarrestar los efectos del amasec y del bastoncillo de lho, pero me recosté de todas maneras y aparenté disfrutar del humo.

—¿Es un bastoncillo de lho?

—Sí, Pontius.

—Hmmmm...

—¿Qué decías?

—¿Es bueno?

—¿Qué decías?

—Yo, ya te he contado mi desliz. Mi cruce de la línea. ¿Qué más quieres saber?

—El resto. Tú crees que yo también he cruzado la línea, ¿no es verdad?

—Sí. Lo llevas contigo. Tienes todo el aspecto de un hombre que ha comprendido el gran significado de la disformidad.

—¿Y eso por qué?

—Ya te dije que le termina pasando a todos los inquisidores, más tardeo más temprano. Te imagino como un joven estricto y puritano, en la *scholam*. Todo debía parecerte tan simple en aquella época... La luz y la oscuridad.

—Y eso no es algo tan obvio hoy en día.

—Por supuesto que no. Porque la disformidad lo es todo. Esta ahí, incluso en las cosas más ordenadas que hacéis. La vida debe ser insípida y aburrida sin ello.

—¿Como tu vida actual? —le comenté, y luego tomé otro trago de amasec.

—¡Condenado seas!

—Según me dices, ya estoy condenado.

—Todo el mundo está condenado. La humanidad está condenada. Toda la especie humana está condenada. El Caos y la muerte son las únicas verdades de la realidad. Creer otra cosa es pura ignorancia. Y la Inquisición... tan orgullosa y tan cumplidora y tan engreída de su propia importancia, tan segura de que está combatiendo al Caos... es la más ignorante de todas. Tu trabajo diario te acerca cada vez más y más a la disformidad, aumenta tu conocimiento y tu comprensión de los poderes sin orden. Poco a poco, sin darse cuenta, incluso el más estricto y puritano de los inquisidores acaba siendo seducido.

—No estoy de acuerdo.

El humor de Pontius parecía haber mejorado en cuanto empezamos a discutir.

—El primer paso es el conocimiento. Un inquisidor debe entender los defectos básicos del Caos para poder combatirlo. En pocos años, conoce mejor la disformidad que la mayoría de los adoradores sin estudios. Entonces llega el segundo paso: el momento en que rompe las reglas y permite que ciertos aspectos del Caos sobreviva no que permanezcan para poder estudiarlos y aprender de ellos. Yo de ti ni siquiera intentaría negar algo así, Eisenhorn. Al fin y al cabo, aquí estoy, ¿no?

—Sí que lo estás. Pero el conocimiento y la comprensión son esenciales. ¡Incluso uno de los puritanos lo admitiría! Sin ello, la lucha de la Inquisición no tendría ninguna esperanza.

—No me vengas con ésas —dijo con una risa. Luego se quedó un momento callado—. Descríbeme el sabor del amasec en tu boca. La calidad, el aroma.

—¿Por qué?

—Han pasado trescientos años desde que probé algo. Olí algo. Toqué algo.

Temí que mi ostentación del amasec y del opiáceo fuese demasiado evidente, pero él se había sentido atraído por ello.

—Es como un suave aceite en la boca, tibio. El aroma precede al gusto, como pimienta, un poco especiado. El gusto es un ardor en la garganta que me enciende un fuego detrás del corazón.

La caja soltó un largo y lastimoso sonido de arrepentimiento fascinado.

—¿El tercer paso?

—El tercer paso... El tercer paso es la propia línea. Cuando el inquisidor se convierte en un radical. Cuando se decide a utilizar al Caos contra el Caos. Cuando emplea a los agentes de la disformidad. Cuando le pide ayuda al hereje.

—Ya entiendo.

—Estoy seguro de que lo haces. Así pues... ¿me vas a pedir que te ayude?

—Sí. ¿Vas a proporcionarme esa ayuda?

—Eso depende —murmuró la caja—. ¿Qué saco yo de todo esto?

Apagué el bastoncillo de lho.

—Por lo que me has dicho, supongo que tu recompensa sería la satisfacción de verme cruzar esa línea y así condenarme para siempre.

—¡Ja, ja! ¡Muy listo! Ya estoy disfrutando de eso. ¿Qué más?

Giré la copa en mi mano, haciendo que el líquido ambarino diera vueltas en su interior.

—El magos Bure es un hombre de enorme talento. Un maestro de la maquinaria. Aunque jamás te dejaría marchar de tu prisión, quizá le podría pedir un favor.

—¿Un favor? —repitió Pontius con una temblorosa nota de ansiedad en su voz mecánica.

—Un cuerpo para ti. Un chasis de servidor. La capacidad de andar, de tocar, de sostener, de ver. Quizás incluso unos cuantos refinamientos sensoriales: sentido del tacto, del gusto, del olfato, todo muy rudimentario, por supuesto. Eso sería un juego de niños para él.

—¡Dioses de la disformidad! —susurró.

—¿Y bien?

—Pregúntame. Puedes preguntarme todo lo que quieras, Eisenhorn.

—Charlemos un rato... sobre el tema de los huéspedes demoníacos y de los demonios.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —me preguntó Fischig.
—Por supuesto —le contesté.

Nos habíamos instalado en la oficina de seguridad de la mina Cinchare para utilizarla como base de operaciones. Bequin y Aemos habían acondicionado el lugar y lo habían puesto en marcha, y Medea, Inshabel, Nayl y Fischig patrullaban la zona con regularidad. Bure nos había proporcionado unos cuantos servidores acechantes como guardias adicionales, y habíamos establecido una conexión por vox con el *Essene* para que nos avisara desde su órbita de cualquier tráfico espacial que llegara hasta allí.

Era la última hora de una tarde en la tercera semana de nuestra visita a la roca minera. Acababa de regresar de mi entrevista diaria con Glaw en su celda del anexo del Adeptus Mechanicus, y estaba con Fischig mirando por las ventanas de la oficina a la plaza que se abría bajo nosotros.

—¿Estás realmente seguro? —me insistió.

—Creo recordar que él nos preguntó lo mismo cuando le sacamos de la Carnificina —dijo Bequin mientras se acercaba a nosotros—. Nos hemos visto obligados a acabar en este remoto rincón por culpa de Osma y de su ridícula caza de brujas. Si logramos tener éxito con todo esto, nos podremos redimir.

Fischig soltó un bufido.

—Es que no me gusta todo esto. No me gusta tener tratos con ese carnicero. No me gusta tener que prometerle nada. Me siento como si hubiéramos cruzado la línea...

—¿Qué? —le pregunté con sequedad. Apenas les había contado nada de lo que hablaba con Pontius.

—He dicho que me siento como si hubiéramos cruzado la línea. ¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—Nada. ¿Cómo van el resto de los preparativos?

Sentí que Fischig querría haber insistido sobre el tema, pero que ya era demasiado tarde. Lo desvié del asunto con el cambio de tema.

—Tu amigo el magos está trabajando en ello. Nayl le llevó la espada ayer y le mostró tus notas y tus diagramas —me dijo.

—Los comunicados están escritos, codificados, sellados y listos para enviarlos —me dijo Bequin—. Dame la orden y Ungish los transmitirá. Y

aquí tengo la declaración.

Me entregó una placa de datos.

Era una carta extremis en la que declaraba formalmente a Quixos Hereticus y Extremis Diabolus, indicando sus crímenes y dando mi autorización. Le había puesto fecha del vigésimo día del décimo mes, del 340.M41. No se indicaba el lugar de expedición del documento, pero Aemos se había asegurado que todos los demás detalles fuesen expresados de un modo exacto y preciso de acuerdo con la Alta Ley Imperial y los estatutos de la Inquisición.

—Bien. Lo enviaremos todo dentro de unos pocos días.

Sabía que en el preciso instante en que la carta fuera publicada, todo el mundo sospecharía y adivinaría mis siguientes pasos. El plan en el que me iba a embarcar podría tardar años en cumplirse, y durante todo ese tiempo me perseguirían. No quería provocar toda aquella agitación tan pronto.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí todavía? —me preguntó Bequin.

—No lo sé. ¿Otra semana? ¿Un mes? ¿Más tiempo todavía? Depende de lo directo que Glaw decida ser.

—Pero ya le has sacado algo, ¿verdad? —me preguntó Fischig.

—Sí.

Esperaba no haberle sacado demasiado.

Paseé por las desiertas calles de la ciudad minera durante una o dos horas para despejarme la cabeza. Sabía muy bien que estaba escogiendo una senda peligrosa. Tenía que permanecer concentrado o perdería el control.

En cuanto logré manejar a Glaw, me dediqué a jugar con él durante las primeras conversaciones. Toda su charla sobre la línea que se cruza, su descripción en tres pasos de la corrupción que le esperaba a un inquisidor imprudente... nada de eso me era desconocido. Le había permitido hablar de ello para que se sintiera superior y confiado. Cualquier inquisidor que se haya hecho merecedor de su insignia conoce los peligros y las tentaciones que lo rodean.

Pero eso no impidió que sus palabras me escocieran. Incluso el puritano Commodus Voke era un Quixos en potencia. Cuando Glaw me

dijo que muchas veces la línea se cruzaba sin que te dieras cuenta, estaba en lo cierto. Había conocido a suficientes radicales para saberlo.

Yo siempre, siempre, me he enorgullecido de ser un puritano, aunque también fuese un moderado y un amalatiano. Detestaba las tendencias radicales heréticas. Por eso deseaba tanto atrapar a Quixos.

Pero aun así, estaba preocupado. Consideraba arriesgado lo que estaba haciendo, por supuesto, pero también era lo más pragmático dadas las difíciles circunstancias en las que me encontraba. Para poder destruir a Quixos tenía que vencer a sus demonios invocados, y para eso hacía falta conocimiento, poder y experiencia. Y ya no podía contar con el apoyo de la Santa Inquisición. Pero ¿había cruzado la línea? ¿Me estaba convirtiendo en el culpable de unos pecados que podían transformarme rápidamente en una abominación herética? ¿Estaba tan obsesionado con llevar a Quixos ante la justicia que estaba abandonando mis propios principios?

Estaba seguro de que no era así. Sabía lo que estaba haciendo, y estaba tomando todas las precauciones necesarias para manipular los elementos más peligrosos que estaba empleando. Era puro y cabal, incluso entonces.

Y si no lo era, ¿cómo lo podría saber?

Subí a un mástil de observación que se alzaba por encima del asentamiento minero y me quedé un rato en la cabina acristalada del extremo superior, contemplando por encima de las siluetas de los edificios el abrupto paisaje azul de Cinchare, y las estrellas que brillaban por encima de todo. Las lluvias de meteoritos dibujaban líneas fulgurantes en el cielo nocturno.

Oí un ruido a mi espalda en la escalera. Era Nayl. Bajó su arma.

—Ah, eras tú —me dijo al tiempo que se ponía a mi lado para mirar por la ventana—. Estaba de patrulla y vi la puerta de la torre abierta. ¿Va todo bien?

Asentí.

—Harlon, a veces peleas sucio, ¿verdad?

Me miró con expresión de extrañeza y se rascó el cráneo afeitado.

—No estoy seguro de lo que me quieres decir, jefe —me dijo.

—Todos esos años de cazador de recompensas... y te he visto pelear, ¿recuerdas? A veces tienes que saltarte las reglas para ganar.

—Supongo que sí. Cuando ya se ha dicho y hecho todo lo posible, echas mano de lo que haga falta. No me siento orgulloso de mis momentos más... despiadados, pero fueron necesarios. Siempre he creído que el juego limpio se valora demasiado. El cabrón que te está intentando machacar no juega limpio, eso es seguro. Haces lo que tienes que hacer.

—¿El fin justifica los medios?

Levantó las cejas y soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, eso ya es algo muy diferente. Ese tipo de ideas son las que meten a una persona en problemas. Existen algunos medios que no justifican ningún fin. Pero pelear sucio, de vez en cuando, no es nada malo. Tampoco lo es saltarse las reglas. Siempre que recuerdes una cosa.

—¿El qué?

—Lo primero que tienes que hacer para saltarte las reglas es entenderlas.

Aparte de mis visitas diarias a Glaw en el anexo, también pasaba cierto tiempo con Bure. Trabajaba en sus talleres, ayudado por los servidores y sus tecnoadeptos. Se había volcado por completo en las tareas que le había encomendado. Aunque nunca me lo dijo, creo que él lo consideró un pago con intereses por mis esfuerzos en la lucha contra el Lith.

También nos escuchó sin alarmarse cuando Aemos y yo le contamos los últimos acontecimientos que nos habían ocurrido. Sentí como si me confesara. Le conté el contenido de la carta con las acusaciones que se me hacían, mi condición de fugitivo. Había aceptado mi inocencia sin cuestionar nada. Tal y como él lo expresó: «La instrucción de Hapshant no hubiera dado lugar a un radical. Es el resto de la galaxia los que están equivocados».

Aquello fue más que suficiente para él. Me sentí conmovido. Un día de la sexta semana de nuestra estancia cada vez más prolongada, me llamó para que fuera a su taller.

Su lugar de trabajo se encontraba bajo la capilla principal del anexo, a dos pisos de profundidad, una verdadera herrería repleta de máquinas de ingeniería y aparatos cuyo propósito ignoraba por completo. Unas prensas de vapor martilleaban y aplastaban por doquier, y las pistolas atornilladoras también chirriaban por todas partes. Aparte de mi proyecto, todavía quedaba mucho trabajo por hacer en la reparación del anexo y del translitópedo. Atravesé las humaredas de vapor y encontré a Bure

supervisando a dos servidores que estaban inscribiendo símbolos en una viga de acero compuesto de dos metros de largo.

—Eisenhorn —dijo levantando sus resplandecientes ojos mecánicos de color verde para mirarme.

—¿Cómo va el trabajo?

—Me siento como un herrero de batalla, allá en las fundiciones de los mundos forja, cuando todavía era carne. Las especificaciones que se me han pedido son difíciles de cumplir, pero no imposibles. Disfruto con un desafío semejante.

Saqué bastantes hojas de papel de un bolsillo de mi abrigo y se las entregué.

—Más notas, tomadas durante mi última entrevista con Glaw. He subrayado los comentarios más importantes. En uno de ellos sugiere utilizar electrum para la pieza de la punta.

—Iba a utilizar hierro, o una aleación de hierro. Electrum. Tiene sentido.

Llevó mis notas a una mesa de trabajo que estaba abarrotada de pergaminos, holoplumas, herramientas de medición y de placas de datos. Las páginas de datos que ya le había proporcionado estaban apiladas en un montón, junto a las imágenes psicométricas capturadas por Ungish procedentes de mis recuerdos de los megalitos de Cadia, de Cherubael, de Prophaniti y de los ornamentos que llevaban.

—También he estado pensando en la piedra de la punta. Pensé utilizar piralina o algunos de los otros minerales cristalinos psicoempáticos, como la epidotriquita, pero dudo mucho que tuvieran la durabilidad necesaria para lo que pretendes. Desde luego, no serviría para más de una o dos veces. También consideré la posibilidad de utilizar zantro clase tabular.

—¿Qué es eso?

—Un silicato que utilizamos en los artefactos de impulso mental. Pero no estoy convencido. Estoy considerando otras posibilidades.

Una muestra de la confianza que Bure tenía en mí era que se sintiera lo bastante seguro como para confiarme secretos del Culto al Dios-Máquina con tanta tranquilidad. Me honraba con aquella actitud.

—Aquí tienes la empuñadura —me dijo mientras me enseñaba el banco de grabado donde los dos servidores estaban inscribiendo la decoración.

—¿Acero?

—Sólo en la superficie. Existe un núcleo de titanio rodeando por una vaina de adamantio bajo la superficie de acero. El titanio está perforado con varios canales por donde corren los alambres conductivos de lapidorontio.

—Parece perfecto —le dije.

—Es perfecto. Prácticamente perfecto. Ha sido fabricado hasta quedar a un nanometro de las medidas que me has dado. Déjame mostrarte la espada.

Lo seguí hasta una mesa taller al otro extremo del lugar, donde se encontraba la espada, bajo un trapo para protegerla del polvo.

—¿Qué opinas? —me preguntó mientras retiraba el trapo.

Barbarizadora era tan hermosa como yo la recordaba. Admiré las runas pentagrámicas que habían sido grabadas a cada lado de la hoja desde la última vez que la había visto.

—Es un artefacto sobresaliente. Casi me negué a realizar los cambios que me pediste. Lo cierto es que desgasté ocho puntas de taladro de adamantio sólo en esta cara de la hoja. El acero endurecido de la vaina alrededor del núcleo sólido ha sido doblado y martillado novecientas veces. Se encuentra más allá de cualquier objeto que podamos manufacturar hoy en día.

Estaba en deuda con el clan Esw Sweydyr por aquella arma, lo mismo que ya estaba en deuda por la muerte de Arianrhod. Debería habérsela devuelto a los suyos, ya que era parte del legado del clan y usuril, es decir, «historia viva». Era mía para guardarla, no para utilizarla, y desde luego, no para transformarla de aquel modo. Pero al enfrentarme cara a cara con Prophaniti, había aprendido dos cosas. De hecho, aquel ser monstruoso me lo había dicho. Las runas pentagrámicas servían para enfrentarse a los demonios, pero eran tan fuertes como el arma que las llevaba inscritas.

Por lo que yo sabía, existían pocas espadas más fuertes y resistentes en el espacio humano. Haría las paces y me disculparía con los clanes de Carthae con el tiempo, si mi destino lo permitía.

Me agaché para tocarla, pero Bure me lo impidió.

—Todavía está descansando. Debemos respetar su ánima. Podrás empuñarla en pocos días. Entrénate a fondo con ella. Debes conocerla de un modo íntimo antes de utilizarla en combate.

Me acompañó hasta la puerta de la forja.

—Ambas armas deben ser bendecidas y consagradas antes de usarlas. Yo no puedo hacerlo, aunque puedo dedicar su manufactura de forma ceremonial al Dios-Máquina.

—Ya he planeado su consagración —le dije—. Pero estaré encantado de que realices tu ceremonia. Cuando me enfrente a Quixos, no se me ocurre un dios protector más poderoso para mí que tu Dios-Máquina.

—Nos marcharemos dentro de pocos días —le dije. La caja se quedó en silencio por unos momentos.

—Echaré de menos nuestras conversaciones, Eisenhorn.

—Aun así, debo marcharme.

—¿Crees que estás preparado?

—Creo que esta parte de mi preparación ya está completa. ¿Hay algo más que puedas decirme?

—He estado pensando sobre ello. No se me ocurre nada más, excepto...

—¿Excepto qué?

Las luces que rodeaban la esfera de engrama parpadearon.

—Excepto esto: aparte de todo lo que has aprendido de mí, los secretos, el conocimiento, los misterios, debes saber que perseguir a ese enemigo es... peligroso.

Lancé involuntariamente una carcajada.

—Creo que ya me he dado cuenta de eso, Pontius.

—No, no sabes a lo que me refiero. Sé que posees la determinación. También sé que posees la ambición necesaria. Supongo que también posees los conocimientos adecuados, y espero que también las armas... pero a menos que tu mente también se encuentre preparada, perecerás. De un modo instantáneo, y no habrá runa, o espada o vara o salvaguarda arcana capaz de salvarte.

—Suena como si estuvieras... preocupado por si pierdo.

—¿Ah, sí? Entonces, piensa en esto, Gregor Eisenhorn. Puede que me consideres un monstruo más allá de incluso del desprecio, pero si me preocupo, ¿qué te dice eso de mí? ¿O de ti?

—Adiós, Pontius Glaw —le dije, y cerré las compuertas de la celda a mi espalda por última vez.

Registraré este pensamiento, porque creo que debo hacerlo. A pesar de todo lo que Pontius Glaw era... y de todo lo que ocurrió más tarde, no

puedo romper el lazo que comparto con él, a pesar de que lo he intentado. Allí, en la celda de Cinchare, y un siglo antes, en el sombrío puente del Essene, estuvimos hablando durante cientos de horas. No tengo ninguna duda de que era un ser indudablemente maligno, sin perdón alguno, y de que me hubiera matado en un instante si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo. Aun así, también era un ser con un intelecto extraordinario, de un gran ingenio y con enormes conocimientos. Era admirable a su extraña manera. Si no hubiese sido por el collar, por el collar de Aaa, el que le entregó aquel día de primavera en Quenthus Ocho, su vida habría sido muy distinta.

Y si hubiese sido distinta, y nos hubiéramos conocido, habríamos sido grandes amigos.

Habíamos permanecido en Cinchare durante tres meses. Demasiado tiempo, en mi opinión, pero no había habido forma alguna de acelerar los preparativos.

Celebramos la Fiesta de las Velas en la pequeña capilla del Ministorum que había cerca de la plaza, y encendimos unas velas para darle la bienvenida al nuevo año imperial y otras cuantas en honor a los muertos del asentamiento. Aemos y Bequin leyeron las oraciones, ya que todos los eclesiarcas se encontraban entre los muertos que se honraban. Bure y sus tecnoadeptos celebraron la ceremonia con nosotros, y él se dirigió flotando hacia la barandilla del coro situada bajo la estatua del Dios-Emperador para dirigir nuestras oraciones.

Me sentía nervioso y tenso. En parte porque estaba ansioso de ponerme en marcha, pero también por todo lo que había aprendido, por los misterios en los que Glaw me había introducido. Tanto, y tan siniestro. Sabía que había cambiado, y que ese cambio era permanente.

Pero también me pensaba que el año anterior, justo un año antes, aunque yo sentía que había transcurrido mucho, mucho más tiempo, no era más que un prisionero indefenso en la desolada Carnificina, y la Fiesta de las Velas había transcurrido sin que yo me diera cuenta de ello.

Tampoco era aquel hombre, y aquel cambio no había tenido nada que ver con los secretos susurrados por Pontius Glaw. A pesar de toda la oscuridad que llenaba mi cabeza, era mejor estar allí, fuerte y preparado, repuesto, en compañía de mis amigos y mis aliados.

No había maestro del coro que tocara el órgano, así que Medea se llevó la lira glaviana de su padre y tocó el «Sagrado Triunfo del Trono

Dorado» para que todos pudiéramos cantar.

Aquella noche preparamos un festejo en el refectorio del Culto al Dios-Máquina para celebrar el inicio de 341.M41. Maxilla, que se quedó a bordo del Essene, nos envió todo un banquete en una barcaza de transporte, junto a los servidores que nos debían atender. Uno de ellos nos informó de que una enorme tormenta de meteoritos había cruzado el cielo justo a medianoche, y que había iluminado el lado nocturno de Cinchare con su resplandor. Nayl gruñó que aquello era un mal presagio, pero Inshabel insistió de que se trataba de uno bueno.

Supongo que depende bastante de qué parte de nuestro gran Imperio procedas.

Los otros pasaron los dos días siguientes empacando y preparándolo todo para la partida, pero Aemos y yo asistimos a la ceremonia de dedicación en el cimeliarca del anexo del Adeptas Mechanicus.

Los servidores del Culto al Dios-Máquina cantaron con un código binario modulado y batieron unos timbales. El magos Bure se vistió con su túnica anaranjada y con una estola blanca colocada por encima de los hombros.

Bendijo las armas que había fabricado una tras otra, tomándolas de los brazos de cada uno de los tecnoadeptos que permanecían a su lado.

Barbarizadora, la espada de energía pentagrámica, fue alzada bajo el rayo de luz que bajaba de los ojos del altar del Dios-Máquina. Luego le tocó el turno al bastón rúnico, la pieza maestra de Bure.

Había tallado una pieza de electrum en forma de corona de estrella en el extremo del asta de acero cubierto de runas. En el centro de la pieza había un cráneo humano, marcado con el decimotercer signo del castigo. El cráneo era la pieza principal, tallada por el propio Bure en persona como una copia exacta y perfecta de mi cráneo, que había medido con varios escáneres.

Había probado y rechazado más de veinte cristales psicoempáticos antes de encontrar el que creyó apropiado para la tarea.

—Es realmente bello —le dije al tomarlo en mis manos—. ¿Qué cristal utilizaste al final?

—¿Y cuál iba a ser? —me respondió—. Tallé esa copia de tu cráneo en un trozo del propio Lith.

Vino a despedirse de nosotros cuando partíamos, hasta el hangar donde nuestro cúter artillado había permanecido tanto tiempo. Nayl y

Fischig estaban subiendo a bordo los últimos objetos. Habíamos roto por fin el silencio astropático la noche anterior, y habíamos informado a Minería Imperial, a Ortog Promethium, al Adeptus Mechanicus y a las autoridades imperiales del destino que había sufrido la mina de Cinchare. Nos habríamos ido mucho antes de que a nadie le diera tiempo a llegar hasta allí para empezar a reconstruir el emplazamiento.

Bure se despidió de Aemos, quien se apresuró a subir al cúter.

—No encuentro nada adecuado que decir —le dijo al magos.

—Yo tampoco, Eisenhorn. ¿Qué hay del... huésped?

—Me gustaría que le concedieras lo que te he pedido. Proporciónale movilidad pero nada más. Debe continuar siendo un prisionero, por siempre jamás.

—Muy bien. Espero oír hablar de tu victoria, Eisenhorn. Lo estaré esperando.

—Que el Sagrado Dios-Máquina y el propio Emperador protejan tus sistemas, Geard.

—Gracias —me dijo.

Añadió algo que me dejó sorprendido, dada su total creencia y su absoluta fe en la tecnología.

—Buena suerte.

Me dirigí hacia el cúter. Se me quedó mirando por unos instantes, y luego desapareció tras cerrar la escotilla interior a su espalda.

Fue la última vez que lo vi.

El Essene regresó desde Cinchare, veloz e impaciente, hasta los grandes territorios del Segmentan Oscurus, un viaje de tres meses que interrumpimos dos veces.

Nos detuvimos en Ymshalus para transmitir los comunicados que habíamos preparado, veinte en total. Inshabel y Fischig también se separaron de nosotros en aquel lugar. Inshabel para obtener un pasaje hasta Elvara Cardinal a fin de comenzar allí las tareas que le había encomendado, y Fischig para iniciar el largo viaje de regreso hasta Cadia. Tardaríamos meses, si no años, en volver a verlos. Fue una despedida muy triste.

También hicimos escala en Palobara, el cruce de caminos de la frontera, un lugar ajetreado repleto de naves mercantes y caravanas de obscura protegidas por cañoneras mercenarias. Allí transmití la carta donde declaraba hereje a Quixos. Ya no había vuelta atrás. En aquel

planeta nos separamos de Bequin, Nayl y Aemos, todos los cuales se dirigieron al subsector helicano por diversas vías. El destino de Bequin era Mesina, y Aemos, con Nayl para protegerlo, marchó hacia Gudrun. Fue otra despedida difícil.

El *Essene* continuó su viaje hacia Orbul Infanta. Fue un período triste y solitario, a la espera. Todas las noches, los miembros restantes de mi equipo nos reuníamos en el salón de cena y comíamos juntos: Medea, Ungish, Maxilla y yo. Ungish no era buena compañía, y hasta Medea y Maxilla habían perdido su chispa. Echaban de menos a los otros, y creo que se imaginaban los tiempos duros que se avecinaban.

Yo pasaba los días leyendo en la biblioteca o jugando al regicida con Medea. Practicaba en los compartimentos de carga con *Barbarizadora*, dominando y acostumbrándose lentamente a su peso, su longitud y su equilibrio. Nunca podría igualar a un maestro de armas de Carthae, pero siempre he sido un buen espadachín. *Barbarizadora* era un arma extraordinaria. Llegué a conocerla y ella llegó a conocerme a mí. En una semana ya estaba respondiendo a mi voluntad, y la canalizaba de tal modo que las runas brillaban manifestando mi poder psíquico. Tenía su propia voluntad, y una vez estaba en mis manos, preparada y balanceándose, era difícil impedir que cortara y se lanzara hacia donde ella quisiera. Deseaba sangre... y si no era sangre, sí al menos la alegría del combate. Medea apareció en dos ocasiones en la bodega de carga para preguntarme si estaba lo bastante aburrido como para echar una partida de regicida, y tuve que impedir que el acero se clavara en ella.

Su gran longitud era todo un problema: nunca había utilizado una espada tan larga. Me preocupaba que pudiera herirme a mí mismo en las extremidades. Pero la práctica me proporcionó la capacidad para ello: largos movimientos fluidos, mandobles de barrido, un estrecho campo de cortes. Al cabo de dos semanas, había dominado el truco de hacerla girar en mi mano, con la palma abierta de mi mano y el pomo dando vueltas el uno sobre el otro como los discos de un giroscopio. Me sentía orgulloso de aquel movimiento. Creo que *Barbarizadora* me lo enseñó.

También practiqué con el bastón rúnico, para así acostumbrarme a su tacto y a su peso. Aunque mi puntería era terrible, sobre todo en distancias superiores a tres o cuatro metros, pude canalizar mi voluntad a través de mis manos hasta su mango y luego proyectarla hasta hacerla saltar desde

el cráneo de cristal en forma de rayos eléctricos que abollaban las cubiertas metálicas de los mamparos.

Por supuesto, no pude ponerlo a prueba para su uso principal.

Llegamos al mundo sagrario de Orbul Infanta al final de la duodécima semana. Tenía tres tareas que cumplir allí, y la primera era la consagración de la espada y del bastón rúnico.

Bajé a la superficie con Medea y con Ungish a bordo de uno de los pequeños vehículos de traslado del Essene, que eran del tipo común, en vez de utilizar nuestro característico cúter artillado. Fuimos a Ezrópolis, una de las diez mil ciudades sagrario de Orbul Infanta, en la sofocante llanura del continente occidental.

Orbul Infanta es un mundo gobernado por la Eclesiarquía, bendecido y famoso por los miles de sagrarios y de capillas, cada una de ellas dedicada a uno de los santos imperiales, y cada una de ellas constituye el corazón de una ciudad estado. La Eclesiarquía lo escogió como planeta sagrario porque se encontraba en línea directa entre Terra y Avignor. Las ciudades capilla más populares y prósperas se encontraban en la costa del continente oriental, y miles de millones de fieles peregrinaban a aquellos lugares cada año. Ezropolis distaba mucho de sufrir semejante bullicio.

San Ezra, quien había sido martirizado en 670.M40, era el santo patrón del inicio de las tareas y del comienzo de los viajes, y pensé que era lo más apropiado. Su ciudad era una reluciente urbe de acero, piedra y cristal que se alzaba en mitad de las llanuras resecas por el sol del medio oeste. Según la placa-guía, toda el agua necesaria era bombeada desde la costa occidental a lo largo de unas enormes tuberías de más de dos mil kilómetros de largo.

Aterrizamos en la Llanura de Ezra, la instalación de llegada principal, y nos unimos a las filas de peregrinos que subían por las escaleras para llegar hasta la ciudad. La mayoría iban vestidos con ropajes amarillos, que era el color del santo, o llevaban retales de tejidos amarillos prendidos a sus vestidos como adorno. Todos llevaban velas o lámparas de aceite encendidas, a pesar de la brillante luz que nos rodeaba. Ezra había prometido encender una llama en la oscuridad para señalar a todos los que partían, por lo que su color litúrgico era el amarillo brillante.

Habíamos efectuado todos los preparativos necesarios. Yo llevaba un traje de lino negro con un cinto de seda amarilla y llevaba una vela votiva encendida. Ungish llevaba puesta otra túnica, pero del color amarillo del

sol al amanecer y en la mano tenía una figurilla de escayola del santo. Medea se había puesto un traje rojo ceñido bajo un tabardo sobre el que había cosido un símbolo del águila con hilo amarillo. Empujaba el pequeño carro antigravitatorio en el que se encontraban *Barbarizadora* y el bastón, ambos envueltos en terciopelo amarillo. Era una práctica común que los peregrinos transportaran sus bienes terrenales hasta la capilla de San Ezra para que los bendijeran antes de emprender ninguna tarea o viaje. Nos mezclamos con facilidad con las bulliciosas filas de sudorosos y ansiosos devotos.

Al final de las escaleras llegamos por fin a la ciudad y a la bendita frescura de sus calles, donde las sombras de los edificios nos cubrían. Ya casi era mediodía, y los coros de la Eclesiarquía cantaban desde las plataformas elevadas situadas en el extremo superior de las altas torres. Las campanas repicaban, y la gente soltaba miles de sapinches de las jaulas en las tres plazas de la ciudad. Las zumbantes nubes de pájaros de color ocre volaron por encima de nosotros, alrededor de nosotros, piando desconcertados. Los traían cada día, un millón de ellos, procedentes de aviarios de la costa, donde se criaban en cantidades industriales. No eran nativos de aquella parte de Orbul Infanta, y morían a las pocas horas de que los soltaran en el ardiente desierto. Me habían informado de que las llanuras alrededor de Ezropolis estaban cubiertas hasta la altura de la rodilla con los restos de sus huesos blancos y de sus plumas brillantes.

De todos modos, eran el símbolo de la partida y del comienzo de las tareas, así que los soltaban, un millón por día, para que sufrieran una muerte segura. Aquello era una terrible ironía, una sobre la que a menudo he pensado en hablar con la Eclesiarquía.

Fuimos a la catedral de San Ezra Vigilante, un templo importante en el lado occidental de la ciudad. Los pájaros estaban posados en todas las partes superiores de muros y en todos los huecos de paredes que encontraban, y a mí me pareció que gorjeaban indignados.

Lo cierto es que la catedral en sí era magnífica, un edificio de estilo bajo gótico construido a lo largo de los treinta años anteriores y pagado con el dinero reunido por los sacerdotes y los personajes más importantes de la ciudad. Cada visitante que atravesaba las murallas de la ciudad debía depositar dos monedas imperiales de valor elevado en los cepillos colocados a cada lado del extremo de las escaleras de llegada. Un adepto de túnica amarilla allí situado se aseguraba de que así se hiciera. Las

donaciones del cepillo de la izquierda se dedicaban al mantenimiento y a la construcción de nuevos templos. El de la derecha era el fondo para los pájaros.

Entramos en el interior del San Ezra Vigilante, en la fresca nave de mármol donde los fieles se arrodillaban para rezar y la fuerte luz del sol creaba diseños coloridos sobre cualquier superficie después de pasar a través de las enormes vidrieras de cristales teñidos. El aire fresco se veía endulzado por el olor que desprendían los quemadores de incienso, y animado por los bellos cantos procedentes del coro.

Dejé a Medea y a Ungish en la entrada de arco, al lado de la tumba de un Marine Espacial del capítulo de la Guardia del Cuervo, y sus manos estaban colocadas de manera que indicaban en qué sagrada cruzada había muerto.

Encontré al preboste de la catedral, y le expliqué lo que quería. Me miró sin expresión alguna mientras jugueteaba con los bordes de su túnica amarilla, pero logré que me comprendiera inmediatamente en cuanto metí seis grandes monedas en su cepillo de donativos y le puse otras dos en la palma de la mano.

Nos llevó hasta una capilla de bautismo, y le indiqué a mis camaradas que debíamos seguirlo. En cuanto estuvimos todos dentro, cerró las cortinas de la estancia y abrió su breviario. En cuanto empezó a celebrar el rito, Medea quitó el trapo que cubría los artefactos y los colocó en el borde del pequeño altar. El preboste siguió murmurando sin apartar la vista del libro abierto para no saltar de línea, y alzó y abrió un pequeño fraseo de aceite con el que ungió tanto la espada como el báculo.

—Al bendecir y consagrar estos objetos, adoro al Emperador que es mi dios, y conmino a aquellos que me los traen a que lo hagan sin la mancha de la concupiscencia. ¿Juras que es así?

Me di cuenta de que me estaba mirando. Alcé la cabeza desde la postura de adoración arrodillada que había adoptado. Concupiscencia. El deseo por lo prohibido. ¿Me podía atrever a realizar aquel juramento, sabiendo lo que sabía?

—¿Y bien?

—Estoy inmaculado, puritus —le contesté. Asintió y continuó con la consagración.

La primera parte de mis asuntos estaba cumplida. Salimos al patio frontal de la catedral.

—Llévalos a nuestra nave y guárdalos con cuidado —le dije a Medea señalando las armas tapadas colocadas en el carro.

—¿Qué es la concupiscencia? —me preguntó.

—No te preocupes por eso —le dije.

—Gregor, ¿acabas de mentir?

—Cállate y haz lo que te he dicho.

Medea hizo girar el carro y desapareció entre la multitud de peregrinos.

—Es una chica muy lista, hereje —me dijo Ungish.

—Lo cierto es que tú también puedes callarte —le ordené.

—No me da la gana —me replicó—. Se acabó.

—¿El qué? ¿Qué se ha acabado?

—En mis sueños, te vi jurar delante de un altar imperial. Vi que ocurría, y que luego yo moría.

Observé a los pájaros que revoloteaban en el aire por encima del patio.

—*Déjá vu*.

—Sé diferenciar un *déjá vu* de un sueño —me contestó con amargura —. Sé diferenciar un *déjá vu* de mi trasero.

—El Dios-Emperador mira por nosotros —le dije para intentar tranquilizarla.

—Sí, sé que lo hace —fue su respuesta—. Sólo pienso que no le gusta lo que está viendo.

Esperamos hasta la tarde en el patio. Compramos hojas de pan caliente, ensalada especiada y cafeína aguada a los vendedores ambulantes. Ungish no comió demasiado. Unas largas sombras cubrieron el patio bajo la última luz de la tarde. Me comuniqué con Medea. Estaba de regreso y a salvo en el pequeño transporte, esperándonos.

Yo estaba aguardando para completar la segunda de las tareas que me habían llevado a aquel planeta. Era el día fijado, y la hora señalada se acercaba con rapidez. Sería la primera prueba de los veinte comunicados que había enviado. Uno de ellos lo había mandado al inquisidor Gladus, un hombre al que admiraba y con el que había colaborado de forma efectiva treinta años antes durante la Conspiración P'Glao. Orbul Infanta se encontraba bajo su jurisdicción. Le había escrito, exponiendo mi caso y pidiéndole su apoyo. También le había pedido que se encontrara conmigo allí, en aquel lugar, a aquella hora.

Era, al igual que el resto de los mensajes, una cuestión de confianza. Sólo les había escrito a aquellos hombres y mujeres en los que no encontraba reproche alguno, y quienes, sin importar lo que pensaran de mí, me concederían la gracia de encontrarse conmigo para discutir el asunto de Quixos. Si me rechazaban la invitación, no importaba. No esperaba que ninguno de ellos me delatara o fuera allí para capturarme.

Esperamos. Yo estaba impaciente, nervioso... Nervioso todavía por los siniestros misterios que Pontius Glaw me había desvelado y estaban dentro de mi cabeza. No había dormido bien en cuatro meses. No estaba precisamente de buen humor.

Esperaba que Gladus apareciese, o que al menos enviara a alguien con un mensaje. Puede que lo retuvieran o que se retrasara, o que estuviera atareado con su propio trabajo, pero no creía que hiciera caso omiso de mí. Registré con la mirada la multitud en busca de sus cabellos largos y de su luenga barba, su túnica gris o su báculo con una púa en la punta.

—No va a venir —me dijo Ungish.

—Oh, para un rato.

—Por favor, inquisidor. Quiero irme. Mi sueño...

—¿Por qué no confías en mí, Ungish? Te protegeré —le dije mientras abría un poco mi abrigo de lino negro y le dejaba ver la pistola láser que llevaba en una funda bajo el sobaco izquierdo.

—¿Por qué? —me espetó de repente—. Porque estás jugando con fuego. Porque has cruzado la línea.

Aquello me sobresaltó.

—¿Por qué has dicho eso? —le pregunté mientras oía resonar las mismas palabras de Pontius en mi cabeza.

—¡Porque lo has hecho, condenado seas! ¡Hereje! ¡Maldito hereje!

—¡Para!

Se levantó con pies inseguros del banco del patio donde estaba sentada. Los peregrinos se giraban atraídos por el jaleo provocado por su enfado.

—¡Hereje!

—¡Déjalo ya, Tasaera! ¡Siéntate! ¡Nadie va a hacerte daño!

—¡Eso es lo que tú dices, hereje! ¡Nos has condenado a todos con tus métodos! ¡Y yo soy la que va a pagar el pato! Lo he visto en mis sueños... este lugar... esta hora... tu mentira en el altar, los pájaros revoloteando...

—No he mentido —dije mientras la hacía sentarse de nuevo de un tirón de sus ropas.

—Ya viene —susurró.

—¿Quién? ¿Gladus?

Meneó la cabeza.

—No es Gladus. No va a venir. Ninguno de ellos va a venir. Todos han leído tus bonitas cartas con ruegos y las han borrado. Eres un hereje y no van a tener tratos contigo.

—Conozco a la gente a la que le he escrito, Ungish. Ninguno de ellos me dejaría a un lado de ese modo.

Se volvió para mirarme, y la armazón de la cabeza siseó mientras se ajustaba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

p

—Tengo tanto miedo, Eisenhorn... Ya viene.

—¿Quién?

—El cazador. Eso es lo único que se podía ver en mi sueño. Un cazador, invisible e intangible.

—Te preocupas demasiado. Ven conmigo.

Regresamos al interior de la catedral de San Ezra Vigilante, y nos sentamos en uno los bancos delanteros. La luz del atardecer atravesaba las vidrieras. La estatua del santo, alzada tras la pantalla de la insignia imperial, tenía un aspecto magnífico.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté.

—Sí —dijo un poco gimoteante.

Seguí mirando a mi alrededor, con la esperanza de que apareciera Gladus. Los grupos de peregrinos comenzaban a llegar para la liturgia de la tarde.

Quizá no iba a venir. Quizá Ungish tenía razón. Quizá yo era más paria de lo que me imaginaba, incluso para mis viejos amigos y colegas.

Quizá Gladus había leído mi humilde comunicado y lo había tirado soltando una maldición. Quizá se lo había remitido a los arbites...o a la Eclesiarquía...o a la Oficina de Acusaciones Internas de la Inquisición.

—Dos minutos más —le dije—. Luego nos marchamos. Hacía bastante tiempo que se había pasado la hora de la cita con Gladus.

Miré a mi alrededor de nuevo. Los peregrinos ya estaban entrando en masa en la catedral por las puertas principales.

Había un hueco en el torrente humano, un espacio donde debería haberse encontrado un hombre. Era bastante llamativo, ya que los peregrinos empujaban y se esforzaban por pasar a su alrededor, pero no intentaban ocupar ese hueco.

Abrí los ojos de par en par. Discerní un brillo de energía en el hueco, el reflejo secundario de un escudo de espejo.

—Ungish —dije con un susurro mientras metía la mano en el interior del abrigo para desenfundar mi arma.

Unos proyectiles bólter cruzaron aullando la nave hacía mí procedentes del hueco. Los peregrinos gritaron aterrorizados y huyeron en todas las direcciones.

—¡El cazador! —gritó de forma lastimera Ungish—. ¡Intangible e invisible!

Eso era. Con su escudo espejo activado, tan sólo era un reflejo de calor, marcado únicamente por el brillante resplandor de su arma.

El pánico se apoderó de la catedral. Los peregrinos se pisoteaban unos a otros en sus intentos de huida.

Los respaldos de los bancos explotaron lanzando astillas de maderas cuando los proyectiles los atravesaron abriendo grandes agujeros.

Respondí disparando mi pistola láser en breves ráfagas.

—¡Espina desea Aegis, sabuesos ansiosos en los cuartos traseros!

Eso fue todo lo que pude decir antes de que un proyectil bólter me rozara el cuello y me arrojara de espaldas, destrozando al mismo tiempo mi aparato de vox.

Rodé sobre el suelo de mármol llenándolo todo de sangre.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn! —me llamó Ungish con voz lastimera, y de repente lanzó un aullido de dolor.

Vi que caía de espaldas contra el panel de madera de una de las paredes de los confesionarios, partiéndolo. Un proyectil bólter le había acertado de lleno en el estómago. Se retorció en el suelo mientras se desangraba, en mitad de los trozos astillados de madera, gritando y aullando.

Intenté acercarme a ella arrastrándome sin prestarle atención a los demás disparos que partieron los respaldos frontales que quedaban intactos.

Levanté la mirada. El cazador de brujas Tantalid desconectó su escudo espejo y me miró a su vez desde arriba.

—Eres un hereje maldito, Eisenhorn, y ese hecho está demostrado más allá de toda duda por los cargos presentados contra ti. En el nombre del Ministorum de la Humanidad reclamo tu vida.

Veintidós

Muerte en San Ezra
La larga caza
La célula de cinco

No estoy seguro con exactitud de cómo había logrado encontrarme, pero creo que había estado tras mi pista desde hacía tiempo, desde antes de Cinchare. El hecho de que apareciera en San Ezra aquel día y a aquella hora me convenció de que había interceptado el comunicado que envié a Gladus. Y podría haberme vencido, allí mismo, en ese instante, si hubiese utilizado su pistola bólter y no hubiera intentado aprovechar demasiado la ventaja.

En vez de eso, Tantalid enfundó la pistola y desenvainó su antigua espada sierra, *Teophantus*, para realizar una ejecución formal con su arma sagrada.

Le disparé con la pistola láser, impactándole una y otra vez y haciéndolo retroceder. Su traje de combate con adornos dorados, que le proporcionaba a su escasa condición física el volumen y las dimensiones de un Marine Espacial, absorbió o desvió los impactos, pero la fuerza de éstos le hizo trastabillar varios pasos hacia atrás.

Me puse en pie y disparé de nuevo, y luego eché a correr por uno de los pasillos de la catedral, hacia el nártex. Los visitantes y los encargados de la iglesia seguían huyendo por doquier. *Teophantus* se lanzó en pos de mi espalda chirriando con todos sus dientes de acero. Tantalid estaba cantando la Acusación de Herejía verso por verso.

¡Silencio!, le grité utilizando mi fuerza de voluntad.

El aguijonazo psíquico lo obligó a callarse, pero estaba protegido por amortiguadores psíquicos e hizo caso omiso de la siguiente orden que le di por vía mental: *¡Quieto!*

La espada sierra cortó el aire y me eché a un lado un momento antes de que partiera en dos uno de los bancos de la catedral. El mandoble siguiente casi me dio, pero me escondí detrás de una columna que

desprendió una lluvia de chispas y de fragmentos de piedra cuando recibió el golpe.

Ungish seguía gritando de dolor. Aquel sonido me helaba la sangre y al mismo tiempo me enfurecía. Disparé de nuevo con la pistola láser, pero los últimos disparos salieron ya sin apenas fuerza. La célula de energía se le había agotado. Me lancé de nuevo al suelo, pasando de cabeza por debajo de su lento cuerpo, y lo agarré por la espalda. Fue una maniobra desesperada. Yo no llevaba ninguna clase de armadura, así que tenía muy pocas posibilidades de vencer su fuerza bruta o de causarle algún daño. Pasó su mano enguantada de acero por encima de su cabeza, me agarró del abrigo, me separó de su espalda y me arrojó a un lado.

Mi abrigo se rompió. Reboté con fuerza contra una columna y atravesé un delgado panel confesional de madera, partiendo la delicada superficie grabada. Apenas había logrado ponerme en pie de nuevo cuando la espada sierra se abatió de nuevo sobre mí y abrió un tremendo surco en el suelo de la catedral.

Salí corriendo para alejarme de él, atravesando la nave central hacia la estancia donde se guardaban las reliquias. Dos hombres de la Frateris Militia de la catedral, con obvios deseos de ascender al ayudar al temible cazador de brujas del Ministorum, se acercaron para intentar impedirme el paso. Ambos llevaban túnicas amarillas en honor a San Ezra e iban armados con unas mazas cortas en una mano y con lámparas del templo en la otra.

Creo que ambos se arrepintieron casi inmediatamente de su voluntarioso intento.

Ni siquiera me esforcé por utilizar mis poderes psíquicos. De todas maneras, creo que mi rabia era demasiado intensa en ese momento para haberlos utilizado en condiciones. Esquivé el primer mazazo echándome a un lado, atrapé la muñeca que empuñaba el arma y la partí para luego derribar al individuo de una patada. La maza salió volando por los aires cuando el hombretón la soltó, y yo la atrapé justo a tiempo para detener el golpe que me lanzó el otro hombre. Cuando retrocedió por la fuerza del impacto rechazado de su propia arma, utilicé mi maza para partirle la rodilla. Se desplomó en el suelo con un agudo aullido de dolor, dejando caer la maza, pero intentó golpearme con la lámpara del templo. Le arrebaté la lámpara y le propiné una fuerte patada en el estómago, que le

hizo doblarse sobre sí mismo mientras intentaba recordar cómo volver a respirar.

El primer hombre había vuelto a la carga y se abalanzó sobre mí. Me volví y le aplasté la lámpara del templo en uno de los lados de su cara. La lámpara se apagó, y él quedó inconsciente.

El suelo tembló cuando Tantalid se echó encima de mí. Utilicé la maza que había capturado como si fuese una espada, y la blandí a dos manos para desviar sus primeros golpes. Era madera de teca forrada de hierro, un objeto resistente, pero no era rival para una espada sierra. Después de dos o tres golpes, la maza estaba machacada y casi rota. La arrojé a un lado y arranqué un estandarte de la pared situada al lado de una de las puertas. *Teophantus* arrancó de inmediato la vieja tela bordada y el cartel de madera del extremo, pero aquello me dejó con un arma de hierro de tres metros de largo.

La empleé como una larga barra, golpeando a Tantalid en un lado de la cabeza con un extremo y luego en la cadera contraria con el otro. Luego lo ataqué con la punta, intentando clavársela como si fuera la punta de una lanza, y logré abollarle la placa pectoral de la armadura.

Él respondió, echando espumarajos de rabia y furioso consigo mismo, alzando *Teophantus* y acortando mi arma medio metro. Blandí a una mano lo que quedaba de mástil y lo golpeé en el otro lado de la cabeza. Le salía sangre por las orejas. Aulló y lanzó un mandoble que casi me arrancó el brazo.

Mi tercer intento de golpearle la cabeza falló de un modo patético. Ya sabía lo que intentaba, así que bloqueó mi golpe con la espada sierra. Los dientes de la sierra atraparon el mástil y me lo arrancaron de las manos, arrojándolo diez metros por los aires. Aterrizó detrás de unos bancos con un ruido resonante y metálico.

Intenté alejarme, pero la feroz sierra me acertó en el hombro derecho y me hizo un profundo corte. Me tapé la herida con la mano y me agaché de nuevo. *Teophantus* decapitó una estatua de San Ezra.

No importaba lo que yo hiciera, ocurriría lo que él quisiera. Tenía las armas y la armadura de su lado, y yo ya estaba sangrando profusamente, lo que significaba que poco a poco estaría más débil y sería más lento, por lo que a él tan sólo le bastaba con seguir presionándome para acabar triunfando.

Me percaté de que se estaba produciendo otra conmoción cerca de las grandes puertas de la catedral. Muchos adoradores y jerarcas sorprendidos se habían reunido allí para ver el combate sagrado. Pero se estaban separando, y la pifia humana se estaba deshaciendo. Alguien se estaba abriendo paso a través de ellos.

Medea.

Echó a correr por el pasillo principal, gritando mi nombre al mismo tiempo que disparaba su pistola de agujas contra Tantalid por encima del respaldo de los bancos. Los letales proyectiles rebotaron con un chasquido metálico contra la armadura, y él se volvió enfurecido.

Tantalid desenfundó su pistola bólter y disparó contra su nueva atacante. Medea arrojó en mi dirección el objeto que había estado llevando en la otra mano y desapareció después de lanzarse hacia un lado para esquivar los tremendos impactos de los proyectiles bólter. Recé para que al menos fuese un salto deliberado. Si la había herido...

El objeto que me había arrojado rebotó en un banco situado cerca de mí y cayó al suelo, saliendo de la envoltura de paño amarillo que lo rodeaba.

Barbarizadora.

Me arriesgué a que la espada sierra me desmembrara y me lancé de cabeza hacia la espada de Carthae. Mis manos se cerraron en torno a la empuñadura y rodé dos veces sobre mí mismo para esquivar el siguiente mandoble de *Teophantus*.

Barbarizadora ronroneó entre mis manos cuando me puse en pie. Las runas grabadas en su hoja brillaron con una luz vengativa.

Tantalid se dio cuenta de que la naturaleza del combate había cambiado de forma repentina. Lo pude ver en sus ojos.

Mi primer ataque le rebanó una muñeca, cortando limpiamente la pieza de la servoarmadura. Su mano cayó al suelo, empuñando todavía la pistola bólter con el cañón humeante.

El segundo chocó contra *Teophantus* y la destruyó, esparciendo dientes de sierra sueltos y piezas de maquinaria por los aires.

El tercer mandoble partió al cazador de brujas Tantalid en dos, desde el hombro izquierdo hasta la entrepierna. Ninguna de las dos mitades dejó escapar un solo sonido cuando cayeron al suelo de la catedral.

Barbarizadora todavía estaba repleta de poder y deseosa de más sangre, por lo que se retorció cuando Medea apareció indemne detrás de

una fila de bancos. Obligué a la sedienta espada a bajar.

—¡Vamonos! —me dijo.

Ungish estaba muerta. Ya no podía hacer nada por ella. Y había tanto que debería haber hecho... Ella había estado en lo cierto. En lo cierto sobre todo aquello. En lo cierto sobre su destino. Temí pensar que también podría estar en lo cierto en todo lo demás.

Al oír mi frenética llamada en Glossia cuando Tantalid comenzó a atacarme, Medea despegó con nuestra pequeña nave desde la Llanura de Ezra en las afueras de la ciudad y a pesar de todas las comunicaciones por los canales oficiales que le ordenaban que abortara la aproximación y voló hasta posarse justo en el mismo patio de la catedral de San Ezra Vigilante.

Cuando salimos corriendo al exterior, atravesando las multitudes de curiosos que se apartaban rápidamente de nuestro paso, vimos a los arbites de la ciudad y a los miembros de la Frateris Militia acercarse al lugar en respuesta a las llamadas de alarma. No tenía sentido enfrentarse a ellos.

Nuestra nave salió disparada hacia el cielo, de regreso al Essene, para abandonar Orbul Infanta lo antes posible.

Aquello fue un auténtico embrollo. La confianza con la que todos habíamos partido de Cinchare parecía haber desaparecido. Orbul Infanta tan sólo había sido el primer paso de una serie de estratagemas a largo plazo, y gracias a Tantalid había acabado de un modo horrible. No había logrado entrar en contacto con Gladus, y también había descubierto que, a pesar de lo cuidadoso que había sido, mis comunicados no eran seguros. La tercera tarea que me había propuesto en Orbul Infanta, una consulta en el archivum imperial para encontrar cierta información relativa a Quixos, ni siquiera había comenzado.

Al menos, había logrado consagrar las armas, y *Barbarizadora* había más que demostrado su gran valía en combate.

Las fragatas de la Frateris Militia, junto a numerosas naves de patrulla de la Armada Imperial, intentaron impedir la partida del *Essene*, pero el navegante de Maxilla nos sacó del sistema y del espacio real antes de que ni siquiera pudieran acercarse. Algunas naves nos persiguieron hasta el espacio disforme, y nos dieron caza durante ocho días, aunque finalmente logramos deshacernos de nuestros perseguidores tras una serie de aceleraciones, deceleraciones y cambios de rumbo en el espacio real.

Nos escondimos. Pasamos un mes en un almacén de tecnología de nivel bajo de un mundo agrícola, y otros dos en una estación automatizada

en Kwyle. En aquella época saltaba por lo más mínimo, y esperaba que aparecieran rivales y enemigos en cada puerta. Pero todo se mantuvo tranquilo y sin problemas, y nadie nos incomodó. Maxilla había hecho carrera mediante la táctica de no llamar la atención y de pasar desapercibido. Puso en práctica aquel arte en beneficio de nuestra causa, y me volvió a meter en faena.

Nos arriesgamos, tres meses después de abandonar de forma tan precipitada Orbul Infanta, a acercarnos a Gloricent, un mundo comercial alejado pero próspero en el subsector de Antimar, otra división del sector Scarus, sólo a dos subsectores del helicano. Aunque mundos como Gudrun y Tracian Primaris estaban por lo menos a cuatro meses de viaje en nave interestelar, me sentí un poco como en casa. Medea y yo visitamos disfrazados la zona costera y azotada por las olas de una de las principales colmenas comerciales, y conseguimos un par de astrópatas, contratando sus servicios al gremio local por un período indefinido.

Se llamaban Adgur y Ueli, ambos unos chavales, ambos sanos físicamente, pero con poco ingenio y sin apenas emociones. Sus jóvenes cabezas estaban rapadas y sus clavijas implantadas estaban nuevas y relucientes. Me hablaban de un modo excesivamente formal, que me sonaba a etiqueta aprendida al estilo de los loros, algo que por desgracia era cierto. Pero sus ojos estaban rodeados de carne de color oscuro, su piel estaba perdiendo el tomo lustroso y su carne la flexibilidad de la juventud. Los rigores de la vida de los astrópatas ya se estaba cobrando su precio.

Envié nuevos comunicados mediante ellos, unos comunicados que sustituían a los anteriores y que revisaban ciertos aspectos de mis planes. Ninguno de los mensajes sugería ninguna clase de encuentros de prueba que había intentado con Gladus. No estaba dispuesto a arriesgarme tanto en aquellos momentos.

Después de que pasara una semana, y de que no recibiera ninguna clase de respuesta, abandonamos Gloricent y viajamos hasta Sarum, el mundo capital del subsector de Antimar, pasando antes por Mimonon. Logré obtener algunas informaciones interesantes en sus bibliotecas, pero tuvimos que marcharnos porque un pequeño confesor de cara agria que realizaba una investigación sabática se dedicó a seguirme como si me hubiera reconocido.

Recibí mis primeras respuestas mientras todavía estábamos anclados en Sarum, todas ellas codificadas: de Bequin desde Mesina, y de Aemos

desde Gudrun. Ambos me informaban sobre las partes del plan que debían cumplir, y que marchaban mucho mejor que la mía. Dos días más tarde, un mensaje astropático parcialmente interrumpido me llegó procedente de Inshabel, que estaba en Elvara Cardinal. Las partes inteligibles parecían indicar que estaba teniendo cierto éxito. Estaba impaciente por saber más.

La semana anterior a nuestra partida de Sarum recibí otros dos mensajes, ambos anónimos. Uno procedía de Tracian Primaris, y el otro de un racimo de mundos esclavos que debían lealtad a la provincia Salis, en el subsector ofidiano. Reconocí a los remitentes por el cuidado lenguaje y código de los mensajes.

Mi ánimo se levantó.

Después de aquellos éxitos, todo pareció frenarse e incluso estancarse. No lográbamos ningún progreso, y no recibimos más comunicaciones. Nos vimos obligados a abandonar Lorwen a toda prisa, nuestra siguiente parada después de salir de Sarum, cuando apareció de repente una flotilla de naves de guerra de la Flota de Batalla Reaver. Después supe que las maniobras de la flota de batalla en Lorwen, y también en Sarum y en Femis mayor, eran parte de un despliegue preventivo frente a un par de pecios espaciales que habían llegado al subsector. Pero aquello nos provocó trece semanas de angustia y de andar escondiéndonos entre las estrellas enanas negras de un sistema estelar extinguido.

Pasó otra Fiesta de las Velas mientras viajábamos por el empíreo, de camino al grupo de estrellas Drewlian. Medea, Maxilla y yo la celebramos juntos, sólo nosotros tres. No invitamos al navegante y a los dos astrópatas. Alcé mi copa para brindar por el éxito de nuestra misión. No creo que hubiera estado tan animado si hubiera sabido que el acto final de nuestro plan tardaría todo otro año completo en llegar.

Pasé los primeros cuatro meses de 342 enzarzado en una búsqueda infructuosa del famoso eremita precognitivo Lukas Casina en las apestosas ciénagas de Drewlia Dos, sólo para enterarme de que había muerto a manos de un culto monodominante cuatro años antes. Durante aquella búsqueda, acabé con una secta de demonios de la plaga que infestaban aquellos pantanos. Fue todo un éxito y un esfuerzo, pero el relato completo de lo sucedido está en los archivos de la Inquisición, y no tiene sentido que lo cuente aquí. Además, lo considero una pérdida de tiempo y una interrupción. Tampoco contaré aquí las aventuras de Nathun Inshabel en

Elvara Cardinal, o las experiencias de Harlon Nayl en Bimus Tertius, aunque ambas narraciones tienen que ver con este relato. Inshabel ha escrito su propia e ingeniosa exposición de sus grandes logros, a la que se puede acceder mediante el nivel de seguridad adecuado, algo que recomiendo tanto por su valor informativo como por ser gratificante. Nayl me pidió que no incluyera lo que le sucedió, y nunca lo dejó registrado en ninguna clase de archivo. Sólo alguien con la temeridad necesaria para preguntárselo y dispuesto a gastarse una buena cantidad de dinero en emborracharlo puede saber lo que ocurrió.

Durante todo este tiempo, continué siendo un forajido imperial, buscado por la Inquisición por mis herejías. Es interesante que en ningún momento a lo largo de este período, la Inquisición refutó de modo formal la carta que presenté contra Quixos.

El año 343.M41 había llegado a su mitad cuando el Essene me llevó a Thessalon, un mundo feudal cercano a Hesperus en el subsector helicano. Había sido elegido por Nayl como punto de encuentro de nuestra reunión secreta. Llegó una semana antes que nosotros al mando de un equipo de veinte hombres para preparar el sitio y asegurarse de que no estuviéramos en peligro. Sus preparativos fueron minuciosos e ingeniosos. Nadie pudo entrar en la zona sin que él lo supiera, nadie podría haberlo hecho. A la más mínima señal de interrupción exterior o de interferencia oficial, hubiéramos tenido tiempo de sobra para retirarnos y huir.

Como precaución final, yo fui el último en llegar.

Thessalon es un pequeño mundo áspero cuyos habitantes viven en una edad oscura y que no sabe nada del Imperio o de la galaxia que existe más allá de los cielos.

El lugar de encuentro era una fortaleza en ruinas en el norte del segundo continente, a unos dos mil kilómetros de la comunidad indígena más cercana. Sin duda, unos cuantos pastores solitarios o algunos granjeros vieron las luces de nuestras naves en su cielo, pero para ellos, aquello no se trataba más que de nuevos portentos de los dioses así como de los ojos brillantes de bestias fabulosas.

Medea me depositó en el borde de un bosque de coniferas, y a continuación se alejó con el cúter artillado para permanecer cerca como apoyo aéreo, lista para desplegarse en un instante. Por primera vez en dos años estándar, me vestí como un inquisidor, con un abrigo de cuero negro

y también con mi insignia bien a la vista. Asimismo llevaba mi arnés de fe, con el *Puritus* grabado. Maldito fuera todo aquel que pensara que no era merecedor de llevarlo.

Nayl, equipado con una armadura de combate y con una carabina láser apoyada sobre uno de los brazos, apareció entre los árboles para recibirme. Nos estrechamos la mano. Me alegré de verlo de nuevo. Sus hombres, que sin duda se hallaban desplegados cerca, por los alrededores, permanecían invisibles en la creciente oscuridad.

Nayl me llevó a través del oscuro bosque hasta un claro, donde las copas de los pinos formaban un óvalo malva repleto de estrellas. La fortaleza, un montón de piedras grises, estaba en mitad del claro, y por las ventanas inferiores salía el resplandor de las lámparas.

Nayl me hizo atravesar los sensores de alarma, los cables y los rayos de detectores de movimiento que infestaban la estructura. Unos cráneos servidores de mi arsenal personal flotaban en la penumbra, alerta y armados.

Bequin y Aemos me salieron al encuentro bajo el arco roto de la entrada. Aemos tenía la cara pálida y mostraba un aspecto preocupado, pero en su rostro apareció una cálida sonrisa de bienvenida en cuanto me vio. Bequin me abrazó.

—¿Cuántos? —le pregunté.

—Cuatro —fue la respuesta.

No estaba mal. No era estupendo, pero tampoco estaba mal. También dependía de qué cuatro fueran los asistentes.

—¿Y todo lo demás?

—Todos los preparativos están acabados. Podemos empezar nuestra misión en cualquier momento —contestó Aemos.

—¿Tenemos un objetivo?

—Lo tenemos. Lo conocerás cuando se los digamos a todos los demás.

—Bien —me quedé callado un momento—. ¿Hay algo más que deba saber?

Los tres negaron con la cabeza.

—Vamos allá entonces —les dije.

A pesar de todas las precauciones que habían tomado, estaba dejando mi vida en sus manos. Me presentaba en persona, de forma voluntaria, a cuatro miembros de la Inquisición. Confiaba en que las antiguas amistades

y alianzas respectivas que existían entre ellos y yo contarían más que las acusaciones que Osma había lanzado contra mí. Aquellos cuatro eran los únicos que habían contestado a mis veinte comunicados originales. Nayl se había encargado de supervisar su llegada y de registrarlos a fondo, pero aun así, existían muchas posibilidades de que hubieran acudido simplemente para ejecutar a Gregor Eisenhorn, declarado hereje.

Pronto lo sabría.

Cuando entré en la sala principal, iluminada por velas, un chistido acalló todas las conversaciones, y seis hombres se volvieron para mirarme. Fischig, con un aspecto imponente gracias a su armadura corporal negra, asintió a modo de saludo con una sonrisa a medias en los labios. El interrogador Inshabel, con un mono de trabajo ceñido al cuerpo y una capa ligera, inclinó la cabeza y me sonrió con nerviosismo.

Los otros cuatro se me quedaron mirando sin hacer ningún gesto.

Caminé de modo solemne hasta colocarme en mitad de ellos. El primero se bajó la capucha de su capa marrón. Era Titus Endor.

—Hola, Gregor —me dijo.

—Bien hallado, viejo amigo.

Endor había sido uno de los dos primeros en contactar conmigo de forma anónima el año anterior, desde los mundos esclavos de Salis. El otro, que había respondido desde Tracian Primaris, estaba a su lado.

—Commodus Voke. Me honras con tu presencia.

El arrugado vejestorio soltó un pequeño bufido desdeñoso.

—En honor a nuestras empresas comunes, y maldito sea Lyko, y todo lo demás, aquí estoy, Eisenhorn, aunque el Emperador sabe que sospecho mucho de todo esto. Te escucharé con atención, y si no me gusta lo que oigo, me retiraré... ¡sin romper la confianza mostrada en este encuentro! —añadió de forma ceñuda con un dedo levantado—. No traicionaré este congreso, pero me reservo el derecho a marcharme si descubro que no sirve para nada.

—Tienes ese derecho, Commodus.

A su izquierda estaba de pie un hombre alto y tranquilo, al que no reconocí. Llevaba una armadura antifragmentación de color castaño bajo un largo abrigo azul de caballería, y su emblema plateado estaba fijado en la parte izquierda del pecho. Tenía la cabeza abombada y afeitada, pero un brillo violeta en sus ojos me indicó que era un nativo de Cadia.

—El inquisidor Raum Grumman —me presentó Fischig dando un paso adelante.

Grumman estrechó la mano que le ofrecí e inclinó brevemente la cabeza.

—La inquisidora general Neve confirma el recibo de su comunicado y me ha pedido que le exprese su tristeza por no poder haber asistido a esta reunión. Ella en persona me pidió que la sustituyera, y que le preste el servicio que libremente yo le presto a ella.

—Te lo agradezco, Grumman. Pero quiero decirte desde el principio que quiero estar seguro de que sabes por qué nos hemos reunido hoy aquí. Haber venido sólo porque te lo ha pedido tu jefe provincial no es suficiente.

El cadiano sonrió.

—Lo cierto es que es así. Pero déjame decirte que he estudiado todo el asunto con mucho cuidado con Neve en persona y con tu Fischig. No me hago ilusiones sobre el peligro de encontrarme aquí y de aliarme contigo. Pero dadas las circunstancias, habría venido de todas maneras.

—Bien. Excelente. Bienvenido, Grumman.

La identidad del cuarto y último invitado me dejó sorprendido. Iba cubierto de una armadura de combate hecha de placas relucientes, que parecía fabricada a medida y también extraordinariamente cara. Alzó sus manos cubiertas por guanteletes y se quitó el yelmo en forma de cabeza de sabueso. El inquisidor Massimo Ricci, del Ordo Xenos Helicana. No podía considerarlo un viejo amigo, pero lo conocía bien.

—¿Ricci?

En su rostro atractivo y altivo apareció una amplia sonrisa.

—Al igual que Grumman, estoy aquí para pedir disculpas en nombre de otra persona. Por numerosas razones, de las que estoy seguro podrás entender, Lord Rorken no puede responder en persona a tu petición. Sería un suicidio político para él participar en este asunto. Pero mi señor todavía confía en ti, Eisenhorn. Me ha enviado para que actúe como su sustituto.

Ricci era uno de los inquisidores más valorados y admirados de Lord Rorken. Muchos comentaban que era el sucesor más probable para el puesto de Maestre del Ordo Xenos. El hecho de que estuviese allí era un cumplido enorme, tanto de Lord Rorken, quien había creído apropiado enviar a uno de sus subalternos más ilustres, como del propio Ricci, que estaba arriesgando una carrera prometedora por el solo hecho de estar allí.

Era evidente que ambos se habían tomado muy en serio mi propuesta y mi causa.

—Caballeros —les dije—, estoy encantado, y me siento honrado, de veros a todos. Discutamos el asunto, de forma abierta y libre, y veamos adonde nos conduce todo esto.

Los vientos nocturnos de Thessalonia gimieron al atravesar las cavidades en ruinas de la fortaleza mientras les informaba de todo. Inshabel y Nayl llevaron sillas y colocaron una pesada mesa de campaña. Bequin y Aemos nos proporcionaron las placas de datos, los mapas, y todos los papeles y demás pruebas que les pedí a lo largo de la reunión.

Hablé durante unas dos horas, y los conduje a lo largo de todo el asunto sobre Quixos, contándoles todo lo que sabía. Buena parte de lo que dije ya estaba en los comunicados que envié, pero completé todos los detalles y contesté a todas las preguntas que me hicieron. Endor pareció quedar satisfecho, y apenas habló.

Me alegré de tener un auténtico amigo allí conmigo, uno que confiaba sin más en mi palabra y en mis intenciones. Grumman tampoco intervino mucho. Voke y Ricci me acribillaron a preguntas, y pidieron que les aclarara hasta el más mínimo de los detalles.

Las tres ordos estaban presentes en la mesa: Voke pertenecía al Ordo Malleus, aunque al menos no pertenecía al círculo de Bezier, Ricci y yo éramos Ordo Xenos, y Grumman y Endor pertenecían al Ordo Hereticus. Todos nosotros, excepto Grumman, éramos servidores asignados a la Ordos Inquisitorae Helicana. Sólo Titus Endor, a quien yo conocía como una persona extremadamente reservada, no llevaba expuesta su insignia.

Creo que hablé de forma elocuente y clara.

Nos tomamos un descanso después de aquellas dos horas de exposición para poder estirar las piernas y tomarnos un bocado. Salí afuera para respirar el frío aire nocturno y me quedé escuchando el susurro de la brisa que movía las copas de las coniferas. Fischig salió para hacerme compañía y me trajo una copa de vino.

—Neve está pasándolo mal —me dijo, yendo directo al grano. Había viajado desde Cinchare hasta Cadia para conseguir más datos e información, y para reclutar específicamente a la inquisidora general.

—¿Por mi culpa?

Asintió.

—Por todo. Osma causó muchos problemas después de que te sacáramos de la Carnificina. Después de todo, tenía el apoyo y la presión de Bezier y de Orsini. Aquello hizo que el superior de Neve, el Gran Maestre Nunthum, de la Ordo Cadia, tomara nota de todo aquello, eso te lo aseguro. Iban a por ella y a por su cargo, pero no pudieron demostrar nada. Neve sabe ser escurridiza. Y te defendió como una auténtica osa, puedes creerme.

—¿Está a salvo?

—Sí. Gracias a una enorme incursión del Enemigo hace ocho meses. La Puerta de Cadia está en pie de guerra y completamente revuelta. Lo último que preocupa a nadie es el papel que tuvo Neve en la Conspiración Eisenhorn.

—¿Así es como lo llaman?

—Así es como lo llaman.

Sorbí un poco de vino, esperándome algo peleón y del planeta. Sin embargo, era un vino tinto, un estupendo Samatano. Supuse que procedía de mi propia bodega.

Era propio de Bequin tener en cuenta aquellos detalles, y había escogido lo mejor para suavizar la tensión de los visitantes.

—Grumman : ¿qué piensas de él?

—He pasado bastante tiempo con él —me dijo Fischig—. Tiene una mente brillante, y sabe lo que está haciendo. Neve no podía venir debido a la vigilancia a la que está sometida, así que escogió a Grumman, y no creo que ella lo hubiera hecho si él no mereciera la pena.

»Se conocen desde hace mucho tiempo, y Grumman aceptó por respeto a ella. Pero hemos pasado bastante tiempo en el viaje desde Cadia hasta aquí, y creo que ahora también se ha involucrado por convicción propia.

—Bien. ¿Y los otros?

—Voke es un tipo lleno de sorpresas —dijo con un bufido—. Cuando me dijiste que ibas a incluirlo en la lista de contactos, pensé que estabas loco. No tan loco como cuando escribiste a Lord Rorken, por supuesto, pero casi... Nunca creí que el viejo cabrón aparecería, o que ni siquiera se dignaría contestarte. Es un tipo tan tieso que incluso el palo que tiene metido en el culo tiene un palo metido en el culo. Hubiera perdido esa apuesta. Debes caerle mejor de lo que está dispuesto a admitir.

—Nos entendemos —le dije—. Le salvé la vida en la nave insignia San Scythus, pero él me devolvió el favor en la Avenida de Víctor Bellum. Quizás eso ha sido suficiente.

—Hace falta convencerlo —contestó Fischig—, pero creo que está dispuesto a participar.

—¿De veras?

—¿Has visto al cretino de Heldane por algún lado?

Sabía lo que Fischig quería decir. Heldane se hubiera opuesto a aquella misión en redondo, y le hubiera encantado entregarme, vivo o muerto. Estaba claro que Voke había ido sin que su antiguo pupilo lo supiera. Fischig estaba en lo cierto. Aquélla era una buena señal.

—Endor... Bueno, él es de fiar, ¿verdad? —continuó diciendo Fischig—. Dada vuestra amistad hubiera venido de todas maneras.

—Me alegro de que esté aquí. ¿Y qué me dices de Ricci?

Fischig bajó la voz de repente hasta convertirla en un siseo.

—Hablando de él.

Se retiró. Ricci apareció con una copa de vino por la arcada situada a nuestras espaldas y se colocó a mi lado. Se quedó mirando el impresionante cielo estrellado.

—Espero que te des cuenta de lo afortunado que eres —me dijo Ricci.

—Todos los días.

—Te arriesgaste al ponerte en contacto con Lord Rorken. Siempre le has caído bien, pero dada la situación actual, que caigas bien es una costumbre peligrosa. Se enfrentó directamente a Bezier y a Orsini por tu caso.

—¿Y aun así te envió?

—Déjame serte franco, Gregor. Creo que nos ayudará. Lord Rorken, que el Emperador multiplique su buen hado, me envió para ayudarte a desenmascarar y a destruir al hereje Quixos. Pero si, en el camino, descubro algo que confirma la opinión generalizada sobre las acusaciones de herejía que se te imputan...

—¿Qué?

—Creo que ya me has entendido.

—Eres su hombre del hacha. Me ayudarás... pero si cruzo la línea delante de ti, Rorken te ha dado permiso para ejecutarme.

Alzó su copa.

—Creo que ahora ya sabemos adónde nos conduce esto.

Así era. Ya tenía mucho más sentido que Rorken hubiese enviado a un agente de semejante rango a mi lado.

No dije nada más. Ricci sonrió y volvió a entrar en la fortaleza.

Nos sentamos de nuevo a la mesa y estuvimos debatiendo el asunto durante cierto tiempo más. Pensé que la mayoría de las preguntas, sobre todo las de Voke y las de Ricci, eran estrechas de miras a propósito.

Por fin, después de otra hora, Grumman dijo en voz alta una pregunta que iba al caso.

—Supongamos que todos estamos de acuerdo. Que estamos de acuerdo con que Eisenhorn ha sido acusado erróneamente y que Quixos se merece nuestra persecución más encarnizada... ¿Cómo lo hacemos? ¿Sabemos dónde se encuentra?

—Sí —le respondí, aunque yo no conocía la contestación a esa pregunta.

Sin embargo, sí sabía que mi gente se había pasado buena parte de dos años cumpliendo su misión, y muchas docenas de agentes habían estado filtrando datos procedentes de cientos de mundos.

Bequin se acercó a la mesa sin que nadie se lo dijera y se sentó con nosotros.

—Hace unos tres meses, nuestra investigación descubrió una trama repetitiva en los datos concernientes a la vida casi mítica de Quixos. Y esa trama está basada en Maginor.

—La capital del subsector Niaides, sector Viceroy, Ultima Segmentum —dijo Voke en voz alta.

—Vuestro conocimiento astronómico es excelente, señor —le contestó Bequin con voz suave. Les entregó varias placas de datos.

—Como pueden ver en el archivo de datos marcado como «alfa», es indudable que Quixos visitó Maginor hace casi doscientos años, y se vio implicado en una asociación de intereses comerciales y familias nobles conocida como el Sendero Místico. El Sendero era un grupo que ya había estado utilizando tecnología y conocimientos prohibidos. Quixos debería haber suprimido la asociación y haberlos quemados a todos. Pero está claro que no lo hizo. En vez de eso, los protegió y los ayudó a crecer, hasta que se convirtieron en una base de poder para su invisible imperio de siniestras creencias. Ya no era una asociación, sino un culto. El culto a Quixos.

—¿Por qué crees que todavía está ahí? —le preguntó Ricci.

—Pensamos que ha montado su base allí, señor —le contestó Bequin —. Los tentáculos del Sendero Místico se extienden por todo el segmentum, e incluso más allá. Maginor es su corazón. El inquisidor Lugenbrau y un grupo guerrero de unos sesenta individuos desaparecieron en Maginor en 239.M41. Jamás se han encontrado restos ni huellas de ellos, aunque el interrogador Inshabel fue capaz de... aah... recuperar una trascripción verbal incompleta de una grabación pictográfica que al parecer se realizó durante la misión de Lugenbrau.

Leí rápidamente pero en voz alta la trascripción. Era aterradora.

—¿Conseguiste esto en Elvara Cardinal, Inshabel? —le pregunté.

Inshabel estaba en la otra parte de la estancia, y avanzó hacia nosotros mientras se sonrojaba.

—Bueno, no directamente, señor. Lo cierto es que procedía de la biblioteca de datos de la Inquisición en Fibus Secundus. Cómo lo conseguí es toda una aventura, pero sería desperdiciar un tiempo muy valioso andar repitiéndola aquí.

Inshabel estaba en lo cierto, como ya he dicho. Fue toda una aventura, y disfruté de su relato cuando más tarde me la contó. Insisto en que accedáis a ella para leerla.

—Creemos que Lugenbrau estaba persiguiendo a Quixos, aunque lo más probable es que no lo supiera —continuó diciendo Quixos—. Él y todo su grupo fueron aniquilados por las fuerzas de Quixos.

—Lugenbrau —murmuró Voke mientras dejaba su placa de datos sobre la mesa y se quedaba contemplando el cielo con la mirada perdida —. Nunca lo conocí en persona, pero fue pupilo de mi camarada Pavel Uet. Uet confiaba plenamente en él, y cuando Lugenbrau desapareció, lo sintió mucho. Creo que esa pérdida acortó su vida.

Voke me miró con sus ojos viejos y cansados.

—Si antes no estaba decidido del todo, Eisenhorn, ahora lo estoy. Quixos debe pagar por lo que ha hecho.

—Estoy de acuerdo —dijo Endor mientras arrojaba su placa de datos sobre la mesa con aspecto ceñudo—. Como mínimo, la Inquisición exige venganza por todo esto.

—Entonces, ¿a Maginor? —preguntó Grumman.

—Todavía es su base de operaciones, señor, de eso estamos seguros —le contestó Bequin—. Y hasta hace una semana, estábamos

completamente preparados para efectuar una incursión en Maginor, pero justo entonces recibimos esto.

Alzó en la mano una trascripción telepática.

—La leeré, si me lo permiten.

Se puso con cuidado sus gafas de media luna. Le sentaban muy bien, pero yo sabía que su vanidad le hacía odiarlas. Una indicación de la gravedad de la situación era que estuviera dispuesta a ponérselas delante de aquella gente.

—Comienza diciendo: *«Mi querido amigo Gregor: Me he mantenido al día con los datos sobre vuestra misión que me habéis estado enviando. Me da algo que hacer en estas largas tardes de invierno. Estoy de acuerdo con que Maginor es la sede de ese mal, y desde luego se merece la atención debida de la Inquisición. Pero, si me perdonas, sugiero que Maginor sea dejado en manos de la Ordo Niaides. Según los datos que Aemos me ha proporcionado he llegado a una nueva conclusión. Mis descubrimientos completos se encuentran en los archivos de datos que están más adelante, pero, en resumen, creo que deberíais dirigiros a Farness Beta. La fascinación que Quixos siente hacia los megalitos de Cadia me hizo pensar.*

»Como verás más adelante, he hallado unos pedidos de tallado de piedras enormes en el mundo límite de Serebos, que galácticamente se encuentra al sm de Terra. Los gremios talladores de Serebos son famosos por el secretismo de sus contratos. Proporcionan una piedra vitrea negra e inerte, parecida a la obsidiana, llamada serebita, y es una sustancia muy hermosa que tiene mucha demanda en todo el Imperio. La serebita es, por lo que se sabe, el material más parecido al utilizado en la construcción de los megalitos de Cadia, lo más similar que se puede conseguir. Como ya he dicho, los jefes de las distintas canteras son muy reacios a difundir la identidad de sus clientes, pero existen muy pocas posibilidades de ocultar el embarque de una enorme copia de uno de esos megalitos por una barcaza de transporte del gremio. ¡Tres cuartos de kilómetro de largo, y un cuarto de kilómetro de anchura! Quixos ha ordenado crear una copia exacta de los megalitos de Cadia, y la ha enviado a Farness Beta.

Bequin se quedó callada un momento y levantó los ojos para mirarnos.

—*«Si alguna vez te has fiado de mis consejos, confía en mí ahora*—siguió leyendo—. *Quixos está en Farness, y si vais a detenerlo, debe ser*

ahora mismo. Tu devoto amigo y pupilo, Gideon».

Gideon. Gideon Ravenor. A pesar de estar malherido e impedido, había descubierto aquello, lo que alteraba por completo nuestro plan de ataque. Me quedé sin habla. Sentí que estaba a punto de que se me saltaran las lágrimas.

—Hay una posdata —dijo Bequin—. Dice: «*Los demonios serán el principal problema. Sé que estás preparado, pero también os envío esto. Uno para cada uno de los veinte que has convocado*».

Bequin se quitó las gafas y se puso en pie. Nayl trajo una caja y la puso sobre la mesa. Dentro había veinte pergaminos de protección contra demonios, cada uno de ellos guardados y sellados en el interior de un tubo de mármol verde bendecido, y veinte amuletos de oro consagrados del Dios Emperador como una reliquia esquelética. Era muy típico de Ravenor prestar atención a aquellos detalles. Nayl los entregó, un pesado tubo de pergamino y un amuleto para cada uno de nosotros.

—Yo estoy convencido —dijo Ricci mientras se ponía en pie y se colocaba el amuleto del cuello, de modo que colgara entre los sellos de pureza de su armadura.

—Me alegro. ¿Grumman?

—Estoy contigo —me dijo el nativo de Cadia.

—Un brindis —dije alzando la copa—. Por esta célula de cinco. Y por los otros que nos han ayudado a llegar tan lejos.

Bequin, Aemos, Nayl, Fischig e Inshabel también alzaron sus copas en respuesta.

—A Farness Beta. A acabar con Quixos.

Los cinco inquisidores reunidos en la derruida fortaleza entrechocaron sus copas.

—Farness Beta —dijo Ricci—. Decidme, ¿dónde está eso?

—En mitad de la Puerta de Cadia —le contestó Grumman—. Justo en el borde del Ojo del Terror.

Veintitrés

Farness Beta
Cherubael y Prophaniti
Quixos

Llegamos a Farness Beta a comienzos del año 343.MI. Para entonces, la guerra había dividido todo el subsector cadiano, y unos inmensos y terroríficos ejércitos del Ojo del Terror. El Ojo dominaba los cielos como un torbellino de llamas en la mayoría de los mundos cercanos a la Puerta de Cadia, brillando con un resplandor mayor que el que ningún vivo podía recordar. Cada destello y pulsación de aquel remolino significaba una nueva apertura en el espacio disforme, y otra flotilla de la muerte que surgía. Aquella primavera fue conocida como La Resistencia Valerosa de la Puerta de Cadia, y así aparece en todos los libros de historia del Imperio, como cualquier erudito sabe.

Durante los primeros meses del año 343, los cadianos rechazaron la mayor invasión del Caos sucedida en trescientos años.

Casi parecía que el Archienemigo supiera algo.

El *Essene* me llevó a Farness impaciente y deseoso de entrar en acción. Otras dos naves nos escoltaron a través del immaterium: el elegante crucero de Ricci y el viejo acorazado erizado de cañones de Voke. Endor y Grumman, con sus grupos de combatientes, viajaban a bordo del *Essene* conmigo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el *Essene* llevara tanta gente.

El grupo de combate de la Armada Imperial, un escuadrón de diez naves destacado de la Flota de Combate Scarus para operaciones especiales y bajo las órdenes del Destacamento de Disciplina de la flota, ya nos estaba esperando allí.

El grupo de combate llevaba en su posición desde hacía dos semanas, y sus operaciones de reconocimiento y de vigilancia nos habían preparado el terreno.

—Ya hemos confirmado la localización de Paria —me dijo el Gran Procurador Olm Madorthene por un canal de vox y pictográfico desde su propia nave.

Paria era el nombre clave utilizado para referirse a Quixos en aquella operación.

—Bueno, al menos su centro de actividad. Voy a enviar los datos ahora mismo. El Punto A es lo que estamos buscando.

Me volví en mi asiento del elegante puente de mando del Essene y Maxilla le hizo un gesto de asentimiento a uno de sus adornados servidores. El mapa desplegado apareció en la pantalla secundaria de mi consola.

—Ya lo tengo —le dije a Madorthene mientras me volvía de nuevo para mirar su imagen ligeramente distorsionada en la gran pantalla principal del puente.

—Es una meseta montañosa llamada Ferell Sidor, que significa literalmente «Altar del Sol». Se encuentra en uno de los remotos territorios norteños de la provincia de Hengav. El gobierno provincial ha declarado todos esos territorios Lugar Sagrado, ya que toda la zona está plagada de tumbas tólicas de la Segunda Dinastía. Se supone que el acceso está restringido, y que sólo la Eclesiarquía, las familias reales de Farnesi y los arqueólogos autorizados pueden pasar. Creemos que Paria obtuvo una serie de licencias para excavar en Ferell Sidor hace unos seis años, bajo la cobertura de una misión arqueológica de la universidad de Avellorn. Se supone que las autoridades locales supervisan esa clase de misiones, pero lo cierto es que no tienen ni idea de lo que está haciendo allí arriba. Si miras el mapa detallado...

—Sí, lo tengo.

—Puedes ver la extensión de los trabajos de excavación. Paria ha construido una pequeña ciudad ahí abajo, a lo largo del pozo.

—La excavación tiene un tamaño considerable...

—Creemos que ahí es donde ha enterrado o colocado su copia del megalito. Es difícil obtener una imagen mejor. No quisimos acercarnos demasiado para no ponerle sobre aviso.

Me levanté del trono del puente y me quedé de pie mirando la enorme imagen del Gran Procurador.

—¿Estáis preparados?

—Por completo. Ya te he mandado una copia de mi estrategia de asalto. Haz las modificaciones que desees.

No hizo falta. El plan de Madorthene era eficiente y simple. Oficialmente se trataba de una operación del Destacamento Disciplinario de la Flota de Combate con la que se pretendían obtener pistas que condujeran al esclarecimiento de la matanza acaecida en Tracian. El Gran Procurador Madorthene había sellado un pacto de cooperación con Commodus Voke para llevar a cabo el plan. En realidad el pacto lo había convenido en secreto conmigo. Olm era el único individuo que no era inquisidor al que había escrito.

Codificamos todas las señales de llamada y las órdenes de mando de la operación, acordamos la hora cero y nos deseamos buena suerte el uno al otro.

—El Emperador protege, Gregor —me dijo.

—Eso espero, Olm —le contesté.

Al día siguiente, dos horas antes del amanecer, quinientos guardias imperiales del Quincuagésimo Primero de Tracian avanzaron hacia Ferell Sidor, Punto A, desde los puestos de reunión avanzados a cubierto tras las colinas que rodeaban el lugar, después de haber desembarcado el día anterior en barcazas navales. Avanzaron en silencio, en tres columnas. La primera aseguró el único camino de acceso a la meseta montañosa y que resultaba transitable para los vehículos terrestres. Cuando las tres columnas estuvieron finalmente en posición, despertamos a Ferell Sidor.

Las fragatas *Zhikov y Furia de Espatian* bombardearon la zona durante seis minutos, creando una enorme bola de fuego que iluminó todo el paisaje como si el sol hubiese salido antes de tiempo. Instantes después, treinta bombarderos *Marauder* sobrevolaron el Punto A a baja altura y soltaron treinta mil kilos de alto explosivo.

Otro amanecer falso.

A pesar de aquella tremenda obertura, cuando las tropas terrestres llegaron ocho minutos después de que cayera la última bomba, la resistencia fue feroz. Madorthene se había temido que la mayor parte de las fuerzas de Quixos se encontraran bajo tierra, en el interior de la montaña, capaces de aguantar el peor ataque aéreo.

Las tropas de Tracian se encontraron entre los llameantes restos del poblado enfrentados a unos sectarios fanáticos y bien armados. La mayoría llevaban puestos los emblemas y los colores del Sendero Místico. Muchos

eran mutantes. Los informes iniciales estimaban un total de ochocientos guerreros enemigos. Madorthene hizo entrar en acción a la reserva de la fuerza de ataque: otros setecientos soldados de asalto tracianos.

Para entonces, nosotros ya estábamos desplegando la segunda oleada. Medea nos dejó a Inshabel y a mí en el mismo borde de la zona de ataque, junto a Endor y a sus dos servidores armados. La pinaza blindada de Ricci se posó cerca de nosotros, levantando una gran nube de polvo, y de ella bajaron él, Commodus Voke y una escolta de veinte soldados de la Inquisición. Grumman utilizó una nave de desembarco de la Armada que le prestó Madorthene y fue el último en llegar a tierra, pero el primero en entrar en combate. El destacamento de diez hombres de Grumman estaba compuesto exclusivamente por antiguos especialistas Karskin.

Cuando comenzamos a avanzar a través del sofocante humo, mientras nuestras naves todavía estaban elevándose por el aire que empezaba a teñirse por el amanecer, sentimos un temblor en la tierra y un despliegue palpable de fuerzas psíquicas. Unas terribles oleadas de poder psíquico surgieron del epicentro del Punto A y mataron a treinta soldados de la vanguardia... y después desaparecieron de repente.

Todos habíamos previsto que Quixos dispondría de unas tremendas defensas psíquicas. Al fin y al cabo, había estado reuniendo psíquicos como Esarhaddon, y lo más probable es que los ataques psíquicos fueran la pieza clave de su defensa, quizá más incluso que sus demonios. No estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Todo mi equipo de intocables de la Rueca, formados en dos grupos, unos cincuenta individuos en total, avanzaron al lado de las tropas de vanguardia. Bequin, protegida por Nayl y doce soldados de mi personal de combate, iba al mando de uno de los grupos, y Thula Surskova, protegida por Fischig y otros doce soldados, iba al mando del otro.

La Rueca nunca antes había sido utilizada a una escala semejante, pero demostró ser el arma que yo siempre sospeché que podía ser. El vacío que generaron contuvo y anuló la tormenta psíquica que amenazó por unos momentos con envolvernos, dejándola atrapada en el interior del Punto A e impidiendo que afectara al resto de nuestras tropas.

Entré en el complejo subterráneo con Inshabel bajando por unos peldaños cortados directamente en la roca de los sectores interiores del Punto A. Habíamos tenido que abrir paso casi durante una hora a través de las estructuras cubiertas de humo de la superficie, metro a metro.

Encontramos el primer lugar de acceso a los niveles inferiores cuando el sol ya había salido por completo. Era una escalera que había quedado al descubierto por el cráter de una bomba.

El sitio estaba repleto de restos humeantes y de unos cuantos cuerpos imposibles de identificar. En algunos puntos encontramos cables de energía chisporroteantes que colgaban del techo de rocacemento. Ambos llevábamos detectores de movimiento, y girábamos a derecha y a izquierda abatiendo a los sectarios en cuanto aparecían. Me estaba quedando sin munición para la pistola bólter, e Inshabel ya había empezado a utilizar su segunda, y última, carga de energía. El nivel de resistencia era increíble.

Nos encontramos con Endor en el cruce de un aparente laberinto de túneles sin sentido. Iba con un par de soldados tracianos y un guardia de la Inquisición, pero había perdido a sus dos servidores de ataque, demasiado lentos. Supe lo que estaba pensando con sólo verle la mirada. Habíamos llegado con bastantes fuerzas y muy confiados, pero quizá no llevábamos suficientes fuerzas. Pensé que había calculado bien lo peor que a lo que podíamos enfrentarnos, pero era posible que hubiera subestimado a Quixos.

Unas tremendas ráfagas de disparos nos alertaron del combate que se estaba librando en una gran estancia situada a nuestra izquierda. Llegamos justo a tiempo para ver a cuatro aterrorizados y heridos soldados tracianos que huían en nuestra dirección.

—¡Atrás! ¡Atrás!—nos gritaron. Hice caso omiso y avancé.

La estancia era inmensa y estaba medio llena de humo. Unas llamas verdes antinaturales lamían las paredes. Al otro extremo, la ya de por sí gigantesca estancia parecía dar a otra todavía mucho más grande.

Pero aquello no fue lo que me llamó la atención.

Commodus Voke, rodeado por más de cincuenta cadáveres, la mayoría de guardias imperiales, se mantenía firme contra Prophaniti.

El viejo inquisidor estaba temblando, y sus ropas se estaban quedando rígidas por el hielo psíquico. De sus ojos y de su boca salía una luz llameante. El demonio, con sus crueles facciones apenas reconocibles como una distorsión de la cara del pobre Husmaan, se mantenía flotando en el aire delante de Voke, luchando por superar la invisible barrera de furia telequinética.

Echamos a correr, y unos sectarios situados a la derecha de la estancia comenzaron a dispararnos. El guardia imperial que estaba a mi lado se estremeció y se retorció cuando le impactaron dos veces, e Inshabel lanzó una maldición cuando le rozaron y casi le hicieron caer.

Endor ordenó a los demás hombres que lo siguieran y se abalanzó hacia los sectarios, con su pistola láser reluciendo con cada disparo y su espada sierra chirriando lista para el combate.

Voke estaba a punto de derrumbarse. Pude ver que flaqueaba bajo la intensa presión.

Enfundé la pistola bólter y avancé a tropezones por encima de los cuerpos y de los restos en su ayuda, rezando para que el báculo rúnico hiciera lo que se suponía tenía que hacer.

Y un tremendo impacto de luz blanca y de calor achicharrante me lanzó por los aires.

Intenté ponerme en pie, y me di cuenta a medias de que había salido disparado fuera de la estancia, había atravesado un panel de madera fin a y que había acabado en una especie de canalón de desagüe. Una fuerza invisible me puso en pie. Estaba rodeado por una intensa luz blanca.

Cherubael levitaba justo delante de mí.

—Gregor —me dijo—. Has llegado muy lejos. Sabía que podías lograrlo.

Sostuve en alto el báculo rúnico, por delante de mí. El pergamino de protección contra demonios en el tubo de mármol verde que Ravenor me había enviado ya estaba hecho pedazos por la fuerza del primer ataque de Cherubael.

—He esperado este instante durante mucho tiempo —siguió diciendo el demonio—. ¿Recuerdas cuando en Eechan te dije que tendrías que compensarme? Bueno, pues ha llegado el momento. Ahora. Has llegado al punto alrededor del cual gira todo. El que he visto venir desde que nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Destinos... nuestros destinos, entretejidos. ¿Recuerdas eso?

—¿Cómo podría olvidarlo? —exclamé disgustado—. ¡Proclamas que me has estado utilizando durante todo este tiempo! ¡Guiándome! ¡Incluso protegiéndome! ¡Te vi matar a Lyko en Eechan! Para que yo pudiera vivir... ¿para este momento? ¿Por qué?

Cherubael sonrió.

—Cuando la disformidad está en ti como está en mí, ves el tiempo desde todos los ángulos. Ves lo que será y lo que ocurrirá, lo que una persona hará dentro de un siglo o dos, lo que una persona ha hecho hace mil años, en el pasado. Ves las posibilidades.

—¡Adivinanzas! ¡Eso es lo único que siempre andas soltando!

—Se acabaron las adivinanzas, Eisenhorn. Desde el primer instante que nos vimos, me di cuenta de que serías el único, el único con la tenacidad, la habilidad y la oportunidad para darme lo que yo quiero. Lo que más quiero por encima de todo. Vi que si te mantenía a salvo, vendrías y me darías lo más valioso, aquí, en este mundo, en este instante.

—¡Nunca ayudaré a un demonio como tú!

Cherubael sonrió, con los ojos en blanco y completamente serio.

—Entonces, destrúyeme, si puedes.

Se abalanzó sobre mí, y yo apunté el báculo rúnico hacia él, canalizando mi fuerza de voluntad psíquica a través del asta psicoconductiva hasta la piedra imán. El fragmento tallado del Lith brilló con un fulgor azulado.

Pontius Glaw sabía unas cuantas cosas sobre demonios. Su mayor debilidad es la fuerza de la voluntad que los ata como esclavos. El báculo rúnico, preparado y construido con tanto cuidado, grabado con un cuidado exquisito con los antiguos símbolos de control, era la palanca que me serviría para romper esa atadura psíquica mediante la amplificación de mi voluntad hasta límites que la superaran.

Por un breve instante, sentí cómo debía sentirse un psíquico de nivel alfa plus.

El centelleante rayo de energía que saltó de la punta del bastón rúnico impactó de lleno en el pecho de Cherubael.

El demonio sonrió por un segundo, y luego su envoltura carnal se abrió dejando escapar una tormenta de fuego del Caos en todas las direcciones. Había roto sus ataduras y lo había enviado de regreso a la disformidad.

Y en el mismo momento que mi mente amplificada se impuso a la suya, vi los años de esclavitud que había soportado a manos de Quixos, los tormentos que había sufrido durante el proceso de encadenamiento, el gran texto prohibido del Malus Codicium en concreto cuyo conocimiento arcano Quixos había utilizado para crear sus criaturas demoníacas.

Y me di cuenta de que, después de todo, le había dado a Cherubael exactamente lo que siempre había querido.

La libertad.

Regresé tambaleante a la estancia principal. Para entonces, Voke, cuya resistencia a Prophaniti había sido sorprendente, estaba muerto.

Recordé las palabras de Voke después de la atrocidad de Tracian Primaris: «Enmendaré mis faltas. No descansaré hasta que todos esos engendros sean destruidos y se restablezca el orden. Y después no descansaré hasta que encuentre quién y qué está detrás de todo esto».

Ya podía descansar. Había cumplido su palabra.

El demonio arrojó a un lado el cuerpo del valiente anciano y se acercó levitando a Endor e Inshabel, quienes ya estaban de rodillas por el dolor que sentían. Unas llamas azules surgieron de la punta de los dedos de Prophaniti y envolvieron apretadamente a mis amigos como si fueran unas cuerdas psíquicas ardientes. Eran unos aperitivos atrapados para que los pudiera devorar cuando quisiera.

Prophaniti se quedó inmóvil en cuanto aparecí, y supo de forma instintiva que yo era una amenaza mucho más seria. La piedra de Lith todavía estaba refulgente con una luz roja sangre.

El demonio surcó el aire hacia mí, con los brazos abiertos de par en par e incandescente con su propia luz, con la boca abierta mientras gritaba mi nombre y dejaba al descubierto sus afilados dientes. Era igual que enfrentarse al ataque rasante de avión supersónico disparando todas sus armas. Lo sé muy bien. He tenido la desgracia de tener esa experiencia también.

Prophaniti aulló de alegría.

—¡Monstruo, me dijiste en Kasr Gesh que fabricara mejor mis armas para la próxima vez! —aullé en cuanto lo atravesé con el asta de acero del bastón rúnico—. ¿Es lo bastante mejor ahora?

Prophaniti lanzó un grito de agonía y estalló, haciéndome caer de espaldas. No creo que lo desterrara a la disformidad. Creo que más bien destruí su esencia vital para siempre.

El báculo rúnico estaba, milagrosamente, intacto, en mitad de los escombros del lugar. Sin embargo, el calor emitido por la destrucción de Prophaniti lo había dejado al rojo blanco de un extremo al otro, y no pude recogerlo del suelo.

Corrí hacia Titus Endor e Inshabel. Ambos se movían débilmente.

Inshabel estaba aturdido pero ileso. Endor tiene unas desgarraduras en el pecho y en el cuello. Me miró con los ojos enturbiados.

—Los pillaste a los dos, Gregor...

—Espero que no haya más —le contesté mientras intentaba contener la hemorragia. Su insignia se salió del bolsillo de su abrigo y me agaché para recogerla.

El símbolo de la Inquisición estaba decorado con la cresta ornada del Ordo Malleus.

—¿Malleus? —dije con un susurro exasperado.

—No...

—¿Cuándo pediste el traslado, Endor? Maldita sea, ¿cuándo cambiaste de ordos?

—Me obligaron... —dijo de forma entrecortada—. ¡Osma me obligó! Cuando me tuvo en Mesina... hubo ciertos asuntos en un caso de hace años. Había logrado obtener pruebas de algún modo... Él... me prometió que me quemaría si no lo ayudaba a pillarte.

—¿Qué detalles?

—¡Nada! ¡Nada, Gregor, te lo juro! ¡Pero tenía el respaldo de Bezier! ¡Me habría hecho parecer un hereje! Pedí el traslado para impedir que me destrozara. Me dijo que me recompensaría, que ascendería. Me dijo que el Ordo Malleus era un sitio mejor para mí.

—Pero ¿tenías que mantenerme vigilado?

—¡No le he contado nada! Nunca te vendí. Hice justo lo suficiente para mantener a Osma contento.

—Como lo de venir aquí. No me extraña que mantuvieras oculta la insignia. Quería que me mataras, ¿verdad?

Endor se quedó callado. Inshabel lo observaba todo con una mirada de incredulidad.

—Yo... tenía que unirme a esta operación por si acababa con éxito. Orsini está seguro de que Quixos es una amenaza, y éste era un modo expeditivo, quizá, de eliminarlo. Si todavía estabas... vivo al final de todo, me ordenaron que te arrestara bajo las acusaciones de la carta. O, si te resistías...

—Llévalo a la superficie —le dije a Inshabel en voz baja—. Encuentra un médico. No le pierdas de vista.

—¡Sí, señor!

—¡Gregor! —exclamó Endor con un jadeo de dolor cuando Inshabel lo levantó—. Por el Dios Emperador, yo jamás...

—¡Sácalo de aquí! —dije con un gruñido.

El ataque contra Ferell Sidor ya duraba tres horas cuando Grumman, Ricci y yo entramos en la parte más profunda del pozo de excavación. Las fuerzas de Madorthene todavía estaban trabadas en un descomunal combate contra los sectarios armados a lo largo de los túneles y las cuevas desoladas del interior de la meseta montañosa.

Ricci estaba debilitado por una herida de espada, y todos sus guardaespaldas estaban muertos. Grumman sólo disponía de dos Kasrkin, ambos armados con rifles láser.

El lugar era un pozo excavado de casi un kilómetro de profundidad y a cielo abierto. La copia en serebita del megalito cadiano descansaba en su base, rodeado de un andamio de adamantio. Unas jaulas, cientos de ellas, colgaban mediante cadenas del andamio. En cada una de ellas, atrapados e indefensos, había un cuerpo humano.

Era el arsenal cuidadosamente seleccionado de psíquicos sin control que Quixos había estado adquiriendo en secreto a lo largo y ancho del Imperio. Tuvo que llevarle décadas reunir a tantos. No tenía ninguna duda de que uno de ellos era Esarhaddon.

—¿Qué es lo que se propone? —se preguntó Ricci en voz alta, con un tono de leve pero asombroso respeto.

—Algo que debemos impedir —dijo Grumman con una simplicidad que aprecié inmediatamente. Era la única respuesta que necesitábamos.

Llevábamos con los nervios a flor de piel desde que comenzó la batalla, así que teníamos los sentidos agudizados por los combates. Aun así, y a pesar de toda nuestra experiencia y nuestra habilidad lo que ocurrió a continuación nos pilló a todos completamente por sorpresa.

En un momento dado, no había absolutamente nada. Al instante siguiente, una silueta con armadura y túnica se encontraba entre nosotros, moviéndose con tanta rapidez que no era más que un borrón a nuestros ojos.

Una rapidez tremenda. Una rapidez horripilante.

Ricci quedó abierto en canal de forma instantánea a lo largo de su espina dorsal. Todavía estaba cayendo de bruces sobre su cara, ahogándose en su propia sangre, cuando a uno de los Karskin lo partieron literalmente

por la mitad por la cintura, y también empezó a desplomarse en dos mitades, disparando su rifle de forma espasmódica. El otro Karskin se dobló sobre la hoja larga y negra de una espada que lo había atravesado, y lanzó una llamarada desde su estómago atravesado.

Grumman me empujó a un lado para apartarme cuando el devastador borrón se giró de nuevo, y disparó tres veces su pistola láser contra aquello. La hoja de la espada se volteó con mayor rapidez de lo que mis ojos pudieron seguirla, y desvió cada uno de los disparos.

La cabeza de Grumman se separó de sus hombros.

Quixos, el archihereje, el renegado, el radical imperdonable, se abalanzó contra mí antes incluso de que el cuerpo de Grumman comenzara a caer hacia el suelo.

Tuve una visión fugaz de una larga espada demoníaca, *Kharnager*. Era retorcida y abultada, y estaba repleta de runas abominables y de salientes como dientes de sierra.

Eso es lo único que pude ver mientras descendía silbando hacia mi cara.

veinticuatro

El hereje
Después

La hoja enrojecida se detuvo a un cabello de mi cabeza, atajada por el brillante acero de *Barbarizadora*.

El tiempo pareció detenerse durante un latido. Nos quedamos enfrentados cara a cara, con nuestras espadas trabadas. Quixos había sido un fantasma distorsionado por la velocidad hasta que las hojas entraron en contacto. En ese instante, se me quedó mirando, inmóvil, a través de nuestras armas cruzadas.

La armadura del renegado estaba sucia y mellada, y adornada con símbolos de la disformidad. Su placa de la Inquisición estaba incrustada, de forma incongruente, sobre su hombrera derecha. Me provocó repugnancia verlo en mitad de tanta corrupción.

Su anciano rostro era un horror deforme lleno de pústulas. De su frente surgían los inicios de unos cuernos. Su piel era oscura como el granito. En su garganta eran visibles unos cables y unos implantes potenciadores que desaparecían bajo la sucia capucha que llevaba puesta. Sus ojos eran brillantes bolas de sangre.

Lo cierto es que era un pequeño monstruo decepcionante comparado con la imagen de él que me había hecho en mi imaginación. Pero no se podían negar ni su fuerza ni su velocidad inhumanas.

Eisenhorn, me dijo. Tenía poderes psíquicos. Su retorcida boca no se había abierto.

Barbarizadora lo sintió moverse antes de que ni siquiera lo hiciera. Se agitó en mis manos, y en el tiempo que se tarda en aspirar una bocanada de aire, intercambiamos una veloz serie de una veintena o más de golpes. La hoja dentada de Kharnager resonaba con un chasquido sordo contra el acero de Carthae. Las runas pentagrámicas resplandecían y relucían cada vez que soltaban una descarga de energía. Kharnager gruñía en voz baja.

¡Hereje! ¡Esclavo del Caos!, me dijo su rasposa voz mental en mi cerebro.

¡Hablas de ti!, le respondí.

Nuestras espadas siguieron resonando la una contra la otra, en busca de un hueco, que se negaban mutuamente.

¿Por qué intentarías detener mi obra si no fueses un siervo de la disformidad?

¿Tu obra? ¿Esta cosa?

Nos separamos, y nos lanzamos de nuevo el uno a por el otro, con las espadas atacando con tal rapidez que el entrechocar de las hojas se convirtió en un repiqueteo continuado. Apenas logré realizar un ulsar a tiempo para detener una de sus veloces estocadas bajas. Bloqueó mi respuesta en forma de *tahn wyla*, y el *uní arav* que le siguió.

Éste sólo es el prototipo, el principio. En cuanto lleve a cabo las pruebas, ¡mi trabajo saldrá adelante!

Has horadado toda una montaña... ¿por un prototipo? ¿Un prototipo de qué?

Los megalitos de Cadia pacifican las tormentas de la disformidad, me dijo con desprecio. *Si amplifico su poder mediante el uso de psíquicos de nivel extremo, podrían convertirse en un arma. ¡Un arma para destruir la disformidad! ¡Un arma para hacer que el Ojo del Terror se derrumbe sobre sí mismo!*

Estaba absolutamente loco. Lo cierto es que yo no tenía ni idea de cuánta verdad encerraban aquellos conceptos. No había ningún modo de distinguir la locura de la cordura en su concepción de las cosas. Todo lo que sabía era que uno de los megalitos, sobrecargado de energía psíquica, podía causar muchos sucesos, pero que sus efectos secundarios podían provocar igualmente consecuencias catastróficas. Podía arrasar todo un continente, o incluso, todo el planeta.

Creo, y en ello se encontraba lo verdaderamente horroroso, que Quixos lo sabía. Creo que pensaba que era un coste aceptable, lo mismo que había considerado la atrocidad provocada en Tracian algo necesario para obtener un psíquico de una calidad tan excelente como Esarhaddon. ¿Qué otras abominaciones había provocado para conseguir a los demás?

Tal y como había dicho Grumman, justo antes de su muerte, aquello debía ser detenido.

Lo miré a la cara.

Aquello era lo que llevaba el radicalismo. Aquél era el verdadero rostro de alguien que había llegado a un punto y había cruzado la línea. Aquélla era la repugnante realidad que se encontraba detrás de las gloriosas descripciones de Pontius Glaw sobre el Caos.

Nos lanzamos otra lluvia de golpes, haciendo saltar chispas y pequeñas volutas de humo del filo de las hojas. Intenté acertarle con un golpe de barrido, pero él saltó por encima y comenzó una serie de golpes en espiral que me hicieron retroceder por el polvoriento suelo. Por un momento pensé que resbalaría. Era un torbellino.

Vi mi oportunidad y *Barbarizadora* también la vio. Un ligero descenso excesivo de su espada que abrió un hueco al responder a un *sar ahí uht*, la posibilidad de una estocada en pleno corazón, sólo por un microsegundo.

Me lancé por completo, poniendo toda mi voluntad en la hoja. De manera sorprendente, logró hacer girar a *Kharnager* y bloqueó mi ataque.

Barbarizadora golpeó a la espada demoníaca, y se partió por la mitad.

Y fue el fallo final de la antigua espada de Carthae lo que me proporcionó la victoria. Si hubiera permanecido intacta, el bloqueo la hubiera detenido y el combate hubiera continuado.

La parte rota de *Barbarizadora* que estaba en mi mano rodeó la hoja demoníaca y continuó adelante con toda la fuerza que había reunido para impulsarla, hasta que el extremo de la espada atravesó la capa, la armadura, los implantes potenciadores y le traspasó el torso.

El ewl caer.

Casi me hizo falta la misma fuerza para contrarrestar la succión de su carne alrededor de la hoja y poder arrancarla.

Quixos trastabilló hacia atrás mientras su sangre contaminada salía a borbotones y sus implantes se cortocircuitaban y estallaban.

Cayó sobre el polvoriento suelo del pozo y se convirtió en polvo él mismo, hasta que no quedó nada más que sus implantes potenciadores oxidados y la armadura vacía retorcida bajo su capa gastada.

¡Hereje!, aulló su mente justo en el momento de morir. Viniendo de él, me pareció todo un cumplido.

El Punto A fue desmantelado y destruido por la fuerza táctica, y la copia del megalito fue destrozada por el fuego orbital sostenido de las naves. Los servidores supervivientes de Quixos, y los psíquicos capturados

por él, fueron hechos prisioneros y luego entregados a las Naves Negras de la Inquisición, seis de las cuales llegaron unos cuantos días más tarde, en cuanto hicimos pública la noticia de nuestra victoria. La mayoría de los prisioneros fueron considerados demasiado peligrosos o demasiado contaminados por el Caos para permanecer incluso bajo la vigilancia más estricta, y fueron ejecutados. Esarhaddon fue uno de ellos.

Se recuperaron muchos artefactos y textos valiosísimos en aquel lugar, y muchos más que simplemente eran diabólicos y abominables. Había acumulado una inmensa cantidad de material esotérico, y se suponía que debía haber mucho en su base de Maginor. Una purga posterior en aquel lugar nos lo confirmó.

Tal y como indicamos en el informe, no encontramos rastro alguno del *Malus Codicium*, el siniestro grimorio en el que había basado la mayor parte de su poder.

Cuando regresé a Gudrun con mis amigos y mis aliados, la carta presentada contra mí ya había sido anulada. Ninguna de las acusaciones de Osma podía mantenerse frente a las pruebas reunidas en Farness, ni a los numerosos testimonios reunidos por la Inquisición, con declaraciones que proclamaban mi inocencia realizadas por individuos como el Procurador General Madorthene, la Inquisidora General Neve, el interrogador Inshabel y, que el Dios Emperador lo ayude, Titus Endor.

Nunca me pidieron disculpas de modo oficial, ni el Gran Maestre Orsini, ni Bezier, ni por supuesto Osma. Su carrera no sufrió lo más mínimo por todo aquel asunto. Lo nombraron Maestre del Ordo Malleus Helicano veinte años más tarde, tras la repentina e inesperada muerte de Bezier.

Los restos de Grumman, y los de sus Karskin, fueron enterrados en uno de los solitarios camposantos de Cadia, para que fueran recordados mientras la Ley de la Descifirabilidad lo permitiera. Bautizaron una biblioteca en honor de Ricci en su planeta natal de Hesperus. Voke fue enterrado con todos los honores en la Sacristía Troyana adjunta a la Gran Catedral del Ministorum en Tracian Primaris. La pequeña placa de bronce colocada sobre la pared de la sacristía y que conmemora los logros que obtuvo a lo largo de su larga y dedicada carrera todavía permanece allí hoy en día.

Él y yo nunca fuimos amigos, pero reconozco que en los años que sucedieron a su desaparición, eché de menos sus modales cáusticos de vez

en cuando.

Epílogo

invierno de 345.M41

La voz sonaban igual que un glaciar eterno: lenta, vieja, fría, pesada.

Me hizo una simple pregunta.

—¿Por qué?

El silencio duró un largo rato. Las llamas de las mil velas titilaron e iluminaron las paredes de piedras cubiertas cuidadosamente de runas con ecos de su brillo ondulante.

—¿Por qué? ¿Por qué... me has hecho... esto tan horrible?

—Porque dispongo del poder para hacértelo, lo mismo que tuviste poder para manejarme. Me utilizaste. Manipulaste mi vida. Me moviste como una pieza del regicida para colocarme donde mejor sirviera a tus intereses. Ahora, las tornas han cambiado.

Sacudió sus cadenas y sus argollas, pero todavía estaba demasiado débil del enfrentamiento para esclavizarlo, para atraparlo.

—Maldito seas... —susurró mientras se desplomaba.

—Debes comprenderme. Te dije que jamás ayudaría a un ser como tú, pero me engañaste para que lo hiciera *y* casi te escapaste sin pagar por ello. Por eso he hecho esto. Esa es la razón por la que he invertido tanto tiempo y esfuerzo en atraerte, en atraparte, y en encadenarte. Se trata de una lección. Jamás, jamás permitiré que mis actos o mi vida sean en beneficio del Archienemigo. Me dijiste que sabías desde el principio que yo sería quien te liberaría del servicio a Quixos. Es una pena que no fueses capaz de ver lo que yo te haría después.

—¡Maldito seas! —me gritó con voz un poco más fuerte.

—Llegará el día, Cherubael, ser demoníaco, que desearás con toda tu alma podrida ser de nuevo el juguete de Quixos.

Cherubael se abalanzó sobre mí todo lo que le permitieron las cadenas antes de que éstas se pusieran tensas y lo lanzaran de espaldas. Su aullido de rabia y maldad hizo estremecer las paredes de la celda y apagó todas y cada una de las velas.

Sellé la compuerta de aislamiento, activé los amortiguadores de disformidad y el escudo de vacío, y le di la vuelta a los trece cerrojos uno por uno.

Oí a lo lejos, al otro lado de la casa, la campanilla de Jarat que llamaba a la cena. Estaba tremendamente cansado por el esfuerzo realizado, pero la comida, la bebida y la buena compañía harían que me recuperara.

Subí la escalera de caracol que ascendía desde mi profundo fortín subterráneo, conecté el código de la puerta y pasé a mi estudio. Fuera, las primeras nieves habían llegado pronto a Gudrun. Los ligeros copos de nieve recorrían la penumbra del atardecer, atravesando los bosques y los pastos, y se posaban en los jardines de mi propiedad.

Una vez en el estudio, devolví los objetos que me había llevado a sus respectivos sitios. Coloqué las botellas de ungüentos en las estanterías, y el ropaje, el espejo y los talismanes rímales en su caja. El amuleto imperial regresó a su caja de terciopelo dentro del cajón con llave, y metí los tubos de pergaminos en sus anaqueles correspondientes.

Colgué el báculo rúnico de los ganchos que lo situaban justo encima de la repisa iluminada donde se encontraban los fragmentos de la gloriosa *Barbarizadora*.

Por último, abrí la caja fuerte de vacío instalada en el suelo justo detrás de la mesa y dejé suavemente el *Malus Codicium* en su interior.

Jarat estaba tocando de nuevo el aviso para comer. Sellé el cerrojo y fui a cenar.